

MEMORIAS POSTUMAS

DEL

REGADIER GENERAL D. JOSÉ M. PAZ.

Comprenden sus campañas, servicios y padecimientos desde la guerra de la Independencia, hasta su muerte, con variedad de otros documentos inéditos de alta importancia.

TOMO II.

BUENOS AIRES.

IMPRENTA DE LA REVISTA.

1855.

Calisto R. Boyer.



PRECEDENTES QUE INFLUYERON PARA LA REVOLUCION DE AREQUITO.

Sin embargo de la tranquilidad en que nos dejaba el armisticio y de lo que podria esperarse de unas negociaciones que se prolongaban indefinidamente, no sabíamos que pensar de ellas: debíamos creer que el gobierno no malgastaba el tiempo y desaprovechaba las ventajas que le daba la venida del ejército del Perú, dando lugar á que los montoneros se rehiciesen; pero por otra parte nada se veia que pudiera indicar una disposicion á la paz. El aspecto de los santafesinos sin estar en guerra declarada, era encapotado y hasta hostil, y en toda la estension de la República fermentaban las pasiones políticas de un modo alarmante. El trueno no rugía aun sobre nuestras cabezas, pero se sentia ese ruido sordo que suele preceder á las mas grandes tempestades. La lucha entre Unitarios y Federales se habia suspendido momentáneamente, pero no era sino una tregua para tomar mejores posiciones y descansar para recomenzarla con nuevo vigor. La proclamacion y jura de la Constitucion en nada mejoró estas disposiciones.

No será inoficioso advertir que esa gran faccion de la República que formaba el partido Federal, no combatia solamente por la mera forma de Gobierno, pues otros intereses y otros sentimientos se refundian en uno solo para hacerlo triunfar. 1.º Era la lucha de la parte mas ilus-

tráda contra la porcion mas ignorante: En 2.º lugar la gente del campo se oponia á la de las ciudades. En 3.º la plebe se queria sobreponer á la gente principal. En 4.º las provincias celosas de la preponderancia de la capital, querian nivelarla. En 5.º lugar: las tendencias democráticas se oponian á las miras aristocráticas y á un monárquicas que se dejaron traslucir cuando la desgraciada negociacion del Príncipe de Luca. Todas estas pasiones, todos estos elementos de disolucion y anarquía se agitaban con una terrible violencia y preparaban el incendio que no tardò en estallar. En Buenos Aires mismo fermentaban los partidos internos que aunque no participasen de las ideas de afuera en un todo se servian de aquellos como instrumentos que les facilitasen su acceso al poder: puede creerse que sin los estímulos que recibian desde la capital, los disidentes jamás hubieran logrado un triunfo tan completo.

Mientras permanecía el ejército en la Cruz-alta, recibió un fuerte ataque la salud del General Belgrano, que fué el precursor y el principio de la dolorosa enfermedad que lo llevó al sepulcro el año siguiente. Sin embargo de la violencia del mal no quiso separarse del ejército y sufrió en un mal rancho los agudos dolores de que se vió acometido: tan solo se movió cuando lo hizo el ejército para situarse en el Frailc-muerto, que dista veinte y cinco leguas de la Cruz-alta al Norte, ¿Este movimiento retrógrado era efecto de alguna nueva probabilidad de paz, ó para buscar la seguridad del ejército? No lo sé; lo que puedo asegurar es que los síntomas no eran los mejores.

En los primeros dias de Julio tuve órden de marchar con mi escuadron, ocultando mucho mi marcha á proteger un convoy de cuarenta carretas que venia de Buenos Aires con municiones, vestuarios &a. Lo hice hasta muy cerca de Melincúe y se logró efectivamente salvarlo de las garras de los montoneros que aunque no habian roto las hostilidades, no habrian dejado de caer en la tentacion de

hacer tan buena presa si hubiesen tenido fuerza para deliberar y reunirse. Tan solo la rapidez de las marchas, en mi concepto, pudo salvar tan valioso cargamento. Quizá Lopez, Gobernador de Santa-Fé no habria espresamente autorizado su captura, pero hubiera dejado hacer á sus subalternos y luego habria reportado las ventajas. Quien haya estudiado medianamente á este caudillo, no hallará exagerada mi sospecha.

El Gobierno Nacional por otra parte adolecia de graves defectos y hasta vicios. El Directorio estaba desacreditado y estoy cierto de que él mismo preveía muy distintamente su caída. Todos sus pasos eran inciertos; toda su marcha era vacilante; todas sus providencias se resentian de la debilidad y del error. Ese mismo valioso convoy de que acabo de hablar, fué aventurado con una escolta de cuarenta hombres á cargo de un Mayor, á atravesar el distrito de Santa-Fé. Afortunadamente vino por el camino despoblado del sud, de modo que cuando los montoneros se apercibieron estaba ya en salvo. Las precauciones que para mi marcha me encargó el General Belgrano, prueban su desconfianza.

El General Belgrano no gustaba de esta guerra, y quizá la enfermedad que apresuró sus dias, provino del disgusto que le causaba tener que dirigir sus armas contra sus mismos compatriotas. El empeño con que se apresuraba á retirarse del teatro cada vez que se le ofrecia una ocasion ó pretexto, comprueba mi asercion. No contento con haber retirado el ejército de la frontera veinte y cinco leguas hasta el Fraile-muerto, lo retiró aun treinta y cinco mas hasta el Pilar, sobre el rio 2.º á diez leguas de Córdoba, donde se situó definitivamente para esperar el desenlace del armisticio y de las negociaciones, si es que las habia. Su enfermedad continuaba y si no se agravaba sensiblemente tampoco daba esperanzas de mejor salud. El General Cruz, Gefe del E. M. habia regresado de Buenos Aires y dejándole el mando del ejército, resolvió trasladarse

á Tucuman en busca de una mejoría que no encontraba. Es de notar que estando tan cerca de Buenos Aires donde abundaban los buenos médicos y demas recursos del arte, jamás quiso ir y prefirió trasladarse á una provincia lejana que lo seperaba de sus parientes, de sus amigos y de su pais natal ¿Fué causa de esta resolucion la enemistad personal que se le suponía con el Director Supremo Puyrredon? ¿O solamente fué efecto de afecciones particulares que lo atraian á Tucuman? Lo ignoro: quizá procedió de ambas causas.

La efervescencia era cada dia mas violenta en todos los ángulos de la República y era imposible precaver de su accion á los ejércitos. Donde primero se manifestó fué en el mismo Tucuman, donde habia quedado una fracción del ejército á las órdenes del comandante ó coronel D. Domingo Arévalo. Tanto él como el Gobernador de la provincia coronel Motta fueron depuestos, siendo en seguida elegido popularmente el coronel de milicias D. Bernabé Araoz, que despues fué tan célebre por la guerra intestina que sostuvo, y por su trágico fin.

Por entonces el movimiento no tuvo un fin político deididamente y solo lo motivaron sus autores en el abuso de autoridad de que acusaban á Arévalo, cuyos actos ilegales y de crueldad referian, y en el apoyo que le daba el Gobernador Motta. La parte ilustrada de Tucuman no mostró gran interés en este cambio, pero sí la campaña, donde Araoz era sumamente querido. Ademas el elemento popular como lo han llamado unos, gaucho ó salvaje como lo han clasificado otros, pretendía sobreponerse, y no es extraño que el movimiento que lo elevaba hallase simpatías en la masa de la poblacion campesina.

Esta fué la primera chispa que dió principio al incendio que cundió luego por toda la República. En el ejército no podia dejar de hacer una fuerte impresion y me persuado de que desde entonces debió meditarse alguna cosa semejante de que tuvieron noticia ó por lo menos indicios

las autoridades de él, pues sin ningun juicio ni observancia de las formas acostumbradas, fueron separados de sus cuerpos, arrestados y mandados á Chile los tenientes D. Eugenio Garzon y D. Ventura Alegre, los mismos que años despues volvieron al pais en graduaciones superiores. No tuve entonces ni he obtenido despues conocimientos mas detallados sobre la causa que motivó la separacion de estos oficiales: tan solo diré que su calidad de orientales, la afeccion que se les supuso á sus comprovincianos disidentes y acaso algunas palabras imprudentes, debieron influir en su destino. En seguida todo quedó en aparente calma, pero se conservaban los combustibles que debian reproducir el incendio.

En la provincia de Córdoba no era menor y aun puede asegurarse que era mas violenta la fermentacion de las pasiones políticas que se agitaban. Habia todavia una notable diferencia; en Tucuman la parte pensadora de la poblacion habia manifestado cierta indiferencia, mientras en Córdoba era la mas exaltada. Muchas causas habian concurrido para crear estas fatales disposiciones; causas que no es de este lugar esplicar pues que me llevarían mas allá de lo que permite esta memoria. Baste decir que yo estuve algunos dias en la ciudad por licencia que obtuve en el campamento del Pilar y que tuve ocasion de conocer á fondo el estado de la opinion y los sucesos que se preparaban. Esas mismas ideas se propagaban en los ejércitos y desde entonces no era dudoso el resultado.

La constitucion política que habia sancionado el Congreso y que se habia hecho jurar á los pueblos y á los ejércitos, no habia llenado los deseos de los primeros, ni habia empeñado á los últimos en su defensa: tampoco habia desarmado á los disidentes ó montoneros que habian recommenzado la guerra con mayor encarnizamiento. Las ideas de Federacion que se confundian con las de independenciam de las provincias, eran proclamadas por Artigas y sus tenientes y hallaban éco. hasta en los mas recónditos ámbi-

tos de la República. Desde entonces se preparaba la separacion de la Banda Oriental, que vino luego á tener efecto á pesar de la conquista que hicieron de ella los portugueses. Es fuera de duda que sin la excitacion y cooperacion de los orientales, hubiera sido posible al gobierno detener el torrente y hacerse obedecer.

Debe agregarse el espíritu de democracia que se agitaba en todas partes. Era un ejemplo muy seductor ver á esos gauchos de la Banda Oriental, Entre-Rios y Santa-Fé, dando la ley á las otras clases de la sociedad, para que no desearan imitarlo los gauchos de las otras provincias. Lo era tambien para los que se creian indicados para acaudillarlos, ver á Artigas, Ramírez y Lopez entronizados por el voto de esos mismos gauchos y legislando á su antojo. Acaso se me censurará que haya llamado *espíritu democrático* al que en gran parte causaba esa agitacion, clasificándolo de *salvagismo*; mas en tal caso deberán culpar al estado de nuestra sociedad, porque no podrá negarse que era la masa de la poblacion la que reclamaba el cambio. Para ello debe advertirse que esa resistencia, esas tendencias, esa guerra, no eran el efecto de un momento de falso entusiasmo como el que produjo muchos errores en Francia; no era tampoco una equivocacion pasajera que luego se rectificaba: era una conviccion errónea, si se quiere, pero profunda y arraigada. De otro modo seria imposible explicar la constancia y bravura con que durante muchos años sostuvieron la guerra hasta triunfar en ella.

La oposicion de las provincias á la capital que se trataba de justificar con quejas bien ó mal fundadas; el descrédito de los Gobiernos que habian regido la República y principalmente del Directorial que era el último; las escitaciones é intrigas que partian desde el mismo Buenos Aires fraguadas por el partido que aspiraba al poder porque estaba fuera de él, eran otros tantos elementos de disolucion. Mucho, muchísimo podria decir en este sentido, pero ni es del lugar de esta Memoria, ni me creo con bas-

tanté capacidad para tratar de un asunto tan delicado. Deseo sí, que lo hagan otras plumas y otras mejores capacidades, abordando francamente dificultades que si entonces produjeron fatales efectos, ahora no están aun vencidas del todo. Parece que se quisiera resolverlas evitándolas, sin advertir que ellas vuelven á renacer y que perpetúan la anarquía y el desorden. Se me figura nuestro cuerpo político, al de un enfermo cuya herida se quisiera curar solapándola y haciéndola cerrar superficialmente: ella se volverá á abrir y la corrupción comprimida, brotará con nueva fuerza.

Contrayéndome al ejército observaré que á las causas políticas que he indicado podrán agregarse otras que llamaré personales. El General Belgrano era un hombre generalmente respetado por sus virtudes y su mérito; mas su excesiva severidad lo hacía hasta cierto punto impopular. Su viaje á Inglaterra habia producido un tal cambio en sus gustos, en sus maneras y aun en sus vestidos, que hacía de los usos europeos quizá demasiada ostentacion, hasta el punto de chocar las costumbres nacionales (1). Para colmo de desgracia tuvo la debilidad de querer apoyar su poder en un círculo de ciertos gefes, á cuyo efecto organizó una sociedad secreta á que se proponia dar direccion. Aunque esta no fuese distintamente conocida, no pudo ser engañado el instinto público y designaba sin equivocarse todos los afiliados, abriéndose de este modo un campo inmenso á sospechas injuriosas y á temores exagerados. Aunque los elegidos fuesen sujetos de mérito, era imposible que se guardase una perfecta equidad, y sin entrar aho-

(1) En los años 1812, 13, y 14, el General Belgrano vestia del modo mas sencillo; hasta la montura de su caballo tocaba en mezaquindad. Cuando volvió de Europa en 1816, era todo lo contrario, pues aunque vestia sin telumbres de que no gustaba generalmente, era con un esmero no menor del que sigue en su tocador el elegante mas refinado, sin descuidar la perfumeria. Con sus opiniones políticas habian variado sus gustos, porque de republicano acérrimo que era al principio, se volvió monarquista claro y decidido.

ra á averiguar si era con razon ó sin ella, se acusaba al General de ejercer injustas preferencias. Sea que el objeto que se propuso fuese sostenerse en el ejército cuyo mando por otra parte nadie le disputaba, sea que se quisiese balancear el poder del Directorio, ó el del General San Martin que se extendía del uno al otro lado de los Andes, el hecho es que esa pobre medida no produjo sino males y que contribuyó á vigorizar los gérmenes de disolucion que no tenian sino demasiada fuerza.

La guerra civil repugna generalmente al buen soldado y mucho mas desde que tiene al frente un enemigo exterior y cuya principal mision es combatirlo. Este es el caso en que se hallaba el ejército, pues que habíamos vuelto espalda á los españoles para venirnos á ocupar de nuestras querellas domésticas. Y á la verdad, es solo con el mayor dolor que un militar que por motivos nobles y patrióticos ha abrazado esa carrera, se vé en la necesidad de empar su espada en sangre de hermanos. Digalo el General San Martin que se propuso no hacerlo y lo ha cumplido. Aun hizo mas en la época que nos ocupa, pues conociendo que no podria evitar la desmoralizacion que trae la guerra civil, procuró substraer su ejército al contagio, desobediendo (segun se aseguró entonces y se cree hasta ahora) las órdenes del Gobierno que le prescribian que marchase á la capital á cooperar con el del Perú y el de Buenos Aires. Unicamente perdió el hermoso batallon N.º 1.º que estaba de este lado de los Andes, y los Granaderos á caballo, que estaban en Mendoza, solo fué á duras penas que llegaron á Chile. Si el General San Martin hubiese obrado como el General Belgrano pierde tambien su ejército y no hubiera hecho la gloriosa campaña de Lima que ha inmortalizado su nombre.

Cuando principié este artículo pensé haber pasado mas rápidamente por los sucesos que prepararon la catástrofe del ejército; mas puesto en el caso de referirlos, no he podido menos de estenderme sin embargo de que omito

mal incidentes importantes y de que me hago suma violencia para no dejar correr mi pluma. No es extraño; como el lance de Arequito hallado tanto la atención, como me lo han echado en cara tantas veces, por la parte que en él tuve, como se ha pensado por algunos que yo rehusaba explicarme, es consiguiente que quiera ser mas difuso, aunque me vea precisado aun á callar mucho.

Antes no hice sino tocar muy ligeramente el descrédito en que habian caído las autoridades nacionales, por las prevaricaciones que se les atribuían: ahora diré que se les hacían acusaciones mas graves: se les culpaba de *traición* al país y de violación de esa misma constitución que acababan de jurar. Se propagaba el rumor de que el partido dominante apoyado en las sociedades secretas que se habian organizado en la capital, trataba nada menos que de la erección de una Monarquía á que era llamado un Príncipe europeo, á cuyo efecto se sostenían relaciones íntimas con las Cortes del otro emisferio. Tanto mas alarmante era esta noticia, cuanto el modo de proceder era recatado y misterioso y cuanto ella destruía la obra constitucional que acababan de entronizar. Los que pensaron así hubieran hecho mucho mejor conduciéndose como el General Belgrano que no disfrazaba sus opiniones y preparando la opinion pública para un cambio tan remarcable. Si no lo hicieron fué probablemente porque comprendieron que sería mal recibido y prefirieron obrar tenebrosamente.

Me hago un placer en asegurar que muchos hombres honrados y patriotas sinceros, asustados del desorden que nos amenazaba y de la anarquía que por todas partes asomaba su horrible cabeza, pensaron de buena fé que el Gobierno Monárquico era el que solo podia salvarnos. Mas sin entrar en el fondo de esta cuestion me será permitido decir que se equivocaron grandemente en el modo de promoverlo. Sin contar que ellos mismos habian empujado antes á las masas con sus doctrinas y su ejemplo hácia los principios democráticos haciéndoles aborrecer la Monar-

quía y consagrando como un dogma el Republicanismo: sin contar, digo, con esto cuando pensaron hacerlas retroceder á las ideas contrarias solo emplearon el disimulo, la intriga, el misterio y la sorpresa.

Entre tanto. ¿Qué se proponia el Gobierno abandonando las fronteras del Perú y renunciando á las operaciones militares tanto allí como sobre los puertos del Pacífico? ¿Qué pretendia con esa concentracion de fuerzas de linea en Buenos Aires? ¿Era para oponerlas á algunos cientos de montoneros santafesinos, ó para apoyar la coronacion del Príncipe de Luca? Basta de esta cuestion que cada uno resolverá segun sus convicciones, mientras yo paso á otras consideraciones.

Concentradas las fuerzas de linea en Buenos Aires, quedaba todo el territorio de la República, fuera de la capital á disposicion de los caudillos que capitaneaban las montoneras, y consumada la conflagracion de toda ella ¿entraba esto en los cálculos del partido dominante? No temo en decidir afirmativamente, porque decian sus directores que del exceso del mal resultaría el bien y del sumo desorden nacería el órden que ya veian simbolizado en la soñada monarquía. Preservado Buenos Aires del incendio y robustecido el poder del Gobierno con un ejército numeroso y algun otro que podria traer el presunto Monarca, hubiera recobrado su influencia y cuando no se hubiera emprendido una nueva conquista, sin advertir que esos pueblos abandonados serían una presa fácil de los ejércitos españoles que nos observaban y que no combatian sino por la sujecion completa á la metrópoli. Fácil era conjeturar que entonces venia á tierra todo proyecto de independencia, aun sobre las bases de monarquía en la persona de un Príncipe de la casa de Borbon y que no se hacia mas que allanar el camino á nuestros antiguos opresores. Para pensar así tengo aun otras razones que iré desenvolviendo en el curso de esta Memoria.

El ejército continuaba acantonado en el Pilar á diez

léguas de Córdoba abrumado de privaciones y de ese tedio que suele preceder á las revoluciones. El General Belgrano luego que el General Cruz volvió de Buenos Aires se habia marchado á Tucuman (donde estaba ya cuando estalló el movimiento revolucionario de que hice mencion) quedando este con el mando en gefe interinamente. En los últimos meses del año (1819) tuvieron lugar las primeras hostilidades de los santafesinos, sin que hubiésemos sido advertidos, ni hubiese sido denunciado el armisticio: Ellos principiaron del modo siguiente:

Seis carretas cargadas de efectos para el ejército venían de Buenos Aires á cargo del mayor D. Ignacio Ynarra y pasaban pacíficamente por el territorio de Santa-Fé. Es probable que cuando lo pisaron no tenían los montoneros orden espresa para romper el armisticio apresándolas, y que solo fué en contestacion al aviso que dieron al Gobernador de la provincia que estaba en la ciudad capital de San-Fé, que les vino la orden de hacerlo. Me inclino á esto porque solo fué despues de haberlo atravesado y cuando ya tocaban la jurisdiccion de Córdoba que se manifestaron hostiles y quisieron apoderarse del convoy. Como no habian tenido tiempo de reunir gran fuerza, pudo el mayor Ynarra resistirles con su escolta y acelerando las marchas ponerlo en salvo.

Ménos felices fueron el General D. Marcos Balcarce (1) y el Diputado de Charcas Dr. D. Mariano Serrano que

(1) Segun la voz pública no desmentida en aquel tiempo el Gobierno Directorial disgustado de la resistencia del General San Martín á venir con su ejército, lo mandaba relevar por Bulcarce para que tomase el mando de él. No faltó con este motivo quien atribuyese inteligencias á quel digno Gefe con los aprensos, lo que debe juzgarse enteramente falso. El Dr. Serrano que lo acompañaba, es muy probable que no se dirigiese para Chile sino á Tucuman donde tenia su familia y que llevase alguna comisión análoga al gran negocio que se tenia entre manos. Si la hubo debió ser bien secreta pues jamás se ha sabido. El carácter disimulado y cauto de este señor lo hacian á propósito para estos misteriosos encargos. Mas tarde en 1822 ó 23 fué implicado en una in-

viajaban en comisiones diversas: fueron apresados, encalecados con tiras de cuero fresco y conducidos á presencia de Ramirez (General de Entre-Rios); y solo fué despues que este entró en Buenos Aires y que se hizo la paz que pudieron marchar, Balcarce á la capital de donde habia salido y Serrano á Tucuman.

Estos fueron los primeros actos que nos revelaron el recomienzo de la guerra y que dieron lugar á los preparativos del ejército. Era á mediados de Diciembre cuando nos movimos por el camino principal de posta con todo el tráfago de Parque, tren de artilleria, equipages y demas: las marchas eran pues pesadas y aun se hacian frecuentes paradas que duraban uno ó dos dias. En una de ellas y hallándonos en el Fraile-muerto, recibí la órden de retroceder con mi escuadron á marchas forzadas hasta incorporarme al General Arenales que con una pequeña fuerza ocupaba la villa del Rosario (Ranchos) á diez y ocho leguas de Córdoba é igual distancia del fuerte del Tio. El motivo era que este último puesto habia sido atacado por una fuerza montonera y se queria dar socorro á su diminuta guarnicion de milicianos.

Desde el punto de partida por el camino que me era forzoso seguir tenia que andar treinta leguas ó mas para incorporarme al coronel Arenales y despues diez y ocho para llegar al Tio. Contando pues con el tiempo que necesitaba para la ida y vuelta, creí que el ejército debería estacionarse por algunos dias, ó marchar muy despacio, pues de otro modo debia serme imposible reunirme desde que se hubiese internado en la provincia de Santa-Fé y acaso penetrado en la de Buenos Aires. Habiendo llegado á los Calchines, seis ú ocho leguas de la villa del Rosario fuí avisado por Arenales de que la partida montonera despues de tomar á los milicianos del Tio se habia regre-

triga que sostuvo con los gefes españoles: una carta del General realista Olañeta lo comprometió sériamente.

sado y que era inútil mi asistencia: en consecuencia podía volver al ejército. Así lo hice, mas cual fué mi sorpresa cuando volviendo por aquel desierto camino no encontré ni ejército ni comunicaciones, ni noticias, ni órdenes del General! Esta situacion me era tanto mas penosa, por cuanto el espíritu de la tropa empezaba á darme serios cuidados. Mi escuadron se componia en su mayor parte de santiagueños: un año antes habian atravesado con migo su provincia, habian recorrido en toda su estension la de Córdoba y habian combatido en la Herradura sin que ninguno se hubiera manchado con el crimen de desercion: ahora era otra cosa. Cuando me vieron contramarchar al ejército y que nos alejábamos de su provincia, hasta sus semblantes me revelaron sus sentimientos internos.

Era la media noche de la que pernoctaba en el lugar de las Mojarras, cuando se echaron de menos once hombres que acababan de desertar: uno ó dos mas se sorprendieron en el acto de la fuga, á quienes á esa misma hora hice aplicar un fuerte castigo de azotes. Sin esta enérgica medida y sin la constante vigilancia de todos los oficiales y mia, es probable que me hubiese quedado sin escuadron. No me restó mas arbitrio que acelerar las marchas cuanto cabia en lo posible y fatigar á los hombres para no dejarles ni lugar á la reflexion, con lo que efectivamente conseguí que el mal no pasase adelante. No obstante, eso me probó que el espíritu del soldado se resistia á esa guerra sin gloria, y me obligó tambien á no seguir una resolucion que habia tomado en lo que me concernia personalmente, porque de ella dependia la completa disolucion del escuadron.

No ignoraba la fermentacion que habia en el ejército, y que sin que hubiese un plan acordado se aprovecharia la primera oportunidad que se presentase de trastornar el orden existente y contravenir á las disposiciones del Gobierno.

No necesito mucho esfuerzo para persuadir á quien

conozca mis principios y los antecedentes de mi carrera de cuanto debia chocarme un paso subversivo de todas las reglas de la disciplina, por mas que fuese revestido de todos los caracteres del patriotismo. Sin constituirme en delator pensé seriamente en separarme del ejército; y aprovechando la ocasion que me ofrecia la marcha retrocedida de mi escuadron, pretestar una enfermedad, quedarme, y remitirlo al ejército con el oficial que me subseguia; mas el temor muy fundado de que mi separacion haria desbandar esta fuerza, me obligó á variar de resolucion.

Hubo otro incidente que debo referir y que solo llegó á mi noticia dias despues. Luego que se supo en Córdoba mi aproximacion á la villa del Rosario, salió á buscarme comisionado por sujetos respetables y trayéndome cartas de ellos, D. Juan José Gonzalez, quien llegó á las Mojarras (lugar distante cerca de treinta leguas de Córdoba) el dia siguiente de haber yo partido de regreso al ejército: de consiguiente no pudo verme y siéndole difícilísimo alcanzarme volvió á Córdoba sin haber desempeñado su comision. El objeto de ella era invitarme á que apoyase con mi fuerza el cambio que era inminente y de que ya no era cuestion sino en el modo como habia de hacerse. Si Gonzalez llega á tiempo, no se positivamente lo que hubiera practicado, pero es probable que me hubiera prestado, atendidas las circunstancias y la calidad de las personas que lo reclamaban (1).

(1) Supe despues que el General Cruz que contaba de cierto con que se haria la revolucion en Córdoba despues de la partida del ejército, dijo que se me habia mandado regresar persuadido de que la apoyaria ó encabezaria, y aun para este objeto, aunque nada se me hubiese prevenido. No estoy lejos de creerlo, por cuanto coincide con las miras del partido dominante de que hice mencion, pero miras que solo estaban reservadas al alto círculo de sus directores. Me inclino á creer que el Gobernador Castro supiese algo, mas en cuanto al General Arenales estoy seguro de que lo ignoraba, pues era puramente soldado y no estaba iniciado en los altos misterios. Sayós si debia saberlo porque cuando se ofreció contaba sin duda con la aprobacion superior. El rechazo

En Córdoba no había quedado ni un hombre perteneciente á los cuerpos del ejército, y por toda guarnicion había ochenta Granaderos, de los vulgarmente dichos de *Terrada* á las órdenes del mayor D. Francisco Sayós. De estos es que tenía Arenales una parte en la villa del Rosario y mas alguna milicia. Sayós se había ofrecido á la oposicion para apoyar con esa fuerza el cambio deseado, pero esta lo había rechazado por prevenciones personales que contra él había. Mas bien prefirieron luego los descontentos mandar un comisionado á Tucumán (que si mal no me acuerdo fué uno de los Sres. Corro) pidiendo un destacamento de tropas regulares que al paso que protegiese el pronunciamiento, évitase los desórdenes á que podia entregarse la plebe, porque en Córdoba, es forzoso repetirlo, era la primera clase la que lo deseaba: Efectivamente el destacamento de Tucuman estaba ya en marcha y había llegado á Santiago del Estero á cargo del hoy General D. Felipe Heredia, cuando el movimiento revolucionario del ejército, hizo inútil su venida:

Cuando hubé regresado al Fraile-muerto donde había dejado el ejército, no lo encontré y tuve que seguir en su alcance con tanta rapidez como lo permitian mis medios: Me causaba el mayor asombro no recibir orden alguna del General y que se hubiese marchado sin dejar la menor disposicion á mi respecto. Como ya indiqué antes aquella campaña estaba perfectamente desierta y tan solo las huellas del ejército y los restos de los fogones me indicaban su marcha y sus campamentos: Si aquellos se habían adelantado mucho, si se había internado demasiado nuestra fuerza en la provincia de Santa-Fé, mi posicion con un

que se le hizo causó una divergencia en la oposicion, pues los Sres. Piñero y sus amigos que lo habían aceptado, no pudiendo arrastrar á la mayoría se separaron de ella y desde entonces dejaron de pertenecer á ese partido. De todos modos, la eleccion que de mí se hizo para volver á Córdoba en circunstancias tan críticas fué singular:

puñado de hombres mal seguros, se hacía difícilísima: mas no eran circunstancias de trepidar y me arrojé en seguimiento del ejército arrojando cualquier trance que se presentase.

Llegué á la Cruz-alta último punto de la jurisdicción de Córdoba muy avanzada la noche del 6 de Enero de 1820 y temeroso de la desercion, preferí descansar dentro de un seguro corral aunque no comiesen los caballos á trueque de vigilar la tropa. A la madrugada del siguiente dia me moví sin saber aun donde alcanzaria el ejército, mas á penas pasé de la Esquina, posta en la jurisdicción de Santa Fé, cuando alcancé á ver la retaguardia de nuestra gran columna: como mi escuadron llevaba un buen trote no tardé en aproximarme y ponerme al habla y muy luego nos colocamos al costado continuando siempre nuestra marcha. El regimiento de Húsares del mando del coronel La Madrid llevaba la retaguardia y de él se desprendieron dos ó tres oficiales que conversaron con alguno ó algunos de mi escuadron: lo que recuerdo es que el capitan D. Juan Gualberto Echevarría (coronel despues y fusilado el año 31 por los federales en Córdoba) se me llegó cautelosamente para decirme que los oficiales de Húsares le habian asegurado que esa noche se hacia la revolucion, con algunas particularidades mas de menor interés. Esta noticia fué confirmada al pasar por el costado de algunos otros cuerpos, de modo que cuando llegamos á la cabeza del ejército que ocupaba el regimiento de Dragones á que pertenecíamos, ya no era un misterio el gran suceso que se preparaba.

REVOLUCION DE AREQUITO.

Al mismo tiempo que campaban en Arequito los primeros cuerpos del ejército era que yo me incorporaba á mi regimiento y que supe muy rápidamente que el Gene-

ral D. Juan Bautista Bustos, Gefe de E. M. G. interino, se ponía á la cabeza del movimiento que efectivamente debia tener lugar esa noche (1). Cuando me presenté en el Cuartel General para dar cuenta de mi comision é hice saber al General la desercion de once hombres, me manifestó el mas marcado disgusto pero con la circunstancia de que pareció no quedar satisfecho con mi conducta. ¡Ah! ¡Qué deseos tenia de hablar con mas franqueza! Quizá le hubiese dicho algo, no que comprometiese á mis compañeros, pero que le revelase el estado desfavorable del ejército, si es que no lo sabia ó sospechaba. ¿Podria llegar á tanto la ciega confianza del General? no lo sé; lo cierto es que yo me retiré de su tienda con el mas grande desagrado.

De allí me dirigí á la del General Gefe de E. M. G., de quien quise saber personalmente que precederia al movimiento en cuestion, lo que conseguido me retiré resuelto á participar y cooperar decididamente á él y arrostrar todas sus consecuencias. Todos mis amigos particulares estaban comprometidos y me resolví á seguir su destino.

Cuando volví á mi campo me impuse de que los regimientos N.º 2 y 10 de infanteria y toda la caballeria estaban complotados y que aunque se tenian muchas probabilidades de los otros cuerpos, no se habia querido invitarlos, por no comprometer demasiado el secreto y por no ser necesarios. Efectivamente, mas de cien bocas hablaban en misteriosos corrillos, de lo que debia verificarse dentro de algunas horas, sin que ni una sola traicionase su compromiso.

Puedo asegurar con la mas perfecta certeza que no

(1) El coronel Bustos á consecuencia de las acciones de guerra del Fraile-muerto y Herradura, habia sido condecorado con el empleo de Coronel Mayor y desempeñaba las funciones de Gefe de E. M. G., como el General Cruz las de General en Gefe. Bustos dejó en consecuencia de mandar el N.º 2 de infanteria, pero conservaba la influencia.

habia la menor inteligencia ni con los gefes federales ni con la montonera santafesina; que tampoco entró ni por un momento en los cálculos de los revolucionarios unirse á ellos ni hacer guerra ofensiva al gobierno ni á las tropas que podian sostenerlo: tan solo se proponian separarse de la cuestion civil y regresar á nuestras fronteras amenazadas por los enemigos de la independencia: al menos este fué el sentimiento general mas ó menos modificado de los revolucionarios de Arequito: si sus votos se vieron despues frustrados, fué efecto de las circunstancias y mas que todo de Bustos que solo tenia en vista el Gobierno de Córdoba del que se apoderó para estacionarse definitivamente.

Supe tambien á mi llegada al ejército que el dia antes una partida de mi regimiento á cargo de un cabo Torres cordobés, habia dado caza á otra montonera con buen resultado: el cabo habia sido elogiado en la órden del dia, elevado á sargento y colocado á la cabeza de una partida doble. Engolosinado con el suceso del dia anterior, se habia separado del ejército ese mismo dia mas de lo regular y habia sido su partida completamente acuchillada. Este contraste poco importante habia causado una impresion tan desproporcionada á su tamaño que servia á la vez para probar las malas disposiciones del ejército. Me causó asombro ver los semblantes casi desconcertados por la pérdida de diez ó quince hombres.

Así pasó el dia sin que se notase el menor síntoma de la próxima borrasca; todo al parecer estaba tranquilo mientras en secreto se combinaban los medios de asegurar la ejecucion de lo que se proyectaba. Fuese que el terrible calor del dia tenia los cuerpos como aniquilados, fuese que despues de tomada una resolucion se siente uno como aliviado del peso que ha sufrido para adoptarla, fuese en fin una casualidad ó mi disposicion individual, pareceme que ese dia reinó mas calma que los que le habian precedido. Llegó la noche y en nada se alteró el servicio y la rutina de costumbre.

Seria la mitad de ella cuando mi regimiento se puso á caballo, al mismo tiempo que se arrestaba al coronel de él D. Cornelio Zelaya y se le entregaba á una guardia del mismo cuerpo mandada por el teniente D. Hilario Basabilbaso. A la misma hora tomaban las armas el regimiento de infantería N.º 2 y el batallón N.º 10 en el centro de la línea y en la izquierda montaba á caballo el regimiento de Húsares del mando del coronel La Madrid. Este jefe no fué arrestado y quedó en su campo con un piquete de ciento ó mas hombres de infantería, provisoriamente destinados á la caballería y armados como tales, porque habiéndose retardado el movimiento por alguna circunstancia no tuvieron tiempo de hacerlos ensillar sus caballos.

El coronel del N.º 10 D. Manuel Antonio Pinto (hoy General de la República de Chile) fué arrestado por el capitán D. Anselmo Acosta que hacía las funciones de mayor: el coronel graduado D. Bruno Moron que mandaba el N.º 2 fué dejado tranquilo en su tienda, pero sintiendo que se movía su cuerpo salió á ponerse al frente de él y allí fué arrestado y reunido á los jefes que lo habian sido antes: el mayor del regimiento Castro se puso al frente de él.

El General Bustos cuando le pareció tiempo y despues de haber hecho uncir los caballos de su carretón y que iba á moverse se dirigió á la tienda del General Cruz á quien dijo: "*Compañero levántese que en el ejército hay gran movimiento.*" Dicho esto salió sin dejar el carretón á incorporarse con los revolucionarios.

Estos no hicieron mas que marchar al frente seis ú ocho cuadras y formarse esperando que fuese de dia. Al rayar la aurora vino un ayudante de parte del General en Jefe á preguntar "*que movimiento era aquel y de orden de quien lo habian ejecutado,*" previniendo al mismo tiempo que volviesen á sus puestos. La contestacion fué "*que aquellos cuerpos no seguirían haciendo la guerra civil y que se separaban del ejército.*"

Como la caballeria habia reunido las caballadas y boyadas del pastoreo pidió General Cruz que se le devolviesen las que correspondian al parque comisaria y cuerpos que le quedaban para continuar su camino á Buenos Aires y se le contestó afirmativamente, pero á condicion de que entregaría la mitad de la comisaria y parque como correspondiente á la parte del ejército que se habia separado. En estas negociaciones se invirtió parte de la mañana, despues de lo cual y al parecer convenidos ambos gefes nos retiramos hasta quedar los dos campos á una legua corta de distancia pero á la vista.

Las boyadas y caballadas reclamadas se entregaron al General Cruz y á medio dia empezaron á uncir los bueyes á las carretas y á prepararse para marchar. Todos creíamos que la mitad del convoy se dirigiría á nuestro campo, pero como á las dos de la tarde emprendió la columna su marcha internándose en la provincia de Santa Fé y arrastrando cuanto tenia. Entonces se gritó en nuestro campo que el General en Gefe faltaba á lo prometido y para obligarlo á que lo cumpliese se mandó montar toda la caballeria y ponerse en seguimiento de la columna á las órdenes del teniente coronel de mi regimiento coronel D. Alejandro Heredia. Debo advertir que los gefes que fueron arrestados por la noche se habian ya puesto en libertad y se habian restituido á la parte del ejército que no habia entrado en el movimiento; es decir se habian reunido al General Cruz.

Sin exceder el aire de nuestra marcha de un trote regular nos fuimos aproximando á la columna que seguia sin cesar su movimiento, en términos que como á las dos leguas de su camino ya no nos separaban de ella sino diez y ocho ó veinte cuabras y quizá menos: la vacilacion fué entonces patente, y el *alto* que se hizo fué solo para mandar un gefe que fué el coronel D. Benito Martinez á preguntar lo que significaba nuestro movimiento. El coronel Heredia le contestó que iba á exigir la parte del convoy que

se había prometido y sin la que no volvería: regresó con esta contestacion, mas cuando volvió las circunstancias habian variado y tomaban un aspecto mas alarmante. Se habia presentado por el frente una partida de la montonera y guerrillaba á los exploradores: la audacia de los montoneros anunciaba la proximidad de una fuerza mayor. La única caballeria que quedaba al General Cruz que era el piquete de infanteria montada de que ya hice mencion, repentinamente se separó de sus filas y tomó el galope para venir á incorporársenos, al menos en su mayor parte.

Nosotros no alcanzábamos á ver la guerrilla enemiga que la ocultaban algunas lomas, mas la segunda venida del coronel Martinez nos instruyó de este incidente: dijo tambien que el General Cruz se resignaba á todo y que iba á contramarchar para volverse al campo de donde acababa de salir. Efectivamente así lo hizo y nosotros regresamos tambien acompañando la columna á su retroceso. Era ya de noche cuando volvimos á nuestros respectivos cuerpos, quedando las cosas en el mismo estado en que se habian encontrado al amanecer de ese dia.

A la madrugada del siguiente oímos un gran tiroteo en el campo del General Cruz é inmediatamente montó la caballería al mando siempre del coronel Heredia y marchamos en direccion al fuego de fusil y aun de cañon que cada vez se hacia mas vivo: cuando nos aproximamos, permitiéndonos ya la claridad del dia distinguir los objetos, vimos que una fuerza como de trescientos ó cuatrocientos montoneros hostilizaba el campo del General Cruz sosteniendo fuertes guerrillas. Con nuestra presencia se contuvieron algo, pero como insistiesen en su empeño el coronel Heredia les hizo intimar por medio del teniente Basabilbaso que si continuaban los cargaría: que en cuanto á lo demas el ejército se abstendria de toda hostilidad y que en prueba de ello se habia hecho el movimiento y separacion de que eran testigos y que hasta entonces no se habian podido ellos mismos explicar. Era así efectivamente porque hasta entonces no

habia habido la menor inteligencia con los santafesinos, ni ellos comprendian una palabra de la separacion de nuestras fuerzas ni de las marchas y contramarchas del dia antes.

El fuego cesó y los montoneros se retiraron como á una legua de distancia. El General Cruz se resignó á dejar el mando enteramente, entregando á Bustos toda la fuerza y pertenencias del ejército. Inmediatamente desfilaron los cuerpos que le habian quedado, separándose los gefes para incorporarse á sus compañeros ya destituidos. Con esto quedó terminado el movimiento de Arequito, el ejército todo á las órdenes del General Bustos, quien nombró Gefe del E. M. G. al coronel Heredia. Los gefes que tuvieron parte activa en él fueron los dos que acabo de nombrar, el mayor Gimenez de Dragones, el mayor Castro del N.º 2 y yo que era comandante de escuadron. Algun otro se reunió esa misma mañana del movimiento que no recuerdo en este momento (1).

El General Cruz y todos los gefes que lo habian seguido se destinaron bajo una guardia á un punto en que sin estar en contacto con el ejército estuviesen garantidos de todo insulto por parte de los montoneros que los pedian con empeño. Debo decir que á nadie se le pasó por la imaginacion acceder á su insensata demanda y que fueron considerados en cuanto podia ser.

Hecho con los montoneros el arreglo que he referido estuvieron algunos en nuestro campo, pero demostrando siempre una remarcable esquivez: luego fuimos al suyo algunos gefes y oficiales y no nos chocó menos su aire feroz, aquella odiosidad concentrada contra el partido que combatian y aquella terrible prevencion contra todo lo que podia decirse civilizado. Nuestro empeño fué templar con persuasiones y ejemplos su excesiva exaltacion, de-

(1) De estos fueron el teniente coronel D. Juan Estobar y el mayor D. Ramon Lopez.

armar aquellos caracteres de fierro y reconciliarlos hasta donde era posible con la civilizacion. Pienso que algo conseguimos, al menos con el gefe que mandaba aquella division que era un comandante La Rosa, y aun sino me engaño desde entonces á pesar de que los sucesos militares contribuian á exasperar los ánimos, no hubo tanto encarnizamiento y sí algunas disposiciones á la paz que se hizo despues de unos cuantos meses.

El ejército no perdió tiempo en regresar, y á la verdad que era preciso sino se queria esponerlo á nuevos sacudimientos que podian traer sus relaciones con los montoneros y mas que todo con los gefes de ellos, entre los que se contaba el célebre D. José Miguel Carreras. Era consiguiente que estos luego que supiesen lo sucedido se apresurasen á sacar para ellos las ventajas posibles del desquicio que acababa de tener lugar y el mejor medio de precavernos era alejarnos. Así se hizo.

¿Produjo bienes el movimiento de Arequito? ¿Fué causa de los males que sufrió en seguida el pais? ¿Precavió otros mayores? ¿Sin el se hubiera constituido la República? Cuestiones son estas que yo no sabré resolver, pero si diré con la franqueza que me he propuesto que jamas pensaron sus autores que sobreviniese el cúmulo de desgracias y desórdenes de que hemos sido testigos y en cuanto á mi puedo asegurar que si los hubiera remotamente previsto, aun cuando crea que sin el se hubiera mas ó menos pasado por los mismos trances, me hubiera abstenido de tomar parte dejando la responsabilidad á quien realmente le incumbia. Quiero decir que si, sin el movimiento de Arequito hubieran sobrevenido iguales ó quizá mayores males á nuestro pais, no hubiera habido ocasion de hacer responsables de ellos á los autores de dicho movimiento, quienes en su mayor parte se condujeron por motivos nobles y patrióticos y con las mas puras intenciones.

No me empeñaré en justificar el movimiento de Are-

quito, pero si él fué un error no puede desconocerse que se ha empleado generalmente una severidad y acrimonia inaudita para juzgarlo. Si la misma se hubiese usado respecto de otras asonadas de no menor consecuencia y mas notables por su prioridad, podria creerse que las censuras eran fruto de la sinceridad y de principios establecidos; pero no ha sido así y hemos visto que los mismos que capitanearon sediciones en grande escala, que desconocieron los primeros las autoridades nacionales, los que concurrieron tambien activamente á derribarlas cuando se han permitido hablar de Arequito lo han hecho con un language cáustico, y séame licito decirlo, han hecho sus acusaciones con una solemnidad que de puro afectada tenia visos de cómica.

Por ejemplo un General que me ha disputado mil veces la prioridad y la superioridad de sus derechos al honroso título de argentino, al hablar del movimiento de Arequito en una nota con que acompañó una memoria del General Belgrano lo ha hecho con un tono, con un énfasis aun mas solemne que el que emplean los rancieros aristócratas de Francia al designar los regicidas del año 1793. Aun hace mas, pues no contento con cargar á los autores del enunciado movimiento una responsabilidad inmensa, de atribuirles todos los males de la patria y de lanzarles un eterno anatema, usa de misteriosas reticencias y corta sus fulminantes conceptos con una sérte de puntos suspensivos, para dejar á la consideracion del lector lo que le queda aun por decir. Todo esto á mi modo de ver no significa sino que él y quizá otros se la tenian guardada á los de la revolucion de Arequito, y que no pierde la esperanza de sacársela á su tiempo y oportunidad.

Ojalá que el país no tuviera otros males que deplorar, ni otros crímenes que castigar! ¡Ojalá no hubiera otros delincuentes, pues nuestra patria seria menos desgraciada! Pero este General al espresarse así no solo se olvida de los males de la Dictadura actual, sino que parece ha-

berse borrado de su memoria que fué uno de los principales revolucionarios en 1815 desconociendo la primera autoridad, dándose las manos con el proto-anarquista D. José Artigas y convirtiendo sus armas contra ella: él fué quien mas eficazmente que otro alguno contribuyó á derrocar el Gobierno General empleando el elemento campesino, pues que solo fué entonces que las bandas de Artigas tomaron un ascendiente de que despues fué imposible variarlas.

Despues de considerar la revolucion de Arequito bajo su carácter político diré algo por lo que respecta al militar. Es fuera de duda que si se juzga aisladamente es un crimen contra la disciplina, pues que los subalternos deliberaron y resolvieron quebrantar sus leyes: pero este argumento hecho de un modo absoluto, no solo podria emplearse contra los revolucionarios de las Fontezuelas y casi todos nuestros militares, sino hasta contra los autores de la revolucion de Mayo que desconocieron la autoridad del Virrey y Capitan General Cisneros. Será pues preciso hacer alguna excepcion y poner algun límite à esa subordinacion que soy el primero en reconocer como el principal fundamento del órden militar. Es sensible que nuestros legisladores no se hayan ocupado de esto y hayan dejado à nuestros militares à merced de las facciones ó mejor diré de las sugerencias interesadas de los verdaderos revolucionarios. Es punto este muy interesante de nuestra constitucion, cualquiera que sea su forma, para que deba desearse. Su solucion importa al honor de la milicia, à la quietud pública y à la estabilidad de los Gobiernos.

Si el General Belgrano hubiese rehusado venir con su ejército de Tucuman para empeñarlo en la contienda civil; si hubiese hecho lo que el General San Martin y entendiéndose ambos hubieran de consumo obrado contra los españoles que ocupaban ambos Perús, es fuera de duda que las armas argentinas hubieran coronado la obra de independencia del continentè sud-americano, sin que nuestros ma-

les en el interior hubiesen sido mayores: quizá muchos se hubieran ahorrado, además de la mayor suma de gloria que nos hubiera resultado; pero estos dos hombres eminentes miraron las cosas de diverso modo, marcharon por distintos caminos y sus esfuerzos que reunidos hubieran dado un inmenso resultado se consumieron aisladamente.

Cuando comparo el modo con que han sido juzgadas tantas revoluciones que ha habido en nuestro país y la severidad con que muchos han condenado la de Arequito, disculpando, sino santificando las otras con su silencio, me vienen los más positivos deseos de tener una capacidad superior, bastante al menos para tratar dignamente un negocio que lo creo de gran interés para nuestro país. ¡Ojalá que algún argentino ilustrado, imparcial y desapasionado se encargue de esta honrosa tarea y logre el fin de sus esfuerzos!

El ejército continuó su marcha sobre Córdoba sin que hubiese anudado otras relaciones con los montoneros que las muy insignificantes que he referido: más que de amistad eran de una perfecta indiferencia si se exceptúa el empeño que se puso en atenuar los sentimientos reconrosos que agitaban á aquellos hombres. Estábamos en la Herradura á cuarenta leguas de Córdoba cuando se anunció la llegada de D. José Miguel Carrera y de D. Cosme Maciel, secretario del Gobierno de Santa-Fé. Fácil era colegir que su gran objeto era comprometer al ejército hasta ponerlo en sus intereses y arrastrarlo nuevamente á la guerra en el sentido contrario de su primera destinación. Nada consiguió Carrera y aun menos Maciel, hombre vulgar aunque de un exterior meditabundo. Ese arte de ganar á los hombres, ese poder de fascinación que se atribuía al primero en grado eminente, no tuvo ni el más pequeño valor. Nunca dirigí á Carrera la palabra ni él me la dirigió á mí en la noche que lo ví, pero lo oí hablar mucho y no sentí esa fuerza de atracción que decían irresistible; ni ví más que un hombre fuertemente preocupado

de los negocios de Chile de que hablaba sin cesar, olvidando los nuestros. Por supuesto que el General San Martín era el principal blanco de sus tiros, lo que no podía menos de desagradar á los que como él solo querian ocuparse de la guerra de la independencia. De todo ello dedusco que el célebre Carrera no conoció el terreno que pisaba y que hizo su viaje inútilmente. Despues de estar una noche se retiró diciendo á sus confidentes, segun despues supe, que lo único que habia encontrado regular en nuestro ejército era el coronel Heredia, sin duda porque algunas espresiones alti-sonantes y algunas frases bombásticas que sabia emplear le hicieron concebir mas esperanzas de él que de los otros. En cuanto á lo demas puedo asegurar que nada se acordó con él, ni quedaron establecidas mas relaciones que las de mera ceremonia.

Luego que en Córdoba se supo el cambio del ejército el Gobernador Dr. D. Manuel Antonio Castro abdicó el mando y fué elegido popularmente el coronel D. José Diaz como Gobernador Provisorio. Casi al mismo tiempo y sin que hubiese ocurrido acuerdo ni la menor combinacion sucedía en Santiago del Estero el movimiento que colocó en el mando al comandante D. Felipe Ibarra que rige hasta hoy en aquella provincia, y en San Juan se sublevaba el batallon N.º 1.º de los Andes. El coronel Alvarado ocurrió desde Mendoza con el regimiento de Granaderos á caballo para sofocar la rebelion, pero tuvo que volverse de medio camino y ganar Chile á toda prisa temeroso de que se comunicase el contagio. En Mendoza y demas pueblos hubo tambien cambios de Gobierno reemplazando á los nombrados por el Gobierno Nacional los elegidos por el pueblo. Los pueblos subalternos imitaron á las capitales y se desligaron en seguida constituyéndose en provincias separadas. De este tiempo data la creacion de las trece que formaban la república, hasta que vino á aumentarse este número con la de Jujuy que se separó últimamente.

A fines de Enero entró en la ciudad de Córdoba el ejército para cuyo recibimiento se habían hecho los mas entusiastas preparativos. Las damas por su parte quisieron manifestar su simpatía haciendo una demostracion propia. Reunidos los gefes y oficiales del ejército en la casa que habia sido destinada al General Bustos donde habia preparados abundantes refrescos, se presentaron por la noche mas de treinta señoritas vestidas con los colores patrios y llevando cada una un hermoso ramo de flores. Despues de entonada y cantada á coro una cancion análoga y recitado un elocuente discurso en honor del ejército y de sus gefes por una señora que las presidia, todas á imitacion suya que presentó su ramo al General, hicieron lo mismo con los suyos á los gefes y oficiales presentes. Al dia siguiente se dió un gran convite á que asistió toda la oficialidad y gran parte del vecindario, en que se pusieron á contribucion las Musas para cantar el triunfo de la libertad: al menos así se decia. Por la noche hubo un lucido baile en que no fué menor la concurrencia.

Desde que supo Bustos en el camino la eleccion de Gobernador la desaprobó quejándose de que no se le habia consultado y dando á conocer desde entonces que deseaba para sí el Gobierno de la provincia. Como el partido vencedor en Córdoba era el que habia promovido la eleccion, Bustos se indispuso con él y desde entonces empezó á plegarse al que acababa de ser vencido. Este abrazó el medio que se le presentaba de sobreponerse á su contrario y antes de un mes de su derrota volvió á tomar la ofensiva y no la dejó hasta cantar victoria entronizando definitivamente á Bustos. Sig. duda que el partido que se decia liberal y al que despues de haber servido anonadó este General se componia de los hombres mas distinguidos por sus luces, por su patriotismo desde 1810 y aun por el lugar que ocupaban en la escala social, pero al mismo tiempo era el menos práctico, el mas delicado en la adopcion de los medios y el menos á propósito para dirigir una

revolucion; en una palabra (si se me permite usar de una gran comparacion) el partido de la Gironda en pequeño.

Se hicieron elecciones para representantes en que prevaleció el partido que fomentaba Bustos: al nombrar el Gobernador propietario solo un voto le faltó de modo que se recibió del Gobierno sin que pudieran sus contrarios tachar su eleccion. Sin embargo continuaba la oposicion trabajando como podia, pero con tan poco resultado como lo veremos en seguida.

Los gefes destituidos por la revolucion de Arequito en el ejército, desde antes de llegar á Córdoba habian obtenido libertad y permiso para ir donde quisiesen: la mayor parte de ellos se dirigió á Tucuman y el General Cruz prefirió quedarse en Córdoba. Buscó una quinta y yo le ofrecí una de que podia disponer: la aceptó y vivió en ella algunos dias hasta que por una medida de política le mandó el Gobierno que saliese de la provincia: él eligió la de Mendoza para su residencia y se le notificó que lo acompañaría un oficial con cuatro soldados hasta salir del territorio de la que dejaba. Esta orden lo alarmó mucho temiendo que se diesen al oficial órdenes secretas contrarias á las que á él se le significaban; me lo dijo y lo tranquilicé haciéndole saber que siendo de mi regimiento la partida destinada, á mí me incumbia la nominacion del oficial que seria de toda mi confianza; le ofrecí recomendarlo muy particularmente y lo hice á su satisfaccion. El ex-Gobernador Castro tuvo el mismo destino.

Cuando un oficial Corro, salteño, que mandaba despues de Mendizabal el batallon N.º 1.º sublevado en San Juan, se dirigió sobre Mendoza, fué el General Cruz puesto á la cabeza de las fuerzas que se opusieron á aquel caudillo: no llegó el caso de batirse porque Corro tuvo por mas prudente retirarse desde medio camino. Habiendo errado este golpe trató de marchar á Salta por la Rioja, donde lo esperaban nuevos desastres hasta que pereció miserablemente en Tucuman el año siguiente. Mendizabal

fué mas tarde remitido á Lima donde lo hizo fusilar el General San Martin.

Entretanto la guerra habia vuelto á encenderse y los santafesinos ganaron la accion de Cepeda que les abrió las puertas de Buenos Aires. Con solo la noticia de esta derrota habia caido el Directorio dando lugar á la eleccion del Sr. Sarratea y á los célebres tratados del Pilar que tuvieron menos duracion que la que podian esperar los incrédulos. Los federales se habian retirado, mas á consecuencia de lo sucedido tuvieron que volver. Esta vez ya no lograron hacer prevalecer sus ideas ni su candidato, aunque hubiesen engrosado su partido con la adquisicion del General Alvear y una multitud de gefes y oficiales de distincion que fueron proscriptos y que volvieron poco despues sin que nadie se acordase de su proscripcion. Carrera, habia logrado sacar los chilenos y muchachos que no lo eran de los cuerpos veteranos para formarse una fuerza propia. Sin embargo de su derrota de San Nicolas conservó en los que escaparon un núcleo de poder que puso en sérios cuidados á la República.

La nueva victoria que obtuvieron las tropas de Buenos Aires en el arroyo del Medio contribuyó tambien á equilibrar la guerra, hasta que la sangrienta derrota del Gamonal vino otra vez á inclinar la balanza en favor de Santa-Fé y Entre-Rios, cuyo Gobernador D. Francisco Ramirez empezaba á ser un personaje de notable importancia. No obstante esta ventaja ambos beligerantes se preparaban para nuevos combates cuando se trató en Córdoba de mandar una comision mediadora que se interpusiese entre los contendientes y los excitase á la reconciliacion. Se me indicó á mí como uno de los que debian componer la comision acompañado del Dr. D. Saturnino Allende; pero un Dr. D. Lorenzo Villegas ambicionó esta comision y supo insinuarse en el ánimo de Bustos que lo prefirió á mí. Ni antes habia hecho la menor diligencia para obtener el nombramiento, ni despues la hice para que

se revocase; ni aun me di por ofendido, en tales términos que mis relaciones con el Dr. Allende que sin duda tuvo parte en el nombramiento de Villegas, no padecieron la menor alteracion. La diputacion marchó y la paz se hizo. Despues se ha disputado la parte que tuvo ella en la conciliacion, pero ademas de que no es este lugar para tratar del asunto, es una miseria que debe relegarse al olvido: el bien se hizo, y esto basta. ¿Qué importa para el pais que entonces sufria horribles conflictos, quienes fuesen los que indicaron el remedio?

El coronel Heredia Gefe del E. M. G. instaba á Bustos sin cesar para que lo dejase marchar por lo menos con una parte del ejército á las fronteras de la República, arguyendo que la revolucion se habia hecho para llevar al ejército contra los españoles y no para venir á meterse en Córdoba. Al fin Bustos como para librarse de un compañero importuno le dió los regimientos de Dragones y Húsares y lo dejó partir. Marchando mi regimiento, era natural que yo tambien lo hiciese y ademas fui vivamente solicitado por Heredia: mas no quise hacerlo porque preveia lo que debia suceder y porque estaba poseido del mas grande tedio hácia las cosas de la revolucion y públicas; mi deseo dominante era retirarme. Si habia tomado parte en el movimiento de Arequito, tuve las mas puras intenciones, que no vinieron à mancharlas ni un sentimiento de ambicion ni otro menos noble: el rumbo que tomaban los negocios me desengañaba penosamente, y solo en la vida privada creia hallar algun descanso. Cuando Bustos, sin saberlo yo, me hizo estender los despachos de coronel y me los entregó en persona, se los devolví diciéndole que podria creerse que mi proceder habia sido interesado: que por lo mismo nos los admitia, sin dejar por eso de agradecer la distincion con que me honraba. Quedaron sobre su mesa.

Heredia marchó y yo me retiré sin mando ni destino en el ejército á vivir á una quinta, donde estrangero á las

cosas públicas permanecí muchos meses. De allí me hizo llamar Bustos para ofrecermé el Estado Mayor é instarme á que me hiciese cargo de él: mis amigos unieron sus empeños, y yo me ví otra vez metido en la carrera pública.

Mis principios, mi carácter y mi genio no podian avenirse con la apatía, la estrechez y las tendencias de Bustos: esto lo conocian todos y mas que nadie los que me eran afectos, pero de eso mismo sacaban sus argumentos para probarme que era el medio de corregir los defectos de este. ¡Vanos discursos! ¡engañadas esperanzas! los males siguieron sin que pudiese detenerlos. El ejército se disminuía rápidamente, si podia llamarse ejército lo que quedaba: la disciplina padecía: las pasiones políticas se agitaban en todo sentido: el horizonte se cargaba cada vez mas y Bustos impasible dejaba pasar los dias sin prepararse para resistir á la tormenta que rugía por todas partes.

Los gefes del partido federal se habian dividido separándose Ramirez y Carrera de Lopez que se habia unido á Buenos Aires: la guerra iba á estallar sin que la provincia de Córdoba pudiese ser indiferente en la contienda: el partido de oposicion á Bustos no cesaba de maniobrar para evitar la destruccion que lo amenazaba, y estaba espuesto en su desesperacion á aprovecharse de cualquier coyuntura sin escluir la que le ofrecian los primeros de estos caudillos. Así lo hubieran hecho otros en su lugar; pero esos hombres á quienes ya comparé con los Girondinos sintieron escrúpulos de servirse de unos instrumentos tan peligrosos como reprobados y prefirieron sucumbir fieles á sus principios de orden y libertad, á triunfar con el desórden. Si este es un defecto para hombres de partido, debo confesarme culpado, pues que adolezco de él en grado superlativo. Mas tarde, perseguido, proscripto, fugitivo, rehusé obstinadamente reunirme á unos hombres cuyos principios no concordaban con los míos. Despues explicaré mejor esto.

El proto-federal, el archi-caudillo Artigas empujado y vencido por los portugueses que invadieron la Banda Oriental habia pasado al Entre-Rios donde contaba continuar ejerciendo su selvático poder y seguir tratando al ya orgulloso Ramirez como un teniente y subalterno suyo. Las cosas habian variado y el oficial de carpintero (1) se habia creado bastante para sufrir en el mismo territorio que mandaba soberanamente otro poder que sobrepasase el suyo. Sin muchos preámbulos se declararon ambos la guerra y se prepararon al combate: Artigas era mas poderoso en fuerzas, pero las de Ramirez aunque mucho mas pequeñas eran mas disciplinadas. El éxito no fué dudoso y Artigas completamente batido en las inmediaciones del Paraná, perseguido tenazmente tanto en Entre-Rios como en Corrientes por su vencedor, no tuvo otro remedio que asilarse en el Paraguay (2) donde ha permanecido hasta ahora.

Juzgo que no está demas advertir que el General Ramirez fué el primero y el único entonces de esos Generales caudillos que habia engendrado el desorden, que puso regularidad y orden en sus tropas. A diferencia de Lopez y Artigas estableció la subordinacion y adoptó los principios de la táctica, lo que le dió una notable superioridad. Mas el mismo uso que quiso hacer de esa superioridad, ayudado de una mala fortuna prepararon su caida y causaron su muerte como luego veremos.

(1) Pienso haber oido que Ramirez tuvo este oficio.

(2) El año 1846 he conocido al anciano Artigas en el Paraguay despues de veinte y seis años de detencion ya voluntaria, ya involuntaria y de donde es probable que no salga mas. Tiene mas de ochenta años de edad, pero monta á caballo y goza de tal cual salud. Sin embargo, sus facultades intelectuales se resienten sea de la edad, sea de la paralización física y moral en que lo constituyó el Dr. Francia, secuestrándolo de todo comercio humano y relegándolo al remotísimo pueblo de Curuguaity: el actual gobierno lo ha hecho traer á la capital, donde vive mas pasablemente. Su método de vida, sus hábitos, y sus maneras son aun las de un hombre de campo.

Habia ya principiado el año 1821 cuando él desistió de la guerra que proyectaba hacer al Paraguay, para dirigir sus armas contra Buenos Aires. Como Lopez fiel á sus tratados no quisiese darle cooperacion, resolvió atacar primero á la provincia de Santa-Fé y con este objeto pasó el Paraná con la caballeria en las cercanías de Coronda mientras el comandante Mansillá (hoy General de Rosas) que estaba á su servicio, ocupaba Santa-Fé con infanteria y artilleria. Nada hay que nos revele el verdadero plan que se proponia ejecutar, pero es probable que pensaría reunir todas sus fuerzas luego que venciese las primeras dificultades; plan sin duda erróneo porque prevenidos como estaban sus enemigos, esas primeras dificultades eran el todo, y para sobreponerse á ellas era muy conveniente reunir todos sus medios y hacer obrar simultáneamente todo su poder.

Mansilla ni aun puede decirse que desembarcó en Santa-Fé, pues aunque puso el pié en tierra, ni ocupó la ciudad que estaba desguarnecida, ni hizo cosa de provecho y se volvió inmediatamente á la capital de Entre-Rios dejando á su General y benefactor á merced de sus enemigos. Es probable que Mansilla habia concebido ya y empezaba á poner en planta la traicion que consumó sentándose en la silla que quedó vacante por ~~la~~ derrota y muerte de Ramirez. No hizo de todo esto el menor escrúpulo y se ligó en seguida con los que antes habia ido á combatir.

Ramirez luego que atravesó el Paraná con mil hombres próximamente de buena caballeria tuvo á su frente el ejército de Buenos Aires compuesto tambien de sola caballeria á las órdenes del coronel D. Gregorio Araoz de La Madrid, quien aunque tenia doble fuerza fué completamente batido. Restaba aun Lopez que se aproximaba con sus santafesinos sobre quienes contaba Ramirez obtener una victoria fácil: pero se engañó. Este fué uno de esos sucesos casuales que dan la victoria al que menos la me-

rece. Quizá la suma confianza del gefe entrerriano fué la causa principal de su derrota. Al anochecer en un terreno que poco conocia, ó que conocian mucho mejor sus contrarios, se aventuró en cargas imprudentes que aunque fueron felices al principio, acabaron por desorganizar su fuerza y dar la ventaja á sus enemigos. Téngase presente que los santafesinos, como tropas de puro entusiasmo eran excelentes en ese combate casi individual á que ellos llamaban *entrevero*, que resulta del desorden de las líneas que han roto su formacion, ya sea en ataque ó en retirada. Por eso era la mejor precaucion conservar en lo posible el orden de las filas, como lo probé prácticamente en la Herradura.

Hasta la hora en que se dió la batalla fué fatal á los vencidos; no solo porque con la oscuridad no pudieron ligar convenientemente los movimientos de sus alas, sino porque los prófugos no pudieron reunirse en tanto número como si hubiese sido de dia ó hubiesen conocido mejor el terreno. De todos modos, Ramirez se condujo como un valiente y un hombre de cabeza, pues no pudiendo evitar su desastre, se propuso repararlo en cuanto le era posible.

Con los restos que pudo reunir trató de incorporarse á Carrera que desde meses antes se hallaba en la campaña de Córdoba á donde me es forzoso trasladarme para anudar los sucesos que quedaron interrumpidos.

Seria muy prolijo y hasta fuera de propósito ocuparme de los defectos de que adolecía el Gobierno de Bustos, que ya á cara descubierta no trataba de otra cosa que de perpetuarse en su gobierno. Caudillo á su manera se ocupaba menos de captarse el aura popular por acciones notables, que de imposibilitar una combinacion contraria á él, enemistando las clases y hasta promoviendo á solapadamente las disensiones entre las familias mas distinguidas. Algo parecido á Ibarra Gobernador de Santiago, no ofrecía ni buscaba mejoras de ninguna clase, pero en desquite dejá-

ba vejetar el pais en una quietud absoluta. No solo no procuraba el progreso, sino que dejaba correr los abusos y hasta los alentaba, de modo que si no habia eutusiasmo por él, tampoco habia animosidad en las masas ignorantes del pueblo. No es decir que no desease hacerselas propicias, pero marchaba hasta en esto con su tan genial lentitud, que poco habia avanzado en la época que voy describiendo. Tampoco es que dejase de haber tendencias en el gauchage á la licencia y desenfreno de que tantas lecciones le habia dado el de Santa-Fé, pero tampoco estas pasiones habian llegado ni con mucho al grado de exaltacion en que las manifestaran sus vecinos. De todo pues habia un poco, sin que se tocase á los excesos: para llegar á ellos era preciso que ocurriesen circunstancias especiales, como podia acontecer de un momento á otro.

Tanto Bustos como sus contrarios deseaban aprovecharse de estas disposiciones: mas sea dicho en honor de todos, que ninguno pasó de los límites racionales y que ambos partidos rehusaron á su vez entregar el pais á los horrores de la anarquía y del desórden.

Carrera hizo cuanto pudo por anudar sus relaciones con Bustos; mas este lo supo conservar á una cierta distancia, hasta que la naturaleza de las mismas cosas produjo la ruptura. Así á los fines del año 1820 se presentó el capitán Urra, chileno, graduado de doctor en su pais y que poseia toda la confianza de aquel: su mision consistia en reclamar á nombre de su gefe todos los chilenos que hubiese en el ejército, á lo que Bustos se negó redondamente. Es muy probable que traería el encargo secreto de tantear á algunos oficiales y promover una conspiracion: lo cierto es que poco despues se descubrió que el capitán Druet del N.º 9 (francés de origen é hijo del maestro de posta que arrestó á Luis XVI en Varennes, como me lo aseguraron otros franceses y él lo decía) seducía unos cuantos sargentos para que sublevasen la tropa que pudiesen ir con ellos á reunirse á Carrera. Puesto Druet en prision y su-

geto á un proceso se probó todo, lo confesó todo, y temía el mismo por tan seguro su suplicio, que solo pidió por gracia que el día de su muerte se le permitiese dar un convite de despedida á sus amigos en la misma *Capilla*. Hacía el *programa de la funcion* y aun se ocupaba de algunos preparativos, cuando recibió la noticia de que el Gobierno por una indulgencia que él no esperaba, mandaba sobreseer en la causa y se limitaba á desterrarlo de la provincia. No se hizo de rogar y salió inmediatamente para Mendoza de donde pasó á Chile. Menos feliz el capitán Urra, fué algunos meses despues tomado prisionero en San Juan y fusilado.

Desde el momento en que Lopez Gobernador de Santa-Fé escuchò las proposiciones pacíficas que le hizo el Gobernador de Buenos Aires, no podia Carrera que solo queria incendiar todo, conservar sus buenas relaciones con él: las cortò pues levantando bruscamente su campo del Rosario del Paraná ó sus cercanías é internándose al sud en busca de los indios pampas cuya amistad habia procurado. Esto solo bastaría para probar que Carrera se habia propuesto llevar á cabo su obra á todo trance, sin que hubiese consideracion de ningun género que lo detuviera; mas despues quiso aun darnos otras pruebas de que estaba resuelto á emplear toda clase de medios por reprobados que fuesen, á trueque de poner el pié en Chile y trastornar el órden allí existente. No entraré á juzgarlo, porque demasiado comprendo la fuerza de las grandes pasiones y tengo bastante indulgencia para disculpar hasta donde se puede los clásicos estravios políticos. Sin embargo sea dicho de paso que este hombre cuya capacidad nadie le contesta, se equivocó torpemente pensando hacer servir toda la República á sus miras personales que nos eran del todo estrangeras.

Reunido con algunos centenares de indios del sud entró en la provincia de Buenos Aires, siendo pasivo espectador, sino debiésemos llamarle actor con mas propiedad,

del saqueo, del asesinato y de las violencias que se cometieron en el pueblo del Salto: díganlo las cautivas que se llevaron los indios, entre las que fueron algunas señoras pertenecientes á la clase distinguida de la sociedad. Si esta alianza monstruosa se conservó por algun tiempo, es fuera de duda que los indios no prestaron á Carrera grandes servicios y que habiéndolo acompañado en poco número en los primeros pasos de su campaña desaparecieron de la escena para irse á sus soledades.

Antes de continuar refiriendo los sucesos de esta triste guerra, diré lo que me aconteció personalmente. Ya digo que habia sido llamado al E. M. G. y que me habia recibido de él. Cada día que pasaba era un nuevo desengaño de que nada adelantaria en el sentido de mejorar nuestra situacion, ni de precaver los abusos. Uno de mis continuos anhelos era restablecer la disciplina del ejército: organizar la milicia, de campaña principalmente y aumentar nuestros medios de defensa. La provincia de Córdoba era entonces fuerte y tenia ademas un ejército veterano aguerrido. Fácil es calcular de cuanto peso debió ser en la balanza política y cuanto bien pudo hacer á la República, ya promoviendo una expedicion contra los españoles, ya reprimiendo las ordas casi salvages que capitaneaba Carrera. Pero si Bustos era incapaz de un sentimiento elevado, lo era tambien de una accion gloriosa. Aferrado en el estrechísimo círculo de sus mezquinas aspiraciones, no daba un paso y dejaba hacer á sus inquietos vecinos. El descontento que esto producía se hizo bastante general en el ejército y un tal Bravo, oficial que habia sido de mi regimiento vino un día á decirme muy en secreto que habia concurrido á una reunion de oficiales en que se habia discutido un proyecto de revolucion en estos términos: *“Se queria desconocer la autoridad militar de Bustos, quitándole el Generalato, ponerme á la cabeza del ejército y hacerme que lo llevase á las fronteras que amagaban los españoles.”* Bravo me dijo: *“Nada hay acordado aun, pero el*

negocio no deja de estar adelantado: yo no he querido prestarle hasta consultarlo con Vd., cuya contestacion espero.” Se la di en estos términos. *“Vaya Vd. y disuada á sus compañeros de semejante proyecto, y dígales que el Congreso que va á reunirse y para el que han empezado ya á llegar algunos diputados, dispondrá lo mejor sobre estas cosas. Persuádase Vd. que si nuestras esperanzas fuesen engañadas en cuanto á la reunion del Congreso y las cosas siguiesen el camino que llevan, yo mismo me pondré entonces al frente del movimiento.”* Dos dias despues me aseguró Bravo que los demas habian adherido á sus persuasiones y que todo estaba tranquilo.

Era efectivo que Bustos habia convocado un Congreso y que las provincias todas inclusa Buenos Aires se habian prestado á su llamamiento: era tambien un hecho que habian llegado algunos diputados y entre ellos los de Cuyo. Por otra parte, estaba fatigado de revoluciones y desde entonces, si es que antes no tuviese aversion á todo movimiento anárquico, se fortificó ese sentimiento que despues he manifestado siempre en mi carrera. Cuando he dicho desde entonces, quiero significar desde Arequito, porque á pesar de que no mire ese suceso como lo hacen Alvarez y otros, no puede negarse que no llenó los fines que nos habíamos propuesto. Al paso pues que evitaba un nuevo escándalo conteniendo á los oficiales, y que facilitaba la reunion del Congreso presentando á los diputados un aspecto de orden y estabilidad en el lugar elegido para su residencia, no destruia las esperanzas de que los servicios de aquellos fuesen útiles á la patria si los acontecimientos no tomaban un mejor rumbo.

Por este mismo tiempo el General San Martin preparaba en Chile su expedicion á Lima y solicitaba que Bustos ú otro gefe se moviese por el norte de la República para llamar la atencion de los españoles al Alto-Perú. Mandó con este objeto á uno de sus secretarios D. Dionisio Villarra, para que recabase de Bustos lo mas que pudiese y

ya hemos visto lo que hizo permitiendo que marchase Heredia con cuatrocientos caballos. En todo lo demas tergiversó, entretuvo y paralizó el celo de Viscarra con esa calma singular que tenía la virtud de comunicar á todo cuanto se le acercaba. Viscarra era conocido antiguo y amigo particular mio, con quien conservé correspondencia hasta despues de haber ido á Lima con San Martin, y sin embargo no me manifestó confianza alguna sobre el punto de su comision: pienso que esto no provenia de sus disposiciones personales, sino de las instrucciones de su poderdante. Cuando en 1814 estubo el General San Martin en Tucuman, creí haberle merecido algun concepto, guardadas las proporciones debidas al grado que ocupaba yo en la escala militar y social. Sospecho que despues hubo en su espíritu una variacion con respecto á mí que me era desfavorable: quizá provino de que habiendo sido yo estudiante, temió que fuera de un genio caviloso: acaso sospechó que siendo cordobés participase del fanatismo que se ha atribuido á mis comprovincianos, pudo finalmente temer que habiéndome hallado en Arequito, estuviese avezado en la carrera de las revoluciones.

Sea lo que sea, pienso que el General San Martin sin creermé entonces positivamente adverso me creyó un gefe peligroso, en lo que se engañaba cumplidamente (1). Tengo la conciencia de que en el teatro que iba á ocupar hubiera podido prestar algunos servicios á la patria y serle útil á él mismo. Bastante le dieron que hacer y que pensar otros que no eran ni estudiantes, ni cordobeses, ni revolucionarios de Arequito. Tengo motivo de creer que despues el General San Martin ha variado de ideas y me

(1) Como unos veinte meses despues me hallaba enteramente ocioso en Santiago del Estero proscripto por Bustos. Un amigo del General Alvarado y mio D. José Joaquin de la Torre le escribió por pura oficiosidad suya proponiéndole mi ida á Lima. Alvarado se escusó muy políticamente con la falta de destino en que ocuparme: el gozaba entonces de la intimidad del General San Martin.

ha hecho justicia (1). En cuanto á mí, siempre he reconocido su mérito y le he tributado los justos homenajes á que es acreedor

Viscarra volvió á Chile sin haber hecho gran cosa como acabamos de ver, sino es aumentar el descontento de una parte del ejército que no se avenia á la vida sedentaria y oscura que le imponia Bustos. Este por su parte no perdía ocasion de deshacerse de los oficiales que podian contrariar sus miras y de ir arraigando á los otros en la provincia de que no pensaba salir. Muchos se casaron y aveciñaron, viniendo á ser sus fieles servidores.

A consecuencia de mi conversacion con el oficial Bravo, tuve una de confianza con el Dr. D. Lorenzo Villegas que se me daba por amigo y le referí algo de lo sucedido recomendándole la correspondiente reserva. El malvado no solo aprobó el proyecto de los oficiales, sino que procuró alentarme para que me pusiese á la cabeza de él y hasta ofreciéndose á redactar un manifiesto que lo justificase despues de realizado. Sin duda se proponia obtener mayores revelaciones, mas como no las lograrse, quiso especular con lo que ya sabia: fué y se lo dijo todo á Bustos.

Un dia supe que el teniente coronel D. Daniel Ferreira y unos cuantos oficiales habian sido arrestados y yo recibí la órden que me separaba del E. M. G. Mandé llamar inmediatamente á Bravo para saber si tomaba alguna luz sobre lo ocurrido, y me contestó, en un papelito mandado secretamente que no podia venir porque era vigilado, que se le habia tomado declaracion y que habia di-

(1) El año 1823 poco antes de la revolucion de Diciembre me dijo con suma repeticion el Dr. D. Julian Segundo de Agüero que el Dr. Gil escribia de Europa que yo era el único gefe de quien hablaba bien San Martin: el Dr. Agüero nada menos era que amigo del General y buscaba una esplicacion de mi parte; esplicacion que yo no podia darle porque no tenia otro antecedente que el que yo mismo me suministraba y como por otra parte yo no pudiese corresponder tan honroso recuerdo con una ingratitud quedaba muy poco satisfecho. Esto se repitió varias ocasiones.

cho rigurosamente la verdad. Ya entonces lo supe todo y tambien quien era el traidor que habia vendido mi confianza, sin que ni aun hubiese el pretesto de mantener el órden público que Villegas sabia muy bien que no peligraba. Este protervo que siendo secretario del Gobierno de Salta se pasó á los españoles: que despues cuando aquellos flaqueaban se volvió á los patriotas: que ha corrido todos los partidos; traicionando á todos, siendo al fin despreciado de todos, vino á parar en una singular demencia producida por sus infernales cavilaciones. Al fin murió loco, dejándonos un elocuente ejemplo de que los perversos hallan muchas veces el condignó castigo en el teatro mismo de sus prevaricaciones.

El descontento de la tropa era grande, y aun despues de separado, del E. M. G. hubiera podido ensayar un golpe contra el Gobierno; pero estaba cansado de la vida pública y veia que los hombres mas imparciales miraban con horror todo lo que pudiera conmovier violentamente el órden social tal cual estaba establecido. Otra vez la idea del Congreso venia á paralizar todo pensamiento que saliese de las reglas comunes. Ademas, no tengo embarazo en repetirlo, no soy ni fui jamás el hombre adecuado para las revoluciones: ni tengo esa audacia de carácter que hace sobreponerse á todo miramiento, ni poseo esa indiferencia por lo justo, equitativo y útil al público, que hace superior el interes individual á toda otra consideracion. No se estrañará pues que en semejantes circunstancias solo tratase de alejarme, y lo hice solicitando licencia para retirarme al campo en una hacienda de un tio mjo que residia en el curato de Calamuchita.

En los momentos de marchar se preparaba tambien á salir á campaña el General Bustos para oponerse á Carrera que habia tocado en los límites de la provincia con una fuerza como de cuatrocientos hombres incluso algunos indios. En Chajá se encontró Carrera con Bustos, que poco mas ó menos tenia igual fuerza y lo batió del

modo mas vergonzoso que pudo darse porque no hubo ni un simulacro de resistencia: fué una desbandada cuyos prófugos se dispersaron por toda la provincia viniendo la mayor parte á Córdoba. Esta era la tropa de caballeria selecta de Bustos, porque despues de la salida de Heredia habiaformado un cuerpo veterano que denominó Dragones, sacando para ello soldados antiguos de la infanteria y otros que habian pertenecido á la caballeria línea. Los dispersos dijeron ó no dijeron algo contra las disposiciones del General y se acordaron de mí, protestando que si yo los hubiera mandado no hubieran sufrido la derrota: lo cierto es que este fué el motivo que se alegó para mi destierro, como lo supe años despues por un parte y nota original dirigidas desde Córdoba que llegó á mi poder (1): en ella se decía á Bustos, despues de avisarle lo que propalaban los dispersos, que siendo yo de un *genio aspirante* debian tomarse precauciones: el derrotado General al acompañar este parte á su Gobernador Delegado Bedoya, le prevenia que tomase las medidas correspondientes, pero sin indicarlás. Bedoya resolvió mi estrañamiento.

Estaba perfectamente tranquilo en mi retiro cuando se me presentó el capitan D. Francisco Diaz con una pequeña partida y una nota de Bedoya que puso en mi mano: en ella me decía que se me destinaba á continuar mis servicios en el ejército libertador del Perú y que debia inmediatamente ponerme en marcha por la via de la Rioja acompañado del capitan Diaz. El mismo dia marchamos haciéndome saber que solo debia escoltarme hasta que saliese de la provincia. Yo estaba realmente preso y como tal seguia mi camino. Mi conductor al ver el aspecto de algunos vecinos de la campaña que no era favorable al Gobierno, creo que empezó á asustarse y á esto atribuyo mas

(1) Fué el Dr. Villegas mismo quien el año 23, cuando se preparaba la espedicion al interior me trajo el parte original de que he hecho incucion, para probarme su inculpabilidad en mi destierro.

que á los pretextos frívolos que supuso, su resolucíon de separarse y volverse antes de que hubiese llegado á la Cerresuela última posta de la jurisdiccion de Córdoba, protestándome sin embargo que lo hacia persuadido de que yo cumpliría religiosamente la órden que se me habia dado y que apreciaría debidamente lo que llamaba su condescendencia.

Al otro dia de su separacion estaba yo solo en el punto de la Higuera, estancia de los Vazquez Novoa, cuando cayó de sorpresa una partida de doce ó quince paisanos al mando de D. Faustino Allende, que no traia mas objeto que ponerme en libertad empleando la fuerza si preciso fuese. No fué necesaria porque estaba solo, pero lo hecho bastaba para constituir un hecho de rebelion. Yo dejé mi viaje á la Rioja y al Perú y seguí al Sr. Allende que se restituyó á su hacienda. Me maravillé cuando lo ví entregarse tranquilamente á las faenas ordinarias y le hice presente el peligro que corríamos si no nos armábamos ó nos poníamos en salvo. Entre los vecinos principales se habian hecho algunas prisiones y el Gobernador delegado que manifestó un carácter férreo mandó hacer otras, entre ellas la de D. Gaspar del Corro cuya hacienda distaba veinte leguas de la que nosotros ocupábamos. Corro se ocultó en los bósques y allí empezó á reunir sus parciales para hacer una formal resistencia. Allende creyó entonces que debia hacer lo mismo y con diez y ocho ó veinte de sus peones, salimos á buscar la fuerza que reunian Corro y otros.

De este modo se formó un grupo como de cuatrocientos hombres, sin armas, sin práctica ninguna de la guerra y sin esa disposicion moral cuya exaltacion se requiere en defecto de disciplina y otros medios adecuados para vencer. El Gobierno despachó una division (así la llamaré) de doscientos á trescientos hombres de línea al cargo del comandante D. Agustin Diaz Colodrero, cuyas proposiciones pacíficas y racionales se rehusaron por mis jactanciosos subalternos (pues debe saberse que me habian dado el

mando en jefe) para caer al primer revés en el extremo contrario:

¿Pero para que fatigarme y fatigar al que esto leyere con los detalles de esta miserable campaña? Me limitaré á decir rápidamente que despues de una corrida que nos dió Colodrero, se entablaron por segunda vez las negociaciones, que en ella se convino que él apoyase y remitiese á la Sala de Representantes una representación que hacían los disidentes contra el Gobernador delegado, los que consentian en someterse á Bustos que seguia la campaña contra Carrera: que Bedoya mandó á un mayor Catolis á relevar á Colodrero á quien puso preso y quiso sugetar á un juicio: que Catolis se apoderó tambien de nuestro negociador que de muy buena fé se habia trasladado al campo de Colodrero sin saber su separacion del mando; y últimamente que sin denunciar el armisticio nos atacó y nos dispersó completamente.

Cosa seria de reir sino se tratase de asuntos serios, lo ocurrido en esta célebre campaña. Nuestras tropas no tenían mas armas que garrotes: su organizacion consistia en la afeccion personal que los peones de las estancias profesaban á sus patrones, por cuya razon los habian seguido voluntariamente, de modo que los cuerpos ó compañías eran mas ó menos numerosas, según la clientela de cada uno: por este tenor era todo lo demas, y ¿qué diremos de los conocimientos, aptitudes, bravura y espíritu militar de los jefes de este gracioso ejército? En lo general eran buenos ciudadanos, honrados vecinos y excelentes padres de familia, pero incapaces para la empresa en que se habian metido. Sin embargo, el mas digno de compasion creo que era yo, porque conociendo mas que ellos la insuficiencia de nuestros medios, sufría desde antes las consecuencias de nuestro descalabro. Mas, no podia abandonar á aquellas gentes y tuve que acompañarlas hasta la conclusion.

Dispensada la fuerza resolvimos trasladarnos á otras

provincias y casi todos elegimos la de Catamarca. Acompañado siempre de D. Faustino Allende á quien me ligaban relaciones de amistad y parentesco, emprendimos la marcha, mas á las pocas leguas me propuso variar de camino para llegar á su estancia donde, decia, nos proveeríamos con mas comodidad de caballos, guías y demas para seguir á la provincia que habíamos elegido. A poca distancia de la casa nos internamos en un bosque á donde vino á visitarlo Doña Rita Moyano su esposa. Sus primeras palabras fueron: "*Mas quiero verte preso que ausente; de consiguiente no quiero que emigres.*" Hé aquí á mi compañero mas tierno que un caramelo, que se pone á llorar como un chiquillo, y que por lo que despues sucedió debió ofrecer á su jóven esposa amoldarse á sus consejos. Por lo pronto me dijo que los preparativos de viaje necesitaban pocos dias que pasaríamos ocultos en perfecta seguridad; pero como este plazo se alargase propuse irme solo. Me entretuvo, me engañó y últimamente me salió con que todos los caminos estaban tomados por las fuerzas del Gobierno y que era imposible escapar.

Yo que á nadie conocia estaba dependiente de él para el efecto de proporcionarme medios de transporte y tuve que sufrir. Así pasó mas de un mes durante el cual volvió á encenderse la insurreccion, tomando entonces caracteres mas serios. Dos jóvenes Pintos y Peralta, se pusieron á la cabeza de sus partidas y atacaron las casas de los partidarios del Gobierno en la campaña, permitiendo á su tropa que cometiese desafueros. Los hermanos Torres secundaron á aquellos y se pusieron tambien en campaña adoptando los mismos principios. La revolucion tomaba entonces un giro amenazador, porque si la numerosa poblacion de la campaña de Córdoba se conmovia y gustaba de los atractivos de la licencia, hubiera sido bien difícil traerla al verdadero sendero. Yo rehusé positivamente ponerme á la cabeza de ese desórden, pero ansiaba por tener una pequeña fuerza de línea que me sirviese de base

para regularizar aquella montonera, lo que no era difícil conseguir de Santiago ó Tucuman, donde tenia amigos y estaban mis antiguos compañeros.

Con este fin resolví trasladarme á Santiago, para lo que pude facilitarme los medios, y logré despues de mil peligros. Cuando llegué á la capital de la provincia se celebraban las fiestas por la paz que se habia ajustado con el Gobierno de Tucuman, razon por la cual se habían marchado las tropas con que yo contaba para Salta. Esto me contrariaba inmensamente, pero al mismo tiempo sucedia la crisis en Córdoba, que hacía inútil la proyectada medida. Peralta y Pintos atraidos vilmente á una emboscada habian sido muertos por traicion: D. Vicente Moyano, gefe principal de la insurreccion, habia sido batido por sorpresa y habia despues capitulado, habiéndolo hecho antes los Torres por interposicion de su cuñado Villegas (ese mismo Villegas de quien hablé anteriormente). Otros emigrados que se habian asilado en Catamarca, volvieron poco despues á sus hogares reconciliados con el Gobierno. Se me pasaba decir que D. Faustino Allende, fiel á los consejos de su esposa, prefirió ir espontáneamente á presentarse arrestado en Córdoba donde sufrió una prision de poca importancia.

Es de notar que entre las vicisitudes de este drama que á veces puso á sus autores en sérios conflictos, ninguno fué, exceptuando á los jóvenes Pintos y Peralta á buscar el apoyo de Carrera y Ramirez, ni aun abrió relaciones con ellos. Solo esos dos jóvenes se dirigieron al último quien les ofreció su auxilio y acaso fué lo que preparó la catástrofe. Sin duda eran aunque jóvenes los únicos hombres de audacia y resolucion entre los que habian tomado parte en el movimiento y por lo mismo Pintos prometia ser un caudillo célebre y quizá peligroso:

Yo fuí bien recibido de Ibarra en Santiago y aunque el Gobierno de Córdoba se habia anticipado á exigir mi seguridad, él me la dió completa de que nada tenia que temer.

mer. Me propuse vivir tranquilo y no mezclarme en tan pobres negocios,

Bustos despues de su derrota de Chajá, habia reunido sus restos y auxiliado con nuevas tropas, inclusa la infanteria que se le habia reunido, desde Córdoba, estaba en estado de esperar á Carrera á quien se habia incorporado Ramirez; pero jamás quiso tentar la suerte en un combate campal y lo que hacia era ganar una poblacion donde se medio atrincheraba, para ir á buscar otra cuando se alejaba el enemigo, y endonde hacia lo mismo. Ni esto hubiera podido hacer si Carrera se aprovecha de su primera victoria y lo persigue con empeño: es probable que se hubiera encerrado en Córdoba, dejando la campaña á Carrera en su totalidad. Es verdad que este la recorria y que la cruzó muchas veces en diferentes direcciones, pero siempre era un obstáculo á su dominacion la presencia de Bustos en varios puntos de ella.

Deseando este ponerse en contacto con las fuerzas de Buenos Aires y Santa-Fé, se habia situado en la Cruz-alta, donde fué ataeado por Carrera y Ramirez ya reunidos. Como Bustos ocupase varias casas inmediatas que como habrán visto los que hayan transitado por esos lugares tienen todas una cerca de tuna ó penca que llaman *fuerte*, y que es precaucion necesaria contra los indios, se puede decir que estaba fortificado: ademas habia añadido algunas ligeras obras que guarnecia tambien con su infanteria. Para atacarlo faltaban á sus contrarios medios adecuados, pues no tenian artilleria ni infanteria y tuvieron que desmontar caballeria para formar las columnas de ataque. Naturalmente fueron rechazados en todas partes y Bustos proclamó su gran victoria.

Ya se aproximaba La Madrid con lo que habia reunido de su derrotado ejército y Lopez con sus santafesinos: la situacion de aquellos se hacia en extremo crítica. No tuvieron mas remedio que dejar á Bustos en la Cruz-alta é internarse hasta el Fraile-muerto. Allí se separaron am-

los caudillos, tomando direcciones opuestas. Creo que las razones que para esto tuvieron fueron dos: 1.^o la inclinacion de Carrera que no lo dejaba alejarse de Chile, y 2.^o la disconformidad de los genios y caracteres de los mencionados gefes. Ramirez conservaba la subordinacion y un orden riguroso en sus tropas, mientras Carrera les permitia la mas desenfrenada licencia.

Ramirez se dirigió al norte donde fué baido por Bedoya y muerto en la refriega: Carrera se dirigió al sud donde derrotó al primer cuerpo de tropas que le opuso Mendoza al mando del coronel Moron, con muerte de este (1), para ser despues derrotado y hecho prisionero por otro cuerpo de ejército al mándo de D. Albin Gutierrez, hombre nulo é ignorante. ¡Lo que son los caprichos de la fortuna y los azares de la guerra! Carrera fué fusilado y sepultado en el sepulcro de sus hermanos que habian perecido allí mismo y del mismo modo. La historja imparcial los juzgará.

Una mañana muy temprano en Santiago recibí un mensaje de Ibarra para que fuese inmediatamente á la Casa de Gobierno: cuando lo ví me dijo: *“Acabo de tener parte de que Ramirez con su division se ha aparecido en la provincia y que se hallaba ayer en la posta de la Noria á veinte y cinco leguas de la capital: quiero que vaya V. á su encuentro á informarse de lo que pretende; si es asilo, se le concederá señalándole un punto de la campaña: si es su tránsito para Tucuman se le franqueará con los auxilios que necesite. Va V. autori-*

(1) Mi hermano D. Julian estaba desterrado en el Rio 4.º y encomendado á la vigilancia del comandante de la frontera. Cuando Carrera se aproximó huyó el comandante y la mayor parte de la poblacion: muchos se acojieron á mi hermano pensando hallar en él un protector cerca de Carrera, pero él hufa siguiendo á sus guardianes que poca cuenta hacian del desterrado. No dejaba de ser curiosa la situacion de un proscripto que se vé precisado á huir de los que podia reputar amigos, para buscar la protección de sus enemigos. Los desórdenes de Carrera hacian estos milagros.

zado con todas las facultades del Gobierno para transar el asunto y evitar un desacuerdo para que no estoy preparado." Efectivamente el imbécil y cobarde Ibarra con una población de 80,000 almas, de donde podía sacar ocho ó diez mil hombres decididos de armas llevar y todos los recursos de su país, temblaba de trescientos que podía traer Ramirez, de modo que mi misión se reducía á ofrecerle cuanto quisiese.

Partí en el acto y á penas había andado ocho leguas hasta la posta de Manogasta, cuando me encontré con el célebre Padre Monterroso que cargaba espada y se había cerrado la corona. Por él supe el último desastre y muerte de Ramirez; venia en nombre de un comandante Rodriguez que era el jefe que mandaba ciento cincuenta hombres escapados de la derrota. Ibarra obró generosamente, pues los recibió bien y los trató con bondad. Antes de medio día di por concluida mi comisión y regresé á la ciudad.

A mi llegada á Santiago que fué en Junio de 1821, encontré como he dicho que se celebraba la paz que había hecho Ibarra con el Gobernador Araoz, de Tucuman. A consecuencia de esa paz se había retirado Heredia con los restos de las fuerzas de Salta para esta provincia, donde se había conservado Güemes según su costumbre de mantenerse lejos del enemigo. Nadie ignora que este caudillo apoyándose esclusivamente en la plebe y gauchos de la campaña se había hecho enemigas las otras clases superiores de la sociedad. Viéndolo seriamente ocupado en la guerra que en alianza con Ibarra había emprendido contra Tucuman, pensaron en sacudir el yugo y se fraguó y verificó en la capital una revolución que lo destituía del mando. Güemes que sin ir á la guerra de Tucuman se había aproximado á la frontera, ocurrió presuroso con las fuerzas que pudo reunir á sofocar el movimiento, y lo logró con suma facilidad con solo presentarse en Castañares á

las orillas de Salta (1). Los opositores que se habian armado y formado muy sériamente en linea de batalla, corrieron á la sola aproximacion de una guerrilla. En pocos momentos quedó todo concluido.

Llamada sériamente la atencion de los españoles al norte por la expedicion del General San Martin, habian trasladado á Lima la mayor parte de sus fuerzas, dejando en el Alto-Perú al General Olañeta con un cuerpo de tropas que si bien era respetable no era suficiente para operaciones en grande escala. Sin embargo, era lo bastante no solo para mantener en sujecion las provincias situadas al sud del Desaguadero, sino para incomodar á la del Salta (2).

Olañeta habia visto sin duda con placer la guerra intestina que habia estallado entre los gobernadores de Salta y Santiago por una parte y el de Tucuman por la otra y se habia guardado bien de interrumpirla con un ataque inoportuno; pero cuando la capital de Salta se pronunció contra Güemes, ya creyó que podia sacar mejor partido. Contribuyeron tambien eficazmente á determinar sus operaciones las vivas solicitaciones de algunos de los prófugos de Salta á consecuencia de la victoria de Güemes en Castañares para que apoyase ó hiciese resucitar la revolucion que acababa de sofocar. Esto era ya renunciar á la causa de la independendencia y hacer una verdadera traicion á los principios políticos porque se habia derramado tanta sangre: ¡pero á qué estravios pueden conducirnos las pasiones exaltadas! Entonces se vió á patriotas ardientes que habian hecho grandes sacrificios por la patria, ir á proster-

(1) En el mismo campo de batalla en que fueron vencidos los españoles ocho años antes.

(2) Quizá parecerá ajena de esta memoria la relacion que voy á hacer de los sucesos de ese tiempo en Salta y de la catástrofe que anonadó á su caudillo, mas como no carece de interés y como el ocio de mas de un año que yo quedé en Santiago me dá lugar á ello, trataré rápidamente el asunto y los que subsiguieron en Tucuman, para ligar lo que dice relacion á mis sucesos personales.

narse antes sus enemigos para rogarles que volviesen á uncirla al yugo que pesaba por mas de trescientos años á trueque de que los libertasen de un hombre, que si verdaderamente mandaba con despotismo sostenido exclusivamente de la plebe que acaudillaba, se veia constituido en circunstancias especiales, y que por grandes que fuesen sus defectos, era el único dique que se oponia al retorno de la tirania peninsular. Si Güemes cometió grandes errores sus enemigos domésticos nos fuerzan á correr un velo sobre ellos, para no ver sino al campeón de nuestra libertad política; al fiel soldado de la independencia y al mártir de la patria.

Sofocada la revolucion interior; presos unos y dispersos los mas de sus enemigos, se ocupaba el General Güemes de reorganizar su Gobierno y montar de nuevo los resortes de la máquina que fuera pocos dias antes desquiciada: trabajaba para ello con incesante teson, y una noche á mediados del año 1821, despachaba con sus escribientes en casa de su hermana Doña Magdalena Güemes. Estaba en perfecta vigilia: tenia su caballo ensillado y una escolta de cincuenta hombres que formados en la calle descansaban con los suyos de la rienda, Era con mucho pasada media noche, cuando por un negocio cualquiera mandó á un ayudante (Refojo de apellido sino me engaño), el cual para evacuar la diligencia que se le encargaba, tenía que atravesar la plaza: Al llegar á ella le dieron el *¿quien vive?* y contestó naturalmente *La patria*: entonces la partida que lo habia requerido le hizo una descarga. La casa de Doña Magdalena Güemes á penas dista dos ó tres cuadras de la plaza de modo que los tiros fueron perfectamente oídos. Güemes, segun todo lo indica, creyó que era un movimiento interior de sus enemigos domésticos, y montando con su escolta se dirigió personalmente al lugar de los tiros: se hallaba á menos de media cuadra de la plaza cuando un segundo *¿quien vive?* vino á interrumpir su marcha: sobre su contestacion idéntica á la que habia dado el

ayudante, se hizo oír otra descarga mas numerosa que obligò á ponerse en precipitada retirada tanto á él como á la escolta: esta siguió su fuga por la calle derecha que tenia, pero Güemes que habia quedado atras, pensando sin duda safar mas pronto de la ciudad y ganar la campaña donde tenia su poder y recursos (1) dejando seguir á los demas, dobló una calle á su derecha poco menos que solo. Desgraciadamente para él venia por la prolongacion de esa calle que dejaba á su espalda una patrulla enemiga, la que disparó unos cuantos tiros de los que uno lo hirió por detras.

Güemes aunque gravemente herido no perdió la silla, es decir el lomillo que usaba y se dejó conducir por el caballo hasta salir al campo. Desde allí acompañado de tres ó cuatro hombres se dirigió á un espesísimo bosque á distancia de diez ó doce leguas de Salta, donde murió á los seis ú ocho dias con los ningunos auxilios que aquellos pudieron proporcionarle. Uno de ellos fuè á buscar al Dr. D. Antonio Castellanos, quien á pesar de ser su enemigo personal es de creer que emplearía todos los recursos de su arte, sin que pudiese salvarlo. Nadie lo estrañó, porque le estaba (según se decia generalmente) pronosticado por su médico y amigo el Dr. Redead. Conociendo este la depravacion humoral del fisico de Güemes, le habia anunciado que cualquier herida que recibiese le seria mortal. Así se esplicaba esa costumbre constantemente seguida de alejarse de los campos de batalla; costumbre (cosa rara) que no lo perjudicaba entre los gauchos, porque nadie lo supo-

(1) Aunque el General Güemes habia ocupado la capital, no habia establecido en ella su gobierno ni sus oficinas. Estaba campado fuera, y si esa noche se habia detenido, era porque teniendo que despachar podia quizá hacerlo con mas comodidad. Todas sus fuerzas estaban á una legua de distancia en direccion contraria á la que habia traído el enemigo y aun los presos políticos estaban en el campamento. No habia pues guardia, ni fuerza pública, ni autoridades superiores en la ciudad: estaba pronta á ser abandonada como sucedia en todas las invasiones.

nia privado de valor personal. Cualquiera que sea la exactitud de la observacion del Dr. Redead, era muy recibida y yo la creo muy natural en sus efectos.

Así concluyó este caudillo que tanto dió que hacer á los españoles y bajo cuyo mando la heróica provincia de Salta fué un baluarte incontrastable de la República toda. Esos bravos salteños, esos gauchos desunidos y con poquisima disciplina resistieron victoriosamente á los agueridos ejércitos españoles: solos, abandonados á sí mismos, sin mas auxilio que su entusiasmo combatieron con indomable denuedo y obligaron siempre á sus orgullosos enemigos á desocupar el territorio que solo dominaban en el punto en que materialmente ponian la planta. Pezuela, Serna, Canterac, Ramirez, Valdes, Olañeta y otros afamados Generales realistas, intentaron vanamente sojuzgarlos ya empleando el terror que ellos contestaban con cruentas represalias, ya el alhago á que correspondian con burlesco desprecio. El mismo Güemes desechó patrióticamente como creo haberlo indicado en otra parte las mas seductoras propuestas de los españoles, lo que á penas llamaba la atencion porque hasta el último de los gauchos pensaba del mismo modo y hubiera hecho otro tanto. Sensible es que la valerosa provincia de Salta no haya tenido un historiador digno de sus hechos y de su gloria: quizá haya influido el recuerdo de los antiguos odios, porque no podria hablarse sin hacer el encomio de personas cuya conducta en otro sentido se reprueba y anatematiza. Es de esperar que en la calma de las pasiones levante alguno la voz para que no queden en el olvido hechos ilustres de nuestra historia y haga justicia á quien la merezca. Véamos ahora como efectuó el enemigo esa prodigiosa marcha y esa inaudita sorpresa.

El General realista Olañeta al ruido de las convulsiones interiores de Salta se habia aproximado descendiendo de las fronteras del Alto-Perú hasta las inmediaciones de la ciudad de Jujuy que solo djsta diez y ocho leguas de la

de Salta. De allí sin duda se proponia observar mas de cerca los sucesos, para sacar el mejor partido. Quizá no hubiera pasado adelante Olañeta sin las sugerencias de unos muy pocos emigrados que lo excitaron; mas al prestarse á sus solicitudes no creyó deber hacerlo sino por sorpresa y estratagema. u

Al mismo tiempo que levantó su campo aparentando retirarse como lo hizo efectivamente por algunas leguas, destacó quinientos ó seiscientos hombres de pura infanteria á cargo del célebre coronel D. José Maria Valdes, para que evitando todo camino se internase en lo mas áspero de la sierra y cruzando la escabrosísima llamada de los *Yacones*, entrase de improviso en la ciudad de Salta. La simulada retirada de la fuerza realista, es natural que debilitase la vigilancia de las partidas avanzadas y como nadie soñaba que una fuerza considerable atravesase unas asperezas donde no pisaba planta humana se habia descuidado ese punto de modo que Valdes pudo bajar de la sierra á dos leguas de la ciudad en la que se internó á mas de media noche, sin ser absolutamente percibido. No llevaba Valdes un solo caballo que tampoco hubiera podido transitar los precipicios por donde se arrastraba con sus soldados y estos guardaron un órden y un silencio tan profundo como pudiera hacerlo un solo hombre en una aventura nocturna. El resultado fué que ocupó la plaza principal sin que ningun habitante lo supiese hasta el casual encuentro del ayudante Refojo de que hemos hecho mencion.

A la mañana se limitó, Valdes á ocupar estrictamente la plaza guarneciendo los edificios principales, como la Catedral el Cabildo y otros y á esperar pacientemente la venida del General, que segun el plan convenido, debia en un tiempo dado dejar su aparente retirada y volar en su auxilio. Así fué pues que Olañeta antes de seis ú ocho dias estuvo en Salta con el grueso de sus fuerzas que montarían por todo á mil y quinientos hombres.

Se preguntará ¿de qué se alimentó la tropa de Valdes

durante los dias que estuvo sin salir del recinto de la plaza? lo que satisfaré del modo siguiente.—En las diversas y repetidas incursiones del enemigo era sabido que emigraba una parte de la poblacion; mas era muy difícil que lo hiciera toda ella: acostumbraban pues quedarse á su riesgo muchas familias que ó no tenían compromisos graves, ó que compuestas de mugeres ancianos ó niños no eran necesarios para la guerra. Como desde que ocupaba la ciudad el enemigo, no se permitia la introduccion de víveres, esas familias los acopiaban secos con gran anticipacion, de modo que en prevision de un ataque que siempre se temia estaban las despensas bien provistas. Los enemigos que no ignoraron esta circunstancia hacian visitas domiciliarias y sacaban lo preciso para su subsistencia. Cuando la fuerza fué mas con la venida de Olañeta, ya pudo hacer salidas y buscar otros medios de proveerse.

La conmocion interior de la capital contra Güemes habia hecho ya grande sensacion en la generalidad de la provincia, y su súbita ocupacion por el enemigo, la herida y muerte del Gobernador, vino á colmar los ánimos del mas completo estupor. Por algunos dias no se notaba otro sentimiento (ó por mejor decir no se percibia ninguno) fuera de ese temor vago que ni se comprende ni se puede explicar bien. Nadie podia darse razon distinta de lo que pasaba ni de las causas verdaderas que habian traído aquel estado de cosas. Las operaciones militares mismas se habian suspendido y sin haber transacciones de ninguna clase parecia que se hubiese ajustado una tregua. Olañeta, bien fuese que interpretó erradamente ese silencio, ó que quiso sacar el partido posible, trató de popularizarse hasta contrariando las instituciones monárquicas que venia á plantificar. No puede clasificarse de otro modo el haber reconocido en el pueblo la facultad y el derecho de darse un Gobernador; atribucion, de que nunca se pensó despojar la Corona de España. El pues, Olañeta, el General de Vanguardia del ejército realista, el Gobernador por nomi-

nacion regia de la provincia de Salta, convocó al pueblo y mendigó sus sufragios, que aquel le dió cumplida, sino libremente. Constituido en esta tan estraña como nueva posicion empezó á negociar con la campaña alhagando á los gauchos y prodigándoles no menos caricias que dinero: però esos incontrastables patriotas resistieron á pesar de la acefalia en que estaban toda clase de seducciones, y vueltos de su primer estupor se pusieron en pié para resistir la nueva forma en que se les presentaba la dominacion española.

El capitán de mi regimiento D. Jorge Enrique Wit, antiguo oficial de Napoleon que habia ido con Heredia desde Córdoba, se habia ligado estrechamente con Güemes, le habia servido muy útilmente para sofocar la revolucion interna, y habia obtenido toda su confianza: lo habia hecho rápidamente ascender hasta el grado de coronel y era considerado como Gefe de Estado Mayor. Esta circunstancia y la popularidad que habia sabido grangearse, hicieron que los gauchos á pesar de ser extranjero lo nombrasen como su gefe, y debe decirse en obsequio de la justicia que Wit correspondió á esta confianza desechando proposiciones seductoras que le hizo el mismo Olañeta. Fué pues bajo las órdenes de aquel que medio se organizó la resistencia y en que hubo uno que otro hecho de armas, que aunque no fuese feliz, probó al gefe realista que estaba muy lejos de tocar el blanco que se habia propuesto (1). Poco tardó en desengañarse completamente.

(1) Para que se forme una idea de lo que era esta guerra, como son generalmente las de puro entusiasmo, no disgustará oír los detalles de un suceso de esta época que tuve del mismo Wit. Segun lo que se acostumbraba, despues de haber hostilizado durante el dia á los enemigos que ocupaban la ciudad se retiró por la noche á un lugar fragoso á distancia de cuatro leguas. Habiendo colocado una guardia avanzada de una legua en un camino estrecho y preciso, se entregaron él y su tropa que seria como de cuatrocientos hombres al mas completo descanso. Con el fin de sorprender á esta fuerza habia salido la misma noche de la ciudad una division de infanteria que hacia su marcha con el mayor silencio,

Pasarían á lo que recuerdo dos ó tres meses en que mas bien Olañeta perdía que ganaba terreno y mientras tanto la resistencia de la campaña empezaba á sistemarse: la carestía de víveres se hacía sentir y los mismos prevaricadores principiaron á arrepentirse y volver de su extravío. El General español con su limitada fuerza no podía sostenerse y tuvo que emprender su retirada al Perú, sin mas ventaja que la muerte del General Güemes.

pero que debía á tiempo ser sentida por la partida avanzada si hubiera cumplido con sus órdenes. No lo habia hecho así pues el oficial consultando su comodidad y acaso su seguridad, se habia internado en el bosque á corta distancia del camino. Sea por casualidad, sea porque dejó algun hombre despierto, sintió la fuerza enemiga cuando pasaba ó habia ya pasado, de modo que no pudo dar aviso al cuerpo de que dependia: se contentó pues con montar su tropa y seguir las huellas de la division enemiga que tampoco habia percibido su proximidad. Cuando esta hubo llegado al campo de Wit que estaba entregado á un profundo sueño, paciendo á sogas los caballos, aunque enredados y mezclados con los caballeros que estaban tirados por el suelo, en vez de penetrar silenciosamente haciendo solo uso de sus bayonetas; cuando estuvo á medio tiro de fusil, hizo una descarga general que sin ofender gran cosa despertó á todos los dormidos que trataron de escapar á pié ó á caballo como mejor podian. Lo célebre es que en este crítico momento, cuando el enemigo en prosecucion de su primera ventaja se lanzaba para completar el desórden, y la derrota del campo sorprendido, sintió que por su espalda se le hacia otra descarga que aunque menos numerosa indicaba á su proximidad otro enemigo con quien no habia contado. Este enemigo (ó amigo nuestro) no era otro que el oficial de la guardia avanzada que como dijimos despues de haber sentido pasar al enemigo siguió sus huellas muy silenciosamente. Si este buen paisano faltó terriblemente á los deberes militares abandonando el camino que se le habia mandado guardar, y despues no dando la alarma al campo que debia cubrir aunque solo fuese con tiros á la retaguardia del enemigo, enmendó en cierto modo su falta llamando poderosamente la atencion de la division realista con su descarga, cuando ella iba á completar su triunfo. Con este motivo ella se detuvo, dió media vuelta para contestar el fuego que le hacian y dió tiempo para que se escapasen casi todos los hombres de Wit aunque perdiesen la mayor parte de sus caballos; el mismo Wit salió á la grupa de un soldado. Ocho ó diez muertos y quince ó veinte prisioneros fué todo el fruto que reportaron los españoles: terminada la empresa volvieron á encerrarse en la ciudad. El oficial de la guardia avanzada creyó haberse desempeñado perfectamente, y el gefe tuvo que callarse.

Libre Salta de la dominacion de Olañeta se procedió á nueva eleccion de Gobernador que recayó en la persona del coronel D. Antonino Fernandez Cornejo, vecino juicioso y patriota honrado, pero que no pertenecia al partido del finado Güemes y que de consiguiente se le suponía bajo la influencia de los *patriotas nuevos*, que era como denominaban á los enemigos del caudillo, llamándose ellos mismos *patriotas viejos*; á los pocos dias hicieron estos un movimiento reaccionario que derrocó á Cornejo y en que la plebe se entregó al saqueo de algunas casas contra cuyos dueños tenia prevenciones arraigadas. Despues de este cambio resultó electo Gobernador el Dr. Gorriti, amigo de Güemes pero hombre de probidad y humano, aunque sumamente testarudo y aferrado en antiguas preocupaciones. Es un deber de justicia decir que no abusó de su autoridad y que toleraba las censuras tan amargas como imprudentes que hacian sus enemigos, contentándose con ridiculizarlos á su vez en sus conversaciones. Esta era la venganza y el castigo que empleaba: ¡Ojalá lo hubieran imitado otros, economizando la sangre que han derramado aun por menores motivos!

Otro de los méritos del Dr. Gorriti es que dejó espeditas las funciones del cuerpo legislativo, que se componia casi en su totalidad de hombres que no le eran afectos; cosa bien rara en los caudillos que se han encontrado al frente del partido popular. Es verdad que su eleccion fué ratificada por la Sala de RR., pues esta lo hizo á mas no poder porque no habia otro hombre que pudiese enfrenar la plebe. Sin embargo, lo limitó cuanto pudo y fijó la duracion del mando en dos años, cumplidos los cuales no podia ser reelegido. Gorriti fué obediente á las leyes y pasado el término legal descendió del poder para dar lugar al General Arenales. Mas no anticipemos los sucesos.

El Gobernador de Tucuman D. Bernabé Araoz acometido por las fuerzas de Güemes é Ibarra el año 1821 habia dado el mando de las suyas al coronel D. Abraham Gon-

zalez, capitau que habia sido en el ejército, hombre vulgar y de poquísima capacidad. Sin embargo, por un capricho de la fortuna triunfó de sus contrarios, lo que le dió una importancia que él mismo nunca habia calculado. De él se valieron los enemigos internos de Araoz para derrocarlo, y habiéndolo conseguido lo reemplazó en el Gobierno. No tardaron en derribarlo los que lo habian colocado, de que resultó las mas estraña combinacion que puede imaginarse. Tres pretendientes aspiraban al Gobierno y los tres se hacian entre sí la guerra: eran D. Javier Lopez, D. Diego Araoz y el mismo D. Bernabé primo del anterior. El último ocupaba la plaza que tenia guarnecida con artilleria, siendo los cívicos pardos su fuerza principal: D. Diego campaba con la suya al este y sud de la ciudad, y Lopez al oeste. D. Bernabé guerrilleaba todos los dias contra su primo y contra Lopez: Lopez contra D. Bernabé y contra D. Diego, y este contra los otros dos.

Despues de una buena temporada de esta triple y diaria escaramuza que nada decidia, pero que no dejaba de costar saugre, resultó lo que debia suceder; que los dos mas débiles se unieron contra el mas fuerte, con lo que la guerra se hizo mas regular y mas activa, D. Diego se unió con Lopez contra su primo, ofreciéndole como gaje de reconciliacion su linda hija en matrimonio, el cual se efectuó algun tiempo despues, renunciando enteramente á sus pretensiones el suegro, y contentándose con un empleo subalterno.

Desde entonces D. Bernabé Araoz no tuvo un momento de quietud y su mando que se prolongó todavia fué una cadena de pequeños combates, de sorpresas y de peligros. Por varias veces fué tomada la capital que era su residencia habitual, á la inversa de otros caudillos que prefieren la campaña y entonces escapaba en ingeniosos escondites que habia preparado con anticipacion y donde salvó de

sus enemigos, mientras que sus parciales lo hacian retirar.

Así siguió hasta que el año 1823 fué definitivamente arrojado de Tucuman, asilándose en Salta. Al año siguiente fué remitido por el Sr. Arenales y entregado á su capital enemigo D. Javier Lopez, quien lo hizo fusilar inmediatamente en las Trancas, pueblecito distante veinte y una legua de Tucuman. Esta entrega que imprimió una mancha en el Gobierno del ilustre Arenales fué del modo siguiente:

Es fuera de Salta que Araoz excitaba su partido desde Salta y que tuvo conocimiento y quizá parte en una conspiracion que se tramaba contra Lopez y que fué descubierta. Este se quejó contra Araoz al Gobierno de Salta, quien pidió una decision á la Sala de RR. Esta declaró que si los emigrados de Tucuman seguian conspirando, cesaría el derecho de asilo y aun podrian ser entregados á su Gobierno para que los juzgase. Arenales dando á esta ley un efecto retroactivo la aplicó á Araoz y lo mandó á un seguro sacrificio. Por supuesto que no hubo juicio ni forma alguna; estaba condenado con anticipacion.

He anticipado este suceso para no volver sobre este punto, y con el mismo objeto diré algunas palabras sobre Araoz que gozó por aquel tiempo de cierta celebridad. Era un hacendado acomodado y pertenecia á la numerosisima familia de los Araoz: toda ella desde el momento de la revolucion de 1810, se declaró en su favor con el mas ardiente entusiasmo, y D. Bernabé no se quedó atras de sus demas miembros. Para nada era menos á propósito que para militar, pero su deseo de mandar y quizá su patriotismo le hizo aceptar las charreteras de coronel de milicias, grado en que sirvió en la accion de Salta, mas bien como espectador que como un gefe que preside un cuerpo de tropas: fué esta la única accion en que se halló personalmente.

Jamás se inmutaba, ni he sabido que nunca se le viese

irritado: su exterior era frío é impasible, su semblante poco atractivo, sus maneras y hasta el tono de su voz lo hacían mas propia para llevar la cogulla que el uniforme de soldado: prometia mucho, pero no era delicado para cumplir su palabra: por lo demas no se le conocia mas pasion que la de mandar y si merece que se le dé la clasificacion de caudillo, era un caudillo suave, y poco inclinado á la crueldad. Enemigo de Ibarra, Gobernador de Santiago, fué correspondido ampliamente por este y le debió la mayor parte de sus desgracias. Escitados por él y auxiliados, sus enemigos hacian sorpresas continuas, resolviendo si eran rechazados á rehacerse á Santiago que á la distancia de cuarenta leguas, para preparar otras nuevas.

Ibarra participaba mucho mas de las pasiones del salvaje: los prominentes de su carácter eran la indolencia y la venganza. Sin embargo disimulaba y se sometia mientras no podia ejercerla impunemente. Sirvió en el ejército del Perú hasta la clase de capitán, y sin embargo carecia de todo mérito militar: estuvo en su juventud en uno de los colegios de Córdoba, y su ignorancia era tan crasa que cuesta trabajo persuadirse que hubiese recibido alguna educacion. Si la plebe, si los gauchos santiagueños estaban contentos con él, es porque los dejaba vegetar estúpidamente. Es una gran recomendacion para él, el que nunca dió recluta su provincia para los ejércitos nacionales: á eso llamaba él *vender sus paisanos*, y los santiagueños se creian libres porque desde que los mandaba Ibarra nada habian hecho por la libertad.

Habiéndonos conocido en el ejército habia sido muy bien recibido por él cuando fui á Santiago el año 21 segun he dicho antes. En el siguiente supe que mi hermano D. Julian habia llegado á Catamarca que dista como sesenta leguas y me trasladé allí con el fin de visitarlo: euando regresé despues de cuatro meses de ausencia, Ibarra no me permitió ir á otra casa que la suya. Yo habia hecho un estudio en no mezclarme en cosas políticas y lo cumplí hasta el punto

de resistirme á las mas vivas instancias que me hicieron los emigrados de Tucuman para que los acompañase á su pais. Esta conducta me habia conquistado aun mas las buenas gracias de Ibarra. Seria un ingrato sino dijese que merecí la mas distinguida acogida de todas las gentes de Santiago. Conservo recuerdos los mas gratos de todos sus habitantes.

A fines de 1822 recibí comunicaciones de D. José Maria Perez de Urdininea (compañero en mi regimiento de Dragones) que era Gobernador de San Juan, invitándome á tomar parte en una espedicion que por indicacion del General San Martin debia formarse en las provincias bajas para llamar la atencion del enemigo por el sud y cooperar á la destruccion del ejército español que oprimia el Perú. Me presté con tanto mas gusto, por cuanto estaba aburrido del ócio y deseaba una ocupacion análoga á mis inclinaciones y carrera.

Al principiar el año 1823 marché por Tucuman, cuyo Gobernador que era D. Bernabé Araoz, quise ponerme de acuerdo para el tránsito de la espedicion, pensando entonces que tocaríamos en dicha provincia.

El proyecto de espedicion al Perú, acogido por unos Gobiernos con poco interés y por otros con una glacial indiferencia, aun puede decirse que halló positiva oposicion en el principal de todos que era el de Buenos Aires. No solo negó toda clase de auxilios, sino que hubo de entorpecer una remesa de vestuario que por cuenta particular hacia construir D. Ambrosio Lesica: la policia fué á informarse muy seriamente con que fin se hacia aquel vestuario militar, y si no impidió su remision, hizo ver muy á las claras que no aprobaba su objeto y destinacion. Por ese tiempo fué, cuando los españoles eran aun todopoderosos en el Perú, cuando los ejércitos combatian con encarnizamiento, cuando corrian arroyos de sangre, que se dijo en el recinto de las leyes. “*El carro de la guerra se ha sumergido en el Oceano:*” por este tiempo fué que se estipu-

Ío con unos comisionados españoles aquella célebre convencion de paz de que no hicieron el menor caso, ni aun tomaron en consideracion los Generales enemigos y á que no prestaron su atencion los Gobiernos americanos empeñados en la lucha, sin embargo de haberle dado en nuestro pais una importancia excesiva.

El General D. Juan Gregorio de las Heras llevando de su secretario al Dr. D. Severo Malavia fué destinado á conducir ante el Virrey del Perú la mencionada convencion y con este fin se presentó en Salta á principios del año 24 ó fines del anterior. Inmediatamente hizo saber su mision al Virrey La Serna, quien comisionó al despues Regente de España Brigadier Espartero para que viniese á encontrarlo y sin duda imponerse á fondo del negocio. Ambos gefes se encontraron en Salta y haciendo servir esas relaciones misteriosas que cada uno avalua segun su modo de pensar, estuvieron antes de dos horas los mejores y mas íntimos amigos del mundo. Generalmente se creyó que el General Las Heras dió demasiada importancia á las mentidas promesas de Espartero (1) y se dejó conducir hasta Tupisa, alhagado con la esperanza de que llegaría al Cuzco donde estaba el Virrey. Allí fué detenido para esperar nuevas órdenes que solo llegaron para hacerle saber que aquel potentado disponia que regresase al punto de donde habia salido. No hubo pues negociaciones, ni aun se permitió que presentase sus propuestas y mucho menos que las discutiese.

Me espreso de este modo porque no puede convenirse

(1) El Dr. D. Casimiro Olañeta que poco despues pasó á Buenos Aires en comision secreta de su tío el General me dijo: que Espartero decia á sus amigos en el Perú, que solo habia llevado al General Las Heras por asegurar sus caballos de las rapiñas de los gauchos en el tránsito. Bien sabido era el empeño de los gefes españoles de promoverse de buenos caballos en las Provincias-Bajas, y Espartero se habia proporcionado algunos excelentes, entre ellos uno que le regaló el General Las Heras. Sin embargo el conducto por donde supe la noticia no era muy bueno y puede dudarse de ella!

que una de nuestras categorías militares, fuese empleada con el solo objeto de presentar materialmente al gefe realista el papel en que habia sido redactada la convencion. Debe pues suponerse que algo era preciso negociar aunque no fuesen sino los términos, límites y forma de la suspension de armas que debia seguirse, cuya suposicion se robustece con la circunstancia de haber traído un secretario y en él un hombre de letras y abogado. Pues bien, á esto es á lo que se negó el Virrey La Serna rehusando escuchar á nuestro enviado y mandándolo regresar sin ceremonia.

No es difícil hallar la esplicacion de esta conducta, si se considera que los comisionados españoles tenian su mision del agonizante gobierno de las Cortes, y al menos perspicaz no se le ocultaba que restituido Fernando VII á su poder absoluto anularia lo que hubiesen pactado los liberales. Mas esto mismo debió preveer nuestro gobierno y se hubiera ahorrado un acto que nada produjo en provecho de la independenciam y que pudo dañar enfriando el ardor guerrero de los pueblos que era oportuno excitar. Afortunadamente ni estos ni los ejércitos que estaban en la palestra hicieron la menor atencion, y siguieron las operaciones militares como sino hubiese habido tal convencion.

Cuando el General Las Heras regresó de Tupiza yo me hallaba allí por haberme llamado el General Arenales, con un piquete de la tropa que estaba en San Carlos á mis órdenes. El motivo fué la revolucion que estalló en algunos puntos de la campaña y que terminó con la ejecucion ó muerte del coronel Morales y teniente coronel Olivera.

El General Las Heras siguió su camino á Buenos Aires y en el supo su eleccion de Gobernador habiendo terminado su periodo legal el General D. Martin Rodriguez. El Sr. Rivadavia que habia sido *la alma* de su gobierno dejó el ministerio, y le reemplazo en el de Gobierno, el de Hacienda D. Manuel Garcia. La preferencia que dió á

este en sus consejos el nuevo Gobierno separándose de los de su pariente el presbítero Dr. D. Julian Segundo de Agüero que pretendia ser su director privado, contribuyó eficazmente á preparar su caida, cuando se instaló la Presidencia cerca de dos años despues. El General Las Heras se marchó á Chile donde permanece al servicio de aquel Estado.

Habiendo llegado de Tucuman el coronel Urquinea tomó el mando de los Dragones y marchó á Leon cinco leguas de Jujuy á formar la vanguardia; yo tuve la órden de formar un batallon de infanteria ligera á que desde luego di principio. Con esta fuérza y algunas milicias es que se abrió la campaña en 1825 cuando la accion decisiva de Ayacucho, nos permitió obrar contra Olañeta por el sud, empleando los pocos medios de que podia disponer el gobierno de Salta. Con esa fuerza fué tambien que se formó el contingente de la misma provincia para el ejército nacional que se organizaba en la Banda Oriental para la guerra del Brasil. Con ella salí el 2 de Diciembre del mismo año, atravesando 400 leguas para tomar parte en la nueva lucha que iba á empezarse.

Con esos salteños que me acompañaron combatí en Ituzaingo, adquiriendo ellos un nuevo y poderoso título á la gratitud de la patria y á mi propia estimacion: digo á mi estimacion porque fueron siempre mis fieles compañeros, obedientes á mi voz, y porque me dispensaron siempre una confianza que nunca se desmintió.

Ya es tiempo que concluya esta parte de mi memoria para dar lugar á la que debe abrazar el periodo de la guerra Brasilerá. Ella merece una consideracion especial y una narracion separada (1).

(1) Los Editores. No habiendo podido conseguir despues de repetidos reclamos los manuscritos autógrafos del finado General Paz sobre esta importante campaña, de un personaje, en cuyo poder existen; nos vemos en la necesidad de suplir esta falta publicando de la memoria biográfica del expresado General escri:

CAMPAÑA DEL BRASIL.

“El General Paz, en su grado de coronel se incorporó al ejército argentino que abrió la campaña contra el Imperio del Brasil en 1825. Por entonces mandaba un regimiento de caballería y tan espléndida fué su conducta en la batalla de Ituzaingó y tan eficazmente concurrió á asegurar el resultado incompleto de aquella victoria, que fué elevado inmediatamente al rango de General de división. En aquella batalla ocurrió una circunstancia que dice relación con los antecedentes que me he propuesto establecer para señalar el lugar que ocupa el General Paz en las luchas civiles de la República Argentina. Mandaba el ejército el General Alvear uno de los Generales mas antiguos y acreditados por su talento y su valor reconocido. Este General no se si pagado de la superioridad incontestable de la caballería, ó inclinado como la mayoría de los argentinos á hacer partícipe á su caballo de los laureles de la victoria, puso todo su ahinco, en romper los cuadros enemigos, mandando estrellarse contra ellos, los brillantes regimientos. La infantería argentina tomó una débil parte en la acción, y la caballería perdió como la mitad de su efectivo, y centenares de gefes brillantes, que se habian distinguido en la guerra de la independencia, entre ellos el caballeresco coronel Branzen frances que murió á dos varas de la línea enemiga trasapado de balazos él su caballo, el ayudante, y el clarín que estaban á

ta por D. D. F. Sarraiento, el periodo de su vida que corresponde á esta célebre y gloriosa campaña.

Este manuscrito paraba en poder del General Paz, y consultado el autor por los EE. no recordaba cosa alguna referente á él, por lo que nos exigió verlo para cerciorarse de su autenticidad. Al examinar los papeles ha recordado que estos apuntes los ha hecho en alta mar, como distracción en 1845 ó 46, que ignora como se encontraron entre los papeles del General Paz, pues estaba persuadido de que estaban entre los suyos en Chile. Prevenimos esto, para mostrar lo genuino de los apuntes, habiendose negado el autor á corregir nada, por no emprender un trabajo mas sério.

su lado. Por esta intempestiva y precipitada ingerencia de la caballeria, la victoria de Ituzaingó no condujo á resultados positivos puesto que el ejército brasilero, fuerte aun de toda su infanteria y parque, pudo retirarse del campo de batalla.

“El General Alvear fué llamado á Buenos Aires á dar cuenta de su conducta, y poco despues el General Paz, no obstante su reciente nominacion encargado del mando en jefe del ejército que continuó operando sobre el enemigo, aunque con poco vigor, pues que las disensiones que ya empezaban en el interior de la República Argentina, inclinaron al Gobierno á terminar por las negociaciones diplomáticas la guerra que no habia podido concluir la espada,

“El General Paz, al corriente de la situacion del ejército, y de las posiciones del enemigo, concibió un plan de operaciones, que á su juicio daria por resultado infalible la destruccion completa de las fuerzas brasileras; plan que segun disposiciones superiores, tuvo que someter al Gobierno para ponerlo en práctica, obtenida su aprobacion,

“Cuando en las operaciones militares entra la apreciacion de las distancias de tiempo y lugar, un General hábil puede de antemano decir como Napoleon en Austerlitz “mañana este ejército será mio” y no haríamos esta observacion vulgar, si en las guerras americanas no fuese esta anticipacion de los resultados difícil de calcular, menos por la incapacidad de los gefes, que por las dificultades insuperables que obstan á toda apreciacion matemática para hacer obrar sobre un punto dado las fuerzas colocadas en posiciones diversas. Faltan mapas exactos, faltan caminos seguros y cómodos, faltan puentes en los rios, faltan en fin material y elementos con que contrarrestar las dificultades que la naturaleza inculta opone. El General americano debe contar con un conocimiento práctico de los lugares que ocupa, para lo que casi siempre necesita tener á su lado uno ó mas de aquellos hombres llamados *baqueanos*, y que son el tratado vivo de la geografia

del país. Si el General Paz en despecho de todas estas dificultades habia logrado organizar un plan de operaciones infalible en sus resultados, es cosa que no podremos asegurar puesto que no fué sometido al erisol de la experiencia. Pero sus campañas posteriores y sus victorias sobre ejércitos, casi siempre de doble fuerza, hacen presumir que entonces habria arribado á la victoria por el mismo camino que despues á sabido obtenerla siempre. Desgraciadamente Rivadavia, Presidente entonces de la República, cansado de luchas con las resistencias locales que el interior le oponia, abdicó su título, y el coronel Dorrego, ocupó su puesto en el menos pomposo carácter de Gobernador de Buenos Aires, y queria hacerse propicio al pueblo señalando los principios de su administracion, con un acto eminentemente aceptable. Dorrego negociaba con este objeto, la paz á todo trance, y nada podria desconcertar todos sus planes mas completamente que el dar á las operaciones de la campaña del Brasil nuevo vigor, aunque fuese seguro al fin de un periodo de tiempo alcanzar una victoria que podia no ser decisiva. Quizá el Gobierno de Buenos Aires y la comision militar encargada de examinar el plan, no pudieron apreciarlo en toda su luz; quizá los zelos militares, hallaron que iba á levantarse una nueva reputacion, el hecho es que el plan fué desechado, ordenando encarecidamente á su autor, que conservase sus posiciones sin intentar nada contra el enemigo.

“El tratado de Paz fué en efecto firmado en Rio Janeiro en 1829, y la guerra llamada del imperio terminó, dando por resultado la existencia de la República del Uruguay, y tres Generales agregados á la larga lista de los Generales argentinos. Paz y Lavalle pertenecen á este número. El mismo General Paz, fué encargado de tomar posesion de la ciudad de Montevideo hasta entonces en poder de las fuerzas brasileras y permanecer allí hasta que convocado el pueblo, eligiese sus propios funcionarios como estado independiente.

“El ejército argentino terminada la guerra en la Banda Oriental del Rio de la Plata debió pasar á la ribera opuesta, y con este acto poner á descubierto las lavas que se estaban agitando sordamente en la República. Este momento es interesante como un punto de partida en las luchas argentinas. De hay parten Rosas, Paz, Lavalle, Quiroga y todos los gefes y caudillos de la guerra. Allí sucumbe Dorrego el rival constitucional de Rivadavia. Allí se ponen frente á frente los dos elementos contrarios que la república encierra; de allí salen los dos sistemas de guerra, de política y de administracion opuestos que ostentan los partidos contendientes.

“El ejército volvia devorando cólera y resentimiento contra el Gobierno actual del coronel Dorrego; no solo por las privaciones que le habia hecho sufrir; pues volvia descalzo, desnudo y hambriento: no solo porque posponiendo la gloria y el bien de la República, á la gloria y utilidad de la persona del nuevo Gobernador; no solo porque todos los gefes del ejército despreciaban á Dorrego como un hombre sin prestigio de asociarse con ellos; no solo por todas estas causas reunidas sino principalmente por haber derrocado la administracion Rivadavia, estorbado la constitucion de la República, y ayudándose para subir al Gobierno de los caudillos gauchos, de la campaña, enemigos implacables del ejército y de sus Generales, á quienes habian alcanzado en graduacion, y sobrepasado en poder é influencia, con solo reunir montoneras y apoderarse de una ciudad que desde este momento era la capital de un califato vitalicio y arbitrario y generalmente despótico é ignorante. Dorrego en efecto habia en el Congreso Nacional de 1826 convocado por Rivadavia para dictar una constitucion que asegurase á la República sus libertades, echado mano para oponerse á este designio de todos los recursos que un carácter arrojado, emprendedor, y un espíritu despierto é intrigante, reunido á un talento distinguido y una conciencia no muy difícil en cuanto á los medios de accion;

podían sugerirle. Dorrego hizo uso para destruir la Presidencia de todos los medios concedidos á los jefes de partido en los gobiernos constitucionales, y que detrocando un ministerio dejan empero incólume el edificio del orden público. Pero Dorrego no se para hay, sino que para estorbar que se diese al Estado una constitucion unitaria, suscitó y revolucionó todos los elementos de desorganizacion que la República encerraba. Mientras que en la prensa y en la tribuna batia al Gobierno y al Congreso de que era miembro, escitaba á los caudillos del interior á desconocer la autoridad del Congreso, y la del Presidente por el nombrado, de manera que detras de la oposicion constitucional armada de la palabra, el diario y la lista electoral, aparecian las lanzas de los caudillos del interior, y Rosas que empezaba á hacerse por entónces notable en la campaña de Buenos Aires, por su tenacidad en estorbar que se re-elutase el ejército y su improbo trabajo para desmoralizar el Gobierno y suscitarle enemigos y descontentos.

“Rivadavia en su candorosa idealizacion de la libertad constitucional, creia que debía dejar consumarse esta obra de subversion, y que los medios legales no autorizándolo para salvar la República, debía dejarla correr todos los azares que veia en perspectiva, á merced de las ambiciones suscitadas por la revolucion de la independencia. Rivadavia renunció pues la Presidencia imitando su ejemplo todos los hombres distinguidos que formaban parte de aquella pomposa administracion, que tan merecida reputacion de integridad, ilustracion, y altura de miras, ha dejado en Europa y América.

“Pero Dorrego al derrocar la Presidencia, suscitar los caudillos, desencadenar las campañas, hacer pisotear una constitucion, y disolver un Congreso, para arribar por resultado á ser Gobernador de Buenos Aires, se habia olvidado de una sola cosa que dejaba existente, como si la distancia en que se hallaba no le hubiese permitido tenerla en cuenta. Dorrego se habia olvidado del ejército de

línea, que en los momentos en que él destruía el Gobierno, estaba batiéndose por libertar una parte del territorio ocupado por el enemigo: habíase olvidado del ejército, contra el cual había trabajado con todo su poder, poniendo trabas al gobierno para que lo proveyese de recursos; estorbando por medio de sus coligados los caudillos de provincia, que reparase con nuevos contingentes las pérdidas que experimentaba, haciendo favorecer la desercion, y reduciéndolo por fin á la miseria y la impotencia con que terminó la guerra. La necesidad en que la Presidencia se hallaba de continuar era la palanca que sus adversarios ponian en movimiento para destruirla. Las provincias negaban los contingentes, ó los caudillos atacaban los que se hallaban en disciplina. Dorrego era el gefe de esta oposicion y elevado al Gobierno, no podia pedir nuevos contingentes, ni elementos de guerra á aquellos caudillos á quienes él mismo habia aconsejado que los negasen. Procurar la paz á todo trance era pues la condicion que él se habia impuesto al subir al Gobierno; pero la paz que obtuvo al fin renunciando á la soberanía del territorio disputado, traia otra dificultad no menos embarazosa para su Gobierno que la continuacion de la guerra. Era preciso hacer entrar en el territorio de la república un ejército agriado por las privaciones, y mandado por los oficiales y gefes de los antiguos ejércitos de la guerra de la independenciam, cargados de medallas y cicatrices, pero sin porvenir, puesto que, no habiéndose constituido la república y gobernada cada provincia por un caudillo absoluto é independiente, todos esos centenares de gefes debían ser licenciados á su llegada á Buenos Aires, que no necesitaba para su defensa sino una guarnicion de doscientos hombres, á las órdenes de un coronel. Por otra parte el ejército de línea era el enemigo nato de los caudillos de las montoneras que dominaban la república y habian echado por tierra la Constitucion, y la administracion Rivadavia, que lo habia creado, y dádole campo tan vasto de gloria. Dorrego habia

trianfado fácilmente de un Congreso y un ejecutivo compuesto de oradores, letrados, abogados y políticos; pero la cuestión cambiaba de aspecto, cuando se trataba de un ejército aguerrido, disciplinado y mandado por los gefes mas valientes y mas enemigos de su política desorganizadora. No es posible decir si Dorrego, que habia tenido una conducta tan subversiva con respecto al Presidente de la República se prometia que el ejército respetase en él, lo mismo que él habia enseñado á despreciar en su antecesor. Esto es el respeto debido al gobierno, á las leyes é instituciones, aunque este respeto no se estienda á la administracion que lo representa. Dorrego, concluida la paz llamó el ejército para cumplir con lo estipulado, no obstante que sabia á no dudarlo, que ese ejército venia á castigarlo por haber estorbado la Constitucion de la República. Aun hay mas todavia, los generales y coroneles del ejército veian en Dorrego el primer obstáculo para la organizacion del estado pero no el último, y aun antes de pisar el territorio argentino estaba entre ellos acordada la batida general que debian hacer por todo el territorio de la República, para desalojar de las ciudades los caudillos despóticos que se habian apoderado de ellas, y hacian ilusoria toda tentativa de organizacion, que no tuviese por base dejarlos en quieta posesion de su conquista. ¿Pensaban con acierto, los gefes del ejército de linea? Puede desde luego decirse que no, puesto que el éxito no á coronado la obra; que en las cosas en que la fuerza entra, no hay otra regla de criterio que el resultado. Una cosa habia de positivo empero, y debe tenerse presente, como atenuacion sino disculpa de la conducta de los gefes del ejército. Lopez un gaucho de la campaña de Santa Fé, dominaba aquella provincia á fuer de caudillo popular. El General Bustos que se sublevó en Arequito con un ejército destinado á obrar en el Perú contra los españoles, se habia apoderado de Córdoba hacía ya ocho años, y la gobernaba como una propiedad suya. Facundo Quiroga en fin habia levantado

de su motu propio ejércitos en la Rioja, y paseaba su estandarte negro con una cruz roja por las ciudades y campañas de las faldas occidentales de los Andes. Cuando se trataba de constituir la nación era preciso solicitar la cooperación de estos gefes, que nombraban diputados al congreso con instrucciones que les trazaban las opiniones políticas que debían sostener. A ellos era preciso someterles la Constitución una vez formulada, y enviar cerca de ellos un agente público que apoyase de palabra las razones que el Congreso había tenido para decidirse por tal ó tal forma de Gobierno. Ultimamente los enviados eran recibidos en unas provincias, los caudillos los despedían sin escucharlos, y la Constitución rechazada sin tomarse el trabajo de leerla ni examinarla. Todos los hombres públicos de aquella época lo mismo que los gefes del ejército creían pues que antes de dictar una constitucion para la República era preciso purgar el país de todos estos tiranuelos, á fin de que los pueblos se pudiesen ocupar de sus intereses sin subordinarlos á los de sus caudillos, y aun hoy hay quienes piensen lo mismo en aquel estado.

Las divisiones del ejército nacional empezaron á llegar á Buenos Aires á fines de Noviembre de 1828, y el 1.º de Diciembre, el General Lavalle que mandaba la primera de ellas, formó en la plaza de la Victoria sus tropas, declarando depuesta la administracion Dorrego, y convocando á los ciudadanos á elegir un nuevo gobierno provisorio. A esto se redujo la revolucion del 1.º de Diciembre que forma la escena primera del sangriento drama que despues de diez y seis años no se ha terminado todavia. Dorrego, habiendo fagado á la campaña donde estaban Rosas y los caudillejos que lo habian apoyado para echar por tierra la Presidencia, reunió montoneras, hizo venir algunas tribus de salvages amigos y en Navarro, esperó la division del ejército que habia salido de Buenos Aires en su persecucion. La jornada le fué fatal y él mismo cayó en el número de los prisioneros. El General Lavalle lo fusi-

Id, dando con este acto injustificable arma eterna á Rosas para justificar las sangrientas atrocidades y el esterminio de los unitarios, presentes y futuros, declarados cómplices del acto arbitrario de que el General Lavalle se constituía ante Dios y la historia solo responsable.

“Pero la muerte de Dorrego, era el primer paso dado para llevar á cabo el preconcebido designio de desalojar de las provincias los caudillos vitalicios. Ya estaba pues declarado, y fué en vano que Lopez de Santa-Fé propusiese entrar en las miras del nuevo gobierno; puesto que la guerra era á su persona y á su gobierno de caudillo. Para proceder á constituir la república era necesario antes de todo que él, como todos los otros tiranuelos dejasen de mandar, y Lopez cualesquiera que fuesen sus temores y sus intenciones, no se habia de resolver á hacer sacrificio tan enorme.

“El General Paz habia desembarcado con una segunda division del ejército, y como cordobés, pidió que se le confiase la empresa de libertar á Córdoba su patria dominada ocho años habia por Bustos, el mas poderoso entonces de aquellos caudillos patriarcales. La empresa era tanto mas difícil cuanto que estando Córdoba situada en el centro de la República, la division del ejército que se aventurase hasta allí, debia contar con quedar bien pronto incomunicada con Buenos Aires, y por tanto espuesta á los ataques combinados de Bustos, de Córdoba, Lopez de Santa-Fé, Ibarra de Santiago del Estero, y los Aldaos de Mendoza. Por otra parte Bustos no era como los otros, un caudillo de montoneras; era un antiguo militar que á mas de los recursos que le ofrecia la rica y populosa provincia que tenia á sus órdenes, contaba con los restos del 9 y el 10 de infanteria con que se habia sublevado en Arequito el año 1820; los Húsares, y los Dragones, á mas de un parque numeroso de artilleria. El General Paz no sin vencer porfiadas resistencias, obtuvo por fin el riesgoso mando

de la division espedicionaria sobre Córdoba," (1) campaña importante á que damos principio sin alterar en lo mas mínimo el texto autógráfo del ilustre General.

CAMPAÑA DE CORDOBA.

El 1.º de Enero de 1829 llegué á Buenos Aires con la segunda division del Ejército Nacional, por órden que recibí para ello, del Gobierno que habia reemplazado al del Sr. Dorrego,

El entonces coronel D. Gregorio A. de la Madrid no tenia mando alguno en el ejército, y permanecia agregado, Tampoco gozaba de las buenas gracias del General Lavalle, siendo tan pronunciada esta desfavorable disposicion, que su padre político, el ministro general en todos los ramos de la administracion Dr. D. José Miguel Diaz Velez, no habia podido vencerla.

El coronel Madrid no tomó parte, acaso porque no se lo dieron en el movimiento de 1.º de Diciembre, y sea por esta razon, sea porque conservaba un resto de afición á sus compadres Dorrego y Rosas, sea en fin por sus ningunas relaciones con los gefes de dicha revolucion, la miraba con despego y hasta con cierta antipatía. El mismo nos lo dice con su inimitable candor; cuando refiriendo la conversacion que tuvo con su suegro, espresa terminantemente que solo por no quedar *anulado y arrumbado*, se prestó á la invitacion del General Lavalle. Quería por lo menos ver primero mas claro, pero las circunstancias no se lo permitieron y tuvo que comprometerse: por eso es que

(1) Hasta aquí la memoria del Sr. Sarmiento, mas tan luego como los EE. obtengan los manuscritos autógrafos del finado General D. José M. Paz sobre la misma campaña, se apresurarán á publicarlos,

de cuando en cuando se arrepiente y exhala un doloroso gemido.

Puesto ya en campaña nose nos muestra en sus memorias como un gefe *emprendedor y valiente hasta la temeridad*, que abogaba siempre por las operaciones atrevidas, y por llevar la ofensiva á todo trance. Muy al contrario se retrata un hombre en extremo prudente, conciliador, calmoso, moderado, lleno de horror al derramamiento de sangre humana. Al comparar al Sr. La Madrid de la Provincia de Buenos Aires á las órdenes del General Lavalle con el Madrid del interior á las mias, parecen dos hombres distintos, sin más punto de contacto que su incorregible mania de aconsejar y preverlo todo.

Poto puedo decir con respecto á esa crítica minuciosa que hace del General Lavalle porque no he presenciado los hechos. No obstante me creo bastante instruido para asegurar que la crítica es demasiado severa. Verdad es que el General Lavalle, llevaba siempre consigo una ajuga de marear, pero me cuesta mucho persuadirme que con su solo auxilio y prescindiendo de los conocimientos prácticos de los baqueanos, quisiera dirigir los movimientos de sus divisiones. Si alguna vez cometió algun error en este sentido, no quiere eso decir que fuese una costumbre habitual. Y de no para qué buscaba y llevaba baqueanos? Tengo fundamento para decir que es falso que desatendiese la opinion de estos en su marcha al Carcarañá en busca de Lopez, y que al contrario fueron ellos quienes causaron el extravío y demora de la columna.

Luego que se trató de mi expedición al interior el Dr. Diaz Velez, me habló de que emplease en ella á su hijo político que no tenia destino en el ejército de Buenos Aires. Consentí en ello y acordamos que formase un cuerpo poniendo bantera de reclutas y ofreciendo un buen enganche. Ofrecia retirar el coronel muchos hombres principalmente provincianos de las tropas de carretas y demas que viajaban á la capital de la República. Agregando a!

eficiénte de un buen enganche, su proverbial popularidad, nos pareció esta una operacion infalible, que debia darnos un buen cuerpo de caballería.

Nos engañamos cumplidamente pues si pasaron de 20, no llegaron á 30 los hombres que reunió por ése medio. Para completar sus 80 voluntarios fué preciso darle presidiarios de no mucho delito y prisioneros de las Palmitas. No es el único chasco que ha dado el General Madrid á los que se han fiado en su popularidad, como tendremos ocasion de demostrarlo; ya que tratamos sobre esto diré dos palabras en el particular.

La plebe con quien se roza por demas el General Madrid le profesa afecto pero no ese sentimiento de estimacion y respeto que atrae y subyuga al mismo tiempo; que solo puede inspirar un gran carácter. El populacho lo quiere; ó quiere al General Madrid de un modo algo parecido al que se quiere á un niño gastador y desvarajustado; á quien á veces se tiene cierta compasion por el mal empleo que hace de sus recursos, sin que por eso los destine á su propia conveniencia. Solia muy frecuentemente emplear su dinero en dulces, panales y caramelos que partia fraternalmente con sus soldados (1). Ellos gustaban, sin duda, por el momento de su generosidad, pero no puede niéños de que la reflexion les hiciese conocer que no se habia llenado con un gusto una necesidad.

Habiendo despachado por agua á San Nicolas la mayor parte de las tropas espedicionarias, yo me dirigí por tierra ordenando al coronel Madrid que lo hiciera con su pequeño cuerpo; escoltando algunos carros, ó algun otro

(1) A principios del año 26 estuve de paso en Tucuman estando el Sr. Madrid en el gobierno que acababa de quitar al Sr. Lopez por una revolucion. Fui una mañana á visitarlo y lo hallé con una gran bandeja de panales de los que ofrecia á los soldados que pasaban por la puerta de su sala, y adviértase que eran muchos por que la casa no era sino el cuartel, me consta que llevaba ya consumidos alguna cantidad de ellos. Me lo decia para recomendarse. Como éste citaria mil ejemplos.

bagage. Allí nos reunimos con el General Lavalle que se preparaba á abrir su campaña sobre Santa-Fé.

Este desprendiéndose del coronel Rauch con el regimiento de Usares, además del N.º 4 y dos escuadrones de coraceros á las órdenes de los dos Medinas, sin contar aun la fuerza de Estombar, creía haber provisto á la seguridad interior de la provincia. Fuera de eso el no la abandonaba porque solo pensaba en una invasión pasajera, que no era otra cosa que un golpe de mano sobre el cuerpo que tenía Lopez en observacion.

Si se dejó de hacer algo en el sentido de asegurar mas la tranquilidad interior, no entra en el objeto que me propongo; mas no dejaré de decir que la derrota y muerte de Rauch y la demencia de Estombar eran sucesos que estaban fuera de la prevision del General Lavalle, y cuya responsabilidad no se le puede cargar. Sin ellos las cosas hubieran tomado otro curso, y no lo veríamos al General Madrid entonar el canto de triunfo por los desaciertos del que era su gefe.

El confiesa que habia mas que sobradas fuerzas para ir sobre Lopez, y no puede negar, que las que quedaban con Rauch, Estombar, los dos Medinas, y las que podia poner en accion el pueblo de Buenos Aires eran muy respetables. Los gauchos del sud, no valian mas que los santafesinos. ¿Y en donde está entonces esa imprudencia, ñi esa temeridad?

Me causa risa oír decir al General Madrid que el batió á Lopez en la Herradura con 300 hombres sin que entrasen todos en accion. En otra parte he detallado este combate: ahora solo diré que el General Madrid abusa de las palabras. Lopez no fué propiamente batido en la Herradura, y sí rechazado por una division de 700 hombres de los cuales 400 infantes con dos cañones. No es menos visible verlo personificar en sí mismo la victoria como si él hubiese mandado en gefe sin depender de otro. El coronel entonces D. Juan Bautista Bustos fué quien comandó

nuestras fuerzas en esa accion, y el coronel Madrid ni aun cargó con los escuadrones de caballeria que operaron activamente, porque no tuvo precisión de hacerlo, que á haberlo hecho no dudo que lo hubiese practicado con bizzarria. No es esta la única vez que se atribuye *muy modestamente* la gloria de una batalla, en que solo desempeñó un rol subalterno: en varias partes de sus memorias dice pura y simplemente que *él derrotó á Quiroga en Oncativo y la Tablada, con lo que cualquiera que no conozca esos sucesos creeria que él era General en Gefé.* Con la misma propiedad podría decir que batió á Tristan en Salta, y otro cualquier subalterno que se haya encontrado en Maypú, Ayacucho, ò Ituzaingó puede levantar la voz para declarar que *él derrotó á los ejércitos brasileros y español, sin mas explicacion.*

Es muy injusta la queja del General Madrid al menos en los términos en que la espone, por no haberle hecho presenciar el General Lavalle el licenciamiento de los soldados cumplidos, para que á acto continuo, pudiese reengancharlos para su cuerpo. Se esperaba que muchos de esos soldados mediante una gratificacion proporcionada, se conformarian en continuar sirviendo: mas era conveniente y útil que en tal caso lo hiciesen en los mismos cuerpos á que habían pertenecido. Era tambien justo que el General Lavalle condescendiese con los gefes de dichos cuerpos que solicitaron ser preferidos para hacer la primer propuesta á los licenciados.

El general Lavalle debió temer que dejando la iniciativa al coronel Madrid, se llevaria muchos soldados de los que podian reengancharse en sus propios cuerpos, porque era seductora la idea de ir á sus provincias y la perspectiva de servir en un cuerpo en que se les exigiria quiza menos disciplina. Visto está que esto es lo único que se propuso el general, pues que luego que los gefes de cuerpo hubieron reenganchado á los soldados que quisieron hacerlo, le permitio al coronel hacer la misma diligencia. Si hubo alguna

demora en avisárselo, lo ignoro, porque esto sucedió en la campaña no estando yo presente.

Me permitiré ahora una ligera reflexion que mostrará la inconsecuencia con que generalmente se conduce el general Madrid. Si es cierto que se interesaba tanto en la defensa de la provincia de Buenos Aires, si censura al General Lavalle por haberse desprendido de una parte de sus fuerzas. ¿Cómo es que reprueba que quisiese con preferencia aumentar los cuerpos que lo acompañaban? ¿Cómo es que se queja por no haberle permitido con perjuicio de estos, aumentar el suyo, que era destinado al interior?

¿Comprende, y se ha hecho cargo de todo esto el General Madrid? Si lo primero no queda en buen punto de vista de sinceridad y buena fé, si lo segundo es una falta de inteligencia que no se que nombre asignarle.... Mas volvamos á espresar donde quedamos ya reunidos.

Cuando el General Lavalle marchó sobre Lopez de Santa-Fé ignoraba absolutamente el desastre de Rauch: tan lejos de temerlo manifestaba la mayor confianza. Así fué que al emprender su momentánea campaña no creyó aventurar la suerte de Buenos Aires.

Aunque Lopez no habia salido de su provincia, habia reunido sns fuerzas sobre la frontera, y tomado una aptitud amenazante. Por otra parte, á nadie se le ocultaba que las montoneras de Buenos Aires eran promovidas, dirigidas y fomentadas por Lopez y Rosas que se le habia reunido. Era evidente que ellas continuarian, mientras existiese un foco de accion, y no era ni estravagante, ni imprudente marchar á sofocarlo. Es lo que hizo el General Lavalle teniendo como lo confiesa el Sr. Madrid mas que sobrados medios. Estos consistian, en una numerosa y brillante caballeria, dotada ademas de una superior movilidad, que la hacian sumamente apropiada para el golpe de mano que se proponia.

Si el General Lavalle no hizo el uso conveniente de los

arbitros de la política para desarmar al caudillo santafesino, y si al contrario se cometieron algunas imprudencias capaces de irritarlo, con incidentes de otro género de que no me propongo tratar. Sin embargo diré brevemente que no los desatendió el General Lavalle pero cuando no era tiempo. Fué solo despues de malogrado el golpe, que le dirigió una comunicacion amistosa: Lopez creyó ver una confesion de debilidad, la recibió con desden y la contestó con altanería.

Cinco ó seis dias despues de haber emprendido su movimiento el General Lavalle hice yo el mio en los últimos dias de Marzo. Habíamos convenido en que el dia 3 de Abril nos reuniríamos en los Desmochados, y fuimos exactos á la cita. Allí fué que el General Lavalle supo la derrota y muerte de Rauch, y la conflagracion de la eampaña. Allí fué que hicimos nuestros últimos acuerdos y nos despedimos el mismo dia al anochecer.

Todo lo que dice el General Madrid del hombre conductor de la noticia del desastre de Rauch que se la confió en reserva, y todo lo que refiere que se siguió es enteramente inexacto, es un delirio, es un sueño de un hombre despierto. Tengo la mas íntima conviccion que nada supo el General Madrid hasta que lo supieron los demas del ejército que fué dos meses despues. Era un secreto que me convenia guardar y que guardé efectivamente con la mas escrupulosa fidelidad. Lo mas cierto es, que evocando sus recuerdos el General Madrid al tiempo de escribir sus memorias se le han presentado ideas confusas, y sobre ellas ha compuesto su indigesta relacion. Esta vez como siempre deja percibir el deseo que lo domina de aparecer previéndolo todo, y aconsejando lo mejor.

Es falso que yo me moviese por solo la razon de recibir el parte de la derrota de Rauch, como lo es que estuviésemos campados por la noche. Ni una sola vez lo hicimos y cuando mas se hacian *altos* momentáneos, sin le-

vantar tiendas, ni desensillar los caballos, ni descargar los bagages.

Es tambien inexacto que fuese en marcha cuando se supo la aproximacion del General Lavalle. Serian las 8 de la mañana del 3 de Abril, hora en que acabábamos de campar á la costa del Rio del Desmochado cuando apareció la columna de aquel y que como era consiguiente tomé las precauciones debidas hasta que fué reconocida. Muy luego campó ella misma á alguna distancia pero sin haber rio, ni arroyo intermedio. Ambos cuerpos estaban sobre la márgen derecha del Rio, sin que antes ni despues lo pasasen.

Otro sueño, ó mas bien una comedia es todo lo que dice el autor de las memorias, sobre las reflexiones que me hizo para disuadir al General Lavalle y á mi de nuestra separacion. No necesito esforzarme para probar que tengo por apócrifa toda la relacion, desde que he negado el fundamento de que supiese el desastre de Rauch. Cuando mas podia haber llegado á la noticia del coronel Madrid algunos movimientos de la campaña de Buenos Aires independientes de aquel, y aun puede ser, que no lo recuerdo, que tuviese alguna conversacion con él á este respecto. Pero es una fábula mi condescendencia, y mi vuelta á representar al General Lavalle la inconveniencia de nuestra separacion.

Ocurre aquí una singular contradiccion con lo que han dicho otros no menos equivocados que el Sr. Madrid, que pondrá en conflicto al futuro historiador de nuestras guerras civiles. Han asegurado que yo marché al interior no solo contra los deseos del General Lavalle, sino contraviendo espresamente sus órdenes. Unos y otros se han separado de la verdad, porque ni resistió á representaciones mias para que se emprendiese la espedicion, ni se opuso ú que se hiciese.

Graves inconvenientes habia para suspenderla, y sin hablar de otros que omito, me limitaré á indicar, que yo

habia anticipado aviso y tenia inteligencias en el interior donde era esperado en un tiempo dado. Que los soldados provincianos de mi division; casi en su totalidad, hubieran desertado muchos cuando se viesen defraudados de la esperanza de ir pronto á su pais. Que la fuerza de mil hombres escasos, de los que cerca de dos tercios eran de infanteria ó artilleria, no eran de un peso decisivo en la balanza. Y finalmente que desvelando, ó por lo menos dando ocupacion á Bustos, Quiroga, Aldao y demas caudillos, no eramos indiferentes á la cuestion que se ventilaba en Buenos Aires, pues que privábamos á Rosas y Lopez de refuerzos numerosos y de poderosos auxiliares

Reunida en fin la division compuesta de una bateria de 4 piezas de á 4 con 80 artilleros al mando del mayor D. Juan Arengrin.

Del batallon núm. 2 de cazadores al del coronel D. José Videla Castillo su fuerza proximamente, 300 plazas.

Del batallon núm. 5, al del coronel D. Isidoro Larraya, su fuerza proximamente 250.

Del regimiento núm. 2 de caballeria al del coronel D. Juan Pedernera, su fuerza idem 250.

Del escuadron de voluntarios de nueva creacion al mando del coronel D. Gregorio Araoz de La-Madrid con 90 reclutas sin instruccion alguna, nos pusimos en movimiento en los últimos dias de marzo de 1829, con destino á Córdoba y en marcha sin novedad hasta el Desmochado donde llegamos en la mañana del 3 de abril, estando campados sobre la margen derecha del rio se avisto una fuerte columna en la misma direccion, la que luego se creyó ser la division del general Lavalle; la que despues de haber malogrado el golpe que pensó dar á Lopez se dirigió sobre el Desmochado para reunirse con la mia. Allí supo Lavalle la desgracia de Rauch y su division, y por la tarde nos separamos en distintas direcciones. Gelli que debia seguir conmigo, regresó habiéndose mudado de parecer con respecto á él. Desde entonces yo no me ocupé sino de los

medios de asegurar el éxito de la campaña sobre Córdoba.

La completa destruccion de la division que mandaba Rauch y la muerte de éste, impidió que Lavalle se desprendiese de un hombre de caballeria, asi es que no aumenté mi fuerza con uno solo de tropa, y tuve que continuar mi movimiento con la única que habia sacado de Buenos Aires y cuyo estado se ha puesto de manifiesto. El teniente coronel D. Pascual Pringluis, y el capitán D. Rafael Correa pasaron únicamente en ese dia á continuar sus servicios en mi division.

La subversion de toda la campaña habia sido consiguiente á la pérdida de Rauch, de modo que cuando me separé de Lavalle ya era crítica la situacion de Buenos Aires y la mia misma, porque ya no podian contar con cooperacion ni auxilio de ninguna clase. Pero tampoco me era posible retroceder pues desde que esto se hubiera entendido en mi division compuesta de provincianos hubiera peligrado su conservacion y por lo menos tenido una gran deserccion: lo único pues que pudo hacerse fue reservar cuidadosamente el desastre de Rauch, y se hizo de un modo tan completo que nadie lo traslució, y como tras mis pasos quedó enteramente cerrada la comunicacion se ignoró durante tres meses este descalabro, lo que valió infinito para mis primeras operaciones.

El 3 de abril á puestas del Sol me puse en movimiento al interior, al mismo tiempo que Lavalle lo hizo con direccion opuesta: (1) en esa misma noche destaqué al comandan-

(1) "Despues de esta separacion ¿que suerte cupo al ejército del general Lavalle obrando sobre Santa-Fé? A poco tiempo habia desaparecido despues de muchas victorias, mas ruinosas para él, que las derrotas mismas. El general Lavalle, despreciando mas de lo que convenia á sus enemigos, y general de caballeria, brillante y audaz, para echarse con sus cornceros sobre bardas de bayonetas, habia procedido con menos cautela y acierto que el general Paz. Habia tenido ademas que medirse con un caudillo hábil, astuto y dotado de una constancia á toda prueba como Lopez, de Santa-Fé, el sucesor y discípulo de Artigas en aquella guerra original cuya estrategia suprema consiste en evitar los combates, dispersarse como el uno; reunirse en un punto dado; robar

te Echeverria con 60 coraceros, con la órden que hiciese una diversion sobre la frontera del sud de Córdoba, sacando todo el partido que le fuese posible de la sorpresa. Su marcha se hizo por los desiertos que quedan al sud del camino de posta, y aunque no logré enteramente lo que me habia propuesto, siempre produjo el buen resultado de obligar á Bustos á tener dividida su fuerza.

El 4 llegué á la Esquina de la Guardia, último punto de la jurisdiccion de Santa-Fé. Habiendo alli campado para que comiese la tropa me trajo un oficial (Brusend) unas cuantas tercerolas y sables que habia hallado en una casa. Hice llamar al que la habitaba y se las mandé en-

al enemigo los caballos; molestarlo diariamente, y debilitarlo, cayendo sobre los destacamentos, los rezagados, y los que duermen. Dos desastres ademas habian contribuido á debilitar el ejército. La destruccion de la division del coronel Rauch, un valiente alemán que guarnecia la frontera del sud contra los salvajes y que pereció con todos los suyos en un combate que sostuvo contra esos mismos salvajes, llamados por Rosas y Lopez en su apoyo. Otra division del ejército de Lavalle obraba bajo las órdenes del coronel Estombar, el cual sin motivo aparente, empezó á hacer marchas, y contramarchas, que destruían al material del ejército, y fatigaban los soldados de infanteria. Sus oficiales y gefes subalternos, empezaban á creerlo obrando con miras traidoras, cuando subiendo de punto la inexplicable estravagancia de sus operaciones militares, y de su conducta particular, descubrieron que se habia enloquecido, llegando á tal punto de demencia, que fué necesario amarrarlo y conducirlo á la casa de locos de Buenos Aires, donde murió dos meses despues, sin recobrar la razon.

“Por estos incidentes y muchos otros que no es del caso referir, Lopez de Santa Fé que habia sido invadido en su provincia, invadió á su vez á Buenos Aires, y con el auxilio del *gauchaje* sublevado, pudo encerrar el ejército en la ciudad, ponerle sitio á esta, y hacer que por un tratado de conciliacion, se permitiese entrar á Rosas en ella con siete mil gauchos, y elegir un nuevo gobierno, que pronto fué dominado por Rosas, que le sucedió en el mando.

“Asi pues, la tarea impuesta al ejército por la revolucion del 1.º de Diciembre habia fallado en el punto principal, y solo quedaba por entonces el General Paz con las armas en la mano, dispuesto á llevar por sí solo á cabo la empresa, aislado en el centro de la república como quedaba, y rodeado de caudillos victoriosos donde quiera que estuviese.” D. F. Sarmiento.

trégar, mandando un recado atento al comandante Accedió de aquel punto que se habia retirado á mi aproximacion. Debe advertirse que cuando pisé la jurisdiccion de Santa Fé hallé todas las cosas abandonadas; pero internándome mas por el camino recto de la pósta fuí hallando algunos habitantes, los que siendo perfectamente respetados en sus personas é intereses pasaron sin duda la voz á los demas, de modo que mientras mas andaba mas quieta encontraba la campaña: pasé pues todo el territorio de Santa Fé sin disparar un fusilazo. Al anochecer del mismo dia me moví de la Esquina, y á eso de media noche se levantó la mas terrible borrasca: relámpagos, aterradores truenos, viento furioso, agua copiosa y cuanto tiene de imponente una tempestad nos impidió continuar la marcha. Las caballdas dispararon varias veces y para impedir un desastre fué preciso hacer pasar la noche á caballo toda la tropa.

El 5 luego que amaneció me hallé muy inmediato á la Cruz Alta: alli estaban los vecinos alarmados, pero no costó mucho el calmarlos con seguridades que se les dieron de nuestras miras benéficas: continuó la marcha hasta la *Campesina del Tigre*, donde comió la tropa: Por la noche se levantó el campo:

El 6 muy temprano hice adelantar una partida de coraceros al mando de mi ayudante de campo D. Rafael Correa para que sorprendiese la partida de dragones que tenia el gobierno de Córdoba en el Saladillo, encargándole que no hiciese uso de las armas sino en caso estremo: Correa cumpliendo con mis órdenes se presentó, y á su vista la partida se dispersó, pero gritándoles que no venia como enemigo, unos no hicieron caso y continuaron en fuga sin ser molestados, otros hicieron alto y aguardaron á Correa: de este número fué el oficial que la mandaba á quien incorporé al ejército y siguió hasta el fin en él. La division á que llamaré yo ejército porque tomó este nombre, campo en el Saladillo, para moverse en la noche como lo hizo.

El 7 llegamos al Fraile Muerto en donde estaba todo tranquilo, á excepcion de un capitán de milicias llamado D. Juan Paz que hacia de comandante quien habia fugado á Córdoba ese día antes. El 8 llegué á la Herradura donde empecé á formar idea del estado de Córdoba por algunos vecinos con quienes me comuniqué. En estas inmediaciones se me reunió el comandante Echevarria que aunque no logró dar el golpe premeditado en la frontera del río 4.º porque fué sentido cuando estaba ya sobre la Carlota, pero les causó una alarma que obligó al gobierno á mantener una fuerza considerable para no desgarnecer aquel punto importante. Al anochecer de este día marché segun costumbre y tuve que demorarme casi toda la noche mientras se componia el paso del río tercero para que pudiese atravesarlo la artillería y carruages. Mientras esto me ocupé en escribir algunas cartas á la campaña, y mandé al teniente coronel Barcalo con un soldado que fuese á casa del comandante del departamento D. Manuel Lopez (actual gobernador de Córdoba) á llamarlo de mi parte. Lopez obedeció y á la media noche estuvo en mi campo, donde me dijo que aunque habia recibido órdenes del gobierno para retirar las caballadas, reunir las milicias, y hostilizar me nada habia hecho, ni pensaba hacer, pero que para salvar las apariencias y no presentarse en mi campo como un tráfuga, simulase tenerlo arrestado al día siguiente, lo que se verificó no de otro modo que andando en la marcha y campo constantemente junto á mi afectando timidez.

El 9 campamos en Tropugio: desde allí marché al anochecer y al tiempo de moverse la fuerza se despidió Lopez ofreciéndome tener su departamento en sosiego y obediencia. Le hice el presente de un buen sable que aceptó muy gustoso. Antes de media noche llegué al corral del Maestro y allí encontre las primeras apariencias de hostilidad. Se habia retirado ese mismo día el coronel Quevedo que habia traído la comision de hacer retirar las caballadas, y mover el paisanage: pero esta comision la habia desempe-

ñado á medias dejándome un recado con el maestro de posta Moyano sobre sus disposiciones favorables á la causa que yo sostenia é intencion de seguirla: mas este recado no me fué transmitido por mas que le interrogué á Moyano, lo que mas tarde le costó el que se le quitase la administracion de la posta de la ciudad de Córdoba porque habiéndoseme presentado Quevedo y hecho mencion de él, confesó paladinamente Moyano que me habia engañado. Quevedo se me presentó despues de la accion de S. Roque y antes de esto su muger me habia visto con el mismo mensaje de que habia sido encargado Moyano, que fué contestado por mí admitiendo su proposicion, pero no lo verificó sino muy á destiempo cuando habia sido desecho el general Bustos, y juntamente con otros gefes que habian sido sus mas acérrimos partidarios, aunque por otra parte medió muy poco tiempo.

El 10 me tomó en las inmediaciones del *Ojo de Agua*, mas como aqui habia poca comodidad para campar y por otra parte interesaba acelerar la marcha para no dar tiempo al Gobierno de prepararse, resolví continuar hasta Impira de modo que la jornada lba á ser de 15 leguas buenas. Los hombres y caballos se fatigaron mucho sobre todo con la sed, pero mas todavia los bueyes que arrastraban la artilleria y carros: llegados á Impira no se halló tampoco agua y fué necesario continuar legua y media mas á una laguna de fango cuya turbia y cenagosa agua solo podía hacer potable la necesidad. Campamos á las 4 de la tarde, despues de tan penosa y forzada marcha. Sin embargo convenia no perder momentos, porque ya empecé á tener noticias mas circunstanciadas de las medidas defensivas del Gobernador Bustos que habia salido á campaña con un cuerpo de tropa y se habia situado en el Pilar sobre el Rio 2.º 4 leguas mas adelante de donde yo estaba. Dejando pues que descansase unas horas mas el cuerpo principal del ejército á cargo del Gefe de Estado Mayor coronel D. Ramon Deso, tomé una division ligera de

las dos armas y me dirigí sobre el Pilar. En el camino supe que el General Bustos había decampado esa misma tarde á puestas de sol, replegándose en direccion á la ciudad pero que á corta distancia había variado de rumbo tomando la costa del mismo Rio 2.º y remontándolo hácia la capilla de Pedernera. Estas noticias no eran aun positivas y era muy difícil tenerlas exactas por la falta de prácticos en el pais y por la decision del paisanage que parecia estar resuelto á sostener el gobierno existente. Por mucho que se me habia asegurado la gran oposicion que habia á este, y por mas que desde el mismo Buenos Aires habia anticipado prevenciones para que me comunicasen las operaciones del gobierno no recibí aviso de ninguna clase ni se me reunió persona de confianza hasta que entré en Córdoba. A fuerza de dinero es que pude conseguir algunas noticias imperfectas de algunos paisanos y segun ellas fué indispensable dirigir mis movimientos.

En la madrugada del 11 llegué al Pilar donde habia estado campado Bustos el dia antes: cuando aclaró bien, hice reconocer las huellas de su fuerza y se halló que la direccion era al noroeste segun me lo habian indicado; pero luego variaba de rumbo y se perdía en los bosques de la izquierda. Serian las 10 de la mañana cuando se me reunió el resto del ejército y campó en el mismo lugar. Hasta entonces no se habia presentado el enemigo ni se habia disparado un fusilazo, pero como á la una de la tarde se avistó muy lejos una partida de 50 hombres que fué luego reforzada. Inmediatamente salió el capitán D. Juan Balmaçeda con otra de Coraceros con órden de no hacerles fuego, sin que ellos disparasen primero. A su vista se puso en fuga disparando algunos tiros que fueron el preludio de la lid que sostuvo por algunos dias el General Bustos hasta su total derrota en San Roque. Volvamos á los sucesos de la tarde.

Balmasceda persiguió con circunspeccion al enemigo que se reforzaba por momentos, hasta que á eso de las 3

se puso en movimiento todo el ejército. Después de haber andado como dos leguas en la dirección de Córdoba la retirada del enemigo se pronunció en dirección á la capilla de Pedernera dejando descubierto el camino de la ciudad, Dispuse que el coronel Desa marchase á ocuparla con el cuerpo principal y yo con la vanguardia seguí la persecución del cuerpo enemigo que á favor de sus excelentes y descansados caballos, mientras los nuestros eran los mismos que habíamos sacado de San Nicolás se ponía siempre que quería á una grande distancia. Sin embarho se empeñó un tiroteo que hacia el enemigo siempre en retirada hasta muy tarde y cuando cerraba la noche picaron sus caballos y desaparecieron. Según todas probabilidades el Cuartel General del General Bustos estaba situado por las inmediaciones de la capilla de Pedernera, pero estas no eran las bastantes para resolverme á una larga marcha que podia ser luego infructuosa, por lo que me contenté con enviar varias partidas que dieron la alarma en distintas direcciones, y la vanguardia pasó la noche en los campos intermedios.

A la mañana del 12 todos los indicios anunciaron que Bustos habia continuado su retirada y no fué imposible saber en que dirección por lo que resolví marchar sobre la ciudad de Córdoba, reunirme al ejército, organizar el gobierno y explorar las disposición del vecindario.

En consecuencia marché á la posta de Morura donde campé á medio dia. Los semblantes todos de los pocos habitantes que encontrábamos nos manifestaban bien á las claras que no acojian bien nuestra llegada, y su taciturnidad parecia el presagio de una sublevación en masa á que se dirigian todos los conatos del Gobierno. Era pues preciso obrar en el sentido conveniente para conjurarlo, y á este fin se dirigieron mis atenciones. En este dia llegó el coronel Desa á Córdoba á donde entró sin la menor oposición por haber sido completamente abandonada por las fuerzas del General Bustos. Era muy claro advertir que

los principales ciudadanos no eran afectos á la administracion que allí habia desaparecido; pero sus deseos estaban comprimidos por el miedo, y no se notaba síntoma alguno que manifestase disposiciones positivas de sacudir su yugo.

Al anochecer se preparó á marchar la vanguardia y advertí que la tropa y oficiales estaban sorprendidos de la apatía y quizá mala voluntad de los habitantes, cuando habian creído que correrian con los brazos abiertos á abrazar sus libertadores. Habia pasado cerca de un dia que estábamos cerca de la capital y que el camino estaba libre, y un solo hombre, una sola carta, una noticia de cualquiera clase no se habia aproximado á nosotros. Me pareció conveniente hablarles y lo hice en pocas pero enérgicas palabras, y luego conocí el buen efecto que habia producido mi discurso. Pasaba de media noche cuando llegué al bajo de los *Mataderos* que está en los suburbios de Córdoba y haciendo descansar la division entré con una pequeña escolta, dirigiéndome á casa del coronel Desá que reposaba despues de haber acuartelado la tropa. Allí no tenían mejores noticias sobre el paradero de Bustos que las que yo traia. Lo que únicamente adelanté fué saber que el parque de artilleria y bagages habian salido al oeste, es decir hácia la sierra; mas todo habia sido en carretas y estas no pueden transitar en aquellas asperezas de modo que ó habian variado de direccion al sud ó estaban á pocas leguas de distancia: entre estas suposiciones la segunda parecia la mas probable por cuanto Bustos tenia á todos alucinados con la amistad de los salvages del sud, y era su plan favorito unirse con ellos para resistir á sus enemigos.

Con el designio de cruzar la sublevarcion de la campaña hice marchar en esa misma noche varios vecinos á distintos puntos de ella. D. Faustino Allende lo habia hecho poco antes á Yschilin con este objeto. D. José Maria Martinez se dirigió al Rio 2.º y Fuerte del Tio á verse con D. Nazario Sosa comandante de aquella frontera y otros varios puntos. En proporcion que se vieron apoyados

empezó á disiparse el miedo y se fué restituyendo al vecindario la facultad de obrar. El Juez de policia D. Felipe Gomez habia quedado encargado por Bustos del gobierno y lo entregó inmediatamente al ciudadano D. Pedro Juan Gonzalez que habia sido provisoriamente nombrado por el coronel Desa y despues ratificado por mí.

El 13 por la mañana entró la division de vanguardia que habia dejado en los suburbios y atravesando el pueblo fué á acampar en los altos del pueblito, como á una legua de Córdoba. El cuerpo del ejército que habia entrado el dia antes tuvo orden de salir á reunirse á la vanguardia como lo verificó luego. En seguida regresé á la ciudad con una pequeña escolta, me aloje en casa de mi hermano que se habia ausentado á virtud de las amenazas de Bustos, donde recibí las autoridades y otros sugetos que vinieron á cumplimentarme. En las conversaciones que tuve con ellos se me insinuó por algunos que no seria imposible una transacion con el general Bustos, y por mas que el partido exaltado, que ya empezó á asomar repugnase toda reconciliacion, me incliné á ella y en el mismo dia marcharon tres comisionados que lo fueron D. Gaspar del Corro, D. Narciso Moyano, y D. José Roque Savide llevando mis proposiciones que se reducian á decir al Sr. Bustos, que era la ambicion de mandar la que me habia traido, sino el deseo de hacer respetar las leyes constitucionales de la provincia: segun las cuales habiendo concluido los dos periodos de mando que únicamente podia obtener, debia dejar á los Representantes la libre eleccion de la persona que debia subrogarle, sin que se creyese que deseaba ser yo el elegido, pues desde luego me comprometia á no admitirlo siempre que esto se creyese necesario á la tranquilidad pública.

Los comisionados no sabian donde encontrarian al Sr. Bustos; mas luego que se hallaron fuera de la ciudad empezaron á tomar noticias, y despues de un largo rodeo dieron con el al fin en San Roque que es una hacienda de

Los Stes. Fragueros situada al pié de la sierra, distancia de nueve leguas de Córdoba al oeste. Entre tanto no se descansaba en Córdoba y todos mis conatos se dirigian á atraer los ánimos, llamar á todos á la concordia y á preparar la cooperacion de la campaña, y cuando menos su neutralidad en la lucha que probablemente iba á tener lugar y que por mejor decir estaba ya empezada. En nuestro pais la campaña es lo mas, y las ciudades lo menos en las cuestiones en que es preciso llegar á las manos. Buenos Aires es un comprobante de tan estraña verdad, sin embargo de su gran poblacion, de su riqueza, de su ilustracion, vemos que ha sucumbido y que en el dia está dependiente de las influencias de afuera de su recinto: cuanto mas sucederá lo mismo en poblaciones pequeñas que carecen de aquellos recursos. Esto es ahora muy sabido de todos, pero entonces no lo era, y me costó trabajo dirigir á este objeto la atencion de mis amigos políticos. En el jurato de Calamuchita se habia hecho un movimiento á favor mio pero lo que mas prueba que la campaña resistia el cambio, fué que sin embargo de ser el gefe destituido en aquel partido un hombre cargado de crímenes y del ódio público, el que lo encabezó tuvo que refugiarse al ejército con unos cuantos hombres, trayendo preso á D. José M. Acosta que era el comandante caido. Sin embargo fué muy útil el paso audaz de los Torres y les conservo gratitud.

El 14 por la tarde regresaron los comisionados trayendo la contestacion del Sr. Bustos redactada en un corto número de proposiciones que poco mas ó menos segun conservo en la memoria se reducian á lo siguiente. Que se convocaria la provincia para que libremente eligiesen sus Representantes.—Concedido por mi parte.—Que se reuniria la Sala para elegir la persona que habia de ejercer el Poder Ejecutivo, debiendo las fuerzas suyas y mias retirarse á una distancia de la poblacion para que obrasen libres de toda influencia.—Concedido.—Que ni el ni yo ni ninguno de los gefes que venian conmigo seria electo Go-

bernadór.—Concedido con respecto á mí, y respecto á los jefes prometia emplear mi influencia personal para que renunciasen el cargo si recaia en ellos la eleccion, y que me persuadia que lo harian.—Que entre tanto ambas fuerzas se conservarían en el mismo estado sin aumentarse, ni se buscarían auxiliares ni conmoverse la campaña.—Concedido, como que habia sido propuesto anteriormente por mí.

Estas fueron en suma las proposiciones que aceptadas por mí le devolvieron dos de los comisionados (Corro se habia quedado en Córdoba) y al efecto se dirigieron segunda vez á su campo de San Roque el 15. Puedo asegurar que nada de esencial omito en esta relacion, pero puede muy bien ser que olvide algunas circunstancias ó cláusulas accidentales, porque mis papeles privados fueron destruidos cuando caí prisionero, y de los de otra clase no tengo uno sólo á la vista: todo lo que escribo es conservado en la memoria; y por lo mismo deberá tenerse en consideracion si alguna cosa pequeña se me escapó, pero repito, que respondo de la exacta verdad de lo que digo, y de que lo que va consignado, es lo mas sustancial de los procedimientos.

Entretanto se agitaban los partidos en Córdoba, y tuve desde entonces que luchar con la exaltacion de mis amigos, y la tenaz oposicion de los contrarios. Los unos ponderaban la nulidad del poder de Bustos, y de la secta política á que pertenecía; los otros le daban un valor gigantesco ante el cual desapareciera como el polvo mi pequeño ejército. El nombre del General Quiroga figuraba ya al lado del de Bustos, y se creia al primero en movimiento y con su vanguardia reunido al segundo. Uno y otro era exagerado y trabajé no poco en comprimir el zelo demasiado ardiente de unos y la conocida malevolencia de los otros.

Los comisionados regresaron el 16 sin haber podido atribar al convenio deseado: Bustos habia añadido ~~nuevos~~

artículos y á los ya acordados varias cláusulas tendentes á prolongar las negociaciones, ganar tiempo, é inutilizar toda transacion. Resolví pues en el acto moverme con mi ejército en direccion á San Roque, y lo efectué en la madrugada del 17 llevando conmigo á uno de los comisionados el Dr. Savid y otro ciudadano el Sr. D. José Isaía que se ofrecieron á ir para tentar aun algun medio de transacion. A propuesta del primero me presté á una entrevista con el Sr. Bustos, si el consentia en ella. A bastante distancia se adelantó el Sr. Savid á hacerselo saber, y volvió á encontrarme para decirme que consentia en ella mediando las seguridades de estilo. Sobre esto hubo particularidades que comprueban la nimia suspicacia del Sr. Bustos y quizá comprometen su buena fé.

Mi ejército hizo alto á una legua de distancia de San Roque y en la mitad de la distancia nos reunimos segun lo convenido acompañados de un ayudante y un soldado cada uno: yo llevé conmigo al capitan D. Rafael Correa, el traje al coronel Navarro (europeo). Nos habíamos dado mutuamente rehenes, para lo que exigia nominatin á los dos principales gefes de mi ejército Desá y Madrid, mientras el nombraba dos de los suyos arbitrariamente. Consentí en cuanto á Desá, pero no en cuanto á Madrid que era preciso quedase á la cabeza del ejército; fué el coronel Plaza en su lugar. De parte de él vinieron los gefes D. José Argüello y D. N. Mieres. Estando ya reunidos y despues de un buen rato que conferenciábamos apareció repentinamente á nuestra inmediacion y por entre el bosque una partida enemiga, lo que reclamado por mí como una infraccion de lo pactado la mandó retirar disculpándose muy socarronamente con que les habian hecho entender que se tramaba contra su vida la partida no obedeció sino á medias retirándose á algunas distancias. Ya la noche se aproximaba, y veia en mi rededor síntomas alarmantes: procuré pues terminar la conferencia en que nada mas se acordó que una suspension de armas hasta el dia siguiente en que vol-

veríamos á reunirnos. Además le hice entender, que siendome imposible permanecer aquella noche en el lugar en que habia hecho alto el ejército por falta de agua, iba á aproximarme hasta la márgen del rio de San Roque. Esta indicacion descompuso de nuevo su semblante, y casi fué causa de que la conferencia tuviese una conclusion menos pacífica. No obstante era indispensable mantenerme en mi propósito y consintió bien á su despecho.

Efectivamente continuó el ejército su movimiento hasta la márgen izquierda del rio y campamos ya de noche á pocas cuadras de la posicion de Bustos en San Roque. Estábamos pues al frente y muy inmediatos de modo que los soldados que bajaban por agua de los campos se ponian á la habla: aun se valió de esta facilidad para entablar la seducción de mi tropa, pero sin mas efecto que darme cada vez mas armas para convencerlo de lo poco que deseaba un avenimiento que terminase su reinado. La noche se pasó con la mayor vigilancia.

El viernes santo 18 de Abril nos reunimos entre los dos campos pero no ya en el lugar montuoso como la tarde antes, sino en un lugar despejado con la misma comitiva que estaba convenido. Entonces le hice cargos de lo que habia sucedido la tarde precedente, de las mil tergiversaciones con que habia querido enredarme durante las negociaciones, y de la prolongacion indefinida que queria dar á este negocio. Se defendió lo menos mal que pudo, y después de una larga conferencia convenimos en que delegaria el mando en mí como se hizo estendiendo en el acto tan importante documento que firmó á presencia del comisionado y mediador Dr. D. José Roque Savid quien lo redactó habiendo sido antes previamente acordados *in voce* los artículos siguientes: Mi ejército se retiraria á diez leguas de la ciudad de Córdoba y el de él, se conservaria en la posicion que ocupaba que con poca diferencia estaria á la misma distancia. Yo como Gobernador debia conyocar inmediatamente los departamentos de campaña

y ciudad para que eligiesen sus representantes. En seguida procedería la Sala del modo mas libre á la eleccion de Gobernador, siendo del cargo de ambos sostener y hacer respetar su eleccion. Los gefes y oficiales del Sr. Bustos serian conservados en sus grados militares, lo mismo que él cuya graduacion y rango eran garantidos. Ni él ni yo podíamos aceptar ni reclamar la cooperacion de otra provincia, ni podíamos reunir mas fuerzas que las que actualmente teníamos, ni él debía hacer movimiento alguno con las que tenia situadas en el Rio 4.º ú otros puntos.

Cuando propuse que estos artículos se redactasen sobre el papel para que fuesen suscriptos por ambos, me fué sobre manera sorprendente el ver que reusaba alegando que no era necesario y que bastaba nuestra buena fé. Hube de pasar por ello, pero dejándome está singular resistencia las mas vivas sospechas; el suceso las justificó despues. Se convino tambien en que por la santidad del dia (era viernes Santo) no se publicaria hasta el siguiente la delegacion que hacia, ni me haria reconocer en su campo como tal gobernador hasta el sábado, pero insistia con el mayor empeño en que para aquietar los ánimos y no dejar la menor sombra de coaccion me retirase cuanto antes con mi ejército, lo que ofrecí hacer la misma tarde y lo verifiqué situándome á dos leguas de distancia, en donde aunque no habia agua bastante, una mansa y benéfica lluvia, suplio está falta.

En esta situacion se pasó la noche y me halló el dia 19 combatido de las mas crueles ansiedades; la buena fé de Bustos era muy dudosa y mas que probable que solo trataba de evitar por el momento un combate para el que no se creia preparado; por otra parte yo debía ser muy circunspecto para dejar encarnizar la guerra civil, porque un solo paso indiscreto podia sublevar la campaña demasiado dispuesta á la guerra de montoneras, y una sola gota de sangre derramada á destiempo, produciria torrentes y la mas completa conflagracion. Me era conveniente ostentar

moderación y poner la razón, la justicia, y la mas acrisolada buena fé de mi parte, y precaberme al mismo tiempo de los astutos manejos de mi rival. Para seguir esta línea de conducta tuve que luchar con las exigencias del partido exaltado (se entiende que nunca las hizo oír sino del modo, mas respetuoso) que ya asomaba en el gobierno. Convenia tambien cuidar que no se entiviase el ardor y entusiasmo de mis tropas que podia muy bien resentirse de estas marchas y contramarchas, y de tener que considerar como amigos, á los que se les habia hecho entender que eran enemigos, para tener ultimamente que combatir con ellos. Pero me hago un grato deber en atestiguar que jamas se desmintieron aquellos excelentes soldados; tan valientes como virtuosos, tan patriotas como obedientes y moderados jamas desconocieron mi voz, ni me negaron su confianza, y cuando parecian desalentados con el peso de semejantes consideraciones (segun estaban á su alcance) bastaba presentarme para que en sus semblantes brillase el entusiasmo y una seguridad que á su vez aumentaba la mia.

Pasó toda la mañana del 19 sin tener noticia de que se hubiese hecho saber oficialmente en el campo del general Bustos la delegacion del gobierno que era lo único que esperaba para continuar mi marcha á Córdoba. Llegó á tal grado mi impaciencia con esta tardanza, que por otra parte era un nuevo comprobante de su mala fé, que hice ya contramarchar la cabeza de la columna para volver sobre San Roque: mas en esta actitud suspendí el movimiento y le dirigí una nota reclamando el cumplimiento de lo pactado, la que fué remitida con un ayudante al mismo tiempo que el coronel Desa se me ofreció á ir personalmente al cuartel general enemigo, para entenderse personalmente (segun decia) y precaber los efectos de un rompimiento. Consentí en ello y despues de una ó dos horas tuve contestacion en que se me hacia saber que quedaba reconocido como tal gobernador delegado y en que se disculpaba la tardanza con la frivola causa de que el mal tiem-

po habia impedido que se formasen las tropas para tan solemne acto. Continué pues mi marcha hasta *Lloccina* en la misma tarde pero resuelto á no perder de vista las insidiosas maniobras de mi adversario, y á lanzarme sobre él, y decidir la cuestion en un combate, asi que pudiera convenirlo de su intencion de traicionarme.

En la misma noche se supo oficialmente que habia sido publicada en la capital la delegacion y que las demas autoridades habian reconocido el nuevo gobierno que en consecuencia se le saludó con la salva de estilo, despues de lo cual en la mañana del 20 continuó su marcha el ejército y se acampó en las inmediaciones de la ciudad.

El coronel *Desa* mi segundo en el mando era por lo comun el mas exaltado en el consejo y el mas violento en sus opiniones; pero despues que estuvo en el campo enemigo habia declinado al mas completo moderantismo: asi pues que en los momentos en que se acumulaban comprobantes de la infidelidad de *Bustos*, me maravillaba de ver en mi *Geje de E. M.* tan pocas disposiciones para secundarme si teniamos que llegar á las manos. Tanto por lo que acabo de referir, como por algunos otros antecedentes, era muy fácil percibir, que algo que se habia tratado en el campo enemigo, habia producido tan súbita mudanza. Ademas cuando me propuso *Bustos* que ninguno de los gefes del ejército pudiese ser nombrado Gobernador, *Desa* me habia declarado muy francamente que por cualquier evento ó combinacion que dejase yo de serlo, el queria precisamente ocupar este puesto. Era pues muy claro que habian alhagado su ambicion haciéndole ver la posibilidad de obtenerlo, esperando entretanto de el que contribuyese á prolongar el estado incierto de las cosas y tomarse el tiempo de aumentar sus fuerzas, y preparar la conflagracion de la campaña, para lo que tomaban sus providencias.

Habia tambien otro objeto no menos esencial en esta intriga (que era concluida en gran parte por el edecan del Sr. *Bustos D. José Argüello*) y era el de sembrar los celos

y desconfianzas entre los gefes del ejército y muy particularmente entre Desa y yo. A este respecto se me habian hecho algunas indicaciones que habia apreciado como merecian: pero lo que pensó Bustos que iba á dar la última mano á sus manejos, fué lo que contribuyó mas eficazmente á desvaratarlos.

El 21 ya no era posible dudar por datos repetidos y fidedignos de las miras hostiles de Bustos. Sabia á no dudarlo que el coronel Navarro habia marchado precipitadamente á acelerar el auxilio de tropa que mandaba el gobierno de San Luis. Que la mayor parte de las fuerzas que guarnecian el Rio 4.º estaba en marcha á San Roque, que el capitan D. Juan Paz habia regresado al Fraile Muerto y Rio 3.º á promover la sublevacion. D. Bailon Galan se habia dirigido á poner en conflagracion la Sierra y desde allí pasar á los Llanos cerca de Quiroga. Desde la Sierra escribió al Sr. Bustos una carta que fué interceptada en la que hablaba en estos términos poco mas ó menos. *Ya queda Guemes, Campero y los demas oficiales de la Sierra advertidos de que la delegacion del Gobierno es una estratagemata para dar tiempo á que se reúnan nuestras fuerzas: quedando ya esto arreglado y los gefes prontos á obrar sigio mi marcha á Llanos á desempeñar la comision que me está encargada.* Posteriormente tuve noticias positivas de que las comunicaciones dirigidas al General Quiroga estaban en el mismo sentido, añadiendo, *que aunque se consideraba con bastantes fuerzas para contrarrestarme, seria conveniente sin embargo para mayor seguridad, que le remitiese á la mayor brevedad una division de 500 hombres con un gefe de confianza.* Esto revela que ya entonces temia Bustos al General Quiroga y que si en el conflicto ocurría á él queria disimularlo, y no deseaba que veniese en persona á la provincia. La fuerza pedida al Rio 4.º estaba en camino cuando supo la derrota de San Roque y se dispersó completamente sin embargo de ser veteranas. La que venia de San Luis al mando del comandante D. José Rodríguez pernoctó el 21

á diez leguas del Cuartel General de Bustos, y estaba en marcha el 22 para llegar ese mismo dia cuando tuvo su gefe la noticia del indicado desastre, y regresó mas aceleradamente de lo que habia venido. Al capitán Paz me lo trajeron preso los vecinos del *Fraile-Muerto* como promotor de montoneras. Después de un arresto de pocos dias le di libertad.

Era pues preciso atacarlo y acabar de un golpe con tan detestables maniobras; pero mi gefe de E. M. no solo mostraba la mayor tibieza sino que se empeñaba en disculpar á Bustos y en proponer datos que debilitasen la certidumbre de tan multiplicadas noticias. En estas circunstancias llegó un hombre que me traia carta de la misma persona que era el objeto de nuestra conversacion: en ella después de algunas frases insignificantes trataba el Sr. Bustos de alarmarme contra algunos de mis gefes sin nombrarlos, diciéndome que sabia que aspiraban á subplantarme. Leida que fué por mí la carta sin que me hiciese la menor sensacion desagradable, se la pasé á Desa quien impuesto de su contenido estalló en la mas viva indignacion, y del papel de conciliador que tan mal desempeñaba pasó á instarme con todo el calor de que era capaz, para que en el acto marchásemos á castigar al perjuro. A mi vez tuve que calmarlo para insinuarle que tenia resuelto mover el ejército esa misma tarde.

El coronel Desa tendria cerca de 40 años de edad, es natural de Córdoba, pertenece á una familia decente y cuenta una numerosa parentela. Era de pocos alcances y ninguna instruccion. No tenia mucha delicadeza pero disimula á veces este defecto con ciertos rivetes de caballero. Es absolutamente incapaz de organizar un batallón, ni de educarlo segun los principios de la disciplina tan importante para el éxito de las operaciones marciales. Era aun menos apto para el empleo de Gefe de E. M. que ejercia, y sin embargo lo habia traído y lo conservaba en él por razones particulares que no es del caso detallar, por

consideraciones políticas y por otras calidades militares que lo recomiendan en sumo grado. Era valiente y aun bizarro en el conflicto de una batalla: en tales ocasiones ha prestado servicios distinguidos, y yo le he debido avisos importantes, mejor diré inspiraciones de genio que me han sido muy útiles y que me complazco en recordar; pero desgraciadamente estas no se estendian ni una pulgada mas del campo del combate y ni aun allí era generalmente conducido por impulsos nobles y desinteresados, pues se mezclaban muy á menudo cálculos de ambicion ú otras pequeñas pasiones, de tal modo que sabian modificar su carácter propenso á la crueldad y disponerlo para alguna accion generosa. Conocia bien la arma de la infanteria y no tenia igual en el ejército para conducir en la pelea un reducido número de batallones. En una palabra tenia mas brio que cabeza, ó segun la espresion de Napoleon no era cuadrado pues tenia mas base que altura.

Como una de las medidas tomadas, el general Bustos para reforzar su campo, era desguarnecer la frontera del rio 4.º creí oportuno el momento para mandar al comandante D. Juan Gualverto Echeverria con una partida para que haciendo saber al jefe de aquella, la delegacion que habia hecho del mando el antiguo gobernador se sirviese de su influjo y de la indefension de aquellos puntos, para apoderarse de ellos cuyo mando le conferia. El objeto se logro completamente, por que el coronel Maure que no estaba impuesto sin duda á fondo (al menos no encuentro otro modo de explicar la conducta de este jefe) del fin que llevaban las maniobras de su hermano político (lo era el Sr. Bustos) no podia conciliar la renuncia del poder con los medios de recuperarlo que adoptaba en el instante, ni la debilidad que habia manifestado su caduco gobernador con los subsiguientes actos de vigor y resistencia. El comandante Echevarria se aprovechó hábilmente de su embarazo, que se habia hecho transcendental á sus subalternos, y habiendo entrado en contestaciones supo de tal modo

Imponer á Maure que se vió tan enredado y aturdido que entregó el mando quedando el mismo á disposicion del primero. Entonces habia ya tenido lugar la fuga del coronel D. Anselmo Acosta à quien Maure clasificaba de desertor.

Al anochecer se puso en movimiento el ejército con el mayor silencio y al amanecer del 22 estábamos sobre los puestos avanzados del Sr. Bustos. Fácil me hubiera sido aprovechar las ventajas de una sorpresa marchando rápidamente sobre su campo; pero no quise dar ni aun esta ocasion á la maledicencia, y me propuse darle el tiempo bastante para que se preparase. Una guardia avanzada fué sorprendida por orden mia sin efusion de sangre y tomados dos dragones de los que la componian: les mandé devolver sus armas y dándoles una gratificacion de algunos pesos les entregué un pliego para que lo pusieran en manos de su General. Recuerdo hasta ahora la integridad de aquellos honrados soldados que temiendo que se sospechára que habian traicionado sus deberes rehusaron recibir el dinero, y para que lo aceptasen fué preciso decirles que era la justa remuneracion del servicio que me hacian llevando aquella comunicacion, y aun así lo recibieron con la mayor repugnancia.

El pliego se reducía á hacer saber al Sr. Bustos que sus manejos estaban descubiertos, é intimarle que disolviese en el acto su ejército ó que en caso contrario seria luego atacado. Antes de una hora que se invirtió en mudar caballos, y en otras preparaciones que á haberse querido se hubieran hecho antes de darle la alarma, se presentó su ayudante de campo D. Manuel Arredondo, quien ademas de lo que decia la contestacion escrita venia encargado de satisfacerme de palabra y asegurarme que eran falsos los cargos que se le hacian. Entre tanto nada era mas cierto; pues es fuera de toda duda que ese mismo dia se le debian reunir ya mas fuerzas y que á no ser atacado entonces hubiera costado mas cara la victoria. No dí mas contesta-

cion á Arredondo que referirme á mi última comunicacion y tras él me moví hasta desembocar con el ejército en la playa inmediata al rio de San Roque á cuyo opuesto lado se hallaba el enemigo formado en batalla, y á cuya sazón era quizá proclamado, como se inferia de los repetidos vivas y aclamaciones que resonaban en toda su linea.

La hacienda de San Roque pertenece á los Sres. Fra-
gueiros el edificio está situado en la márgen izquierda del rio que es el mismo de Córdoba: mira al camino de la ciudad y de consiguiente al Oriente. Tiene delante una frondosa y espaciosa huerta cuyo cercado exterior cae sobre la barranca que forma el cauce y que solo deja al lado del sud (de la huerta) un callejon de algunas varas de ancho que sirve de entrada hasta el patio. Al norte de la misma se prolonga una sèrie de chacras por muchas cuadras sin interrupcion, cuyos cercados exteriores bordean igualmente la barranca. El espacio que ocupan la huerta y chacras, se halla ceñido de una parte por el rio, y por la otra, por una sierra baja pero muy áspera que corre á espaldas de la casa y paralelamente al rio, dejando solamente entre ella y el cercado de las chacras opuesto al rio, un camino muy desigual y pedregoso.

Muy inmediato al edificio se elevan dos montecillos en que el enemigo tenia colocadas dos baterias, constando ambas de ocho piezas de á 4 y un obús. La una barria completamente el callejon principal que desemboca al patio: la otra dominaba las riveras del rio, todo el terreno de las chacras del frente, y estaba en actitud de dirigir sus fuegos hácia la izquierda siempre que fuese necesario. La poca infanteria que tenia Bustos habia sido colocada en el frente del edificio para sostener ambas baterias, y su caballeria que era la mas numerosa se prolongaba á su izquierda dejando á su espalda la serresuela, y á su frente las mencionadas chacras. En tal situacion poco fruto podia sacar de ella, pero persuadido que haciendo consistir su mayor fuerza en la fuerte posicion que ocupaba, esperaba

que los fuegos de su artilleria nos hiciesen retroceder y desordenasen para emplearla con suceso. Mas á la izquierda (se entiende del enemigo) y á distancia de algunas cuabras se dejaba ver un cuerpo aislado que desde luego se conoció ser de malas milicias y contra el cual destacado un pequeño escuadron se evaporó con la mayor facilidad. Pero volvamos á las disposiciones del ataque que se dirigió sobre la marcha sobre las posiciones enemigas.

Luego que el ejército salió del bosque por donde transita el camino á la playa del rio opuesta á la que ocupaba el enemigo nos hallamos á su vista. Sin demorarnos se dividió en dos columnas de ataque, de las que la de mi izquierda á las órdenes del coronel Desá se componia del batallon N.º 5 del escuadron de voluntarios Argentinos, y las cuatro piezas de artilleria. Debia atacar la posicion enemiga por el frente dirigiéndose al callejon principal pero con orden expresa de no precipitar el ataque y de detenerse en el cauce del rio donde quedaban á cubierto de los fuegos enemigos, entreteniendo el combate con la artilleria que debia quedar sobre la barranca mientras la otra columna tomase por el flanco las posiciones enemigas.

La otra columna compuestas del batallon N.º 2 de caballeria á mis inmediatas órdenes se dirigió sobre el extremo izquierdo de la línea enemiga, pero para llegar á ella fué preciso romper los cercos de las chacras que nos dividian, lo que conseguido despues de un fuego poco considerable, nos apoderamos del camino que segun indiqué corre por entre la sierra y los cercados de las chacras hasta la misma casa de S. Roque. Desde entonces aquella fuerza no se presentó sino en grupos informes que oponian muy débil resistencia, y que sucesivamente iban ganando las asperezas de la sierra. Destaqué al coronel Videla con parte de su batallon á que los fuese desalojando lo que hizo hasta dispersarlos, mientras yo con el núm. 2 de caballeria dando conversion á la izquierda flanqueaba enteramente al enemigo, (el mismo movimiento habia hecho Videla en

su persecucion, de modo que todas las fuerzas iban á concurrir simultáneamente en el punto decisivo que eran las inmediaciones del edificio donde estaban situadas las baterias y el mismo cuartel general de Bustos, situado en el edificio principal, como tambien el gran Parque.)

Continuando por el mismo camino y bajo los fuegos de las baterias, destiné al teniente coronel Pringles con un escuadron que lanzándose á la carga, y siguiéndolo con el resto de la columna, fué á salir á la misma casa de San Roque arrollándolo todo, casi al mismo tiempo, que la columna del coronel Desa penetraba por el callejon, de modo que se logró completamente el suceso de ambos ataques.

De estas resultas quedaron en nuestro poder mas de 200 prisioneros, ocho piezas de artilleria, y un inmenso parque que era el que Bustos tenia en Córdoba y que habia sido trasportado en aquellos dias hasta San Roque. Esta circunstancia explicará una duda que se habrá ocurrido mil veces al que lea estos renglones; y es por qué no se retiraba Bustos, cuando se veia amagado por mi ejército: para explicar tan extraña inmovilidad es preciso saber que San Roque está situado á la falda de la sierra, que mas alla no pueden transitar carretas; que su voluminoso parque habia sido retirado allí en los dias de conflicto sin duda con la esperanza que yo me entretendria en Córdoba y no lo buscaria y tambien con la intencion de aproximarse á los Llanos de la Rioja donde pensaria apoyarse en el General Quiroga. Pero todo ello estaba muy mal calculado y me es forzoso decir, que tan fácil triunfo se debió en mucha parte á su genial inercia y su inexplicable imprevision.

Del enemigo segun recuerdo murieron el teniente coronel Aparicio, el comandante de artilleria Navarro (no es el coronel de que se ha hablado antes) y unos treinta ó cuarenta hombres mas: Por nuestra parte perdimos al capitán Bengolea, y ocho ó diez soldados muertos; ademas hubo algunos heridos entre ellos el teniente Goyena de artilleria. La caballeria enemiga toda se dispersó y las par-

tidas que la perseguían llevaban órden de no ofenderla antes asegurarles que no se les haría mal. Esto no dejó de producir efecto, pues habiendo yo en persona seguido la persecucion con el cuerpo principal destinado á ella, logré que se presentase el comandante Pino del Rio Seco con mas de 30 hombres á quienes agasajé y dí libertad en el acto para que se fueran á sus hogares como lo verificaron sin hacerse de rogar. Despues de haber andado algunas leguas internándome regresé á San Roque ya muy entrada la noche donde estaba la infanteria con todo lo tomado al enemigo.

Sin embargo no habia descuidado mandar gruesas partidas en diferentes direcciones, con el fin de no dar lugar á que se formaran reuniones, y con el de aquietar el pais. Esta medida produjo buenos resultados; pues no solo se logró tranquilizar la Sierra sino que las fuerzas que no se hallaron en San Roque, se dispersaron ó se pasaron á otras provincias. El General Bustos despues de su derrota se dirigió á Pocho, hizo algunos débiles ensayos para sostenerse en la de Córdoba; pero ya fuese porque temió ser atacado con prontitud, ya por su natural inercia se dejó de todo, licenció varios gefes que lo acompañaban que se me presentaron luego en Córdoba y se retiró á los Llanos de la Rioja donde el General Quiroga reunia su ejército.

Me permitiré hacer mencion de varios incidentes que aunque no sustanciales, no dejarán de interesar al que le yese, al mismo tiempo que dan una idea de lo deplorable que son las guerras civiles. El mayor del batallon 5.º D. N. Aparicio era hijo del teniente coronel del mismo apelativo que perteneciendo á Bustos murió en la accion de San Roque. La primera vez que marché (el 15) estaba por acaso el mayor en no se que comision momentánea y sabiendo nuestro movimiento vino á verme para interesarse en que absolutamente no le dejase, porque hallándose su padre en las filas enemigas quizá se le presentaria la

ocasion de serle útil y salvarlo. Se lo prometí efectivamente estrvo hasta la noche del 21 (que fué la del segundo movimiento) en el punto que le correspondia en su batallon, en que vino á promover la solicitud diametralmente contraria: se reducía á rogarme le permitiese no marchar contra un enemigo entre cuyas filas se hallaba su padre; protestando entre tanto que no motivaba este deseo ningun impulso innoble ó deshonoroso, y sí solo el respeto filial. Pero ¿este mismo amor no fué el que la primera vez le hizo desear ir precisamente en el ejército y encontrarse en el combate que pudiera tener lugar? A mi juicio en una ó dos entrevistas que tuvo con el padre durante el armisticio, no pudiendo contrastar su fidelidad, se limitó á exigirle que no esgrimiese las armas contra su partido, haciendo valer para esto la paternal influencia y los sentimientos de la naturaleza. Sin embargo respeté sus motivos sin exigirle la menor confidencia á este respecto, le otorgué su solicitud en virtud de la cual se quedó en Córdoba y ni se halló en la batalla, ni pudo contribuir á salvar á su padre que quizá le hubiera sido posible. Inmediatamente despues del duelo que tributó á su memoria, volvió á desempeñar las funciones de su empleo, las que llenó honradamente hasta que perdió la vida en la accion de la Ciudadela de Tucuman en 1831.

En los momentos de mi aparicion en las inmediaciones de Córdoba, una partida de 40 hombres milicianos que mandaba en persona el ministro secretario del Gobernador Bustos, D. Juan Pablo Bulnes, habia sido sublevada por un tal Peñalosa quien lo condujo preso á mi disposicion á dicho Bulnes y al oficial D. Manuel Bárcena (hoy coronel en Buenos Aires). Ambos quedaron en simple arresto en el cuartel de la calle ancha donde solo habia quedado cuando íbamos á San Roque, un piquete de soldados estropeados ó levemente enfermos, á cargo del capitan D. José Mercado. Cuando en la ciudad empezó á oírse el estruendo de la artillería y por el se vino en cono-

cimiento que las fuerzas contendientes habían llegado á las manos, reinaba en los ánimos la mas terrible ansiedad, y todos hacian cálculos según su modo de ver ó seguir las afecciones de partido. Yo como antes he dicho habia marchado en persecucion del enemigo, y no tuve tiempo ni oportunidad de avisar en aquellos momentos el resultado favorable de la accion, á la autoridad que presidia en Córdoba, y mi 2.º el coronel Desa que estaba tranquilo en el campo de batalla, no tuvo la advertencia de hacerlo hasta la tarde. En tal estado de incertidumbre, y en medio de la multitud de falsas y alarmantes noticias que se propagaban por momentos, era muy de temer que se perturbase la tranquilidad de la poblacion y que á favor del desorden se cometiesen excesos por la plebe que era en lo general partidaria entusiasta Bustos. Las personas principales en toda la parte sana y respetable del pueblo empezaban á temblar al aspecto amenazador de la muchedumbre cuando vino á hacer este estado de cosas mas afflictivo la evasion de los dos presos Bulnes y Barrera, quienes quebrantando su arresto montaron á caballo, y recorrieron algunas calles gritando *victoria por Bustos muera Paz*; mas como ellos mismos no participaban de la seguridad que querian infundir se contentaron con vosingleras aclamaciones y sin detenerse ganaron los campos para ir á reunirse con sus derrotados amigos. El pueblo de Córdoba debe siempre hacerles un cargo, no por su evasion, sino por el peligro á que lo expusieron tan inútil como innecesariamente.

Por el pronto se contuvo la explosion por el patriotismo y presencia de espíritu de algunos vecinos, pero hubiera sido inevitable un desastre principalmente por la noche si en aquellas circunstancias no hubiese llegado el parte del coronel Desa comunicando el triunfo obtenido y la completa destruccion del enemigo. Desde entonces dejó de temerse por la tranquilidad pública y los buenos ciudada-

nos de todos los partidos respiraron libres de un peso abrumador.

Mientras todo esto la esposa, hija y yerno del general Bustos se hallaban en San Antonio hacienda de la familia del último á dos ò tres leguas de distancia de San Roque. Hasta allí llegó el coronel Madrid persiguiendo los dispersos; pero fueron respetadas las personas y las propiedades con una escrupulosidad suma. El comandante Pringles habia ido con un escuadron en otra direccion y con el mismo objeto, y habia llegado hasta un puesto dependiente de la hacienda principal de San Antonio á algunas leguas de ella. Allí hizo alto y campó para dar descanso á hombres y caballos á la inmediacion de un bosque en el cual internándose algunos soldados, hallaron un depósito de algunos baules, cajones y petacas en que habia ropa de uso, papeles y plata labrada, cuando llegó á noticia de Pringles este hallazgo ya habian forzado las cerraduras ó tapas de tres ó cuatro bultos y extraido de ellos algunas piezas, las recojió y las hizo acomodar otra vez lo mejor que se pudo, conservando intactos los que no habian sido violentados, y con todo ello regresó al cuartel general al dia siguiente de la batalla por la noche. En la mañana inmediata se me presentó Da. Juliana Manre y Bustos esposa del general á reclamar aquellos efectos de su propiedad. Yo ni los habia visto, ni tenia mas que un conocimiento vago hasta entonces de lo sucedido; pero con este motivo hice llamar á Pringles y en su presencia me informé de lo sucedido y ordené se le entregasen: ella pasó una prolija revista de los baules y demas y espuso nuevamente que le faltaba una ú otra pieza. Previne de nuevo se hicieran indagaciones para encontrarlas, de las que no resultando cosa alguna, le insinué que se habia practicado por mi cuanto era posible hacerse en aquellas circunstancias, y que si faltaba alguna miserable friolera (que tampoco era mas lo que ella decia) era preciso se conformase, atribuyendo la culpa á su propia indiscrecion.

Y se creerá que esta señora considerada en su persona en su familia y en sus intereses hasta tal punto: propalase altamente y hasta en público que habia sido robada y saqueada el dia de la accion de San Roque? Nótese que esto sucedió en un dia de batalla en que por mas disciplina que haya la licencia militar (si me es permitido espresarme así) reclama sus derechos, que los efectos estaban en un desierto sin custodia alguna, que segun probabilidades pertenecian al enemigo como luego se vió evidentemente pues la banda de Brigadier del Sr. Bustos era una de las piezas que se devolvió; nótese en fin la delicada conducta del comandante Pringies, y mi anheloso empeño porque en nada se le defraudase, y agregando á esto la imprudencia de mandar á un bosque aquella parte de su equipage cuando hubiera estado seguro en su misma casa de San Antonio que habia sido respetada con escrupulosidad, digaseme si la vocinglería de esta señora no era injusta y agena de gratitud.

El dia 20 se empleó en tomar razon de los artículos de parque, artilleria y armamento tomados al enemigo y disponer su traslacion á la capital de donde pocos dias antes habia salido. A los prisioneros reunidos al efecto les hablé con bondad y fuera de algunos que voluntariamente se engancharon en los cuerpos del ejército, fueron sin excepcion puestos en libertad. De este modo al dia siguiente de la victoria no habia en toda la estension de la provincia un solo hombre que padeciese por causas políticas, y me complace en asegurar que siempre miré como el mas dulce fruto del triunfo la facultad de perdonar y enjugar las lágrimas de mil familias sin detrimento de la causa que estaba obligado á sostener. Si esto la ha perjudicado en un sentido como creen hasta ahora muchos, no puede dudarse que en otro ha producido bienes mas durables, y cuya estension no se conoce todavia: por lo pronto preparó esa decision con que los cívicos de Córdoba que eran esos mismos prisioneros libertados, brillaron despues en los dos

años siguientes que duró la lucha, y cuando la guerra se hacia en una escala mas estensa.

Al anochecer me moví con el ejército y pasando el rio campé en la márgen derecha. Allí me hallé el 24, y en esta mañana fué que se me presentó la señora del General Bustos á hacer las reclamaciones que he mencionado. Se reunieron muchas partidas de las destacadas dejando la campaña tranquila, pero al mismo tiempo y cuando recibia noticia de quedar asegurada la frontera del Rio 4.º por el comandante Echeverria, tuve aviso del mismo de una invasion de indios pampas que la amenazaba. En consecuencia hice marchar al coronel Pedernera con el N.º 2 de caballeria para que reunidos la rechazasen, pero el primero se apresuró á combatirlos con las solas milicias que pudo reunir y sufrió un parcial descalabro. Pedernera creia que el motivo principal de la conducta de Echeverría habia sido el de evitar la necesidad en que se veia de cederle el mando en jefe de la division por ser de mas graduacion. No obstante, no produjo este pequeño desastre consecuencias de gravedad; los indios robaron algo, y se retiraron segun su costumbre y tan solo me causó el movimiento vivas inquietudes en los dias posteriores en que penetrando ya en la provincia el General Quiroga por el oeste, y siendo urgente concentrar mis fuerzas, se hallaba Pedernera y su cuerpo á una distancia no pequena.

Al ponerse el sol levanté el campo para regresar á Córdoba y á eso de media noche, y de la mitad del camino me encontré con una comunicacion del Gobernador de Santiago del Estero D. Felipe Ibarra: el conductor era un soldado llamado Eustaquio, su hombre de confianza y conocido mio cuando años antes estuve en Santiago. El tono era el mas manso y amistoso, el objeto era explorar mis disposiciones á su persona y gobierno y mis fuerzas, la materia sobre que se versaba la comunicacion era darme parte que una partidilla de 12 ó 16 hombres capitaneada por un tal Nejrot se habia introducido en su provincia y aun en

la capital obligándolo á abandonarla momentáneamente: que dicho Neirof daba á entender que obraba por mis órdenes, sin embargo que el nó lo creía, y concluía rogándome lo mandase retirar en atencion á nuestra amistad y á otras consideraciones de utilidad pública.

El tal Neirof no tenia mision alguna mia, y tan solo se habia conducido por enemistad con Ibarra y quizá habia sido impulsado por otros defectos que á la sombra de las turbulencias de que era teatro la provincia de Córdoba creyeron poderlas introducir en la de Santiago. Mi contestacion fué pues cual este deseaba, y ademas incluí una orden terminante á aquel para que saliese del territorio de Santiago la que sino era obedecida porque no dependia absolutamente de mí, serviria al menos para desmentir la idea de que obraba con mi consentimiento que era en lo que consistia toda su fuerza. El resultado no fué dudoso porque quitada la máscara á Neirof y convencido por mis comunicaciones que Ibarra tuvo buen cuidado de hacer circular, que su movimiento era una empresa personal y aislada no fué apoyado y despues de vagar unos dias tuvo que asilarse en la provincia de Tucuman.

Pero se me dirá ¿qué gobierno, qué gobernantes y qué provincia es esta de Santiago que invadida por una fuerza tan insignificante, no le opone resistencia, deja pasearse por donde quieren los invasores, huye el gefe y les abandona la capital? La esplicacion de todo, se hallará en el carácter de el Sr. Ibarra, y en las peculiares circunstancias de su posicion de entones. Ella se hará mas clara en el curso sucesivo de estas memorias.

En la mañana del 25 llegué á las inmediaciones de Córdoba y campó el ejército en la margen izquierda del rio en el bajo de Galan. Habiendo yo entrado á la capital me ocupé luego de la organizacion del gobierno que habia sido hasta entonces desempeñado en la ciudad y sus suburbios por el juez de policia D. Pedro Juan Gonzalez. Fué nombrado de ministro general en todos los ramos de la

administracion el ciudadano D. José Isara. Se decretó en seguida la formacion de un cuerpo de infanteria denominado *Guardia Republicana* al mando del teniente coronel retirado D. Agustin Diaz Colodreno, y otro de *lanceros republicanos* (caballeria) al del ciudadano D. José M. Martinez. Aquel se formó de la parte mas acomodada de la poblacion como comerciantes, tenderos, pulperos, &c, y éste de los carniceros, é indios del pueblito. Se encomendó al teniente coronel Barcala (mendocino) la reorganizacion del batallon cívico, con la denominacion de *cazadores de la libertad*: en este cuerpo entraban los hombres libres de color, y toda la gente menos acomodada de la ciudad y suburbios. Como que habian sido partidarios de la administracion anterior, al mismo tiempo que era el mas numeroso, y el mas á propósito para la accion y para un movilizado, debió llamar este cuerpo la general atencion del gobierno y es debido en gran parte al comandante Barcala su instruccion, su arreglo, y ese entusiasmo que despues tanto lo distinguió.

En Córdoba es conocido con el nombre de *Anejos* un territorio que circuye la ciudad y cuyo radio es de pocas leguas con corta diferencia. Es un curato distinto del de la ciudad, y de la gente útil contenida en él se formó un numeroso regimiento de caballeria cuyo mando fué confiado al general D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo. Sobre las mismas bases fué concebido el plan de la organizacion militar de la campaña que fué desarrollándose y planificándose en el tiempo posterior segun lo permitian las circunstancias de la guerra y la obediencia de los diversos departamentos. De consiguiente para tratar de aquella era preciso adelantar algo los sucesos, pero de este modo se hará mas clara su esplicacion.

La campaña de Córdoba cuenta doce curatos (fuera de los Anejos) y en cada uno de ellos se formó un regimiento de caballeria que llevaba el nombre del mismo curato. Preferí este método creyendo promover una noble causa.

cion entre los diversos curatos, y para no alarmar á los milicianos con las denominaciones numéricas que eran exclusivas de las tropas de línea. La fuerza de los regimientos era mayor ó menor segun la poblacion de los partidos, pero tomando un término medio excedia de 500 hombres cada uno, y habia algunos como los de Pocho y Punilla que pasaban de 800. Cada dos curatos formaban un departamento militar, resultando seis de estos al mando de otros tantos coroneles de milicias. Los regimientos eran mandados por tenientes coroneles. El estado que sigue demuestra con claridad cuanto se ha dicho.

Curatos.	Regimientos.	Gefes.	Departamentos.	Gefes de ellos.	
Rio 3º Abajo...1	ten'te. cor'l.	}	Departam'to del Este...	un cor'l,	
Rio 3º Arriba...1	id.				
Rio 1º.....1	id.	}	Id. de la frontera del Chaco.....	uno id.	
Rio 2º.....1	id.				
Rio Seco.....1	id.	}	Id. del Norte.....	uno id.	
Tulumba.....1	id.				
Yschilin.....1	id.	}	Id. del Noroeste.....	uno id.	
Punilla.....1	id.				
Pocho.....1	id.	}	Id. del Oeste.....	uno id.	
Sun Javier...1	id.				
Calamuchita...1	id.	}	Id. del Sud.....	uno id.	
Rio 4.....1	id.				
		12	12	6	6

Fuera de estos cuerpos habia un escuadron vetarano en la Villa del Rio 4º y una compañía de la misma clase en el Tio frontera del Chaco. Un medio batallon de infanteria denominado *Guardia Argentina* en el primero de estos dos puntos, y compañías sueltas de la misma en la Villa de la Carlota, en la del Rosario (Ranchos) y otros pueblitos. El total de estas fuerzas pasaba de 8000 hombres sobre el papel pero sin mucho esfuerzo hubieran podido reunirse las tres cuartas partes cuando menos si la decision de los milicianos y la eficacia de los gefes hubiera correspondido á los deseos del gobierno. Sin embargo de lo mucho que se habia adelantado en este sentido, no tuve tiempo ni desahogo para cimentar estos arreglos, y mas

que todo para formar ese espíritu militar y entusiasmo que es el principal resorte en los cuerpos de milicias.

Estas memorias que hasta ahora han sido red actadas en forma de diario, no llevarán en adelante este carácter porque me seria imposible recordar las fechas y porque carecerian de interés si se tratasen pormenores que no tienen relacion con las operaciones de la campaña, ni con la política del gobierno. No obstante seguiré un orden rigurosamente cronológico en cuanto me lo permita la mas fácil esplanacion de los sucesos, y segun me acuerde citaré tambien los dias en que acaecieron; no me olvidaré tampoco de las personas que han figurado en ellos, á las que procuraré hacer conocer tales cuales las he visto, tales cuales las he conocido, sin distincion de partido, y sin que ninguna pasion mezquina se mezcle en estos detalles.

Despues la victoria de San Roque uno de mis primeros cuidados fué hacer entender á los gobernadores de las provincias que debia reputar en oposicion, que no me mezclaria en sus negocios domésticos y que deseaba conservar con ellas las mismas relaciones de amistad que mi predecesor. Este voto era sincero y no puede dudarse de ello desde que se considere que los negocios de Buenos Aires eran ya desesperados despues del desastre de Rauch, y que no podia esperar cooperacion la menor por aquella parte y sí todo lo contrario. Es verdad que el tal desastre era un misterio para el público, pero basta que no fuese ignorado de mi para que produzca una prueba clara de mi asercion. A una sola persona me ví obligado á revelarlo (al Dr. Bedoya) para persuadirlo á que en el periódico que redactaba se esplicase en términos menos irritantes contra los gefes de los otros gobiernos principalmente contra el General D. Estanislao Lopez: algo conseguí pero no lo bastante para que escribiese del modo que yo queria y que era conveniente.

En el sentido que he indicado se redactaron comunicaciones á mi nombre pero suscriptas por el ministro de

gobierno para los de Mendoza, y San Luis y para el General Quiroga. Este no era Gobernador de la Rioja, sino comandante de armas de la provincia, pero en este carácter por una anomalía singular reunia todos los poderes y todas las facultades, de las autoridades supremas, en términos que las que tenían el nombre eran dependientes de él, y enteramente nulas. Dirigirse pues á ellas hubiera sido un ataque á sus atribuciones de hecho y un justo motivo para que estallase la guerra. En la remision de las dirigidas á los gobiernos de Mendoza y San Luis no hubo dificultad, y un correo marchó para hacerlas llegar á sus destinos: pero sobre quien se atreveria á ser el conductor de la destinada al general Quiroga habia los mas graves embarazos porque era casi seguro que haria fusilar sobre la marcha al que se le presentase fuese quien fuese. En tales circunstancias pensé mandar un comisionado que garantido por el carácter público y sagrado de su mision le hiciese entender mis disposiciones pacíficas: al efecto puse la mira en el respetable eclesiástico paisano y conocido suyo Dr. D. Pedro Ignacio Castro, pero este lo reusó resueltamente representándome que se esponia á los últimos ultrages sin la menor esperanza del suceso. Fué preciso volver á la comunicacion del ministro de gobierno que no quiso personalmente suscribir por no experimentar un desaire que dificultaria todo acomodo en lo sucesivo, y para que llegase á sus manos la dirigí al coronel Allende que con una partida de coraceros y alguna milicia observaba sus movimientos en la *Cerranula*, para que de cualquier modo la hiciese pasar. Veamos ahora el resultado de estas conciliatorias diligencias.

El ministro de gobierno de S. Luis (D. Calixto Maria Gonzalez) contestó á nombre del suyo comprometiéndose á conservar la paz entre ambas provincias y muy luego unió sus armas á las de la Rioja sin provocacion alguna para venir á buscarme en la tablada. El de Mendoza nada contestó, ni aun avisó el recibo de la nota, y despues

cuando por la suerte de las armas se arrepintieron los que allí manejaban los negocios de no haber aprovechado esta ocasion, daban la frívola excusa que el Sr. Isara (el ministro que á mi nombre suscribia la nota) les era desconocido, y que una comunicacion mia hubiera tenido el efecto deseado. Vana excusa vuelvo á decir, pues á demas que como nadie ignora un ministro es una persona bastante caracterizada, hubiera servido por lo menos este paso de aventura, si el gobierno de Mendoza hubiera abrigado disposiciones pacíficas, para ponerse en contacto con el de Córdoba.

El coronel Allende para llenar mi encargo, eligió al capitán de milicias D. Nicolas Arce que se prestó á ello por serle muy conocido, para conducir la comunicacion destinada al general Quiroga. A penas llegó á su cuartel general de los Llanos donde hacia la asamblea de su ejército para abrir la campaña, le intimó sentencia de muerte y lo hizo poner en capilla. Arce se confesó, é hizo testamento y cuando estaba dispuesto á salir al suplicio una orden tan pronta y arbitraria como la primera, lo libertó de tan terrible lance, y quedó sin guardias pero confinado á los alrededores de la casa en que estaba el cuartel general: en este estado permaneció unos dias hasta que llegó el general Bustos que como hemos dicho despues de algunas tentativas inútiles para sostenerse tras la sierra se asiló en el campo del ejército riojano. Al dia siguiente de su arribo quiso entretenerse conversando con Arce y al efecto lo llamó y se fueron paseando por la inmediacion de la casa, lo que visto por el general Quiroga, mandó otra vez intimarle sentencia de muerte y ponerlo inmediatamente en capilla. Otra vez se dispuso á morir cristianamente pero vino una 2.^a orden á arrancarlo de las garras de la muerte, para ordenarle que regresase dándole al efecto un pasaporte concebido en estos precisos términos escrito todo de su letra—*Regresa el bombero D. Nicolas Arce, á dar cuenta á su amo D. Faustino Allende que se halla en la Zerreuela*

con los mocosos vencedores de San Roque. Juan Facundo Quiroga.

Desde que se le clasificaba de bombero. ó espia, Arce se guardó muy bien de aprovecharse del pasaporte otorgado, y lejos de regresar se manifestó resuelto á permanecer allí, lo que sin duda agradó al otorgarse porque no se le incomodó mas, y cuando se movió el ejército el quedó allí sin prevencion ninguna pero sin duda recomendado y observado: mas él entonces logró evadirse y vino á presentarse trayendo el pasaporte que he copiado. Desde entonces desapareció toda esperanza de conciliacion, y era evidente que la cuestion se decidiria por las armas. Fué pues preciso prepararse al combate y ambos partidos se ajitaron para poner la victoria de su lado.

La reforma eclesiástica acaso inoportunamente promovida en algunas provincias habia alarmado los ánimos preocupados y aun los espíritus timoratos. La oposicion al Gobierno Nacional en la época precedente habia hecho valer esta tendencia que llamaban anti-católica para conecitar el odio de la multitud contra sus enemigos. El gobierno de Bustos como uno de los principales corifeos de esta misma oposicion, y en un pais tan religioso como Córdoba se apoyaba fuertemente en las preocupaciones populares y procuraba hacer mirar á sus adversarios como atheos declarados, ó cuando menos como peligrosos innovadores. Desde mi llegada se habia puesto en juego esta arma, y para darle mas actividad se hacian correr las mas crasas necedades y las mas absurdas mentiras. En la campaña se decia y aun se creia que habia prohibido el bautismo de los niños, que los templos estaban cerrados ó convertidos en caballerizas de mis soldados, que los sacerdotes eran perseguidos, con otras mil sandeces de esta naturaleza. Venia á acrecentar el mal, la circunstancia de haber emigrado el Provisor y Gobernador del Obispado el Dean Dr. D. Benito Lazcano acérrimo partidario de mi antecesor, á la provincia de San Luis en la cual y en los

confines de la de Córdoba que le son limítrofes atizaba la guerra por los medios que estaban á su alcance. Resultaba tambien que la diócesis estaba en cierto modo en acefalía por el violento abandono que habia hecho de la capital y por el extraño carácter que imprimia á sus actos su conducta política.

Era urgente tomar alguna medida y la que se presentaba de elegir un otro provisor llevaba el peligro de que desconociendo Lazcano su autoridad le desobedeciese y se viese el Obispado envuelto en un cisma, nueva calamidad que solo podia precaverse por las calidades personales del nombrado. Era pues de necesidad que reuniese á una grande opinion de virtud y de saber, un gran séquito religioso y adecuadas opiniones política. Felizmente todas estas circunstancias se encontraron en el Dr. D. Pedro Ignacio de Castro quien desde el momento que se recibió de su nuevo destino, se propuso con todo el ardor de su zelo, tanto desde el púlpito, como desde su bufete, tanto con sus palabras como en sus comunicaciones escritas desimpresionar el paisanage, y rebatir las groseras calumnias con que lo alarmaban contra la administracion. Mas esta misma eleccion que fué utilísima á todas luces, y de que siempre tuve motivos de estar contento como tambien el público, desagradó á algunos de mis amigos políticos. Ellos se obstinaban en ver en el Dr. Castro un fanático entusiasta, y un instrumento de que podria servirme para fanatizar á mí vez la muchedumbre. Acaso en otros obraban zelos ridiculos, y la ignorancia de la verdadera situacion del pais: pero sea lo que fuesè, la enérgica decision del Provisor, su ilustrado gobierno, y la armonia en que constantemente se mantuvo con la autoridad civil acallaron sus émulos y obtuvo la general aceptacion.

Contra lo que se temia, el Sr. Lazcano obedeció al llamamiento que se le hizo y se presento en la capital á mediados de mayo, pero inmediatamente llamó la atencion del gobierno interino (estaba yo ausente) con las noticias alar-

mantes que propagó, y otros actos que lo hicieron sospechoso: recibió pues la orden de marchar á presentármese en el lugar del *Ojo de agua* donde me hallaba y donde recuerdo que lo mandé quedar bajo su palabra, juntamente con D. Guillermo Reinafé cuyos hermanos andaban á monte, y con intencion segun se creia de fomentar reuniones ó montoneras. En los dias posteriores solicitó el Sr. Lazcano trasladarse por su comodidad á la hacienda de Chinosacata, donde permaneció hasta despues de la batalla de la Tablada, y entonces se verá como se comportó.

Ya entrado Mayo se movió de los Llanos de la Rioja con su ejército el general Quiroga y entró en el territorio de Córdoba por el lugar de la Zerreuela. Aqui se hallaba el coronel de milicias D. Faustino Allende con alguna milicia y una partida de coraceros de 15 ó 20 hombres en observacion de los movimientos del primero: no tomó bien sus medidas, fué improvisamente atacado y sufrió un descalabro escapando él trabajosamente á uña de caballo: lo sensible fué la pérdida de 8 ó 10 coraceros, que el enemigo hizo propalar como un gran triunfo, y que circuló por las provincias de su devocion como un preludio de sus ulteriores victorias.

Ya estaba pues en campaña mi formidable adversario. Ya se halla en el teatro de la guerra el hombre singular que desplegó en lo sucesivo tanto genio como audacia, tanto valor como actividad, y que precedido del terror que inspiraban sus sangrientas ejecuciones era mirado como inspirado é invencible por la insensata muchedumbre. La Serrezuela que fué el primer punto de la jurisdiccion de Córdoba donde tocó queda al noroeste de la capital, pero para venir directamente tenia que cruzar parte de la sierra lo que hubiera infaliblemente inutilizado sus caballadas. Era pues mas que probable que inclinándose al norte vendria á tomar el camino que viene de fuera mas á la altura de Macho, para buscarme. En consecuencia me moví de la capital con el ejército para encontrarlo y se hubiera

muy pronto decidido la cuestion en una batalla á no liáber cambiado repentinamente de direccion por un cuarto de conversion à la derecha. Despues de esto, se dirigió costeando la falda occidental de la sierra de Córdoba y atravesando los curatos de Pocho y S. Javier siempre en direccion al sud entró en la provincia de San Luis pero dejando á su devocion ambos curatos en que hervian las partidas de montonera que ya se habian distinguido por los mas atroces atentados. Su movimiento indicaba muy á las claras que obraba en convinnacion con las provincias de Cuyo, y que penetraba momentáneamente en una de ellas para recibir los contingentes con que debia ser reforzado su ejército. Esto era generalizar la guerra y yo debra en consecuencia obrar en idéntico sentido, para repeler tan formidable invasion.

Las provincias de Salta y Tucuman inspirados por sus afecciones políticas estaban resueltas á cooperar activamente al triunfo del partido que yo sostenia, y me habian hecho ofrecimientos tan formales como sinceros de auxiliarme con gruesas divisiones: sin reusarlos habia diferido el admitirlas, primero contra Bustos porque no los necesitaba, y despues contra Quiroga cuando este solo me atacaba con las fuerzrs de la Rioja y Catamarca las que creia poder contrarestar con mi ejército, porque ha de advertirse que las de Córdoba poco suponian ya porque era y aun quizá es una poblacion poco aguerrida. y porque estaba contaminada del espíritu de montonera y de consiguiente enemiga mia, cuanto porque el partido del general Bustos que venia en compañía de Quiroga se ajitaba en todas direcciones y ya movia la campaña por diversos puntos.

Ademas no queria generalizar la guerra haciendo intervenir la mayor parte de las provincias de la República porque desde que esto sucediese la combustion seria universal como al fin se verificó, y porque desde que Buenos Aires obraba en sentido contrario como lo debia suponer yo que sabia el descalabro de Rauch y la conflagracion de

toda su campaña, la lucha debia ser muy prolongada y el éxito muy dudoso. Es pues evidente que en aquella época quise únicamente limitarme á la provincia de Córdoba y que si no me hubiesen atacado, tampoco lo hubieran sido por mi los otros gobiernos contrayéndome á mejorar el de Córdoba si era llamado ú él, ú procurar la prosperidad de la provincia y á hacer triunfar las ideas liberales por la adopcion de sus mismos principios, hasta que reunida la Nacion por sus representantes (para lo que no fijaba época) se diese su constitución política bajo cualquier forma.

La dificultad que ofrecia de pronto este sistema de aislamiento era el entretenimiento de las tropas y mas de los oficiales y gefes del ejército, y el proporcionar los recursos precisos para su mantenimiento y decencia: mas á esto me proponia ocurrir de dos modos: 1.º licenciar alguna tropa y formar con el resto dos cantones ó colonias militares en las fronteras del sud y del Chaco las que al paso que resguardaban la provincia de Córdoba y aun la de Santa-Fé y San Luis de las incursiones de los bárbaros facilitaban avanzar la linea de fronteras, y la adquisicion de terrenos en que esos mismos gefes y oficiales pudiesen plantear establecimientos de campo que les sirviesen de una especie de reforma: 2.º negociar con el gobierno de Buenos Aires algun subsidio para este mismo fin. Nada era mas justo, pues habiendo servido con tanto honor como patriotismo en la guerra del Brasil y muchos en la de la independenciam no era ni político ni equitativo dejarlos en el abandono y la indigencia.

Desde que el repentino cambio de direccion que hizo el General Quiroga despues de haber entrado en la provincia de Córdoba, me reveló la inteligencia en que estaba con las de Cuyo, despaché comisionados á la de Tucuman, y comunicaciones á la de Salta exigiendo la cooperacion ofrecida, é instando porque se moviesen cuanto antes las fuerzas que de la primera de ellas debian

reunirme, y las de la segunda que habian de obrar sobre otra linea de operaciones. Yo con el ejército regresé á Córdoba y lo campé á sus inmediaciones. Algunos creian que debia dar mas movilidad al ejército, el que debia volar de la sierra al llano, del sud al norte, y de una provincia á otra. Mas para juzgar debe tenerse presente que despues de la derrota de Bustos, la guerra era defensiva y que no solo tenia que repeler la invasion del General Quiroga, sino tambien contener la sublevacion que amagaba por todas partes, y tener en respeto á las provincias de Santa Fé, Santiago, Catamarca, Rioja y San Luis que circunvalan la de Córdoba que eran enemigas, y que la promovian mas ó menos abiertamente. Mi posicion era la de uno que estuviese situado sobre una mina accesible por todas partes, á la que se propusiesen muchos aplicar la mecha, y que al mismo tiempo se viese acometido de una fiera. Cualquiera de los dos peligros que desatendiese, bastaria para hacerlo perecer, y el valor y la prudencia le aconsejarian que mientras con una mano procurase ahuyentar á los importunos incendiarios con la otra esgrimiese las armas para libertarse de la bestia feroz.

Para conseguir ambos objetos era preferible la posicion central de Córdoba y ni aun así pude impedir que estallase en el Rio 2.º un movimiento revolucionario. Era encabezado por un tal José Antonio Guevara célebre por su mala conducta y atentados. El movimiento consistia en haber reunido una partida de 30 ó 40 hombres parecidos á él y haberse internado á los bosques negando la obediencia al gobierno. El gefe de la frontera del Chaco coronel (cuyo grado habia recibido de mi) D. Nazario Sosa hombre falaz y de una política doble, á cuya vista casi se habia verificado esta insubordinacion hacía el papel de no poder contenerla y viendo al gobierno ocupado de tan graves atenciones por otro lado creía que se le encomendaria la pacificacion del distrito que empezaba tambien á moverse alargándole recursos pecuniarios y acaso ponien-

do otras fuerzas á su disposicion. Esto hubiera sido evidentemente darle la ocasion de ejecutar su traicion en escala mayor, y me propuse mas bien entenderme directamente con Guevara. Mandé succesivamente dos comisionados que le ofreciesen garantias y aun premio si disolvia su naciente reunion y se avino á ello pidiendo una corta cantidad de dinero para gratificar su partida (decía) y para que se retirasen á sus casas sin cometer desordenes. Regresó uno de los comisionados que fué D. Macario Torres, llevándole 200 fuertes, los que recibidos que fueron apresó al conductor y lo robó hasta privarlo de su ropa. Sosa entonces aparentando siempre no poder sofocar la insurreccion (que era obra de él, porque Guevara es su cuñado) se evadió para Santa Fé en vez de hacerlo para Córdoba. El objeto de su fuga era dejar el campo libre al cabeza del motin para que completase la sublevacion del gauchage, y se entregase á actos que siempre repugnan á un hombre de medianos principios como él. Así sucedió, y esta reunion que habia principiado por tan débiles fundamentos llegó á contar mas de 800 hombres y estenderse la conflagracion por los curatos de los Rios 1.º y 2.º Ya á esta sazón penetraba otra vez el General Quiroga en la provincia de Córdoba por la parte del sud, y el General Bustos que le acompañaba destacó á su sobrino D. Mariano Bustos para que diese direccion á los sublevados de quienes voy hablando. Este se puso á su frente pero no impidió que se cometiesen robos y saqueos y otros mil desórdenes. En la villa del Rosario (Ranchos) hasta incendiaron la barraca con todo el cuerambre que tenia acopiado uno de los Ramallos, y en Santa Rosa despues de haber saqueado al pacífico y honrado negociante D. José M. Sabid, lo llevaron preso y en la estacion mas rigurosa desnudo de cuyas resultas murió á los muy pocos dias. Yo no pude tomar en aquellos momentos otra providencia que destacar una partida de 30 coraceros, 50 tucumanos y alguna milicia que los observase y contuviese en lo posible, mién-

tras me desembarazaba del ataque principal que contra mí se dirigia. El mayor Aycando comandante de la pequeña fuerza de observacion no correspondió esta vez á la reputacion de que gozaba en el ejército.

El General Quiroga descando imprimir el terror en los ánimos de los habitantes de Córdoba fusiló cuatro vecinos de la campaña luego que puso el pié la primera vez en ella. Uno fué el capitán Ortega de la compañía de milicias de Soto, otro fué un juez pedáneo Vazquez Novoa de los otros dos no me acuerdo. No podia arguirseles otro crimen que haber obedecido al gobierno á pesar que habian tomado armas. El mismo General Bustos desaprobaba estas crueldades, y por su intercesion y la del gobernador de Catamarca Figueroa salvaron algunos, entre ellos el honrado y patriota comandante D. Antonino Moreno, el que sin embargo de esto fué el año siguiente victima de su ferocidad. Bustos publicó tambien un bando imponiendo pena capital y confiscacion de bienes al que prestase obediencia á las órdenes del gobierno que el llamaba usurpador, lo que puso en la más terrible tortura á los hombres pacíficos que por lo comun se limitan á obedecer la autoridad de hecho sin averiguar mucho su origen. Una medida tan ejecutiva y terminante produjo por parte del gobierno otras que aunque no le igualaban, tendian al menos á hacerle sentir los efectos de su imprudencia: se le embargaron sus bienes y se pusieron en depósito, los que despues de asegurada la tranquilidad le fueron escrupulosamente devueltos á su familia.

En estos dias fuí acometido de un mal de garganta que me retuvo algunos pocos dias á pesar mio. La primera vez que salí convalciente de mi casa fué á principios de Junio para recibir la division tucumana que venia en mi ayuda trayendo á su cabeza al coronel D. Javier Lopez Gobernador de aquella provincia: entró á la capital y pasó á detenerse á acamparse con el ejército que se alistaba

para salir á recibir al General Quiroga cuya vanguardia asomaba ya por el Rio 4. °

Esta poblacion, ni habia objeto en defenderla, ni tenia fuerzas bastantes para dividirlas. Casi todos sus habitantes se retiraron á su aproximacion, y él por entonces halló libre el camino para internarse.

El 7 de Junio salió el ejército de Córdoba y con este motivo tuvo lugar una singular escena. Habia agregado al ejército un piquete de 125 cazadores de la libertad al mando del teniente coronel Bálcala, con el triple objeto de aumentar mi fuerza, de comprometerlos en el sosten de la causa que yo defendia, y de sacarlos de la plaza que quedaba fortificándose, en donde no convenia estuviesen por su dudosa decision. Como es natural creer estaban muy relacionados en el pais, y no es extraño que un gran número de mugeres de la ínfima clase se agolpasen á los costados de la columna para decir *adios* á sus deudos ó conocidos: pero al llegar á los arrabales y cuando la columna rebalsaba el *Calicanto* para tomar el camino de Anisacate, fué tal el llanto, la griteria, los deliquios, y las demostraciones exageradas de dolor y desesperacion con que estas miserables atronaban el aire y los oidos de todos, que temí seriamente influirse en la moral del ejército: para impedir que siguiesen sobre los flancos y á retaguardia de él, en esta aptitud cómica, fué indispensable mandar que un piquete de tropa las detuviese con los debidos miramientos, con lo que y acelerando la marcha nos libertamos de su importuna presencia. Por el momento no me fijé en el origen de esta aventura pero despues he tenido motivos para persuadirme que fué preparada de intento para desalentar á mis soldados principalmente á los cívicos y milicianos de Córdoba pues llegué á descubrir por persona sensata y fidedigna que una señora de categoría (¡qué señora! Doña Y. J. !!!) habia organizado una sociedad de las mas despreciables prostitutas, valiéndose del ascendiente de una parda del mismo oficio á quien

me hizo conocer personalmente para que relacionándose con los soldados influyesen en la desercion y pervirtiesen la opinion y la disciplina. Los manejos, intrigas y conducta política anterior de esta Sra. eran bien conocidos al mismo tiempo que sus relaciones con esa clase de gentes hacian muy creible cuanto por tan buen conducto se me informó: cuando lo supe ya habia pasado el peligro y su ominiosa influencia se habia debilitado mucho contrapesada por mas nobles agentes: no hice averiguacion alguna pero vino á corroborar mi pensamiento la consideracion que en otras mil veces que marcharon las tropas con motivos igualmente peligrosos no volvieron á oirse llantos, ni desesperacion y cuando mas votos sinceros por la suerte feliz de los guerreros.

El 8 de junio llegamos á Anisacate y campamos sobre la márgen izquierda del rio de este nombre en el mejor órden. En los dias posteriores se incorporaron algunas milicias, y con ellas y los cuerpos veteranos se organizaron las divisiones en la forma siguiente.

La 1.^a division, y al mismo tiempo de vanguardia, al mando del coronel Madrid, reuniendo á sus órdenes á los coroneles D. Julian Martinez, y Allende, los comandantes D. José Maria Martinez, Pino, César, Trontera Ocampo etc. se componia del escuadron de voluntarios argentinos y piquetes de milicias, de lanceros republicanos, del regimiento de los anexos, y del rio seco, rio 1.^o é Ischilin: era toda caballeria y fuerza de mas de 900 hombres..... 900

La 2.^a division al mando del coronel Videla Castillo se componia de los batallones 2.^o y 5.^o y del piquete de cazadores de la libertad con dos baterias de artilleria ligera: á sus órdenes estaban el coronel Larraya, y los tenientes coroneles Barcala, Aparicio, Arengrin de artilleria fuerza de..... 800

La 3.^a division al mando del Sr. general de Tucuman coronel D. Javjer Lopez, y á sus órdenes

los coroneles Roca, Paz (D. Gregorio) Lobo, Lugones, Murga &c., se formaba del escuadron de granaderos á caballo y mis levadas venidas todas de Tucuman su fuerza escasa..... 400

La 4.^a que era destinada á la reserva á las órdenes del coronel Pedernera, y con él, el teniente coronel Pringleis comandante Albarracin y mayor Chénant se componia del núm. 2 de caballeria su fuerza aproximadamente..... 250

Total— 2350

Despues de este arreglo se hizo un dia ejercicio de fuego, en seguida de haber sido revistadas por mi las tropas, y aun se hizo un simulacro de ataque. Me pareció bueno el espíritu del ejército y quedé contento de sus disposiciones. Entre tanto el general Quiroga habia hecho alto en las inmediaciones del rio 4.^o sin duda para recibir los últimos refuerzos que esperaba, y sus tropas se entretuvieron en devastar esa parte de la campaña. La pingüe hacienda de la Piedra Blanca de la propiedad del coronel Martinez, las de los Sres. Echeniques y otras fueron barridas y arrasadas.

El ejército del general Quiroga tendria aproximadamente 5,000 hombres entre riojanos, catamarqueños, puntanos, mendocinos y cordobeses, entre ellos 700 á 800 infantes, el resto de caballeria. Los gefes generales despues de el que lo mandaba en gefe era el general Bustos, el gobernador Figueroa de Catamarca, el coronel D. Feliz Aldao de Mendoza, Bargas que mandaba la infanteria, Brizuela (otro que el Zarco) Navarro, Acosta (Anselmo), todos coroneles y otros muchos. El contingente de San Juan venia en marcha á reunirse á estas fuerzas pero en el camino se amotinó la tropa acaudillada por algunos sargentos y oficiales y regresó á su provincia; el general Quiroga que aun duda se habia demorado esperando este refuerzo, no vaciló mas en vista de lo sucedido y abrió 2.^a vez la cam-

pañá encomendando al comandante general de Mendoza D. José Aldao el castigo de los sediciosos: este marchó á San Juan y ahogó en arroyos de sangre la resistencia de los sanjuaninos. Yo habia tenido noticia vaga pero fidedigna de la reaccion que se proyectaba en aquel desgraciado pais; me fué comunicada por el no menos desgraciado Dr. D. Narciso de la Prida y aun me pedia instrucciones, mas fué de tan efimera duracion y consistencia que sucumbieron los revolucionarios antes que yo pudiese desembarazarme de mi principal adversario, ni recibir sus instrucciones.

En la noche del 17 al 18, tuve el parte de que el ejército enemigo habia llegado al Salto en el Rio 3.º y que ese dia habia tenido lugar una fuerte y bien sostenida escaramuza que dió una fuerte leccion á los contrarios. El comandante Echeverria con alguna milicia del Rio 4.º y una partida de 30 coraceros al mando del capitán Balmaseda que obedecia al primero, tenian órden de observar los movimientos del enemigo y de retirarse en proporcion que avanzase. A medio dia llegó al Salto y destacó una division cuádruple de la de Echeverria que la persiguiese con teson. Este se puso en retirada á gran galope y al mismo paso habia sido perseguido pero sin desordenarse algunas leguas, cuando improvisamente volvió cara, y cayó como un rayo sobre sus confiados perseguidores, los desordenó, les impuso, y les mató algunos hombres. Tan pequeño resultado no debió apreciarse por la pérdida fisica de los enemigos sino por el asombro que les causó ver á un puñado de valientes que creian ver huir despavoridos (toda la gloria de este dia perteneció esclusivamente á los coraceros) volver improvisamente á la carga y castigar su insensata confianza. En unas tropas de entusiasmo vale algo un primer ensayo, generalmente cuando está cerca una batalla: el general Quiroga lo conoció, y por las prolijas averiguaciones que hizo para saber quien habia sido causa del desórden de los cuerpos, se deduce la importancia

que le daba. Se habia tomado el desquite de la pequeña jornada de la Serrezuela é ibamos á jugar el resto.

El coronel Echevarria se me reunió en la madrugada del 18 y no quedaron mas que unos pocos hombres de milicias interpuestas entre ambos ejércitos para observar al enemigo. Mas no me inspiraba confianza ninguna el paisanaje de Córdoba para este servicio: no por miedo, no porque la opinion de los hombres del campo no favorecia mi causa, no podia contar sino con las noticias que me facilitasen las mismas partidas del ejército con pocas excepciones. La distancia que mediaba entre las fuerzas contendentes era de solo 12 leguas distancia que podia franquear con la mayor rapidez un ejército como el enemigo que no traia artilleria, cuya infanteria venia montada y que estaba provisto de excelentes caballadas. No debia pues perder un momento para aprestarme á un combate que podia tener lugar de un instante á otro: me moví de Anisacate y pasando el rio tomé posiciones en el ameno y pintoresco lugar que queda entre éste y el rio de los Reantes, inmediato al sitio donde reuniéndose ambos forman el Rio 2.º Hasta entonces mis operaciones eran puramente defensivas y aun hacia apariencias de no moverme y esperar allí al enemigo: pero en la tarde del mismo dia levanté repentinamente el campo, y marchamos en su busca. Mi intencion habia sido tomar en las circunstancias que fuesen aparentes la iniciativa, y así lo verifiqué calculando estar en la mañana siguiente sobre el Salto, y si el enemigo se habia movido encontrarlo en el camino, y decidir la cuestion: pero ni uno ni otro sucedió.

La noche fué terrible por lo fria y por un viento sud que nos calaba y entorpecia los miembros: era un furioso temporal que descargaba en las sierras, que al dia siguiente aparecieron cubiertas de nieve hasta las faldas. Ademas el camino era mas fragoso de lo que habia pensado y cubierto de una arena que movida por las pisadas de los primeros caballos, era impelida con la mayor violencia

contra los rostros de los que seguían, de modo que era preciso cubrirse la cara. Mi ejército tenía menos movilidad que el de mi adversario, tanto por la artillería y carros de municiones que arrastraba, cuanto porque el piquete de cazadores de la libertad venía desmontado por falta de monturas: lo único que se hacía era hacerlo alternar montando en los caballos de otros infantes pero siempre resultaba el mismo número de hombres á pié, y esto se hacía para que descansasen y no para acelerar la marcha que no salía del paso de buey.

Contrariado por tantas dificultades y mas que todo por la falta de una buena vanguardia que me aclarase bien el camino que á cada paso podía estar ocupado por el enemigo me tomó el 19 en las inmediaciones de Soconcho que dista 4 á 5 leguas del Salto: resolví pasar allí el día dejando para el siguiente la misma operación: al efecto oculté mi campo en un bajío montuoso y no se dejaron salir de él mas hombres que los indispensables para el servicio. El enemigo permanecía quieto en el Salto, y hubiera ignorado nuestro movimiento sin el oportuno aviso de unos dos paisanos de la posta de Yamchira (está media legua de Soconcho) mandados ó aconsejados por el Dr. D. Domingo Baigorri segun se me informó: el lo negó despues pero el aviso fué positivo. Aquí tuve noticias de que la insurrección del Rio 2.º progresaba rapidamente y que ya amenazaba por ese lado la misma capital: era tanto mas urgente que un combate pronto decidiese un estado tal de cosas.

Buscándolo me moví en la noche que aunque continuó lluviosa no fué tan mala como la anterior, al amanecer del 20 me hallé sobre el paso del Salto en el Rio 3.º

La razon porque el lugar lleva el nombre de Salto, es porque á distancia de cerca de una legua de la poblacion en que está la posta, rumbo al oeste se desprende el río de una altura considerable por entre gigantescos pedrones, para caer en un abismo formando una imponente catara-

ta: la rapidez de la agua y el ruido que hace en su descenso es espantoso, pero poco despues va siendo mas tranquilo su curso y aquí es donde está el paso casi en frente de la poblacion. El primer parte que tuve del gefe de vanguardia fué que no se notaba en la banda opuesta indicio alguno de enemigos, posteriormente y con muy corto intervalo me anunció que el enemigo permanecia oculto entre las lomas del frente, hasta que llegando yo personalmente á la rivera me cercioré de que nada habia que indicase la presencia de los enemigos, y de que el segundo parte era enteramente infundado: sin embargo como podia haber en esto una estratagema, y el terreno del otro lado presentase las mejores comodidades para una emboscada, fué preciso atenerse á un reconocimiento mas prolijo: á mi vista vadeó el rio una partida sin obstáculo alguno y recorriendo todas las inmediaciones nada halló sino los vestigios de un campo militar que habia sido levantado con precipitacion. Yo mismo pasé el rio en persona y me cercioré de su retirada, pero no era fácil atinar con la direccion que habia tomado hasta que se supo que descendiendo por la márgen derecha habia ido á pasar el rio tres leguas mas abajo del Salto, lo que indicaba claramente ó que iba sobre Córdoba ó que buscaba la reunion de los insurrectos del Rio 2. °

No trepide entonces y dando el tiempo necesario para que el ejército comiese y reposase de que necesitaba mucho, marché á las dos de la tarde la vuelta de Córdoba pero no ya por el mismo camino que fuí, sino aproximándome al que el enemigo llevaba hasta tomar al fin sus mismas huellas. El terreno es aquí mas llano y despejado de modo que en la tarde y noche se franqueó la distancia que hay hasta el Rio 2. ° que pasé al aclarar el 23 frente de la capilla de Pedernera. Por los datos que fuí sucesivamente adquiriendo no me quedó duda que las miras del General Quiroga eran caer de improviso sobre la capital y tomarla por sorpresa: pero esto no me inquietaba mucho, porque aunque la guarnicion no era numerosa, estaba

reducida al recinto de la plaza cuyas bocas-calles se hallaban cortadas con foso y parapeto y guarnecidas de artillería y por mediana que fuese su resistencia y atendidos los inadecuados medios del ataque era probable que se sostuviese el tiempo bastante para dar lugar á ser socorrida. Continuó la marcha durante el día sin mas interrupcion que un alto de dos horas en unos puntos de muy poca agua para dar algun descanso á las bestias de modo que á las siete de la noche nos hallamos en los arrabales de Córdoba junto á los Mataderos.

¿Se creerá que me hallaba á pocas cuadras de la plaza despues de haber descendido de los altos que la circuyen (desde los que se distinguia una muy estensa linea de fogones en el campo de la Tablada que indicaban el campo enemigo) y al mismo nivel de ella sin saber si se habia ó no rendido? pues nada mas cierto como tambien que hacia mas de treinta horas que no recibia comunicacion de ella, ni ella de mi, porque habiéndose interpuesto el cuerpo enemigo los mandados recíprocamente no habian podido, ó querido aventurarse á pasar. Las únicas nociones que habia adquirido del modo mas imperfecto eran que habia habido la noche anterior (la del 20) fuerte cañoneo: un viejo achacoso que se encontró en un rancho cerca del pueblo, añadia que habia oido á uno que pasó, que en esa tarde (la del 21) habia tomado el enemigo posesion de la plaza con bandera de paz según su espresion. Lo último me era increíble, porque lo único que podia temerse era una sorpresa, la que no habia tenido lugar desde que se rechazaron los primeros ataques, ademas de que esto bastaba para que el visón vecindario conociese lo fuerte de su posicion, y la ineficacia de los medios de atacar una fortificacion, de que podia disponer el General Quiroga. Venia á robustecer mi juicio la situacion del ejército enemigo cuyas inmensas fogatas se divisaban á la parte opuesta del pueblo y á distancia de una legua en la Tablada, lo que hacia muy probable que cansado de sus infructuosos ataques

habia replegado sus fuerzas á mi aproximacion para librar el éxito á una batalla ó fomentar la guerra de partidas, conservando su superior movilidad. En cualquier caso era preciso tratar de aumentar la mia y buscarlo sin tardanza.

Mi pensamiento era meter víveres en la plaza, á cuyo efecto traia una buena tropa de ganado, reforzarla con igual número de infantes al que traia desmontados, y con una de las dos baterias de artilleria que me acompañaban. Aligerado de este modo el ejército pensaba buscarlo con teson hasta comprometerlo á un combate que parecia querer evitar. Para acordar estos planes con el gobierno interino de Córdoba mandé desde una distancia proporcionada al comandante Echeverria con una partida de coraceros que penetrase en la ciudad por la bajada de los altos de San Francisco mientras yo lo hacia por la del Pucorá y que ordenase á mi nombre que saliese el Gobernador ó el ministro á verse conmigo. Como esto tardase y aun el parte de Echeverria mandé á mi ayudante de campo D. Rafael Correa que con una partidilla penetrase en la poblacion y me trajese noticias ciertas: muy pronto las tuve por èste y por Echeverria que haciendo un rodeo se me reunió: ellas contestemente atestiguaban que el enemigo habia entrado esa misma tarde por capitulacion y que habia guarnecido con fuerzas suyas la plaza. Dos ó tres cañonazos que dispararon de la trinchera me hizo creer que era señal convenida para avisar al General Quiroga que me tenia á su frente.

La pérdida de la capital que luego se generalizó, hizo una desfavorable impresion en el ejército: ella poco le quitaba de su fuerza real, pero esta que parecia una defecion de los principales habitantes de la provincia revelaba la gratitud y consecuencia que sus generosos auxiliares podian esperar del resto. Porque á la verdad una fortificacion que se habia sostenido durante 24 horas contra los ataques del enemigo, y que los rechazó victoriosamente

aun en los primeros momentos de sorpresa, ¿qué motivo podía tener para rendirse cuando íbamos á llegar en su auxilio? Lo que sigue disculpará á los defensores y aclarará los acontecimientos.

Las entradas á la plaza estaban cortadas con parapetos á prueba de fusil y de artillería de campaña, y con su foso correspondiente, corridos de esquina á esquina, de las oehos principales que quedan en los cuatro ángulos del cuadro. En cada uno habia una pieza de cañon y la guarnicion ascendia á 200 hombres con los artilleros. La fuerza fuera de un piquete de 30 veteranos era la de la guardia republicana, algunos cazadores de la libertad que eran de confianza y podia contarse con algun número muy corto mas de vecinos que no estuviesen enrolados porque por patriotismo se prestasen á defender sus hogares. Todos tenian sus puestos destinados en la trinchera y se hacia el servicio con la bastante vigilancia para estar á cubierto de un golpe de mano. Por las tardes regularmente se hacia ejercicio y muchas veces de fuego, lo que fué causa que los primeros tiros del enemigo no alarmasen al vecindario ni aun la guarnicion. Todos estaban persuadidos iba á decidirse en una batalla campal, á mucha distancia de la ciudad, y su estado era de tan perfecto reposo que la catedral (estábamos en el Octovario de Corpus) se hallaba llena de señoras vestidas de gala que habian asistido á la solemnidad de la reserva. Por decontado no pudieron salir las que vivian fuera de la plaza y pasaron la mas cruel noche entre las ansiedades que les causaba la suerte de su pais, la de sus casas y familias de que no podian adquirir noticias, y el frio de la estacion que las obligaba á apiñarse tapándose sin embargo de sus ricos vestidos con los chuses y alfombras de la iglesia: hubo tambien uno ú otro hombre que por cobardía fué á hacer compañía á las señoras, pero en lo general se condujeron bizarramente; y entre estas, hubo una que habiendo entrado su marido á saludarla en la iglesia, le instó para que

se volviese inmediatamente à donde lo llamaba su honor y su deber. Fué la Sra. Da. Marcelina Allende de Zuñiga, sin embargo que el Sr. D. Martin Zuñiga su esposo, no necesitaba de sus insinuaciones, porque en tan tremenda noche y en el dia que le siguió, dió las mas relevantes pruebas de valor y patriotismo, pero esto no hace disminuir el noble entusiasmo de su compañera, y como tal lo consigno en estas memorias. Muchas otras pudiera mencionar pero seria hacerlas muy difusas.

El General Quiroga habiendo como hemos dicho pasado el rio 3º tres leguas abajo del Salto, se dirigió con tal rapidéz sobre Córdoba que en menos de 24 horas habia andado otras tantas leguas. El 20, á las 4 de la tarde poco mas ó menos, estuvo en el arrabal de San Francisco y coronó las alturas que dominan la ciudad por la parte del Sud. Inmediatamente se hizo un ataque brusco por la calle que pasa por aquel convento, pero efectuado con tal imprevisión, que llegados los primeros hombres al foso, se detuvieron por falta de medios para pasarlo y hallaron al fin una muerte inevitable; cuando esto sucedia, las trincheras estaban casi solas, y apenas tuvieron tiempo los hombres mas inmediatos de ocurrir á la defensa de la que era acometida: pero rechazado el primer ataque, ya toda la guarnicion se puso bajo las armas y se preparó mejor á la resistencia. Otras trincheras fueron asaltadas en seguida con igual sucesso, é igual pérdida del enemigo que se mostraba obstinado en tomar la plaza á todo trance: en una de estas tentativas quedó un soldado enemigo gravemente herido al que lograron los de la plaza introducir en ella: ya era muy avanzada la noche y por él fué que supieron que las fuerzas asaltantes eran las del ejército del General Quiroga: hasta entonces habian estado en la persuasion que eran acometidos por la montonera del rio 2º y esta falta de inteligencia contribuyó mucho al valor que esa noche desplegaron los defensores que se creian mas que suficientes para resistir tras de sus pa-

rapetos todas las montaneras de la Provincia, pero no al ejército invasor (sin embargo que de hecho lo habian rechazado), capitaneado por tan formidable caudillo. La noticia heló la sangre de los que la supieron, tanto mas cuanto no tenian ninguna de mi ejército, pero felizmente no se propagó de pronto porque el gobierno interino tuvo el buen sentido de ocultarla el tiempo que le fué posible.

Desesperado el enemigo de no poder penetrar por las calles, se propuso escalar por los fondos de las casas, é introducirse por entre ellas hasta la plaza : mas tampoco fué mas feliz, porque en la última tentativa de esta clase que fué á la una y media de la noche, perdió el valiente mayor Pucheta que dirigía el ataque. despues de lo cual ya no hubo mas que tiroteos de poca consideracion hasta el dia siguiente. La pérdida del enemigo debió ser considerable, pero no pudo graduarse con exactitud porque los muertos y los heridos suyos quedaban en su poder, y era de su interés de ocultarlos. Por nuestra parte hubo la muy sencible pérdida del teniente coronel retirado D. Agustin Diaz Colodrero, que fué mortalmente herido recorriendo á caballo las trincheras, de cuyas resultas murió á los tres dias. Colodrero era el gefe de la guarnicion y comandante de la plaza. La pérdida de tropa fué poco considerable.

En toda la mañana del 21, se contentó el enemigo con vanas demostraciones y amenazas de ataque que ninguna se verificó, y sin embargo, en estas tentativas murió uno de los mas acreditados oficiales enemigos Sanchez Osorio, fué herido D. Juan Pablo Búhers, el ex-secretario de Bustos.

El General Quiroga quiso entonces tentar el camino de las negociaciones por medio de un jóven hijo del Gobierno delegado, que habia hecho prisionero, á quien hizo penetrar en la plaza para que dijese á su padre que estaba dispuesto á oir proposiciones. Ya entonces era público que la fuerza sitiadora era el ejército de Quiroga, y

las opiniones empezaron á dividirse sobre aprovecharse ó no de la coyuntura que se ofrecia de una transaccion. Para dar mas peso á su intimacion el general enemigo, trajo á eso de medio dia su ejército y lo formó en la calle ancha de la ciudad que corre Sud á Norte á dos cuerdas de la plaza por el lado del Poniente: desde alli despachó de parlamentario al teniente coronel Ruiz Huidobro (hoy general en Buenos Aires) con la mision de hacer entender á la guarnicion que mi ejército estaba lejos y no podia darle proteccion: que en el caso de rendirse le otorgaría condiciones favorables y humanas, que de lo contrario iba á atacar sobre la marcha con todo su poder, y que aunque perdiese 500 ó 1000 hombres, tomaría la plaza y lo llevaria todo á filo de la espada. Como el que lo decia era muy capaz de cumplirlo se intimidaron los defensores, y aunque entretuvieron cuanto fué posible esperando noticias, al declinar la tarde no les fué posible prolongar la negociacion, y mediante una capitulacion que burló Quiroga, en el momento lo dejaron penetrar en los atrincheramientos. A pesar de las amenazas de atacar esa misma tarde, es probable que el general enemigo no lo hubiese hecho, no estando lejos el principal ejército que tenia que combatir. Sea lo que fuere, su intimacion le produjo de inmediato buen efecto, pero le fué despues muy perjudicial como veremos luego.

Asi que se apoderó de la plaza, introdujo en ella toda su infantería y con la caballería se situó en la Tablada, cuyos fogones veíamos desde el alto de Córdoba.

Cerciorado de que el enemigo ocupaba la ciudad, no pensé mas en franquear el paso del rio y tomar posicion en los Altos del frente, para estar pronto la mañana siguiente para buscarle en la Tablada ó caer sobre la ciudad: mas hubiera sido muy imprudente y peligroso atravesando el rio dando mi flanco izquierdo al enemigo cuyo número, clase é intenciones ignoraba, (habló al que guarnecia la ciudad). Fué pues preciso descender costeando

el río por el bajo de la chacra de Arisa, para buscar un paso apropósito. Hallado que fué, se emprendió inmediatamente la operación, mas en medio río se rompió un carro de municiones, cuya compostura en una noche cruel y en una tal situación, produjo la mas penosa demora. Al fin ya no muy lejos del aurora pudo trepar las alturas que quedan al norte del río y situarme convenientemente. Allí se me reunió mi ayudante de campo el capitán Correa á quien habia mandado que se internase con disfraz en la ciudad hasta adquirir noticias mas circunstanciadas de lo ocurrido. Lo verificó á mi satisfaccion y se condujo con tanto zelo como valor.

En tal disposicion me halló la mañana del 22, en que recibí á los gefes principales del ejército para oír sus pareceres sobre lo que convenia hacer. Fueron estos tan insignificantes y vagos que poco ilustraron mi juicio, aunque no percibí flaqueza en ninguno de ellos y esto sirvió para asegurarme.

Dos partidos se presentaban que tomar. 1.º Atacar la Plaza. 2.º Buscar la fuerza enemiga que se hallaba en la Tablada. El primero tenia el inconveniente de que empuñado el ataque por mi frente caeria Quiroga sobre mi espalda, y tendria que sostener dos combates á la vez. El segundo envolvia la probabilidad que el General Quiroga rehusase el combate, corriéndose por un flanco ó por las asperezas del Río Lomas donde no pudiese maniobrar mi artillería. quedando nosotros en el mismo caso.

En tan graves dudas, me pareció lo mas conveniente subir costeano el río por la márgen opuesta que lo habia hecho la noche antes; siempre marchando por los altos, y aproximándome al campo de la Tablada, y al pueblo hasta enfrentarlo. Entonces me detuve para hacer demostraciones de ataque sobre él, con lo que conseguia que la fuerza enemiga de fuera no se alejase, pues debia pensar en socorrerlo: al mismo tiempo tenia en Xaqui la guarnicion que era numerosa. Mientras todo esto se fué una gran

parte del dia, que se empleó tambien en dar agua á las caballadas y hacerlas pastar un poco. La tropa no comió porque el ganado se habia ido la noche antes y las circunstancias no permitian proporcionarlo. Iba pues á empeñar el combate por la tarde pero con el presentimiento de que si lograba al anochecer desorganizar las masas de caballería enemiga le seria imposible al general Quiroga cuya influencia personal era mucho, el reunir las, y aun contenerlas: pienso que esta circunstancia contribuyó poderosamente á su espantosa dispersion.

Batalla de la Tablada.

Seria la una de la tarde cuando nos hallamos unicamente separados del campo enemigo (salvo que se descendiese al bajo para tomar el camino carretero que conduce á la Tablada) por el potrero de la posesion de D. Pedro Juan Gonzalez: inmediatamente mandé abrir tres grandes puertas en la parte oriental del cerco por las que penetraron las tres columnas que formaban las tres primeras divisiones de derecha á izquierda segun su orden numerario; la de reserva ó 4.ª seguia la del centro. Uno de los principales gefes (el coronel Madrid puso alguna dificultad en la operacion de romper el cerco pareciéndole sin duda peligroso encerrarse de aquel modo en el cercado, pero le hablé con firmeza y obedeció (1). Atravesado que hubimos el potrero, nos hallamos por el interior con el cerco del lado de occidente que fué tambien preciso romper formando otras tres grandes aberturas á distancias proporcionadas, bajo los fuegos ya de las guerrillas enemigas. Todo fué obra de un instante como el desenvocar las columnas á la planicie de la Tablada.

La Tablada es un llano que queda al noroeste de Córdoba en la banda opuesta del rio, á distancia de una legua y que tendrá otro tanto de estension cuadrada. Esta en

[1] No atribuiré esta repugnancia de La Madrid á falta de espíritu pues que demasiadas pruebas tiene dadas en su larga car-

gran elevacion y el camino que conduce del pueblo para llegar á dichas llanuras está bordeado de cercos que lo dejan en forma de callejones. Tiene ademas una cuesta de bastante declive al salir á ella. Por el sud está limitada por los bajos por donde corre el rio que ofrecen poco acceso y en parte asperezas intransitables y aun precipicios. Por el oriente la bordea el cerco del potrero de Gonzalez que se estiende por mas de una legua; por el norte y poniente la circuyen á mas ó menos distancia bosques de árboles no muy altos que siendo ralos á la entrada van sucesivamente haciéndose mas tupidos. Esta esplicacion me ha parecido conveniente para que se comprenda porque preferí romper la cerca del Potrero para llegar al enemigo á rodearlo por mi derecha, ó tomar el camino carretero que dejaba á mi izquierda. Si lo primero, me hubiera costado una marcha larga y molesta haciéndome perder un tiempo precioso y fatigando mi ejército; si lo segundo, tenia que encajonarme en un camino estrecho debiendo arriesgar demasiado, al vencer la altura que conduce á la Tablada, cuya eminencia estaba defendida por el enemigo. Sirva tambien esta esplicacion para inteligencia del encarnizado combate del día siguiente.

Por la simple lectura de lo dicho se habrá venido en

rera de audacia y de un valor no comun. Es en otra parte que debe buscarse la esplicacion del anómalo proceder.

Es un grave defecto en un gefe, tener un carácter suspicaz y caviloso. Si se le emplea en una comision que á su juicio envuelva peligros, luego se persuade que se le quiere espouer intencionalmente y acaso sacrificar, como lo deja entrever muchas veces el coronel Madrid en el curso de sus Memorias. Si por el contrario se le destina á otro servicio, luego se figura que se le quiere tener inactivo para defraudarlo de la parte de gloria que debe corresponderle, como tan gratuitamente se lo sospechó en la accion de S. Roque. Si á esto se añade que el gefe en cuestion abriga la idea, de que el general esta poseido de celos por su importancia, como desgraciadamente sucedia al coronel Madrid, se verá que es natural y justísima mi observacion: ¡Ah! Mal conoce el Sr. Madrid mi corazon y mi carácter; estaba reservado á él, hacerme un agravio de que otros sin decirme mis amigos, no me han creido merecedor.

conocimiento que mi ala derecha era mandada por el coronel Madrid, el centro por el coronel Videla Castillo, mas en el acto del combate dirigió sus movimientos el gefe de E. M. Desa. La izquierda compuesta de 300 tucumanos (una parte de estos estaba en comision ó enfermos) á las órdenes de su Gobernador D. Javier Lopez. La reserva formada del N.º 2 de caballeria á las del coronel Peder-nera.

Nuestras columnas luego que desembocaron en el llano por las tres antedichas aberturas á penas tuvieron tiempo de desplegar. Hasta entonces solo se habian dejado ver los tiradores enemigos que incomodándonos con sus fuegos ocupaban una lomada muy suave que teníamos al frente y que ocultaba su linea: pero muy luego se hizo percibir esta y se notó que se prolongaba rápidamente sobre nuestra derecha con el fin de desbordarla y envolverla. Nuestra izquierda se apoyaba en las asperezas que caian al bajío del rio lo mismo que su derecha enemiga. Era en el otro extremo de la linea donde habia de ser lo reñido del combate y se habia de fijar la victoria.

El movimiento del enemigo para prolongar su izquierda fué practicado en columna por mitades al gran galope, la que dando un cuarto de conversion á la derecha formaron en batalla sin disminuir su velocidad: con la misma se lanzó el enemigo á la carga sobre la division del coronel Madrid, que á penas pudo dar una media conversion para no ser completamente flanqueado. En esta situacion se adelantó á recibir al enemigo que ya tenia encima, y se trabó un tremendo y bien sostenido choque por ambas partes. Mas la desigualdad del número triunfó por un movimiento y mi derecha despues de extraordinarios esfuerzos fué completamente arrollada: finalmente casi envuelta con los enemigos y vivamente perseguida se replegó en desórden sobre la cerca del Potrero y sobre la infanteria del centro. Todos los milicianos que acertaron á entrar por las aberturas de aquella ganaron la campaña y se

dispersaron en todas direcciones propagando en la provincia la noticia de mi derrota.

para sostener esta ala comprometida mandé adelantar la reserva previniéndole costearse el cerco del Potrero para precaver que les envolviesen los dispersos y al mismo tiempo me propuse contenerlos considerando que mi presencia contribuiría eficazmente: pero venían mezclados con los enemigos y llegué á verme personalmente comprometido; mis ayudantes casi me arrastraron para hacerme seguir el movimiento general hasta que habiéndonos aproximado á la infantería mandé con todas mis fuerzas que hiciese fuego sobre los fugitivos. La orden no se cumplió pero la amenaza tuvo efecto, y los que no lograron entrar al Potrero que fueron los menos se reunieron y los mandé á su vez que apoyasen el movimiento de la reserva.

El coronel Pedernera habiéndose adelantado convenientemente sobre el flanco enemigo lanzó al comandante Prenglin con un escuadrón del núm. 2 de caballería y esta carga tan oportuna como brillante sostenida por el resto de la reserva restableció no solo el combate sino que hizo inclinar la victoria de nuestro lado. Después de choques encarnizados y de cargas vigorosas y recíprocas que se sucedieron con la rapidez del relámpago el enemigo fué arrollado pero no vencido del todo: cedió terreno, se replegó en confusión sobre sus últimas reservas pero sin huir decididamente. En esta parte formaba un compacto grupo de mas de mil hombres, que su terrible jefe (era allí donde estaba Quiroga) hacia esfuerzos sobre humanos para reorganizar y traer o tra vez al combate. Los momentos eran preciosos y era preciso aprovecharlos para no darle tiempo y consumir su derrota. Quiroga era el alma y el nervio de su ejército y era allí donde él estaba el punto esencial y decisivo del combate: me dediqué pues á él, dejando lo demas, que ni con mucho tenia igual importancia al coronel Desa y otros jefes.

Mi primer cuidado fué reorganizar algunos escuadro

nes que ni formaron 300 hombres y ya que con tan limitados medios no podía intentar golpes decisivos sobre un enemigo cuatro veces mas numeroso y que se reforzaba por momentos con partidas que se le reunian, maniobré para impedir á que se rehiciese y obligarlo á continuar su retirada. Nuestros escuadrones eran sencillos, es decir formaban en una sola fila para suplir la escasez del personal (asi sucedió en toda la campaña) y pude medio arreglar cuatro ó seis: formando escalones ya por la derecha, ya por la izquierda amagaba uno ú otro costado del enemigo, logrando que aquel que amenazaba cargar volvia caras y se ponía lentamente en retirada. Entonces se hacia la maniobra de un modo inverso y se conseguia hacer retroceder los que habian quedado firmes. Era fácil conocer el punto que personalmente ocupaba Quiroga pues alli se contenian los que iban en retirada, y daban el frente á los que los perseguian pero mientras acudia á otro punto mediante los continuos amagos de nuestros escuadrones volvian á continuar la retirada. Alli fué donde aquel caudillo atravesó con su terrible lanza á algunos que fueron menos dóciles á sus mandatos. En cuanto á mi era seguro que si yo me desorganizaba aunque no fuese enteramente ó si permitia que el enemigo volviese sobre sí, era peligrosísima mi situacion.

Asi continuó esta lucha muda que se verificaba sin tiroteo, sin gritos y en el mas profundo silencio, por mas de dos horas durante las cuales nos habiamos alejado mas de una legua del campo de batalla. Ya tocábamos la orilla del bosque de que hice mencion en la descripcion del llano de la Tablada: era probable que el enemigo alli se rehiciese y procurase renovar el combate con probabilidades de suceso. Su fuerza ascendia á mas de 1,500 hombres con los grupos que habia ido reuniendo, mientras la mia se conservaba en su primitivo estado. Mi situacion era crítica y era muy probable que sin un refuerzo cualquiera por lo menos hubiera tenido que abandonar la persecucion y de-

jar al enemigo en estado de tentar otra vez la suerte de los combates.

Durante el tiempo que habia transcurrido, no habia cesado de mandar venir éste refuerzo ordenando por todos mis espedientes al gefe de E. M. que me lo remitiese de cualquiera arma: aunque tardió al fin llegó consistiendo en el batallon nº 5º de algo mas de 200 plazas y dos piezas de campaña. Esto sucedió al ponerse el sol y cuando el enemigo iba ya á entrar en el bosque de que he hablado. Su fuerza hacia alto y empezaba à darnos el frente: la mia conocia la desventaja de nuestra situacion. El refuerzo aunque tardio fué de la mayor importancia.

Luego que llegó el batallon y sin que cesase su marcha lo coloqué al centro escalonando la caballeria sobre ambos costados. La formacion del batallon era en columna central de ataque, trayendo ademas una guerrilla desplegada que solo le precedia de algunos pasos y se estendia sobre los flancos pronta á replegarse si la caballeria enemiga se proponia cargar. El capitán Ares que mandaba dicha guerrilla no carecia de valor, pero al recibir la órden que le dí personalmente de romper sus fuegos y marchar decididamente sobre el enemigo, trepidó en cumplirla, no comprendiendo sin duda aquel nuevo método de cargar caballeria, y quizá juzgándola equivocada. Fué preciso que se la repitiese en un tono imperioso y aun lo medio atropellé con el caballo, para evitar réplicas y no perder un momento precioso. El entonces marchó decididamente y se condujo con bravura. La artilleria recibió órden de hacer sus disparos con alguna elevacion órden que tambien sorprendió al oficial que la mandaba, hasta que conocieron que mi objeto era producir un mayor efecto moral, hiriendo con preferencia las copas ramosas de los árboles y produciendo gran ruido. Piénsese lo que se quiera de estas disposiciones, lo cierto es que ellas produjeron el mas cumplido efecto. Escusado es decir que en esta disposicion se movieron de frente nuestras fuerzas

obligando al enemigo á que se internase en la mayor confusion y desórden en lo mas fragoso del bosque.

Entonces todos los esfuerzos del General Quiroga fueron inútiles; todo se desbandó, todo se deshizo, todo se dispersó pudiendo solo á distancia reunir una 5.ª ó 6.ª parte de la fuerza que acababa de tener. Con ella haciendo un gran fodeo para ocultarnos su movimiento se dirigió á la plaza para ligar sus nuevas operaciones á la infanteria que se conservaba allí encerrada. Debo decir que no presumé que ni aun hubiera podido hacer esto, tal era la confusion en que habia visto los últimos restos de su caballeria. Confusion que aumentaba la noche que era ya entrada cuando yo suspendí mi movimiento para volver al campo de batalla donde me llamaban otras atenciones no menos serias.

Hablaré algo de nuestro centro é izquierda donde tenia lugar un menos importante episodio de este sangriento drama. Digo menos importante porque ya se habrá conocido que su accion principal estaba en mi derecha cuyas operaciones acabo de describir, sin que se crea por eso que en aquellos puntos dejase de combatirse con tenacidad y bravura. El Gobernador de Tucuman que mandaba la izquierda habia dado y recibido con su pequeña division varias cargas, con éxito vario, mas al fin habia logrado sobreponerse al enemigo y arrojarlo fuera del campo de batalla. Nuestro centro fué tambien audazmente acometido mientras nuestra derecha disputaba valerosamente la victoria, mas rechazó la impetuosidad de los escuadrones enemigos y los escarmentó. Sin embargo hubo periodos críticos en que algunos cañones fueron momentáneamente tomados y los artilleros sableados al lado de las piezas (1).

(1) Pocos dias antes cuando la llegada de los tucumanos, su gefe el Gobernador Lopez me representó que muchos oficiales carecian de sables, y no tuve otro arbitrio para remediar esta falta que la de quitar los suyos á los soldados de artilleria. Cuando la accion que he referido fué una terrible queja (sin que por eso se

Poco duró este conflicto pues los cañones fueron represados al mismo tiempo que la numerosa caballería que los había atacado era obligada á retirarse. Conveniente es repetirlo que estos felices esfuerzos no dieron completo resultado sino cuando se declaró por nuestra parte la victoria en nuestra derecha que era el punto importante del combate. Allí se encontraron los afamados Llaneros de la Rioja, los Auxiliares de los Andes, y lo selecto de las tropas de Quiroga. Allí había cifrado este todas sus esperanzas y en consecuencia fué donde hizo prodigiosos esfuerzos. Desde que estos no bastaron, desde que se quebró ante nuestros valientes coraceros, el ímpetu de sus mejores tropas todo lo demás cedió á menos costa. El terreno en que había combatido el coronel Madrid y en que después renovaron la pelea Pringles y Pedernera era de corta estension, pero estaba cubierto de cadáveres, el pasto estaba molido y la tierra removida por efecto de tantas cargas de caballería que se habían sucedido casi en un mismo lugar. Durante ellas el coronel enemigo Aldao (fraile apóstata) había recibido una herida de bala en el pecho que aunque no mortal, lo obligó á retirarse: lo hizo con algunos pocos cientos de hombres tomando el camino de la provincia de San Luis á donde fué á curarse y á preparar sucesos de que haremos después mención.

Volvamos al lugar donde dejamos á Quiroga con su fuerza dispersa, y enmarañado en un espeso bosque, del que solo pudo sacar por caminos estraviados una 5.^a ó 6.^a parte de los que lo habían acompañado para buscar el contacto de su infantería que guarnecía la plaza. No teniendo ya objeto mi permanencia y llamando mi atención otros graves objetos resolví volver al campo de batalla, y en el momento nos pusimos en marcha. Es inútil decir

resintiese su disciplina) porque no habían tenido como defenderse estando con las manos vacías.

que durante ella la música del batallon 5.º, los clarines de la caballeria y las festivas aclamaciones del soldado celebraron nuestra victoria. Llegados al campo y reunidos con el resto del ejército se repitieron las mutuas felicitaciones y los cánticos de triunfo: allí tuvieron lugar esos entretenimientos indescribibles en que despues de una gran batalla se entregan los vencedors á unas emociones esclusivamente propias de una tal situacion; allí es donde se ocupan en referirse unos á otros con la mayor cordialidad los peligros que corrieron, las acciones de los vivos, las virtudes marciales de los que perecieron en el combate: se hace mencion de las disposiciones de los gefes y de los lances individuales en que se hallaron comprometidos. Se forman innumerables corrillos segun las diversas categorias militares sin que la hambre la fatiga, la falta de sueño sean parte à interrumpirlos. Mientras que el General medita profunda y quizá silenciosamente, el fruto que puede sacar de las ventajas obtenidas, los gefes disertan con tal cual reposo, los oficiales jóvenes charlan á mas no poder y los soldados discurren y refieren á su modo las aventuras de aquel dia. Parece que por algun tiempo durase la confusion de la pelea y que las cabezas exaltadas se rehusasen al reposo ó á un sentimiento mas tranquilo. A excepcion de algunos charlatanes que procuran recomendarse por hazañas exageradas ó supuestas, á quienes no es difícil designar, se puede conocer á los que han llenado cumplidamente sus deberes por el aire de sus semblantes en que manifiestan estar satisfechos de sí mismos.

Una gran batalla abre una nueva Era para un ejército recientemente formado: por mucho tiempo ella es el objeto de las conversaciones: es el punto de partida y tambien el fin de todos los discursos: en ella se crean grandes reputaciones, y desaparecen otras que no estaban decididamente establecidas, ó que habian sido usurpadas: se ven reclutas que por un valor extraordinario desplegado en el combate han corrido en un dia una larga carrera, y se

igualan á los mas acreditados veteranos. En la clase de oficiales empiezan á percibirse esos destellos de genio y tino militar que algun dia harán á algunos capaces de optar á los grados superiores. Los primeros momentos son todos por lo comun de la patria, del honor, de la gloria, no es sino despues que la envidia la ambicion inmoderada la calumnia y otras pasiones innobles suelen asomar su horrible cabeza, con raras excepciones.

Sin embargo, preciso es convenir en que la severa disciplina se resiente, y que sus resortes pierden algo de su elasticidad y fuerza despues de una batalla aunque el resultado sea próspero (puede inferirse lo que sucederá cuando es adverso) de modo que el General no debe perder de vista el empeño de restablecerla. Un general inteligente despues de permitir una racional expansion á aquellos sentimientos tumultuosos, ha de procurar con la mayor destreza traer los ánimos á su estado normal y restaurar el orden que naturalmente se habrá conmovido. Esta operacion presenta mayores dificultades en una guerra civil ó de partido y aun mas en las circunstancias especiales en que me encontraba, en que vencido un enemigo, era preciso correr en pos de otro que se presentaba inmediatamente.

La conducta del Gefe de E. M. coronel Desa, no cumpliendo mis órdenes para reforzarme con la brevedad que yo exigía y que el caso requería, mereció mi completa desaprobacion y la del ejército: cuando le hice cargo sus excusas se redujeron á decir que no creyó tan urgente mi situacion mientras la suya no estaba exenta de peligro, por que se conservaban fuerzas enemigas en su inmediacion, y que pensó que podia sin inconveniente retardar el cumplimiento de las órdenes que le habia impartido, negando entretanto haber recibido todas las que yo decia haberle mandado. Para no complicar mas nuestros negocios y para no defraudar á nadie del placer de una tan singular victoria, resolví sobreseer en este asunto, pero quedando

siempre con la duda de si la falta provino de rudeza por no comprender en aquel momento la situacion de las cosas, ó si procedió de otra causa mas deplorable como zelos, ó el deseo de que la fuerza que yo mandaba en persona no consiguiese grandes ventajas para tener él, el principal honor de la victoria. De cualquier modo habia mucho de torpeza, pues en el segundo caso debia conocer que todo se hubiera perdido y el mismo, si hubiese yo sido sacrificado. El debió conocer su culpa y sentir sus remordimientos porque á la mañana siguiente quiso hacermela olvidar y lo consiguió comportándose bizarramente.

El ejército se encontró réunido á prima noche sobre el mismo terreno con corta diferencia que habia principiado la batalla, pero muy disminuido en su fuerza menos por la pérdida en el combate que por la dispersion de las milicias de Córdoba y parte de los tucumanos. La caballeria enemiga habia sido batida y dispersa en todas direcciones mas no era imposible que el tenaz Quiroga reuniese alguna. Su infanteria ocupaba la ciudad, é intacta y provista de artilleria era un objeto grave de atencion. No obstante, pensé sacar partido de los primeros momentos de estupor que debió causarles la derrota de su caballeria haciéndole una fulminante intimacion: ya la habia escrito á la luz de una hoguera, y se preparaba uno de mis ayudantes á conducirla cuando varié de resolucion, considerando los peligros á que iba á esponerlo, y dejé la intimacion para el dia siguiente. Tan lejos estaban ellos de sospechar esos peligros que mientras yo escribia se disputaban amistosamente el honor de ser parlamentario, y como despues lo conocí, nada es mas cierto que hubiera perecido el que hubiera sido encargado de esa comision. Recuerdo que el capitán Correa cortó la amistosa disputa diciendo á los otros: señores cuando se trate de intimar rendicion á un enemigo que ocupe Buenos Aires, Mendoza, ó Salta, les corresponderá á los Sres. Plaza Tejedor, ó Campero que pertenecen á dichas provincias, pero hoy me per-

¿tenece á mí que soy cordobés. Todo esto era en voz baja y sin faltar á las conveniencias, y cuando yo no habia aun designado la persona del que habia elegido. Al dia siguiente Correa y Tejedor fueron víctimas en el honroso desempeño de esta semejante comision.

La noche (22 de Junio) era de las mas crueles por el frio: no comíamos desde tres dias y tampoco habia como hacerlo entonces: aun mas noches habian pasado sin que el oficial, ni el General, ni el soldado, cerrase los ojos: los dias anteriores y principalmente el último habian sido consagrados á una incesante fatiga: estábamos pues exhaustos de hambre, sueño, cansancio y frio: me vi precisado á tolerar que se hiciesen fogones, lo que se practicó con profusion gracias á la abundancia de combustible. Aquellos al paso que nos calentaban daban un resplandor imponente á aquel campo de carniceria y de muerte. A las once de la noche mandando que quedasen encendidas las hogueras. mudé de posicion hacienda que entrase el ejército al potrero de que habia salido la misma tarde, y habiéndonos internado algunas cuadras permití que el soldado se entregase por dos horas al descanso de que tanto necesitaba.

Por mas esquisitas diligencias que habia hecho en la noche por adquirir noticias de lo que pasaba en la ciudad de la que solo me separaba una legua, no habia podido obtenerlas de ninguna clase, tal era la falta de hombres del país que me las subministrasen, y la inseguridad que habia en separarse del campo por la decision de la pleve y el paisanage por la causa que combatiamos. Me habia sido forzoso resignarme y esperar á conseguirlas por medio de los movimientos que practicase con mi ejército.

Aun no se insinuaba el crepúsculo del dia siguiente (23) cuando ya estaba en marcha el ejército, formando la vuelta de la ciudad. El terreno no permitia marchar mas que en una columna. No apercibian bien los objetos y ya habia descendido la cabeza, de vuelta, la pendiente que de

La Tablana conduce al bajo de la ribera del río. El núm. 3 de caballería llevaba la vanguardia y yo me hallaba colocado en ella. Seguía la infantería y artillería y cerraba la marcha el cuerpo tuéumano con los restos de la milicia de Córdoba. De este modo se hallará que la parte delantera de la columna había descendido al bajo y la posterior se encontraba en la cuesta ó sobre el alto que aun no había empezado á descender.

En esta disposición marchábamos silenciosamente cuando un tiro de cañón disparado hácia la retaguardia de la columna llamó nuestra atención: mi primer pensamiento fué que el disparo provenía de nuestra artillería que haría fuego á algun grupo que se le había presentado, pero un segundo tiro cuya bala ya oímos silvar nos persuadió que eran fuegos enemigos. Era indudable que la cola de la columna había sido atacada y era de temer que enyuelta y puesta en desorden se precipitase sobre el resto de la columna y la arrastrase en la derrota, principalmente si era vivamente perseguida por el enemigo. Esto era tanto mas factible cuanto el camino estando bordeado de cercos por ambos lados era un verdadero callejón que no dejaba otra escapatoria á los que quisiesen huir del enemigo.

Para precaver este resultado, ordené al coronel Pedernera que siguiese con su regimiento hasta salir de lo mas estrecho del desfiladero, y encontrar un lugar donde pudiese medianamente maniobrar, y esperar allí, y á los batallones de infantería 2.º y 5.º que rompiendo el cerco de la izquierda entrasen en el cercado, desmontasen y formasen dejando espedito el camino: lo que tenía el doble objeto de sacarla de la dirección que debía traer el tropel á los fugitivos si como era prebable los había, y de tomar su flanco al enemigo si llegaba á precipitarse desde la altura en su seguimiento. Ya entonces la claridad del crepúsculo permitía ver los objetos, y el día se avanzaba á pasos rápidos.

El enemigo contra lo que se temía hizo alto en la cres-



General D. Juan José Lamonte

ta de la altura, despues de haber dispersado y puesto en desorden nuestra retaguardia sin que nuestra artilleria que se hallaba al pie de la pendiente pudiese hacer fuego desde esta desventajosa posicion. El comandante de ella, la creyó en tanto peligro que llegó á mandar clavar algunas piezas que creyó á punto de perderse. La demora del enemigo nos dió tiempo á convinar mejor nuestros medios. Hasta ahora me es difícil esplicarme por qué el arrojó sin igual, con que el general Quiroga habia conducido su atrevida operacion le faltó en aquel preciso momento. Sea que no quisiese dejar la posicion, sea que esperase que fuese mas claro el dia, él suspendió el ataque, sin lo cual hubiera sido nuestra situacion mas critica de lo que era ya. Hubo momentos en que creí que se escapaba la victoria de nuestras manos; tan inesperado habia sido el ataque y tan atrevido su movimiento. No trepido en decir que es la operacion militar mas arrojada de que he sido testigo ó actor en mi larga carrera.

Para apreciarla debidamente ha de suponerse un ejército completamente batido pocas horas antes, al que solo habia quedado una fraccion que no ha participado de la derrota. Cualquiera creeria y yo mismo participé de esta opinion, que no seria capaz de tomar la ofensiva y buscar al vencedor en el mismo campo de su gloria, para arrebatarle el triunfo por una accion desesperada. Mas fué al contrario y el General Quiroga tuvo bastante audacia y bastante ascendiente sobre sus soldados para traerlos á buscar nuevos peligros y un sacrificio completo. Efectivamente la situacion en que los colocó no podia ser mas decisiva, y era necesario que venciesen ó que quedasen todos á discrecion de sus enemigos.

Luego que nuestra infanteria hubo despejado el camino y que pudo conocerse que el enemigo no proseguia rapidamente su primera ventaja, era conveniente buscarlo, y fué lo que se hizo. El coronel Dusa con el batallon 5.º

de cazadores, y segundado de cerca por el 2.º á cargo del del coronel Videla Castillo, fué destinado á trepar la altura mas no por el desfiladero ó camino, ni por el frente del enemigo, sino rodeando su izquierda y venciendo una escabrosa subida que por aquel lado se presentaba. Verificado felizmente el movimiento que sin duda no percibió el enemigo y colocadas las fuerzas en un terreno igual se trabó el mas reñido combate. El fuego fué vigorosamente sostenido por ambas partes, en términos que puedo asegurar que es uno de los mas bien alimentados que he presenciado, atendido el número de los contendores.

En aquellos momentos tan críticos como solemnes, en que la menor vacilación de un cuerpo puede traer pérdidas irreparables me presenté al batallou 2.º en el acto que iba á romper sus fuegos. (Debo advertir que siempre los batallones de negros me merecieron menos confianza) y con el fin de alentarlos y asegurarme de sus disposiciones les pregunté con toda la fuerza de mi voz: ¿Soldados, pueden hoy contar vosotros? y uno de ellos de color renegrado avanzándose un paso y poniendo la mano derecha en el pecho, me hizo una señal afirmativa con la cabeza y la parte superior del cuerpo, llena de dignidad de elegancia, y de firmeza. La accion y el gesto de este negro fueron tan elocuentes, y tan espresivo el tácito consentimiento de sus compañeros que yo quedé muy satisfecho y ellos correspondieron plenamente á mi confianza. Conservo hasta ahora un recuerdo agradable de esta bella accion, sin que pudiese despues conocer al que la practicó aunque hice algunas diligencias. Así quedan sepultados en el olvido hechos dignos, ejecutados por simples soldados que merecian una clase superior.

Empeñado segun he dicho el fuego del modo mas terrible empezó al fin á flaquear por parte del enemigo, y á triunfar la pericia, ya que no la bravura de nuestros soldados, porque sea dicho en honor de la verdad que los de Quiroga se condujeron del modo mas bizarro. Vencidos,

perseguidos, acosados por todas partes, arrinconados en las quiebras del terreno se defendían con la rabia de la desesperación: hubo hombres que inutilizadas sus armas, las arrojaron y tomaron piedras para defenderse individualmente, y uno de nuestros gefes, experimentado en las guerras de la Independencia me dijo con este motivo: Me he batido con tropas mas aguerridas, mas disciplinadas, mas instruidas, pero mas valientes jamás.

La victoria fué completa. La artillería fué tomada, como tambien toda la infantería que no murió con las armas en la mano. En el campo quedaban mas de mil cadáveres enemigos (inclusos los de la tarde anterior) que eran la 4.ª parte de su fuerza. Mortandad enorme, en proporción al número de los combatientes. Ademas teníamos como 500 prisioneros, entre ellos varios gefes y oficiales.

Quiroga al fin despachado, huyó con un grupo de caballería, siempre perseguido por los mismos. Yo siguiendo sus movimientos fuí á encontrarme con el coronel Madrid á dos leguas del campo de batalla en un terreno sumamente escabroso y cubierto de ese bosque bajo y espinoso que tanto abunda en los alrededores de Córdoba. Era incierta la senda que habia seguido el general enemigo, pero era del todo probable que llevaba la dirección de la sierra que lo conducia tambien á la Rioja.

El coronel Madrid recibió la órden de reunir las partidas nuestras que se empleaban en la persecución, organizarla, y esperar cien infantes y cien granaderos á caballo de la división tucumana que él mismo indicó, y con toda esta fuerza continuar la persecución; debia seguir todo ese dia y hasta la mañana siguiente, esperar órdenes nuevas. Si estas le llegaban, ellas le indicarian la línea de conducta que debia seguir, sino las recibia deberia regresar porque eso probaria que el camino estaba interceptado, ó que nos hallábamnos en nuevos conflictos. Para abreviar diré que el coronel Madrid nada hizo, y que en la tarde del mismo dia me sorprendí estrañamente cuando lo ví de re-

greso, escusándose de no haber continuado, con la falta de caballos y otros frívolos pretextos. La falta de este jefe fue enorme y contribuyó á que Quiroga hiciese tranquilamente su retirada. Para comprender mejor él me obligó á darle órdenes condicionales, debe tenerse presente que la montonera de los ríos 1.º y 2.º crecía extraordinariamente y que todo inducía á creer que era apoyada por la provincia de Santa Fé: era pues probable que tuviésemos aun que combatir esos nuevos enemigos y muy pronto. Podían presentarse de un momento á otro: en prueba de ello agregaré que la tarde del 22 cuando principiaba la batalla se vió á nuestra espalda una inmensa polvareda y creímos que era la fuerza sublevada que nos atacaba por la espalda en conbinacion con Quiroga. Era solamente una gruesa caballada que me traía el famoso guerrillero Luna de quien luego haré mencion.

Antes de separarme del coronel Madrid despaqué á mi ayudante de campo capitán Correa con una mitad de coraceros, para que aproximándose á la ciudad, obtuviese noticias de lo que allí pasaba y me las transmitiese, pero con la órden espresa de no penetrar en ella, ni esponerse imprudentemente. Hizo todo lo contrario: entró por las calles, por donde cruzaban aun gruesas partidas del enemigo: una ó varias de ellas lo cargaron con fuerzas cuádruples lo mataron y dispersaron su tropa. Algunos de los dispersos me anunciaron esta desgracia, y llegué á persuadirme que la plaza se resistiría aun.

Vuelvo al campo batalla donde estaba el ejército á cargo del jefe de E. M. para disponer su marcha de la fuerza que habia ofrecido al coronel Madrid, y arreglar la mia con el resto sobre la ciudad se me presentó el coronel Desa á darme parte de las providencias que habia tomado que no tuve embarázo en aprobar menos una de que voy á ocuparme porque ha metido gran ruido y ha servido de pretexto á los llamados federales para motivar muchas crueldades.

Dándome cuenta de los prisioneros que se habian reunido á quienes habia hecho colocar en un depósito, añadió: "he mandado separar dos oficiales á quienes he dispuesto se fusile". Preguntándole porque razon habia dado semejante órden, me contestó que habia creido que no debian tratarse como oficiales sino como unos facinerosos de quienes se habia apoderado la justicia: que ademas algunos de ellos eran de los sargentos que sublevaron el N.º 1.º de los Andes en San Juan, añadiendo otras razones de la misma naturaleza. Por mas irregular y arbitrario que fuese el proceder del coronel Desa, y aun su razonamiento era bien acogido de la generalidad que reprochaba mi moderacion. Para que en la actualidad fuese mas pronunciado ese sentimiento de venganza habia ocurrido una circunstancia especial:

En la plaza cuando entró Quiroga dos dias antes habia tomado cuatro oficiales del ejército, y aunque por un capítulo espreso de la capitulacion debian haberseme restituido los conservó prisioneros. La noche antes al salir para buscarme en la Tablada los entregó á una partida con órden de fusilarlos: órden que ellos mismos oyeron dar, y que sino se ejecutó fué ó por humanidad del oficial que los conducia ó porque no dió tiempo su segunda derrota. Con la obscuridad de la noche logró escaparse uno que se arrojó á un barranco y se salvó, y este se habia presentado en el ejército contando su salvacion y el fatal destino de sus compañeros. Estos se presentaron tambien despues porque la partida que los custodiaba cuando llegó el caso de la última derrota mas pensó en huir que en cuidar presos, pero sucedió esto mucho despues que el oficial arriba mencionado que era de la division tucumana cuyo nombre no me acuerdo.

Este incidente habia hecho subir de punto la irritacion de nuestros oficiales y á la verdad que no era infundada pues ya se le habia visto al poner el pié en la provincia de Córdoba hacer ejecuciones sangrientas con los

prisioneros de que habia logrado apoderarse. Todo anunciaba que negaria cuartel á la clase de oficiales (como lo hizo exactamente despues) y entonces era tarea dificil, exigir una moderacion que tan mal se correspondia.

Despues de haber improbadamente su procedimiento al coronel Desá, y de haberle hecho una séria reconvenccion, le pregunté donde habian llevado los oficiales en cuestion y señalándome uno de los pliegues del terreno que se presentaba á pocas cuabras, me contestó que á una quebrada que allí habia. Sin detenerme (todo esto habia sido sin apearne del caballo) llamé un oficial de E. M. que lo fué el teniente coronel D. Francisco Borja Moyano, y le ordené que volase al lugar de la ejecucion para impedirla y disponer que los supuestos reos fuesen trasladados al depósito de prisioneros de donde acababan de salir.

Tranquilo ya sobre este punto, me dirigí á donde estaba el Gobernador de Tucuman para ordenarle que mandase al coronel Madrid la fuerza tucumana que le habia ofrecido para el desempeño de su comision. Esta diligencia merecia ser practicada con discrecion por cuanto Lopez y Madrid eran enemigos declarados. Pocos años antes habia sido el primero derribado del gobierno de su provincia por una revolucion que capitaneó el último. En una palabra eran rivales y solo con la mas grande repugnancia consentia Lopez que Madrid mandase á sus comprovincianos. Mas tarde cuando la accion de la Ciudadela contra Quiroga, se vieron prácticamente los funestos efectos de esta rivalidad (ya estaba yo prisionero) pues nadie ignora que fué la causa de aquel último desastre.

Hablaba todavía con Lopez cuando oi algunos tiros sin que pudiese figurarme que procedian de la ejecucion de aquellos desgraciados: los atribuia á que se hubiesen mandado descargar algunas armas, pero muy luego se me presentó Moyano con su cara muy compunjada, tono misterioso, usando medias palabras y hablando mas bien por se-

ñas para hacerme entender que los prisioneros habian sido ejecutados. Mi primera idea fue que este oficial equivocando por una errada inteligencia mi orden habia ido á contar y acaso acelerar la ejecucion, en vez de impedir la y poseido de un vehemente acceso de cólera, prorrumpió en acres é infamósas reconvenciones. Moyano estupefacto á penas pudo valvucear algunas palabras y para decirme que yo lo habia entendido mal, pues lo que habia querido significarme, era que llegó tarde, pues á su arribo ya habian sido fusilados. Esto me desanimó contra él, y le di una especie de satisfaccion cual podia ser en semejante caso. Sin embargo reflexionando despues y comparando el tiempo y la distancia y considerando la extraordinaria escitacion de los ánimos, llego á sospechar que Moyano no se apresuró mucho, y que mi terrible reprimenda, no fué enteramente injusta.

Este es el hecho que tanto han abultado mis enemigos y que han querido echar enteramente á mi cuenta. Ellas han servido de tema para disculpar las bárbaras atrocidades con que hân manchado los campos de batalla. Aun cuando el hecho que he mencionado no hubiese sido mas bien el resultado de una cuya fatalidad, que hijo de una resolucion deliberada, podria considerarse como una consecuencia, ó una verdadera represalia de las ejecuciones que hizo Quiroga en la Sierra del capitán Ortega, del juez Pedáneo Sanchez Noboa y otros que cayeron en su poder, sin mas motivo que haber obedecido las órdenes del gobierno de su país, de un gobierno que habia reconocido el mismo Bustos, pues habia delegado el mando en mi persona.

Cuando lo dicho no bastase para probar que la ejecucion de aquellos oficiales solo provino de una conivencion fatal de circunstancias, ocurridas en los momentos de un combate cuando la exaltacion de las cabezas ha llegado á su mayor ardor, una prueba irrefragable de perfecta seguridad y excelente trato que se concedió á otros gefes y oficiales prisioneros en la misma accion. El coronel Brizue-

la (no es el conocido por el Zarco, que despues murió en 1841 defendiendo nuestra causa) que habiendo sido herido se le permitió curarse en casa de un amigo suyo (D. José Maria Moyano) y despues de sano, no tuvo mas prision que la ciudad y su palabra. El comandante D. Juan Pablo Bulnes; (1) secretario de Bustos, tambien herido, y que

(1) Este es el mismo Bulnes que habia sido hecho prisionero antes de la batalla de San Roque, y que se escapó con Bárcena el mismo dia de dicho combate, aprovechándose del descuido de la guardia, y que corrió las calles gritando—muera Paz—segun hemos referido en su lugar. Su compañero Barcena, volvió tambien despues á mi poder como luego veremos y fué tratado generosamente ¡Y estos son los hombres de mis operaciones y salvacion, conducidos por hombres que á grandes riesgos salvarian la frontera? Me era evidente que Paredes, no podia tener fondos para estas erogaciones, ni relaciones para proporcionarse conductores; era pues muy claro que solo era un instrumento de los federales pudiesen de la provincia y que solo le hacian dar su firma porque sin duda le era muy conocida á Quiroga y por evitar el compromiso. Hice venir á Paredes, le hice cargos, no pudo negarlos porque vió que estaba bien informado y me confesó de plano que él habia sido el autor de la correspondencia que se me habia denunciado. Cuando le hablé de los cómplices que debia haber tenido, quienes le habrian suministrado noticias, dinero, y conductores, me denunció uno al antiguo comisario del ejército de Bustos D. Diego Lariva, peruano que hacia uno ó dos meses que se habia ido para su pais, despues de esta inútil revelacion pues no se hallaba en la República el comprendido en ella, se negó absolutamente á decir mas. ¿Se creerá que me agradó esta especie de nobleza, mezclada de pilleria, pues diciendo solo una parte de la verdad á nadie comprometia por cuanto el ausente estaba fuera del alcance de la autoridad? Pues nada es mas cierto, de modo que me contenté con mandarlo muy recomendado á una prision donde por lo menos no pudiese hacer de las suyas. A los pocos dias se me presentó una muger jóven, bien parecida, de mas que mediano porte, y vestida con elegancia, á interceder por Paredes. La pregunté si era parienta y me contestó que no tenia relacion con el y que solo la movia un sentimiento de humanidad. A virtud de mi negativa se retiró aflijida, pero no desanimada pues tuvo el mas constante empeño en repetir sus visitas pero sin pretender hablarme, ni importunarme con nuevas solicitudes. Se contentaba con presentarse á mi paso en lugar donde pudiera verla triste, melancolica, apesadumbrada. Cuando alguna vez le hice preguntar que era lo que queria, contestó que ya una vez me lo habia dicho. Esta muda elocuencia hizo su efecto y mitigué el rigor de la prision de Paredes. Concebí que esta linda muger alimentaba una pasion vehemente

cuando estuvo sano se le permitió ir á Buenos Aires, dando palabra que no tomaria las armas contra nosotros, palabra que no guardó pues el 31 vino sirviendo en el ejército invasor de Buenos Aires. Un teniente Paredes y otros que no recuerdo. Lo que posteriormente ha sucedido en otras batallas en que he hecho innumerables prisioneros viene á confirmar las observaciones que acabo de hacer ¿pero para que es cansarse? Solo un ciego puede no ver lo que es mas claro que la luz. Sigamos adelante.

Era ya tiempo de marchar sobre Córdoba cuya situacion ignoraba aun sin que me hubiese sido posible otra cosa. Lo hice por el mismo camino del que habia retrocedido en la madrugada para contestar al desesperado ataque que he referido. Estábamos en los arrabales de la pequeña ciudad y ni una persona de quien informarse, ni un solo amigo que pudiera decirnos lo que pasaba á pocas cuadras. El aspecto era de una resistencia declarada. En la entrada de una calle escribí una intimacion fulminante y despaché con ella á mi ayudante, capitán D. Dionisio Tejedor que partió acompañado de una pequeña escolta, un trompeta, y su bandera parlamentaria. La intimacion solo dejaba un cuarto de hora para resolver, tiempo que aprovechábamos distribuyendo municiones y haciendo otros preparativos para el caso de resistencia. El térmi-

por aquel hombre feísimo, ya de alguna edad, pequeño y contrahecho de cuerpo, cojo y de maneras y espresion la mas desagradable; me admiré de tan singular capricho sin saber mas por entonces. A los diez años habiendo salido de mi prision de Lujan, se presentó en mi casa un oficial de Rosas á hora intempestiva (era muy temprano) preguntando por mi con interes. Mi familia se alarmó estraordinariamente y yo mismo no estaba libre de inquietud. Cuando le pregunté lo que se ofrecia, me dijo que venia á darme las gracias de un gran servicio que le habia hecho, y cuando le manifesté que ignoraba de que se trataba y aun quien era él, me contestó—“Yo soy Paredes, por mal nombre Alajita: vengo á agradecerle el que no me fusilase en Córdoba, teniendo demasiada razon para hacerlo. Vea Vd. que le soy reconocido.” Le pregunté por su protectora y me dijo, conservo conmigo un hijo de ella, aunque desde entonces acabó nuestra relacion.

no se habia concluido y yo empezaba á inquietarme, cuando apareció Tejedor diciendo que la guarnicion estaba pronta á rendirse con tal que se les asegurasen las vidas. Mi contestacion fué otorgando la garantia que deseaban, y Tejedor que me aseguró positivamente que podia volver sin el menor peligro, lo hizo observando las mismas formalidades. Segun su relacion el gefe de la plaza coronel Navarro español habia fugado, á virtud de lo cual habia recaido el mando en el coronel Maure hermano político de Bustos que era quien daba la contestacion. Advertiré de paso que este coronel Navarro cayó en mi poder meses despues, y que se le concedió la vida y la libertad para que despues volviese á hacernos la guerra con el ejército de Buenos Aires. Es el mismo que despues murió en Pago-Largo, defendiendo nuestra causa.

Se podria ya esperar que estuviese cerrado el círculo de este terrible dia. Se creerá acaso al leer estas memorias que ya no se derramase mas sangre: mas no fué así, y aun debíamos presenciar sucesos désastrosos, que amargasen el placer de la victoria. Se habian precipitado con espantosa rapidez, que cuesta hallar el tiempo suficiente para acomodarlos y el método para referirlos. Sin embargo de ser el dia mas corto del año á penas declinaba el sol del medio dia cuando tuvo lugar lo siguiente: Ahora mismo se conmueve dolorosamente mi corazon al recordar la súbita desaparicion, por un modo tan estraño, de un oficial inteligente, pundonoroso, y único amigo mio, como era el jóven Tejedor. En el y en Correa hizo la patria y yo dos pérdidas bien sensibles.

Pocos momentos pasaron desde que se separó aquel de mi y se perdió de vista en las vueltas de las calles, cuando se oyeron algunos tiros é inmediatamente se vió regresar á escape la escolta y el trompeta con la noticia de que el oficial acababa de ser asesinado desde una azotea ocupada por el enemigo. Las calles estaban desiertas, todas las puertas cuidadosamente cerradas, reinaba un profundo

silencio y la ciudad parecia un pueblo sin habitantes. Todo inducia á creer que la guarnicion se preparaba á una resistencia desesperada, y que en conformidad á mi intimacion, habia sido una refinada perfidia. En consecuencia todo se preparó para el ataque, y la columna destinada penetraba por la calle derecha de Santo Domingo cuando se me presentó el teniente coronel D. José Argüello (1) muy sorprendido de los preparativos hostiles que veia y pidiendo con ansia que se suspendiesen. Cuando le hablé de Tejedor, me contestó que la guarnicion era estrangera á aquel atentado: que el habia sido efecto de la voluntad particular de unos cuantos malvados, que lo habian perpetrado por su cuenta á quienes la misma guarnicion habia aprendido, y tenia asegurados para presentármelos. Esta esplicacion me calmó y no se trató sino de penetrar en el recinto amurallado de la plaza. Para verificarlo me dirigí con la columna que me seguia á la callejuela, que cortando en dos partes la manzana del oeste separa la Catedral de la Casa Justicia. A la entrada fué indispensable hacer alto porque un hondo foso estorbaba el paso, y era preciso esperar á que acabasen de terraplenarlo en parte para que pudiese pasarlo, la columna se habia tomado este expediente sin duda por falta de maderas prontas para formar un puente.

Efectivamente, Argüello habia dicho verdad, pues en la parte exterior del foso estaban cinco hombres con los brazos fuertemente ligados y tendidos en el suelo con el pecho

(1) Este gefe era ayudante del general Bustos: despues de la batalla de San Roque se me presentó y tomó servicio en mi ejército. Cuando avanzó Quiroga se quedó en la plaza con pretexto de enfermedad: cuando la tomó se estrechó nuevamente con Bustos y Quiroga: cuando fueron batidos se quedó otra vez con nosotros tratando de sincerarse de su ambiguo manejo. Se vió precisado á separarse del ejército por las vivas recriminaciones que le dirijió el teniente Carrel (ahora recuerdo) que fué uno de los cuatro oficiales prisioneros en la plaza, no solo por sus inteligencias con el enemigo, si no como uno de los que mas lo habian perseguido. Acabó por ser despreciado de todos los partidos.

en tierra y custodiados por dos ó tres centinelas del vecindario. Señalándolos Argüello dijo en vos alta que eran los asesinos de Tejedor. Un grito casi general de *mueran*, se dejó oír, y á no ser mi presencia se hubiera pasado á las otras. Me fué preciso mandar que no se tocaran aquellos hombres, añadiendo que me proponia tomar algunas indagaciones, lo grado lo cual, haria severa justicia. En el momento le con tuvo la efervecencia y yo lo creia todo apaciguado, cuando despues de media hora que estábamos quietos esperando siempre que se rellenára una parte del foso, apareció el colegio de Loreto por la esquina inmediata, con su superior á la cabeza dando vivas y aclamando nuestra victoria. Sin prever ni remotamente lo que iba á suceder, piqué mi caballo y me fuí á recibirlos y mientras recibia sus felicitaciones me avisaron varios tiros de fusil que aquellos miserables eran sacrificados en el mismo lugar que ocupaban á la saña de los vencedores. Ya no era tiempo de salvarlos y solo se consiguió que quedase uno con vida, aunque herido, el que habiendo ido al hospital, curó y nunca se habló de él, ni lo vi mas.

El coronel Desa segun entiendo fue el promotor asi de este como de los otros actos de crueldad que he referido: era el continuo atizador de esas vulgares venganzas, pero como se apercibió al fin, que se despopularizaba, en lo sucesivo varió enteramente y mas bien se presentaba apadrinando á los prisioneros: infiero por una cosa que puede servir de colorido al retrato que bosquejé de él en otra ocasion: era cruel por carácter, y humano por cálculo, pero esto nada favorecia sus miras ambiciosas, como hijo de una muy pobre cabeza.

A la verdad la irritacion del ejército era justa contra aquellos malvados, pero no debia ser un jefe de él, quien procurase enconarla mas, sin otro fin ni objeto que derramar un poco mas de sangre: demasiada habia corrido en este dia, y era sangre de argentinos. Yo no me habia propuesto dejar impune tamaño atentado: nadie ignora que

en la guerra es el último exceso ofender un parlamentario, pero pensaba descubrir mediante una ligera indagacion el autor ó autores principales del delito, castigarlos debidamente y economizar á los demas, por no descargar ciega-mente la venganza sobre todos, entre los que quizá habria algunos que no habrian tenido parte en él, ó lo habrian resistido. Me he detenido tambien sobre esto, porque ha sido otro de los hechos con que se ha procurado denigrar mi conducta y la del ejército, desfigurándolo. Alguno me criticara tanta minuciosidad en estos hechos particulares que desaparecen á presencia de los grandes negocios políticos que se ventilaban: por única respuesta diré 1º lo que se interesa en ello la gloria del ejército y la mia propia. 2º Que ~~graciado~~ el pais donde los que mandan con una estension de facultades tal, como las circunstancias me conferian, paren en tan poco las vidas de los hombres que desdeñan dar cuenta sobre los actos que las afectan. Yo he creido deberlo hacer y si está demas me habré satisfecho á mi mismo.

Posesionado de la plaza mandé tratar con la mayor humanidad á los prisioneros, principalmente á los heridos. El coronel Maure, el de la misma clase Acosta quedaron en sus casas. El coronel Brizuela herido quedó curándose de sus heridas en una casa bajo la fianza de un vecino, otros pasaron al hospital donde fueron cuidadosamente asistidos. Por lo demas me ocupé en esa misma tarde de proveer la plaza de víveres, artilleria, municiones, &ca. y dejando una competente guarnicion salí como á las cuatro á acamparme sobre los altos de la otra parte del rio. Allí fué donde se me incorporó el coronel Madrid que tan indebidamente habia dejado de perseguir los restos fugitivos del enemigo.

Así terminó este sangriento drama que habia durado cuatro dias desde el primer ataque de la plaza ocurrido en la tarde del 20. Los gefes enemigos que dirigieron la campaña fueron los Generales Quiroga y Bustos: este su

frío mucho por el humor atravilario de aquel, y por las chanzonetas insultantes con que lo abrumaba. Estaba tambien en su ejército el Gobernador de Catamarca Figueroa, coronel D. Felix Aldao que tenia una gran influencia en los consejos, y las operaciones, el de la misma clase Bargas y otros. Las fuerzas se componian de contingentes de Catamarca, San Luis, Mendoza, y las de la Rioja que eran las principales. A Bustos se reunieron tambien un gran número de cordobeses, tanto de sus antiguos dragones como de milicias de campaña en especial de la Sierra, que se conservaba en insurreccion.

El ejército de mi mando constaba ademas de la tropa de linea que habia traído de Buenos Aires y cuyos cuerpos no habian sufrido alteracion sensible, de la division romana feciente de 400 hombres de caballeria al mando de su Gobernador D. Javier Lopez que tuvo tambien el de la ala izquierda. La ala derecha al mando del coronel Madrid se componia de su escuadron de voluntarios, y otros varios de las milicias de Córdoba á las órdenes de los coroneles de ellas D. Julian Martinez, D. Faustino Allende y comandante D. José Maria Martinez. La reserva tambien de caballeria constaba del N.º 2 de arma á las del coronel Pedernera. El centro en que estaban los batallones 2.º y 5.º y un piquete del batallon de cazadores éivicos de Córdoba con la artilleria á las del coronel Videla Castilio, pero siempre dirigió sus operaciones el gefe de E. M. Desa.

Despues de la relacion de tan sangrientos sucesos que fatigan la imaginacion y conmueven al hombre menos sensible, séanos permitido recordar otro de muy distinto carácter que mitigue las impresiones dolorosas que hayan dejado los primeros, y sirva de pasatiempo. El Dean ex-Providor y Gobernador del Obispado, (posteriormente Obispo titular de Comaren) Dr. D. Benito Lazcano, que renunciando á su voluntaria emigracion se habia presentado en Córdoba despues de la accion de San Roque, ha-

bia sido destinado por razones políticas á residir momentáneamente en la hacienda de Chinsacate 14 leguas al norte de Córdoba sin poder separarse de ella sin especial permiso del Gobierno. En la noche del 22 algunos milicianos prófugos llevaron por allí como por otras partes la noticia falsa de mi derrota. Chinsacate es un lugaréjo donde hay multitud de casas mas ó menos reunidas al edificio principal, que tiene tambien iglesia y campanario. El venerable prelado tan afecto al General Quiroga como políticamente desafecto á mí, se creyó en el deber de celebrar los triunfos del primero y contraer méritos con su patrono: al efecto eligió el lugaréjo que no estaba sino muybien dispuesto á secundarlo, é hizo que se pronunciasen del modo mas ruidoso en festivas aclamaciones al presunto vencedor, y con repiques, iluminación y regocijos por mi supuesta derrota. Aun hizo mas: montó á caballo inmediatamente y se dirigió á Córdoba á presentar personalmente sus respetuosos homenajes al jefe de su predileccion, mas despues de haber andado la mayor parte del camino supo la realidad de los hechos, tuvo á bien volverse muy en silencio al mismo lugar de donde habia salido horas antes con muy diversos sentimientos y seguramente con muy distintos proyectos. Se redujo entonces á guardar religiosamente su confinación, procurando disfrazar lo que era indisfrazable, y queriendo hacer entender (sin que nadie se lo preguntase) que los festejos, iluminación &c., habian sido dedicados á la proxima festividad de San Juan. El chasco le hubiera costado caro sin duda, si el General Quiroga hubiera estado en mi lugar, pero no tuvo otro resultado que la risa que causó á todos su equivocacion. Pocos dias despues volvió á Córdoba á ocupar su silla Deanal, sin que se le hiciese el menor cargo por su imprudencia.

Los milicianos dispersos en la tarde del 22, que como he dicho fueron la mayor parte de los de Córdoba y una menor de los tucumanos con un mayor Palma llevaron por toda

la provincia y aun por las demas, la falsa noticia de nuestra derrota, solo porque ellos habian huido y juzgaban que todos hubieran hecho lo mismo. No pocos fueron los males que causaron con su cobarde aunque quiza involuntaria mentira. Uno de ellos fué el coronel de milicias y comandante de los departamentos del Norte D. Gaspar Corro que tenia reunidas una gran parte de su fuerza, tanto para conservar el órden cuanto para estar al cabo y espera de los acontecimientos, habiendo llegado á entender los espresados rumores y dados credito, dispersò su fuerza y se escondió en lo mas enmarañado de un bosque de donde salió despues que supo la realidad á pesar su pusilanime conducta. Lo que habia en esto de mas notable fué que los puntos que él ocupaba eran los precisamente indicados para que el ejército, ó sus restos se retirasen en caso de un contraste, y desde que él lo presumia era de su dever apoyarlo ó auxiliarlo de cualquier modo. Sin embargo obró en sentido inverso y segun las apariencias, sus intenciones eran negociar desde su escondite la absolucion del vencedor pasando por toda clase de humillaciones. Por otra parte este departamento era el mas adicto á la administracion y esta contaba con su fuerza para contener ó para pacificar los otros; en virtud de su dispersion no prestó el servicio que se esperaba y presentó un muy mal ejemplo. Todo revelaba que el menor contraste sufrido por nuestra parte, seria la señal de una conflagracion universal.

Mucho mayor mal produgeron las falsas noticias esparcidas por los milicianos fugados, en la parte del Rio 2.º Como se ha dicho antes; este partido y el del Rio 1.º ó Sta. Rosa estaban en isurreccion y una gran montonera encabezada por el famoso Vicente Guevara cometia toda clase de desórdenes y hostilizaba por todos los medios posibles al ejército, á las autoridades y á los que les prestaban obediencia. Se habia formado una pequeña division al mando del mayor del ejército Aycardo, el que tenia á

sus órdenes una buena partida de coraceros que mandaba inmediatamente el capitán Velasco (el que capitaneó después la revolución de la Sierra) 50 tucumanos y un competente número de milicianos fieles: su encargo no era otro que observar el enemigo por la parte de la villa del Rosario donde estaba situado, y contener en lo posible que abanzasen sus partidas y se pusiesen en contacto con el ejército del General Quiroga, debiendo replegarse sobre nuestras fuerzas en proporción que otras mayores lo cargasen. Al saber Aycardo las alarmantes noticias de nuestra derrota, perdió la cabeza y dando á sus subalternos la orden de *salve quien pueda*, dióles el ejemplo procurando ponerse en seguridad personalmente, por medio de una fuga precipitada á las provincias del norte de la república, Velasco le imitó perdiendo por una inepticia inconcebible toda su selecta partida. La tropa era la mejor, pertenecía á su regimiento y era conocido de ella, era oriunda de Salta, y no podía temer que se desertasen mientras llevase esa dirección, su disciplina, su valor y subordinación eran á toda prueba: por otra parte era mucho más seguro para hacer su retirada con felicidad llevar su fuerza reunida ¿qué objeto pues tuvo en permitir su dispersión? No lo comprendo, y solo puede explicarlo un pánico terror que lo cegó hasta el punto de hacerlo obrar no solo contra la disciplina, sino contra la misma seguridad.

Aycardo avergonzado con esta brecha abierta á su reputación militar, pidió separarse del ejército y marchar al sud á continuar sirviendo en aquella frontera como aventurero, sin duda un sentimiento de honor le aconsejó hacer algo de espectable que restableciese su crédito: en esta plausible demanda pereció víctima de algunos malvados que lo traicionaron. Velasco á quien me contenté con hacer reconvenções justas pero moderadas, se dió por enfermo y estuvo algunos meses separado de su regimiento. Al cabo de ellos, se me presentó una noche á decirme que ya estaba bueno y que deseaba reunirse á su cuerpo: no

se que vi en su semblante y maneras forzadas que no me agradó: sin embargo como él hubiese merecido el concepto de valiente, y creyese que su falta habia sido efecto de un error momentáneo, accedi y marchó, ya entonces llevaba el proyecto de revolucionar la division de la sierra que habia sido concebido entre él, un paisano, el peruano La Riva y otros.

Ya desembarazado del General Quiroga era urgente pensar en restablecer la tranquilidad en los departamentos insurreccionados atacando las fuerzas sublevadas. No perdí un momento y el 24 por la noche, despues de haber providenciado todo lo conveniente con respecto á la capital y dejando en el Gobierno delegado al coronel de milicias D. Faustino Allende, me moví con el ejército en direccion al norte, donde habia de proveerme de caballos para la nueva campaña. El 25 estube en Sto. Domingo, hacienda que está seis leguas de Córdoba y marchando esa noche amanecí sobre el rio carnero en la mañana del 26.

Allí me detuve dos ó tres dias mientras hacia mis preparativos y adquiria nociones mas exactas sobre el carácter y estension del movimiento revolucionario. Saliendo de Córdoba habia marchado al norte, mas repentinamente di un cuarto de conversion y marché al este, dirigiéndome rápidamente sobre los lugares que les servian de madriguera. Al mismo tiempo despaché á recorrer los Departamentos de la Sierra una division poco numerosa á cargo del ya coronel D. Pascual Pringles (1) el cual á pesar de sus esfuerzos, y capacidad no pudo obtener gran resultado ni podia ser de otro modo, ni yo me habia propuesto otra cosa que impedir que el mal se agravase y aumentase mientras desocupándonos por otro lado, me ponía á aplicar los remedios convenientes es decir mandando fuerza

(1) Un olvido me ha hecho omitir que la misma tarde de la accion de la Tablada y sobre el campo de batalla lo saludé dándole el dictado de coronel. Esta fué su promocion, luego fué el reconocimiento y demas formalidades de estilo.

en número suficiente, lo que en ese momento me era imposible.

Era del todo probable que los revoltosos obrasen de acuerdo y por instigación de D. Estanislao Lopez Gobernador de Santa-Fé, con cuya provincia estaban en contacto los Departamentos sublevados. Se creeria tambien muy posible que les hubiese mandado alguna fuerza auxiliar, como lo hacian entender nuestros enemigos. Ademas ya no era el gaucho Guevara quien capitaneaba la insurrección, pues habia tenido por sucesor primero á D. Mariano Bustos, y despues al mismo General Bustos en persona que despues de la acción de la Tablada, habia tomado esa dirección y reunióse á la montonera. La fuerza se hacia subir á mil hombres con que se proponian hacer la interminable y destructora guerra de partidas. A ella se prestaban admirablemente las localidades, y la disposición del paisaje, teniendo ademas la inapreciable ventaja de la Insurrección de Sta. Fé, donde se replegaban cuando les convenia para reacerse y volver á sus correrías. Todo ello hacia un conjunto que no era de despreciarse y que reclamaba suma atención, hasta descubrir por lo menos las intenciones del Gobierno santafesino, y la clase de cooperación que prestaba á los sublevados. Abreviaré para decir que en este concepto me moví en los últimos dias de junio desde Caroya para ir sobre el fuerte del Tio y que caí al camino que desde dicho punto conduce á Córdoba pocas leguas al este de la villa del Rosario (Ranchos) flanqueando con este movimiento los puntos que servian de cuartel general á la insurrección.

Con la precipitada y desastrosa retirada de Aycardo y los rumores de mi derrota habia tomado aquella un vuelo extraordinario. En esos dias habian los montoneros entrado á dicha Villa del Rosario y cometido toda clase de desórdenes: con las noticias contrarias y mi aproximación se habian replegado á sus antiguas posesiones. Mediante algunas negociaciones logré separar al comandante D. Ca-

milo Isleño con la fuerza del Rio 1.º que ascendia á mas de 400 hombres. Este hombre suspicaz y equívoco aunque habia disuelto su reunion tardó mucho en presentarse personalmente. Despues de tiempo lo hizo, y vió exactamente observadas las promesas de seguridad que se le habian hecho. ¿Se creerá que tuve que conservarlo en el mando del departamento? Era indispensable porque no habia otro que pudiese desempeñarlo. El astuto viejo ayudado por una muger no menos astuta ha ganado una popularidad que añadida á un hábito inveterado de obedecerle lo hace necesario en tiempos de revuelta para restablecer la tranquilidad y poder contar con aquellas gentes. Devido á esto es que habiendo servido hasta el último con mi antecesor Bustos, seguro en su mismo destino, se lo conservé aun despues de sus prevaricaciones: cuando la última invasion ya estaba entregando con Lopez el de Santa Fé, de modo que cuando yo fuí subrogado por los Reinafees, tuvieron estos que conservarlo. Lo mismo ha sucedido despues que estos cayeron y provablemente terminará su larga carrera de comandante de Santa Rosa, ó Rio 1.º que es lo mismo. Aquella no es ascendente sino estacionaria, pero segurá á toda prueba.

La poblacion habia huido á los bosques, la casas con exepciones estaban cerradas: marchábamos por un desierto: el paisanage y tropa del Fuerte convertidos en enemigos nos hostilizaban y combatian nuestras partidas siempre que se les presentaba ocasion. No obstante despues de algunos encuentros parciales llegamos al Tio, donde solo habia unas cuantas mugeres. Puse en práctica todos los medios suaves imaginables para atraer la poblacion á sus ocupaciones habituales pero con muy poco fruto: era indispensable un acto de vigor y no desperdiicé la ocasion que se me presentó.

El General Bustos con su E. M. se habia retirado al Sauce provincia de Santa-Fé y solo Guevara sostenia la campaña. En la noche del 9 de Julio destaqué al coronel

Madrid con una division fraccionada en tres fuertes partidas que marchando por diferentes caminos fuesen á caer simultáneamente sobre aquel caudillo. En la mañana siguiente se logró cumplidamente el objeto, llegando á sorprenderlo, con la particularidad, que habiendo sentido una de las partidas y queriendo desviarse de ella, fué á caer en las otras que lo batieron y acuchillaron. De los fugitivos los mas obstinados se faeron á Santa-Fé y otros se presentáron aprovechándose del indulto que promulgué. De los últimos fué el mismo Guevara, que se retiró pacíficamente á su casa: allí permaneció muchos meses hasta que pretestando temores, pero realmente instigado por Lopez de Santa Fé se trasladó á aquella provincia para volver despues á los primeros extravios.

D. Estanislao Lopez no habia auxiliado á las claras el movimiento de los revoltosos, pero gustaba de él y lo escitaba secretamente. No es que quisiese por entonces la caida de mi poder, pues se proponia debilitarlo para que necesitase del suyo. Mas este es asunto que trataré mas estensamente. Por ahora solo añadiré que la guerra estaba terminada por esa parte. Bnstos habia ido á refugiarse á Santa Fé, y la fuerza rebelde dispersa completamente habia desaparecido.

Mi cuartel general estaba situado á dos leguas al este del Tio en un lugar muy pastoso llamado la *Isla*. Allí fué que tuve la satisfaccion de ver concluida la resistencia armada de aquellos departamentos. Allí que recibí la solemne diputacion que embiaba el gobierno de Santa Fé. De allí que partieron mis comisionados para la misma provincia y la de Buenos Aires. Allí donde prestaron sumision al gobierno tantos que se negaban á hacerlo. Pues allí mismo fué donde antes de cumplirse dos años fuí traído prisionero, y en una situacion bien diferente. Advirtiendo que fuí hecho prisionero por esos mismos que habia vencido y perdonado: por aquellos mismos cuyo pais merecia

todos mis desvelos. Estaban engañados, ellos lo conocerán y deploraran sus errores.

El gobierno de Salta como se ha indicado estaba en consonancia y había preparado desde mucho antes una fuerte división para que concurriese en mi favor al punto que le señalase: desde que el General Quiroga abrió su campaña le ordené que cayese rápidamente sobre Catamarca y la Rioja, amagando igualmente las provincias de Cuyo: este movimiento bien y prontamente ejecutado hubiese sido decisivo, pero el jefe de ella el General paisano D. José Ignacio Gorriti, perdió un tiempo precioso en inútiles paradas y en impertinentes discusiones de modo cuando tuvo lugar la acción de la Tablada á penas había tocado la primera de aquellas provincias.

En tal estado se hallaban las cosas por aquella parte cuando terminada la campaña en Córdoba y cerciorado de las intenciones pacíficas del gobierno de Santa-Fé ordené al Gobernador de Tucuman que replegándose con su división sobre Catamarca y engrosando la de Gorriti y tomando el mando en jefe de ambas, tomase posesion de la Rioja y diese el último golpe al poder espirante del General Quiroga. Es verdad que la ocasion no era ya tan oportuna como cuando este se hallaba empeñado en la Provincia de Córdoba ó en los primeros momentos de su derrota, mas sin embargo no había aun podido reorganizar los restos de su poder, y toda su defensa se redujo á compeler al vecindario á emigrar universalmente valiéndose de las medidas mas atroces. Era pues tiempo todavía de obrar por aquella parte con la seguridad de un resultado completo, si se hubiera hecho con la actividad, energia y discernimiento necesario; pero nada de esto sucedió. Lopez tuvo á bien pasar primero á Tucuman con el fin de preparar mejor la expedicion, sin advertir que la mejor preparacion era la celeridad, y Gorriti aunque no se quejó abiertamente se resfrió mucho con el mando en jefe que daba al primero y que creia pertenecerle. Sin embargo sufrió

sus quejas ó las exhaló en deshaogos particulares y privados y marchó cuando llegó el caso á las órdenes del Gobernador de Tucuman.

El General Quiroga luego que llegó á los Llanos que era su domicilio y como el Cuartel General de su influencia y poder, trató de reanimar el espíritu abatido de sus partidarios y restablecer esa disciplina férrea en que tenia á toda la provincia. Para lograr lo primero dijo públicamente que estaba satisfecho del valor y servicios de sus soldados y que sus desastres debian atribuirse solamente á sus propios errores. Estraño camino el que tomó, y que no obstante produjo el mejor efecto! Para lo segundo mandó ejecuciones sangrientas sin causa, ni aun pretesto, pero reclamadas (segun me han asegurado que se espresaba el mismo) por las circunstancias políticas. Fatales circunstancias; horrible política la que exigia tan bárbaro como injusto sacrificio. Este seria un excelente medio para justificar los mas horrendos crímenes, y hacer de la política un semillero de repugnantes maldades. El ciclo preserve á nuestro pais de que semejantes principios prevalezcan, pues bastarian para desesperarnos de alcanzar algun dia, esa libertad, tras de la cual, como si fuese una sombra hemos corrido tanto años. Que la *razon de estado* signifique algo entre los añejos y despóticos gobiernos de la Europa, se puede comprender; que allí se le sacrifique alguna cosa por no comprometer un orden de siglos y unas instituciones cuyo origen se pierde en la obscuridad de los tiempos, y cuya alteracion traeria males de trascendencia, ya lo entiendo sin aprobarlo; pero en nuestro pais y en las circunstancias de que me ocupo, es cosa que no se puede comprender ni explicar.

El mismo dia que el General Quiroga hacia fusilar una considerable porcion de los mas selectos vecinos de la Rioja, por su probidad, riquezas y respetabilidad con el frío pretesto de que se habian alegrado de su derrota, y cuando sus humeantes cadáveres yacian aun tendidos en

la plaza, publicó un bando imponiendo pena capital, á cualquiera persona sin distincion de edad, condicion, ni sexo que no abandonase la ciudad en el término de tres dias, inutilizando ó destruyendo las propiedades muebles que no pudiesen transportar. Esto era tanto mas tirano, cuanto por su orden habian sido llamados á las armas todos los hombres capaces de llevarlas, y tomados todos los caballos y otros medios de conduccion. Se vieron pues las familias privadas de los brazos útiles, y de toda movilidad obligados á emprender un largo viage por caminos ingratos que carecen de agua y víveres. Asi fué que salieron procesiones de mugeres desoladas, marchando á pic con sus hijuelos por aquellas yermas travesias en las que muchas perecieron. No obstante la orden tuvo el mas cumplido efecto y cuando despues de las perniciosas dilaciones, primero de Gorriti y luego de Lopez, abanzaron ámbos y ocuparon la Rioja, hallaron la ciudad sin un habitante y no pudieron dar un paso mas. Pero volvámos, al fuerte del Tio, ó sus inmediaciones donde quedó el ejército cuando se separó de la division tucumana.

Ignoraba completamente los sucesos de Buenos Aires y aunque me presumía que no podria tener aquello un resultado favorable á los revolucionarios de Diciembre, no pasaba esto de conjetura porque nada absolutamente se traspiraba al traves de la incomunicacion en que nos tenia la provincia de Santa-Fé. Lo único que hasta entonces se habia podido adelantar era que Lopez de Santa-Fé habia regresado á su provincia y este habia sido uno de los motivos de nuestra alarma pues no podia bismbrarse otra causa, no habiendo sufrido un contraste, sino la convinacion en que se le suponía de concurrir con las fuerzas que retiraba contra mí. Verdaderamente hubiera sido una nueva y grave dificultad la en que me hubiera puesto su invasion: pero no tubo lugar, y sus operaciones no se entendieron á mas que desear, y á algunos manejos ocultos, para promover y alentar la insurreccion de los departamen-

tos del este, y nordeste de Córdoba. Esta se hallaba terminada; y era preciso fijar nuestras relaciones con este jefe y el de Buenos Aires. Al efecto habia dispuesto viniesen de Córdoba D. José Joaquin de la Torre y el Dr. D. José María Bedoya que debian marchar con el carácter de enviados cerca de aquellos gobiernos, despues de recibir mis instrucciones, á cuyo fin llegaron á mi Cuartel General á mediados de Julio.

Casi en los mismos momentos y sin tener la menor prévia noticia arribó tambien otra diputacion del gobierno de Santa-Fé compuesta de los Sres. Dr. D. José Amenabar y D. Domingo Oro con el carácter de mediadora, con el objeto de intervenir amistosamente y transar la guerra civil: verdaderamente era estemporanea, ó por lo menos no puede desconocerse que hubiera sido mucho mas oportuna antes que dos sangrientas batallas hubiesen inclinado la balanza á un lado, y exaltado hasta lo sumo las aspiraciones del partido vencedor. Sin embargo los comisionados protestaron que su mision habia estado resuelta antes de saberse el resultado de la accion de la Tablada y que despues de sabido no habia querido omitirse esta operacion conciliadora. Este era el objeto ostensible de la negociacion, pero traia otro que era el mas interesante, y se reducía á que reconociese la convencion nacional instalada en Santa-Fé, y mandase diputados á ella. Tal era entonces el grande interés que tenia el gobierno de dicha provincia, pues creía sin duda aclimatar allí la representacion nacional y dar mayor ensanche á sus aspiraciones personales.

Pero era ya imposible dar vida á ese cuerpo exánime: Veia colectivamente sus miradas, sus individuos en particular estaban enteramente desconsiderados: el mismo General Bustos no lo habia desconocido y habia retirado sus diputados; el de la misma clase Quiroga no queria ni ver un papel que viniese de Santa-Fé (1). En Buenos Aires mismo no

(1) Al tomar la plaza de Córdoba el ex-ministro D. José

se hacia cuenta alguna de la convencion ni del General nombrado por ella para dirigir la guerra contra los revolucionarios de Diciembre. Buena prueba es el tratado que se hizo el 24 de Junio entre los gefes contendientes, en que ni mencion se hacia de la convencion, ni de Lopez, y de que ni aun aviso se dió á este, cuanto mas exigir su ratificacion. Ademas el partido vencedor en Córdoba exaltado hasta lo sumo segun he indicado con nuestros triunfos, y contándose enteramente seguro, no queria ni aun oír cosa alguna que tendiese á la conservacion de un cuerpo formado bajo otra influencia, é identificado en intereses con el partido contrario. En cuanto á mí que me creo con derecho á decir y ser creído, de que siempre procuré preservarme de las exorbitantes exigencias de los partidos, y mantener una posicion en cuanto me era posible independiente de las facciones, puedo asegurar que prescindiendo absolutamente de prevenciones, animosidades y todo cálculo ambicioso, obré en el único sentido que me permitía hacerlo mi situacion, contestando á la comision que admitia la mediacion pero que no reconoceria la convencion mientras no se pronunciase la Sala de Representantes, y revocase la disposicion por la que en tiempo de mi antecesor habia desechado ese mismo reconocimiento que se me exigia. La comision siguió su camino á Córdoba cuando yo lo hacia de regreso, habiendo antes marchado á su destino la que yo despachaba á Santa Fé y Buenos Aires.

Su objeto era asegurar á sus gobiernos sobre las intenciones pacíficas del mio, celebrando tratados de amistad y

Ysasa le presentó una carta cerrada venida de Santa-Fé que se creia ser del General Lopez: Quiroga la tiró ó dejó sobre una mesa sin abrirla, diciendo que no queria ver cosa alguna de esa parte: despues vi que la carta era del General Mansilla diputado á la convencion. Posteriormente la comision mediadora de que vamos hablando, se dirigió á él, ofreciendo los servicios amistosos de su gobierno y haciendo saber su carácter y llegada á Córdoba como tambien que la mediacion habia sido aceptada por mí. El mas completo silencio fué toda la contestacion.

buena inteligencia, y acordar con el primero los medios de preservar las fronteras de las incursiones de los salvajes del norte, prestándose mútuos auxilios y recíprocos avisos para su mejor defensa. Llevaba tambien otro encargo reservado, reducido á recibir un subsidio pecuniario para sostener el ejército ya fuese del gobierno de Buenos Aires ya de los particulares por empréstito, ó por un contrato de venta del cuerambre del ganado que consumia, el ejército ó de otro modo. Por supuesto que se le prohibia terminantemente adherirse imprudentemente a partido alguno ni promover motivos, ni aun pretextos de celos y desconfianza: en una palabra la mision era sincera y esencialmente pacífica: de consiguiente era dirigida á los gobernantes que de hecho existiesen en las provincias indicadas, cualquiera que fuese el partido que obtuviese la preponderancia. Además de una sana y patriótica política, la conveniencia misma aconsejaba obrar asi: una parte de la provincia de Córdoba (la sierra) se conservaba en insurreccion: otra solo ofrecia una aparente tranquilidad, y en la mayor parte de ella se ocultaban gérmenes de conflagracion que encontrando una ocasion favorable podian desarrollar su confusion. Era mas que probable que el general Quiroga en la tenacidad de su carácter querria vengar los desastres de la Tablada, y renovaria la guerra para lo que hallaria suficientes recursos, en las provincias de Cuyo, en la de la Rioja y Catamarca que estaban bajo su influencia, empleando esos tremendos medios de que él solo nos ha dejado el ejemplo.

Para hacerle pues frente, y para contener al gobernador Ibarra de Santiago en su simulada neutralidad era á todas luces conveniente conservar relaciones amigables con los de Buenos Aires y Santa Fé, é impedir que todos obrasen simultaneamente en mi destruccion. Y es la verdad ¿no hubiera sido el colmo de la demencia, cuando me hallaba completamente circundado de enemigos declarados, ó encubiertos, escitarlos á que arrojasen estos la máscara,

empeñasen las armas y las dirigiesen contra mí? Pero si contra lo que debía temerse el general Quiroga aceptaba la mediación, y arribavamos á un avenimiento, lo digo francamente, mi objeto hubiera sido restablecer la mas perfecta tranquilidad en la de Córdoba, organizar un gobierno regular bajo formas racionalmente liberales; desplegar toda la capacidad de que fuese capaz en favor de su progreso y prosperidad, y dejar el triunfo de la causa que sostenia á la influencia moral de esos mismos principios, que en todo tiempo trataria de conservar ilesos el poder de mis armas y el de las provincias de Salta y Tucuman que marchaban en idéntico sentido. Hubiera quedado la República como en el año 20 despues de la separacion de las provincias pero con la indecible ventaja de que la de Córdoba que presentó Ibarra tan grande obstáculo á su organizacion hubiera cooperado activamente á ella.

Y ¿se creerá que esta política tan sana como patriótica, tan moderada como previsora de los males que habian de aflijirnos, halló opositores exaltados? Nada es mas cierto, como el que uno de ellos, era el que estaba mas espresamente encargado de promoverla y consolidarla. Hablo del Dr. Bedoya que era uno de los comisionados del gobierno de Córdoba. El otro D. José Joaquin de la Torre, hombre de medianos principios, y honrado tenia poca capacidad política, y cuando se creia que contribuiria á templar el ardor de su colega, se dejó absolutamente dominar por él, ó apareció mas bien estrangero á los negocios: es verdad tambien que lo ocupaban demasiado los suyos particulares pues recuerdo que en Buenos Aires se dedicó á especulaciones mercantiles que si no tuvieron todo su efecto no fué por falta de voluntad ni diligencia. Bedoya al contrario dotado de talentos no comunes, de actividad infatigable, de conocimientos estensos, de imaginacion ardiente y de un espíritu faccioso lo subyugó completamente y fué el arbitrio esclusivo de la negociacion. La mala eleccion de estas personas fué un error fatal cuyos resul-

tados despues diez años no han acabado aun de desenvolverse. La eleccion no fué mia; resuelta la mision en lo mas crítico de la campaña contra los insurrectos del Rio 2.º no hice sino suscribir á lo que me propuso el gobierno delegado. Sin embargo no trato de descargarme enteramente porque debí considerar que era el mismo hombre que á mi llegada á Córdoba cuando empezó á redactar el periódico *Córdoba Libre* se habia resistido tan tenazmente á prescindir de la marcha política del General Lopez Gobernador de Santa-Fé, y evitar los ataques contra su administracion. Debí tambien considerar que no debía serme personalmente afecto no obstante que por una conducta tan franca como generosa, habia procurado hacerle olvidar miserables resentimientos anteriores. Un proceder tan noble lo obligaría en mi opinion á corresponder á la ilimitada confianza que depositaba en él, y ademas contribuiria á amalgamar dos antiguas facciones que los diversos giros de la revolucion habian colocado bajo un mismo estandarte, pero que se asechaban siempre y que estaban prontos á poco esfuerzo á despedazarse. En cuanto á lo primero me equivoqué completamente.

La comision marchó á Santa Fé y desde las primeras entrevistas con el gobierno chocó extraordinariamente á Lopez el tono altanero, y exaltado de Bedoya, como lo expresó á los representantes en Córdoba Amenabar y Oro, y aunque celebró un tratado de amistad y defensa de fronteras, incapaz como era de respetar la fé pública, ni dar valor á un documento de esta clase, lo miro unicamente como un medio de adormecerme: no me deslumbró y desde entonces nos observamos mutuamente con el mayor cuidado. Pero lo que acabó de colmar el disgusto y aversion á Lopez y su círculo fué lo siguiente.

Los tratados que habian puesto fin á la lucha en Buenos Ayres se habian hecho sin su participacion, tampoco se le habian mandado á su aprobacion como General en Jefe, y ni aun se le habia pasado un simple aviso de lo su-

cedido. Este manejo misterioso lo tenia sumamente indis-
puesto con el partido vencedor, de modo que la comision
llegó en las circunstancias mas oportunas para ser perfec-
tamente acogida, pero Bedoya ni supo, ni quiso sacar las
ventajas que le ofrecia tan brillante ocasion. Sin embar-
go del desabrimiento en que habia puesto á Lopez, la exal-
tacion y tirantez de Bedoya, resolvió mandar él por su par-
te un comisionado que contribuyese á la pacificacion ge-
neral: éste era D. Domingo Cullen que despues ha hecho
tan gran papel en los últimos tiempos, y que entonces no
era mas que consejero privado del Gobernador, el cual pro-
puso asociarse á nuestros comisionados en el camino, y un
compañero de viage: Bedoya ree hazó su solicitud con des-
den, y he comprendido despues á no dudarlo que desde es-
te momento juraron en su corazon Lopez y Cullen sofocar
sus resentimientos con la administracion de Buenos Aires
y vengar el desaire empleando todos sus esfuerzos en nues-
tra ruina. Desde entonces ya no se les vió obrar sino como
enemigos mas ó menos encubiertos, pero siempre como
enemigos. Los sucesos posteriores aclararon completa-
mente este negocio, y mas que todo en mi prision, en la
que mil veces se me ha reconvenido con el insensato orgu-
llo de mi torpe diputadõ.

Bedoya y su amilahado cólega siguieron su camino á
Buenos Aires y Cullen lo verificó separadamente, pero lle-
gado allí se ocupó menos de la pacificacion de la república
que de promover y concertar planes para destruir mi obra
y la causa que sostenia.

Despues adquirí comprobantes que pondrán en evidencia
este juicio, por lo pronto basta decir que habiendo en esa
época solicitado el General Lavalle pasaporte para pasar á
Mendoza, y hallándose dispuesto el General Viamonte Go-
bernador de Buenos Aires á la sazõ, á otorgárselo, se opu-
so Cullen á nombre de su Gobierno protestando que seria
capturado en la provincia de Santa-Fé, si se atrevia á pisar
su territorio: paso atrevido que haciendo declinar á su po-

derdante del rol de mediador á que antes se habia constituido y de los principios moderados que profesaba el mismo Viamonte, lo adheria á los exaltados al partido federal, á los que al mismo tiempo estaba escitando. Seria preciso cerrar los ojos, para no percibir el cambio de política originado en el gabinete santafesino por la presuntuosa impericia, rudeza (1), ó malicia de nuestro diputado.

Dejaremos nuestra comision en Buenos Aires para volver á Córdoba donde llegamos en los últimos dias de Julio, quedando solamente en el Tio, el coronel Madrid con su pequeño cuerpo para conservar la tranquilidad. La capital de la provincia nos recibió con fiestas y demostraciones del mas vivo júbilo. Dos espléndidos arcos decoraban la entrada fuera de otros oportunamente distribuidos en otros lugares. En el medio de la plaza principal se habia construido un templete de primorosa arquitectura, al que se subia por cuatro graderias que correspondian á otras tantas entradas, colocadas en los cuatro lados del edificio. Luego que entró y formó el ejército, eché pié á tierra y seguido de los gefes de los cuerpos, gran número de oficiales, y acompañado de los ciudadanos mas notables y las autoridades, subí al templete donde nos aguardaban nueve bellísimas doncellas con el traje y atributos de las Musas, las que hablaban sucesivamente en loor del ejército, de los gefes y oficiales: ya se deja entender que me cabria no pequeña parte de sus elogios, á los que contesté convenientemente á nombre mio y de mis compañeros. Siguieron despues las fiestas, y aun se hubieran prolongado á no haberlo repugnado porque veia que no era tiempo de entregarnos al descanso, ni á una inmoderada alegría, sin embargo de lo fatigado que estaba mi disminuido ejército.

A primera vista resalta el contraste que hacian las fes-

(1) Bien puede ser alguno, buen teologo, matemático juriconsulto, y un mal político y ciudadano fuero.

tivas aclamaciones del pueblo de Córdoba con la mala voluntad de la campaña: todo se explica con decir que la parte pensadora, ilustrada y sensata era afecta á mi administracion, mientras la ignorante multitud era todo lo contrario. El Sr. Bustos mi antecesor habia trabajado en dividir estas dos clases de la sociedad y en ello fundaba su poder, así es que la oposicion que me hacia principalmente en los últimos tiempos de mi gobierno, era mas que personal, dirigida contra la clase que reputaba enemiga, y en la que creia que me apoyaba.

Entretanto el horizonte no estaba despejado. La misma provincia de Córdoba esta muy lejos de gozar perfecta tranquilidad. Los emigrados distribuidos por las circunvecinas, se agitaban promoviendo reacciones, y los departamentos de la Sierra se conservaban en completa insurreccion. Sin haber allí una fuerza militar enemiga, propiamente dicha, hormigueaban partidas que cometian diariamente los mas chocantes desafueros, y que se retiraban á la espesura de los bosques y de la sierra si eran perseguidos ó se refugiaban en los territorios limítrofes de la Rioja y de San Luis. Dichas partidas de guerrilla, si tales pueden llamarse esas reuniones de ladrones y asesinos, eran reforzadas por otras semejantes, formadas en dichas provincias que por su parte contribuian tambien á la devastacion general. El coronel Pringles que como dije antes habia sido destinado con una pequeña division á aquellos lugares, los habia recorrido pasageramente y se habia situado finalmente al extremo sud de la Sierra en los confines de San Luis donde era constantemente hostilizado, y donde no se estendia su influencia mas allá del terreno que materialmente pisaba.

En tales circunstancias ordené al coronel Pedernera que saliese con una division compuesta de su regimiento y un piquete de infanteria á obrar en la Sierra, en diversa direccion de la que ocupaba Pringles: lo verificó y muy luego partí á visitar personalmente dichos lugares. Cuan-

do llegué advertí que nada se habia hecho para pacificarlos y atraer la poblacion, que todos los hombres útiles para las armas, habian fugado á los bosques y aun de la gente inútil era rarísima la que existia en las habitaciones, que las partidas de malvados de que hemos hecho mencion, sacrificaban sin misericordia y á veces cometiendo crueldades que estremecen la humanidad, al que se manifestaba de cualquier modo afecto al gobierno y al órden. Entre la multitud de víctimas recordaré solamente por ahora á los interesantes jóvenes Garcia y Moreno de aquel vecindario, de los cuales el primero espirò entre prolongados tormentos. Entre los caudillos que capitaneaban esas reuniones, adquirió una horrible celebridad, un tal Nolasco, cuyos inauditos atentados no pudo tolerar el mismo General Quiroga y lo hizo fusilar.

El campo de Pedermera situado en las inmediaciones de Pocho, sin embargo de ocupar uno de los mas poblados departamentos estaba como en un desierto: no se veia en el un hombre del pais, no se comunicaba con autoridad alguna local, porque tampoco la habia, ni aun tenia á quien emplear para mandar una correspondencia: no contaba puessino con sus propios soldados, y hasta estos me parecieron tristes y sombríos, mientras los oficiales estaban pensativos. Entretanto no habia enemigos á quienes combatir, porque no se presentaban, ni eran conocidos sino por sus estragos en el pais y por algun soldado ú oficial que degollasen si lo encontraban solo y sin proteccion.

Era urgente salir de este estado que puede compararse á una fiebre lenta y que debilitando por grados la fuerza moral de un ejército, acaba siempre por extinguirla enteramente. Ademas era preciso no permitir que ese espíritu general de oposicion se radicase y euconase hasta hacerse irreducible como ha sucedido tantas veces, en tantas partes. Al efecto desde el instante que llegué procuré por los medios mas eficaces hacer venir á mi presencia una persona del vecindario: el primero de quien lo con-

segui fué ese mismo jóven Moreno, á quien dias despues sacrificaron los asesinos por esta defefencia. A este encargué que solicitase otrò que siguiese su ejemplo, á este dí la misma comision, y así sucesivamente hasta conseguir atraer algunos individuos mas ó menos influyentes y contar con el auxilio que ofrecian sus conocimientos locales y relaciones. Antes de dos dias moví el campo y recorriendo los lugares mas señalados y empleando mas ó menos los mismos medios, y alternando con la dulzura algunos actos de severidad logré que antes de diez dias presentase aquél territorio un aspecto muy diferente. No pæde decirse con propiedad que la obra de la pacificacion de aquella parté estubiese concluida, ni esto acaso éra posible mientras el gérmen del desorden existiese en las provincias inmediatas, pero á lo menos mucho se habia adelantado, pues el vecindario empezaba á aparecer en sus casas, el terror que inspiraba el vandalage habia disminuido, se habian nombrado jueces y comisionados de policia, las partidas enemigas se habian auyentado y los hombres principiaban á tomar sus ocupaciones habituales. Era de esperar que con algo de perseverancia y habilidad por parte de Pedernera, hubiese aumentado el efecto de tan buenos principios, pero no sucedió asi, como luego se verá.

Me he detenido acaso demasiado en detallar los sucesos de esta enfadosa expedicion, para indicar de una vez los medios de que me valí en otras semejantes ocasiones que se presentaron con frecuencia: feliz si todos los jefes que debian secundarme en estas difíciles tareas se hubiesen penetrado de cuanta habilidad, y firmeza necesitaban emplear para vencer la obstinacion de un populacho encaprichado y decidido contra sus mismos intereses, y los de la libertad é igualdad legal que proclamaban sin entenderla, al mismo tiempo que hacian retroceder nuestra patria en tan noble carrera.

Antes de completar quince dias en la sierra túbe que

regresar á Córdoba, donde me llamaban asuntos de la mayor gravedad. Uno de ellos era convocar la provincia para la eleccion de representantes, hecho lo cual, se reunió la sala y procedió á la eleccion de Gobernador en propiedad, pues hasta entonces aunque investía este carácter no tenia otro título legal que la delegacion del Sr. Bustos. La eleccion fué canónica en mi persona, y no haria mérito de esta circunstancia si en ello hubiera intervenido alguno de aquellos manejos subterráneos, ó intrigas que frecuentemente tienen lugar en tales casos. La uniformidad resultó de que me acompañaba sin contradiccion el voto de la parte principal, y porque en el estado actual de las cosas no podia hacerse de otro modo; persuadido de esto mismo, ni interpusé renunciacion de fórmula, ni manifesté repugnancia, sino que francamente acepté el gobierno, cargando una responsabilidad inmensa con la provincia, con el ejército, y con la república entera.

La Diputacion de Santa-Fé existia siempre en Córdoba esperando el pronunciamiento de la sala de representantes sobre el reconocimiento de la convencion nacional, que fué por la negativa, y la contestacion del General Quiroga (1) á las comunicaciones que le dirigió desde su llega-

[1] El General Paz que conocia los recursos que el arte militar proporciona, cuando una administracion ordenada, y cuidadosa de los intereses y preocupaciones de los pueblos, le sirve de apoyo, y de objeto, sabia tambien como vencer, apreciar las resistencias que se oponian á la constitucion de la República, y lejos de desecharla como se habia hecho en Buenos Aires las propuestas de conciliacion hechas al principio por los caudillos, se manifestaba dispuesto á admitirlas con tal que no hiciesen imposible una organizacion regular de la república, bajo cualquier sistema racional de gobierno. Un hombre perteneciente en el fondo á los hombres ilustrados pero que habia desaprobado altamente la revolucion militar de Lavalle, persuadido de la impotencia de las armas para someter á los caudillos, se habia reunido á Lopez de Santa Fé, desde los principios de la lucha, á fin de prestarle su consejo, y disminuir los horrores de la guerra civil que los caudillos habian hecho siempre por medio del terror y las violencias. Cuando el General Paz hubo triunfado de Quiroga, Domingo Oro indujo á Lopez de quien era secretario á entenderse con el General Paz,

da, ofreciendo la mediacion de su gobierno para terminar la guerra: aquellas nunca llegaron, y su obstinado silencio fué el mas clásico comprobante de sus intenciones hostiles. A vista de tal desengaño la comision regresó á Santa-Fé dejándome por la frialdad con que se despidió indeciso de la mala voluntad de su gobierno.

Aun antes de marchar la comision ya se supo en Córdoba la revolucion ocurrida en Mendoza por la que derrocada la administracion enemiga, habia entrado otra presidida por el General Alvarado. Este cambio fué celebrado en Córdoba con el mayor entusiasmo, pero fué de tan

y enviado él mismo á Córdoba con este objeto, concluyó un arreglo, por el que debian mantenerse en paz ambas provincias, hasta arribar á la pacificacion general.

“Facundo, entretanto apuraba en el interior los últimos recursos de los pueblos en hombres y dinero para volver sobre Córdoba á recuperar los laureles perdidos en la Tablada, y un año despues de aquella jornada, abrió de nuevo su campaña, arras-trando en post de sí las poblaciones casi en masa de Mendoza, San Juan, San Luis, la Rioja y Catamarca que tenia sometidas á su poder. El General Paz envió á su encuentro uno de sus mas distinguidos gefes á fin de arribar á un convenio si era posible. Pero Quiroga contaba esta vez con el resultado de nuevas y mas estensas combinaciones, para asegurar el resultado de su tentativa, y se negó absolutamente á oír proposicion alguna que no tuviere por base la entrega absoluta y completa de la ciudad de Córdoba.

“Su ejército avanzaba en dos divisiones, la una por el norte al mando de uno de sus caudillejos, la otra á sus órdenes inmediatas por el camino real de las provincias de Cuyo al sud de Córdoba. Tenia por objeto esta division de sus fuerzas, favorecer con las del norte la insurreccion en masa de la sierra de Córdoba, que vendria á echarse por la retaguardia del General Paz, mientras que haria frente al cuerpo principal del ejército mandado por Quiroga. La situacion del General Paz se hizo alarmante en efecto, desde el momento en que la insurreccion de la sierra estalló en toda su estension. Es la sierra de Córdoba una grande cadena de montañas que se eleva al nord-este de la ciudad, cubierta esta su cima de pastos exquisitos y que alimentan numerosísimos rebaños, fuente de riqueza y ocupacion para sus numerosos habitantes. La sierra de Córdoba gracias á la abundancia de las aguas que manan de todos sus costados, esta cubierta de poblacion pastoril hasta sus cimas, y sirve de baluarte para las resistencias semi-bárbaras, que los montañeses oponen siempre al gobierno regular de las ciudades y poblaciones de los serranos bajos. Bastaria esta

corta duracion como sangrientos sus resultados.

El coronel Aldao que como hemos dicho se hallaba en San Luis convaleciendo de su herida, apenas lo supo se puso en marcha con una corta fuerza que fué sucesivamente engrosando. Sus hermanos D. José y D. Francisco que se hallaban mandando las fuerzas de Mendoza al tiempo de la revolucion, habian sido depuestos y arrestados por el desgraciado comandante Moyano que la encabezò. El General Alvarado que juntamente con mi hermano D. Julian Paz se hallaba confinado y bajo una escolta á cierta distancia de la capital, fué llamado al gobierno. No bien se recibió de él, cuando desplegó un sistema de moderacion,

circunstancia sola para explicar la animadversion de estos *highlanders*, contra el gobierno que se empeñaba en someterlos, buscando sus afines en la Escocia, en el Tirol y cuantos pueblos viven sobre montañas.

“El general Paz, punto menos que á la vista de Quiroga abrió sobre la sierra una campaña de quince dias, que trajo por resultado disolver las montoneras reunidas, cruzarla en todas direcciones con su ejército y privar á Quiroga no solo del auxilio que de las montoneras se habia prometido, sino tambien de la division que habia desprendido por el norte que no pudo penetrar en el territorio de Córdoba, ni ir á reunirse al ejército principal de que quedaba separada por enormes é intransitables distancias. Los gefes que han servido á las órdenes del general Paz, creen que aquella batida de la sierra de Córdoba á la vispera de una batalla decisiva, es la operacion militar mas osada, mas estratéjica y mas complicada que se haya ejecutado hasta hoy en las guerras americanas, tan sencillas por lo general en su plan y detalles. Hemos observado al principio cuan difícil es en aquellas estensiones casi vírgenes, subordinar las marchas de diversas divisiones á un plan único, á fin de auxiliarse y reconcentrar sus fuerzas en una hora y en un punto dado, por la falta de mapas que determinen las distancias. Esto que en los llanos es difícil, parece del todo imposible en una cadena de montañas que abrazan una grande estencion de país, cortado por gargantas, desfiladeros, valles y torrentes. El general Paz empero, no se dejó arredrar por este cúmulo de dificultades, y haciéndose informar personalmente por los prácticos de la sierra, pudo trazarse un plan de operaciones á la Europea, en el que como en las campañas de Napoleon en Italia, una division debia hallarse tal dia y á tal hora en tal punto, para marchar de allí despues de vencido el enemigo que encontraría á incorporarse á otra division que le aguardaba en lugar señalado, para rechazar los enemigos que otra division vendria persiguiendo de un rumbo opuesto. Con-

(diré mejor de debilidad) muy ajeno de las circunstancias. Entre otras medidas tan increíbles como indisculpables, fué una la de dejar en libertad á los Aldas para reunirse con el hermano. Reforzada éste con su auxilio y el de otros muchos de su partido se aproximó á la poblacion amenazando esterminar el partido contrario. Alvarado abandonó entonces las riendas del gobierno, por medio de una capitulacion que dejaba el partido que lo habia elegido al arbitrio de D. Felix Alda y hermanos. En tal estado el batallon cívico, y algunos otros de los mas comprometidos, mandados por un Soloaga, trataron de continuar la resistencia y se situaron en el Pilar á corta distancia de Mendoza.

forme á este plan el ejército sub-dividido en quince divisiones que debian obrar sobre una estension de cincuenta leguas, desapareció de las inmediaciones de Córdoba, y cada gefe se internó en la sierra, por el boquete, camino ó quebrada que se le habia designado, y dirigiendo sus marchas y acantonamientos segun las instrucciones escritas, que cada uno habia recibido. El resultado correspondió á las previsiones del general y despues de treinta combates parciales dados en la sierra, no quedó un solo grupo de montoneros reunidos, pudiendo el ejército volver á reconcentrar sus fuerzas en el campamento general, la víspera de la llegada de Facundo Quiroga á las inmediaciones de Córdoba. El general Paz salió á su encuentro, y despues de algunas evoluciones de parada con las que separó la inmensa caballeria de Quiroga, de su infanteria inmovilizada por un parapeto de carretas, terminó la batalla, con derramamiento de sangre insignificante, quedando en su poder toda la infanteria enemiga, formada en línea su artilleria, bagajes &c., debiendo Facundo Quiroga su salvacion á la circunstancia inesperada de haber fugado para Buenos Aires, direccion opuesta á las provincias de donde habia venido.

“Esta vez el general Paz se hallaba en estado de asegurar todos los resultados de la victoria: algunas divisiones de su ejército fueron á tomar posesion de las provincias abandonadas por Quiroga, y dos meses despues la mitad de la república estaba libre de caudillos, volviendo á las formas legales y representativas porque tanto anhlaban los hombres ilustrados.

“Pero el General Paz cometió entonces un grave error en política, que solo pueden justificar las ideas dominantes en la época, y la pureza de intencion entre hombres que no querian atraerse, el reproche de desalojar á los caudillos, para sustituirlos ellos mismos en la dominacion que hasta entonces habian ejercido. Para aprovechar los recursos de nueve provincias que militaban ya por la organizacion constitucional de la república, la política acon-

Los Aldaos se pusieron al frente con sus fuerzas, pero nuevas negociaciones volvieron á suspender momentáneamente las hostilidades. Mientras la suspensión D. Francisco Aldao pasa al campo de Soloaga, donde es amistosamente recibido; pero en el momento que menos se esperaba por disposicion de D. Felix, rómpese un vivo fuégo de cañon sobre el descuidado batallon y en este momento de estupor y efervescencia fué fusilado D. Francisco y se travó la refriega. El exito no podia ser dudoso; muy luego fueron completamente desechos los cívicos, y quedáron triunfantes los Aldaos: la muerte del hermano sirvió de pretesto á horribles ejecuciones que hacen caer la pluma de la mano

sejaba una concentracion general del poder, á fin de hacer concurrir los recursos de todas, bajo un solo impulso, á la terminacion de la guerra, y la libertad de las otras que quedaban aún sometidas á los caudillos. El General Paz, no quiso tomar el carácter de conquistador y las divisiones que destacó sobre las provincias, llevaban órdenes de someterse á los gobiernos creados nuevamente en ellas; admitiendo él tan solo el título de Director de la Guerra, y reuniendo en Córdoba, una asamblea de diputados enviados por cada provincia, para proporcionar auxilios pero sin que el Director pudiese vigilar por medio de hombres sometidos directamente á su poder, á la ejecucion de las disposiciones de los agentes. Resultó de aquí lo que naturalmente debía esperarse; en unas provincias el partido vencedor, dirigido por hombres sin penetracion y de miras estrechas, se ocuparon más bien de dictar leyes de persecucion y de venganza, que de proveer de medios, para la vigorosa continuacion de la guerra; en otras obtenida la libertad, el egoismo de los pueblos les hizo mantenerse inactivos, como si nada quedase aun para asegurar su situacion; en otras estallaron diferencias entre los jefes del ejército y las autoridades locales, y en otras enfin, obrando todas estas causas reunidas, algunos jefes del ejército se abandonaron á exacciones y violencias, que no tenían otro objeto que preparar nuevos elementos de guerra. El General Paz, sin tratar de centralizar la administracion de las provincias, se contentaba con aconsejar á los gobiernos, esponerles las necesidades á que debian de atender, é interponer su influencia, donde el caso lo exigia, en favor de los individuos del partido vencido, que eran el blanco de las persecuciones de los nuevos gobiernos. Así pues, se malograron casi todos los elementos de acción de estos pueblos quedando siempre la provincia de Córdoba, encargada casi por sí sola de hacer frente á las necesidades del ejército, puesto que pocos contingentes del interior pudieron incorporarse antes que las hostilidades comenzasen. D. F. Sarmento."

pero de que sin embargo daremos un ligero bosquejo.

Soloaga con algunos pocos vecinos ú oficiales logró escapar y llegó á Córdoba pero los restantes como tambien los sargentos y cabos fueron fusilados en el acto. En los dias posteriores se siguieron ejecuciones que llenan de horror al menos sensible. El interesante jóven D. José Maria Salinas sin mas delito que haber redactado un periódico fué sacado de la prision á media noche, mutilado, castrado y despues de hacerlo espirar entre tormentos se dejaron sus restos á la espectacion pública. El cadáver del Dr. Laprida cuyó nombre figura honrosamente de presidente del Congreso que declaró la Independencia Nacional fué hallado despues de tiempo en un oscuro calabozo donde sin duda fué enterrado vivo. El desgraciado comandante Moyano tuvo un fin no menos trágico, y hasta su familia sufrió vejaciones é insultos que no es dado á la pluma el esplicar. Muchas mas fueron las víctimas sacrificadas pero seria preciso un largo catálogo, para enumerarlas, lo que es muy ajeno de mi objeto, que no se reduce sino á dar una idea del furor que dominaba al partido contrario, lo que me parece he conseguido.

El General Quiroga no intervino personalmente en el desenlace de este sangriento drama pero lo hizo por medio de su segundo el General Villafañe, que se incorporó á los Aldaos con una division, y que empezó por este tiempo á figurar en la escena política, desplegando no menos crueldad que sus socios y compañeros. El primero se ocupaba entre tanto en reunir todo lo que habia en las provincias de la Rioja y San Juan capaz de llevar armas para formar el segundo ejército con que debia atacarme: esto le fué mas fácil desde que el triunfo de los Aldaos puso en su mano la poblacion y recursos de la de Mendoza: no perdió tiempo, y se dedicó con el ardor que era propio á engrosar, disciplinar, y equipar sus fuerzas, mientras que yo en la de Córdoba era fatigado incesantemente con las montoneras de la Sierra, otras que se promovian por otros puntos, y con

defecciones mucho mas sensibles: pero daremos su lugar á los sucesos.

El primer acto del General Alvarado luego que se recibió de su gobierno fué dirigir una nota oficial, al gobierno de Córdoba es decir á mí, diciendo que *aunque la provincia de Mendoza estaba en guerra con la que yo presidia, pero que estaba dispuesto á transar y no mezclarse en la contienda siempre que no se le diesen motivos de queja, no dejando de hacer alarde de sus recursos para el caso que se desatendiese su pacífica indicacion.* Debe notarse que á esta comunicacion oficial no la acompañaba ni una confidencial que medio esplicase lo que era inesplicable ¿como podia creer por un momento que los Aldaos renunciassen á su supremacia en Mendoza, sin que aumentase su poder con la alianza y la cooperacion del mio? ¿Cómo podia persuadirse que el General Quiroga consentiría en privarse de los abundantes recursos de la misma provincia, mediante una efimera promesa de aparente neutralidad? ¿Cómo podria lisonjearse que se sostendria de otro modo, que por la franca y sincera reunion de nuestros esfuerzos? Que hubiera hecho semejante indicacion á un enemigo con el fin de neutralizarlo, ó aun amigo equívoco con el de tranquilizarlo, ya lo entiendo; pero hacersela á su mejor amigo á su aliado natural, es fuera de todo cálculo, y del todo inconcebible.

Así fué que no pasaron ocho dias sin que mudase de tono, ni otros tantos sin que pidiese con toda la exigencia que aconseja un inminente peligro, el auxilio de una division de buena tropa que lo sostuviese en su vacilante posicion. A consecuencia hice marchar al coronel Videla Castillo con una fuerza competente, pero no tuvo tiempo para llenar enteramente su comision, pero solo tuvo el de llegar á San Luis cuando el suceso del Pilar puso fin á los cálculos y al gobierno del General Alvarado. Si desde el momento de su eleccion hubiera hablado con franqueza, y conocido su situacion, quizá hubiera tenido lugar de hacer

llegar á tiempo auxilios bastantes que hubiesen salvado al pueblo Mendocino de la horrible suerte que le estaba destinada. Pero no fué así y yo no debía darle un apoyo no solo que no pedia sino que afectaba desdeñar positivamente y que podia inspirar graves recelos sobre mis intenciones ulteriores.

Hubo entonces una singular coincidencia entre la política del General Alvarado y un anuncio respetable que se me hizo por persona fidedigna. El gobierno de Buenos Aires presidido á la sazón por el General Viamonte estaba muy lejos de llegar á ese grado de tirantéz que despues lo hemos visto adoptar: su política se reducía á contemporizar con los gobiernos del interior aparentando prescindir de las cuestiones que los dividian, pero influyendo al mismo tiempo por medios indirectos para que no se erigiese un poder capaz de hacerles sombra, mucho menos si la persona que lo ejerciese pertenecia por sus relaciones al partido destronado de Diciembre. Era claro que no entraba en su cálculo hacerme la guerra pero sí emplear los manejos de la intriga para limitar mi poder ó anularlo. El anuncio pues de que me ocupo me advertia que el General Guido encargado de uno de los ministerios escribía á Alvarado, manifestándole las simpatías de su gobierno con el que el presidia, y previniéndole que si él convocaba un congreso la provincia de Buenos Aires accederia á su invitacion, lo que no sucederia, si yo lo hacia. Como el desenlace de Mendoza fué tan rápido no pudo saberse el efecto que produjo esta comunicacion, ni aun si ella existió: bien pudo ser que los sucesos no diesen lugar á que se verificase, pero me parece muy probable que cuando menos el pensamiento fué efectivo, y que habiendo sido acordado en el gobierno pudo traslucirse y llegar á mi noticia. Es tambien presumible que si la situacion del General Alvarado hubiera sido tan deshaogada como pudo pensarse, habria sido acojida la insinuacion, y hubiera tenido éxito la intriga: ojalá hubiera sido así, si esto podia conducirnos

á un arreglo nacional, lo que sin embargo no era de esperar.

En el momento que tuve noticia en Córdoba del desastre de Mendoza despaché un aviso en toda diligencia á nuestra comision que estaba en Buenos Aires, anunciándolo reservadamente, por si podia antes que llegase al conocimiento de aquel gobierno obtener alguna concesion, que hubiera sido difícil, despues de calcular cuanto desmejoraba nuestra posicion con aquel fatal descalabro, ó al contrario si algo era preciso ceder, hacerlo cuando sin aquel desgraciado incidente tuviese mucho de meritorio. La comision debia pues aprovechar los diez ó mas dias que debia estar ignorado el suceso en Buenos Aires para acelerar la negociacion, pero nada hizo y lo que es mas raro, no pareció apreciar ni apercibirse de la inestimable ventaja de saber con tanta anticipacion una noticia de tanto bulto. Al fin sus trabajos solo dieron por resultado, un tratado de fórmula, calculado poco mas ó menos sobre el celebrado en Santa Fé, que llevaba aparejados los mismos efectos de insolidéz é insustencia. Los acontecimientos posteriores acreditaron demasiado esta verdad para que nos detengamos en demostrarla. La comision regresó á Córdoba habiendo originado crecidos gastos y causado males positivos.

Mi hermano D. Julian cuando en tiempo de Bustos me aproximaba á Córdoba, amenazado por este tuvo que huir á Mendoza, donde se conservaba cuando la accion de la Tablada. Entonces aquel gobierno lo confinó á una hacienda de campo juntamente con el general Alvarado bajo la custodia de un oficial á quien obedecia una pequeña partida: luego que aconteció la revolucion fueron puestos en libertad, y se trasladaron á la capital, donde el último se recibió del gobierno. Mi hermano trató de venir á Córdoba á cualquier costa, y despues de no pocos trabajos y peligros lo consiguió, pudiendo evitar el encontrarse con las fuerzas de Aldao que ocupaban el camino. Una noche

que llegaba á Córdoba de regreso de los rios 1.º y 2.º que habia ido á visitar tuve el placer de encontrarme impensadamente con él: tuve entonces noticias mas circunstanciadas sobre el estado precario de Mendoza. Sus temores se verificaron como se ha visto.

Cuando mi eleccion al gobierno de Córdoba en propiedad habia dejado el ministerio D. José Iraró y habian sido encargados de subrogarle D. José Maria Fragueiro y el Dr. D. Juan Antonio Sarachaga: el primero tuvo á su cargo los ramos de gobierno y hacienda, y el 2.º el de guerra y las relaciones con los demas gobiernos de la República. En esta eleccion tuve que consultar no solo la idoneidad de las personas, sino la fusion que queria hacer de dos antiguos partidos cuyo odio inveterado habia causado mucho mal en tiempos pasados á la provincia: hasta cierto punto lo conseguí, pero siempre produjo esta medida el inconveniente de que la accion del gobierno no fuese perfectamente uniforme y que siempre reinasen zelos entre ambos ministerios. Como yo salia frecuentemente á la campaña, tenia que dejar un delegado que lo era el coronel de milicias D. Julian Martinez. Este hombre tan valiente y honrado como limitado en sus talentos, no era capaz de comprenderme, y teniendo los mejores deseos y la mejor intencion del muerto no podia secundar ni auxijiar mi marcha. Bien puede haber sido un error tal eleccion pero no puedo arrepentirme de ella porque hasta ahora encuentro quien hubiera podido desempeñar con menos inconvenientes este destino. Tal era la complicacion de circunstancias y lo dificil de la situacion general de los negocios.

Despues de la retirada de la comision habian sido nombrados agentes del gobierno de Córdoba cerca del de Buenos Aires, los Sres. Dr. D. Eusebio Agüero y D. Mariano Fragueiro, y reconocidos como tales desempeñaban algunas funciones de poca importancia limitadas á conservar la buena armonia. Tambien habian sido encargados

de la compra de 200 tercerolas y algunos otros artículos de guerra. Obrando ellos en este sentido y deseando no dar el menor motivo de desconfianza solicitaron y obtuvieron las guias y permisos competentes á virtud de los cuales marcharon en una tropa de carretas los artículos indicados. A cierta distancia de Buenos Aires fué inesperadamente detenida la tropa por una partida armada y las armas y demas artículos fueron substraídos á virtud de orden.

Los agentes reclamaron como era natural y el gobierno contestó que el embargo de las armas se habia hecho sin su orden y sin su conocimiento. Despues de no pocas dificultades se consiguió el reintegro del dinero que habia costado, pero se espidió un decreto prohibiendo la introduccion de artículos de guerra á las provincias, fundándolo en que hallándose algunas de estas en guerra, podria entenderse que se violaba la neutralidad, siempre que se permitiese á cualquiera proveerse de tan esenciales especies. Debe tenerse esto presente porque despues tendremos ocasion de recordar el decreto y las causales que lo motivaban.

Éstos eran ya mas que suficientes indicios de la mala voluntad de los gobiernos litorales que por entonces volvian á estrechar sus relaciones, pero no eran sino el preludio de los que dieron muy luego, fomentando la anarquia en la provincia de Córdoba y permitiendo que en sus territorios se armasen partidas de emigrados que introduciéndose furtivamente hostilizasen los departamentos limítrofes, y promoviesen montoneras. Tenian aun una idea equivocada del poder del gobierno y creian por este medio distraer su atencion, debilitarlo, y hacer un juego favorable al General Quiroga que como se ha dicho reorganizaba á toda prisa su ejército para una segunda campaña. Quizá ni creian necesitar de él, y se lisongeaban que esa guerra de partidas en que el paisanage tomaria tanta parte, bastaria para derrocar la administracion á cuyo frente

me hallaba: me inclino tanto mas á esto último cuanto el plan de montoneras fué concebido y puesto en planta en escala mayor, y si algo le faltó para ser mas peligroso fué la simultaneidad con que debia esperarse se moviese el General Quiroga para hacer mi posicion mas desesperada.

En un mismo dia con diferencia de una ó dos horas supe que la division de linea que estaba en la Sierra á las órdenes de Pedernera, se habia sublevado capitaneada por ese mismo Velasco de quien hablé poco antes, habiendo sido preso Pedernera y el mayor Chenaut, y de que en el Tio habia aparecido una montonera acandillada por el mayor Luque (D. Ramon) yerno del coronel D. Nazario Sosa que se hallaba en Santa-Fé. El plantel, el jefe y los oficiales de la reunion provenian de dicha provincia donde habian sido provistos de armas y municiones.

Los revoltosos de la Sierra, luego que apresaron á los mencionados gefes, despacharon al teniente Carril (sanjuanino) á hacer saber al General Quiroga lo sucedido, y que habiéndose sustraído de la obediencia del gobierno de Córdoba estaban enteramente dispuestos á recibir sus órdenes. Dicho General dió tal importancia al suceso que habiéndose propuesto no quitarse la barba (que por consiguiente tenia muy crecida) hasta haber vengado el desastre de la Tablada, lo dió ya por hecho, y se mandó afeitar.

Sin embargo que los oficiales todos de la division Pedernera se habian prestado á la sublevacion como autores ó como cómplices, la tropa no participaba de los mismos sentimientos y veia con dolor que sus oficiales desertaban de la causa porque habian combatido y abandonaban á unos gefes que los habian conducido á la victoria. Se empezó pues á desertar y muchos se me presentaron en la capital donde se trabajaba cuanto se podia para remediar el mal. Sin esta circunstancia Velasco y sus secuaces hubieran movido la division para reunirse al ejército enemigo; pero recelando de los soldados no se atrevieron á dar un paso, y conservándose en las mismas posiciones, esperaban el apo-

yo de una fuerza contraria para hacerse seguir de los valientes á quienes no merecian mandar.

Este estado no duró mucho tiempo: la irritacion de la tropa crecia en proporcion que le eran mas conocidas las pérdidas miras de los oficiales. El 13 de Noviembre á la madrugada estalló la contra-revolucion capitaneada por el sargento Gaitan del N.º 2 de caballeria y un cabo del 5.º de cazadores despues de menos de 15 dias que habia durado la insurreccion, Velasco con 7 ú 8 oficiales logró escapar con la oscuridad llevando herida una mano que segun me aseguran conserva hasta ahora inútil: ocho oficiales restantes fueron aprisionados y puestos á disposicion del coronel que fué puesto inmediatamente en libertad y en el mando. Este tuvo orden de replegarse á la capital y lo hizo trayendo los criminales capturados, y solo sargentos y cabos á la cabeza de las compañías. El recibimiento fué de los mas patéticos: las miradas del vecindario y de sus compañeros de armas eran dirigidas con la mas profunda emocioñ sobre aquellos valientes que con tanto honor habian resistido á las arterias de la traicion, y á las ahagüñas sugerencias de la licencia, y del desorden: por el contrario los oficiales refractarios eran mirados con una especie de estupor como si la imaginacion no pudiese abarcar el tamaño de su prevaricacion; mejor diré se pintaba en los ojos de todos un furor concentrado, que nada sin embargo pudo sacar de los límites de la mas rigurosa moderacion. Yo mismo al presentármelos no les dirigí una sola palabra, ni creo que fuese fácil describir lo que indicaban mis facciones, como me es imposible espresar los sentimientos que en aquel momento me animaban.

Los sargentos cabos y soldados que se habian distinguido en la contra-revolucion fueron premiados con ascensos militares y con recompensas pecuniarias: á la tropa en general se le dió una regular buena cuenta para lo que contribuyó el vecindario con una voluntaria suscripcion. La orden del ejército de aquel dia es un monumento que

perpetuaba la gloria de aquellos beneméritos soldados. El destino de los oficiales presos debía fijarse en un consejo de guerra, el que sentenció siete de ellos á muerte. Solo murieron cuatro, los tres restantes fueron indultados por mí poco antes de la ejecucion. De los primeros fueron el capitán con grado de mayor San Martín (chileno) el teniente Hervás, boliviano, otro capitán español, y uno mas que no recuerdo.

Las providencias que había tomado para sofocar la revolucion de la division Pedernera se habían reducido á enviar algunos oficiales bien quistos de la tropa que se aproximasen cautelosamente con dinero, que protegiesen la desercion que espermentaban los sublevados impidiendo que se desbandasen los que se les separaban, y se aprovecharan de cualquiera oportunidad para promover la contra-revolucion; las que adopté para sofocar la montonera del Tío fueron de distinto género; hice marchar en el acto al coronel Madrid con su cuerpo, quien al mismo tiempo que estorbó que la insurreccion tomase cuerpo hizo retirar las fuerzas agresoras al territorio de Santa-Fé de donde habían salido. En esta expedicion hizo el coronel Madrid fusilar al comandante de milicias Luque, y al teniente Ramirez cuyos crímenes eran mas debilidad que traicion, y cuya muerte mirada únicamente bajo un punto de conveniencia política es de difícil clasificacion, porque si por el momento fué un motivo de represion, dejó sinsabores muy desagradables principalmente en Santa-Fé de donde era oriundo el segundo (1). El coronel Madrid regre-

(1) Recuerdo que los diputados, ó enviados que yo había dirigido á Buenos Aires y Santa-Fé que eran D. José Joaquin de Latorre y el Dr. D. José Maria Bedoya que regresaron poco despues me aseguraron el malísimo efecto que habían producido en nuestra campaña y en la provincia de Santa-Fé las sobre dichas ejecuciones. Me confirmé en esto cuando caí prisionero y pude presenciar la irritacion del paisanage con el recuerdo de dichos fusilamientos. Puedo asegurar que el coronel Madrid y el comandante Plaza eran los dos gefes contra quienes conservaban las mas fuertes prevenciones y que si hubiesen caido en poder de los

só dejando en el Tío una corta guarnición, pero quedando aquella frontera muy lejos de quedar curada de sus políti-

enemigos se hubieran entregado sin duda á actos de la mas chocante crueldad.

Si se consideran aquellas ejecuciones por el lado de su legalidad, ahora, á sangre fria, á la distancia no dudo que merecerán una general reprobacion: más téngase presente que ademas de ir revestidas de las formas mas esenciales, esos oficiales habian faltado á sus deberes y traicionado al gobierno de quien dependian. Fuera de eso, cuantos oficiales ó gefes nuestros caian en poder de los enemigos eran en el acto sacrificados y aun cuando yo no hubiese declarado una rigurosa represalia, mal podia oponerme á actos de rigor que éran exigidos por las circunstancias y provocados por ellos mismos.

Quien quiera consultar los documentos oficiales, y las publicaciones periódicas de ese tiempo, y aun las tradiciones hallará mas que sobrados conocimientos para convencerse de la exetitud de lo que he dicho, advirtiendo que siendo yo personalmente el que menos me entregué á esos actos de rigor, podrá creerme el menos interesado en justificarlos.

Nadie ignora que fuí entonces y soy hasta ahora censurado por muchos, porque no empleaba castigos rigurosos, y por mi excesiva moderacion con los prisioneros y demas enemigos políticos. Me bastaria apuntar que la conservacion del Fraile General Aldao es un cargo que no han dejado ni cesan de hacerme los amigos de la causa; tampoco falta quien atribuya á ella, y á mi sistema benigno en general, los desastres que despues hicieron perder el fruto de tantos trabajos y victorias.

Sin embargo de esto, cuando viene la oleada de *filantropia*, porque tanto esta como el sentimiento contrario suele venir por oleadas vemos á muchos reprobar esos actos de rigor que ellos mismos provocaban, y evaporarse en declamaciones contra el poder militar y sus abusos. El hombre verdaderamente sensato deplorará esos males con todas las fuerzas de su alma, pero no dejará de conocer que hay situaciones y circunstancias en que son unos males indispensables y necesarios.

La pacificacion de la frontera del Tío mediante las operaciones del coronel Madrid fué momentánea pues muy luego retoñaron las montoneras, y las incursiones del lado de Santa Fé. Fué el entonces mayor D. José Wenceslao Paunero quien tuvo la gloria de terminarla derrotando bizarramente á los caudillos Molina, Luque, José Ramon (del mismo apellido del que fué fusilado, el cual fué prisionero 2.^a vez y creo que vive hasta ahora) y Rodriguez (el Pollo) quedando prisionero el primeró. El hábil y valiente Paunero supo no solo vencer, sino atraer á los vencidos quedando generalmente estimando. Recuerdo que el fué el mas ardoroso abogado que tuvo su prisionero Luque, cerca de mi, y que tuve la complacencia de dispensarle consideraciones y franquicias muy especiales que no supo (Luque) agradecer.

cas dolencias: muy luego veremos reaparecer el desorden

La retirada del coronel Pedernera habia dejado entregada la sierra á las furias del infierno. La anarquía y los crímenes que siguen siempre sus ensangrentadas huellas, parecian haberse radicado en aquellas desgraciadas comarcas. Los comandantes Leal, Moreno (D. Antonio), Castro y otros muchos fueron barbaramente asesinados. De las provincias de la Rioja y S. Luis, entraban con mas frecuencia que nunca partidas de vándolos que no respetaban ni la vida, ni la fortuna, ni el honor de las familias. Mas á que serviria bosquejar el cuadro de semejantes horrores? Nos desviaría de nuestro objeto, que no es otro que presentar los sucesos en sus relaciones políticas y militares. Nos abstendremos pues, de disgustantes por menores y nos limitaremos á decir que reinaba el desorden mas completo.

El coronel Plaza habia sido mandado con una pequeña division á reemplazar á Pedernera, pero sobre ser su fuerza insuficiente, la insurreccion habia tomado tal vuelo, que era necesario emplear mayores medios para contenerla. Era indispensable desplegar un aparato imponente de fuerza, y distribuirla convenientemente, para escarmentar á los indómitos serranos. Debe tenerse presente que ellos no eran sino la vanguardia del General Quiroga, y que podian de un dia á otro ser apoyados por gruesas divisiones, ó por todo su ejército. Esta circunstancia debia hacernos circunspectos en nuestros movimientos y reservados en nuestras operaciones. Por otra parte internándome demasiado en la direccion del oeste, dejaba á Córdoba descubierta por el camino de posta de Mendoza y S. Luis, el que no debia perder de vista como lo justificó luego el suceso, pues fué el mismo por donde muy poco despues fué invadida segunda vez la provincia en la proxima campaña. Nuestro ejército fatigado hasta lo sumo, dividido notablemente principalmente en caballería, y disminuido en mu-

esos puntos que era necesario atender, era el objeto de mis mas graves cuidados.

A quien reflexione sobre la materia no le costará gran esfuerzo concebir cuanto padece la disciplina (sin hablar de la instruccion táctica) en esas fracciones que era preciso separar á grandes distancias bajo las órdenes de oficiales que lejos la vista de los jefes no tienen acaso, la capacidad ó la voluntad de radicar en el soldado estos principios de orden y patriotismo que constituyen la fuerza moral. Tal era nuestro caso, á lo que debe añadirse que nuestros soldados tenian siempre delante, la seduccion de una licencia absoluta con que los brindaban nuestros enemigos, mientras eran muy pocos los medios de recompensar su fidelidad. Sin embargo me hago un deber en repetir en honor de ese sin igual ejército, que con raras excepciones fueron todos fieles á sus compromisos y al orden. Mas estas mismas virtudes, de que deben envanecerse en cualesquiera tiempo y lugar, y cualquiera que sea el partido que predomine en la república, hacían mas irreparable la pérdida de uno de ellos: y esto era lo que frecuentemente sucedía en esas expediciones aisladas aunque pequeñas, en que los combates, los asesinatos, y otras concausas ligaban lo selecto de mis tropas, sin poder reemplazarlas ni con reclutas traídos á la fuerza, á los que no habia tiempo de inculcar los principios de orden, ni aun de instruccion. A vista de esto se puede considerar cuanto celo y perseverancia hemos debido dedicar, á fin de que no se estinguiesen las semillas de moralidad y de gloria que los habian hecho invencibles. La falta de recursos, tampoco permitia tener depositos de reclutas, ni aumentar indefinidamente la fuerza de los cuerpos, ó crear otros (1)

(1) Cuando tuvo lugar la revolucion de la Sierra contra Pedernera, los soldados que huian de las filas de los subleyados y se presentaban al gobierno eran agregados á un piquete del mismo cuerpo que me servia de escolta y que de consiguiente no se halló presente á aquel escándalo. Sobre esta base que desde entonces

de modo que luego que un recluta era destinado á una compañía salía á campaña, á hacer el servicio que no entendia, como si fuere un soldado de mucho tiempo.

Ya que hemos tocado la falta de recursos es forzoso decir algo sobre tan importante materia que tanto ha dado que criticar á mis enemigos. Ha sido sino la mayor una de las mas graves dificultades que me han rodeado la penuria de la hacienda pública. Es bien sabido el monto de las rentas en la provincia de Córdoba, que es una de las mas pingües de las del interior. En un órden tranquilo y regular, no tiene duda que bastan á llenar con superabundancia las necesidades domésticas, pero en el caso presente no solo habian disminuido considerable los ingresos por la guerra interior y exterior sino que los gastos habian ascendido inmensamente tanto por los que demandaba el sosten del ejército, cuanto por los que eran necesarios para esos diarios movimientos. Fué pues preciso ocurrir á arvitrios extraordinarios y despues de mil deliberaciones las mas prolijas, no se halló otro que el de los empréstitos forzosos. Medio ruinoso á la verdad, reprobado y mucho mas terrible cuando para hacerlos efectivos es preciso hechar mano de la violencia. No obstante la mas imperiosa necesidad me obligó á adoptarlo, y no es sino con la mayor repugnancia y el mas vivo dolor que hice uso de él. Pero ni como podia negarme cuando no temia otro para resistir á mi adversario, para hacerme la guerra lo empleaba de tal modo, y llebando las cosas á tal extremo que mi pluma se resiste á describirlo. Dejo al cuidado de algun otro que quiera ocuparse de estos asuntos, el de referir lo que por este tiempo y en este mismo sentido se practicaba en en los Llanos de la Ro-

dejó de pertenecer al N.º 2 de caballeria se formó un escuadron que posteriormente fué regimiento de dos escuadrones, con el título de coraceros de la guardia. Fué nombrado gefe de él, el mayor D. Santiago Albarracín, que ascendió luego á teniente coronel, y mayor mi ayudante de campo el capitán D. Wenceslao Pauero. Sin embargo, la insuficiencia de medios hizo que este cuerpo, nunca tuviese su dotacion completa.

ja, San Juan y Mendoza. Entonces por una simple comparación se me hará la justicia que merezco y se cubrirán de vergüenza mis detractores que eran los mismos panegiristas de mi rival.

Por otra parte era evidente que si el General Quiroga hubiera sido vencedor, las contribuciones hubieran sido infinitamente mas cuantiosas, y que despues de anegar en sangre la poblacion de Córdoba, la hubiera despojado de sus fortunas como sucedió en otras provincias que pudo subyugar; además que sus exacciones hubieran sido mas ruinosas, por cuanto su producto debia extraerse fuera de su territorio. Es pues demostrado, que aun el mas preocupado no podrá ver en dichas medidas, sido la eleccion de uno menor entre dos males indispensables. Despues tendré ocasion de volver sobre la misma materia y esplanar mas estas reflexiones que á mi juicio són incontestables.

La multitud de partidas mas ó menos fuertes que obraban diseminadas en una gran estension de territorio tuvieron innumerables choques con los enemigos que seria muy prolijo referir, y de los que muchos ni aun conservo en la memoria. No hablaré sino de los mas notables para evitar una molesta difusion y porque tampoco me seria posible hacerlo de otro modo: con esta ocasion debo advertir que escribo diez años despues de los sucesos, que han pasado por mi vicisitudes extraordinarias que parece un milagro la conservacion de mi existencia, y que no tengo á la vista un solo papel, ni documento de aquella época. De consiguiente cuanto va consignado en estas memorias, es esclusivamente recuerdo de la mia, pero con la seguridad, que aunque quizá haya pasado por alto algunos hechos poco importantes, los que van referidos son enteramente exactos. Si el tiempo y circunstancias posteriores me lo permiten, me propongo recitarlas, y aumentarlas con lo que me suministraren los periodicos de entonces, y las conversaciones

con las personas que figuraron, que actualmente no me es posible obtener.

El mayor Cuevas fué destinado con una partida del No. 2 de caballería á hacer frente á la del mayor Luques, en que venia tambien el comandante Rodriguez (el Pollo), la que penetrando otra vez desde Santa-Fé por la frontera del Tío promovia la insurreccion de aquellos partidos. Cuevas dotado de un gran zelo, desplegó un rigor impolitico y no tuvo habilidad para captar la voluntad de los paisanos, así fué que disgustado el vecindario, exasperada la poca milicia que podia reunir, y hasta los veteranos picados del contagio, me fué preciso retirarlo reemplazándolo por el mayor Paunero, el cual en pocos dias restableció la disciplina, hizo renacer la confianza y se puso en estado de resistir y escarmentar á los invasores como despues lo verificó: las impresiones de odio contra Cuevas fueron tan profundas, que le costó bien caro cuando tiempo despues los sucesos lo pusieron en manos de sus enemigos.

Otra partida presidida por el comandante Castillo que habia sido de la frontera del Rio 4.º en tiempo de mi antecesor, en que figuraban muy principalmente los hermanos Liras, se internó tambien por la parte del Rio 3.º con el mismo fin de promover la insurreccion: fué destinado contra ella, el capitán Ferrer de voluntarios argentinos con una fuerza proporcionada que debia aumentar con la milicia que se conservase fiel. En otros puntos de la campaña se dejaban sentir igualmente sintomas alarmantes, principalmente en el poblado partido de la Punilla, donde con diferencia de pocos dias estalló el movimiento revolucionario presidido por el célebre D. Diego Cañeres, quien no habiendo sido hasta entonces sino un juez civil de campaña desplegó una audacia, una actividad y un genio dignos de un célebre caudillo.

Todos estos detalles en que intencionalmente me he detenido y la coincidencia que reina entre ellos nos revelan

la conducta que se habian propuesto seguir los gobiernos enemigos y los puntos en que diferian. Los de Buenos Aires y Santa-Fé puestos ya en completo acuerdo libraban el exito de sus deseos á maniobras secretas (1) con los descontentos de Córdoba y al auxilio que mas ó menos claudestinamente prestaban á los emigrados para que penetrasen á mano armada, y promoviesén insurrecciones parciales, ó montoneras. El General Quiroga sin dejar de emplear los mismos medios no los creia suficientes y se disponia á una nueva invasion con un numeroso ejército. Este era el punto en que discordaban, á lo que debe agregarse las dificultades que rodeaban al gobierno de Buenos Aires y los celos de Santa-Fé: en último resultado el General Quiroga quedó solo en la palestra obrando á cara descubierta y los otros limitaron sus hostilidades á los indicados manejos y á la reunion de una comision que se decia mediadora de que nos ocuparemos á su tiempo.

Estábamos á fin del año y el estado de las cosas era tal en el interior que demandaba un remedio tan pronto como vigoroso, que nos dejase en aptitud de poder repeler la agresion exterior. Los movimientos de la Sierra de esa vendé pequeña llamaban principalmente mi atencion tanto por los progresos que haria la insurreccion cuanto por el poderoso auxilio que serian á la invasion del General Quiroga que estaba próxima á verificarse. Fqué pre-

(1) * Cuando en 1831, caí prisionero el coronel D. Francisco Reinafé que fué el primer jefe á quien me presentaron, me dijo en conversacion: que muchas veces habia sido invitado mientras estaba en la provincia de Córdoba á promover y dirigir una montonera por los gobiernos de orden de la república: pero que jamás se prestó á una insinuacion contraria á sus principios: que en su carácter actual no podia considerarse como un subdito revelado contra la autoridad legal, sino como un oficial que habiendo tomado servicio en Buenos Aires hacia la guerra por orden de su gobierno. La disculpa era enteramente inútil, pues yo estaba muy lejos de poderlo reconvenir, pero ademas de conducir á mi proposito que es poner en claro los manejos que se empleaban; prueban que traia bien estudiada la leccion si la suerte de las armas lo destinaba á caer en mis manos, como habia estado otras veces.

ciso ocuparse seriamente de ellos, y se combinó un movimiento general, adecuado á las localidades y á la clase de enemigos que debia combatirse.

La sierra de Córdoba es una cadena de montañas que de sud á norte atraviesa una gran parte de la provincia. Su extremo meridional toca en la de San Luis: desde cierta distancia va deprimiéndose, y divagando en ásperas lomadas hasta confinar con las trayesias de la Rioja y Catamarca. Los valles situados al oeste de dicha serranía eran el teatro de la insurreccion y de los desórdenes que hemos indicado: poco ó nada se hubiera conseguido con atacar un solo punto, ó por lo menos hubiera sido preciso emplear mas tiempo del que podia disponer, para que un cuerpo de tropas fuese recorriendo, despejando y pacificando los lugares que ocupase: preferí pues mover una masa considerable de fuerzas distribuida en varias divisiones, y pasando la sierra por otros tantos caminos, caer simultáneamente sobre los valles abarcando una gran estension de territorio. En consecuencia de este plan el coronel Echeverria con una division casi despuutando el extremo sud de la Sierra tocó en la provincia de San Luis, y dando conversion sobre la derecha flanqueó las reuniones enemigas que bordeaban su pendiente occidental. El coronel Madrid con otra atravesó la misma con su division en frente de San Javier: otra division á mis inmediatas órdenes hizo lo mismo en direccion á Nono: una cuanta aunque mas pequeña division á las órdenes del mayor Luna atrevesó la sierra mas á mi derecha, y finalmente el coronel Plaza con la última (1) hizo otro tanto para caer sobre Pocho, donde por un movimiento contrario al del coronel Echeverria se aproximó lo conveniente á las divisiones del centro.

(1) Debo advertir que siendo la izquierda de esta gran linea de divisiones la mas importante por la proximidad del General Quiroga, he empezado á numerarla por este costado contra lo que regularmente se acostumbra.

El 1.º de Enero de 1830, fué el dia destinado para este inopinado ataque, que se verificó con la mayor simultaneidad sin embargo de la dificultad que opuso un terrible temporal que nos acometió en las cumbres. El soldado padeció mucho por la violencia de los vientos, el frio, la agua, y esas densas nieblas que casi pueden palpase oscureciendo enteramente la atmósfera. La noche del 31 de Diciembre fué principalmente horrible, dando lugar á que se acreditase el error vulgar de que aquellos inanimados y gigantescos moles se resienten de verse holladas por plantas de hombres desconocidos, y esplican á su modo su irritacion, produciendo feroces tempestades. Por unos momentos temí que este fenómeno tan natural fuese de mal agüero para nuestra tropa, pero con la claridad del siguiente dia me desengañaron los semblantes tranquilizándome cumplidamente.

Vencidas al fin aquellas escabrosas oimas que el temporal habia hecho mas dificiles, descendieron las divisiones á los puntos que les estaban indicados. Hubo muchos encuentros, mas en todos fueros arrollados con pérdida los enemigos, y perseguidos sin descanso. Lo que acabó de completar su confusion y derrota, fué que cada una de las divisiones batidas, pensaba no haber penetrado mas fuerza mayor que la que tenia al frente, y buscaba naturalmente el apoyo de la suya que le estaba mas inmediata; de modo que el desengaño era terrible, cuando la hallaba en igual ó peor estado que el que ella tenia.

Ocupados que fueron, y despejados de enemigos los valles del Oeste de la sierra quedó en nuestro poder la gran faja de terreno que corre desde Pocho, por Nono, y San Javier hasta el territorio de San Luis. Las poblaciones estaban yermas, las familias en los bosques, los hombres de armas se habian dispersado, ó seguido á sus caudillos á las provincias limítrofes: el escarmiento no era aun completo, ni terminado mi objeto.

Despues que por un movimiento concentrico se apro-

ximaron algo las divisiones para facilitar sus comunicaciones reciprocas que se habian interrumpido durante el paso de la sierra, se abanzaron hácia los territorios de la Rioja, San Juan, y San Luis, haciéndose prender de partidas confiadas á diestros guerrilleros que llevaron el terror por aquellas campañas y la alarma hasta las mismas capitales. Entre estos se distinguió el célebre Luna sobre el que me permitire dar una ligera noticia.

Era natural de Santiago del Estero, como de 35 años de edad, de poca ó ningun educacion, y su instruccion estaba reducida á leer trabajosamente. Antes de la accion de la Tablada se me presentó pidiendo el permiso de levantar una partida de voluntarios, para hacer la guerra como partidario: se lo otorgué, pero no pudo reunir sino muy pocos hombres: notando ya sus buenas aptitudes le aumenté su número hasta 18 ó 20 con los que lo destiné á traerme caballadas: se desempeñó tambien que llegó al ejército el 22 de junio por la tarde en los momentos en que se empeñaba la batalla: él mismo tuvo que combatir encarnizadamente con partidas que lo atacaron á la vista nuestra. Tanto este pequeño tiroteo, como la gran polvareda que levantaba la caballada desde que asomó por la bajada del Pucará, me hizo creer que me atacaba por la espalda la montonera de Guevara y me obligó en estos instantes críticos á destacar alguna fuerza selecta para observarlo y contenerlo: me ví tambien precisado de ella en el lance decisivo.—Luna se condujo perfectamente y se sostuvo hasta que fué protegido y salvó la caballada.

Continué empleándolo del mismo modo y su desempeño correspondió siempre á mis deseos; en esta campaña de la Sierra se distinguió principalmente en escursiones parciales, pero lejanas y peligrosas que siempre coronó el mas cumplido éxito. Cuando el terreno que habia de recorrer era montuoso toda su partida se prevenia de guardamontes con cuyo medio podia penetrar por los mas enmarañados bosques, para perseguir y aniquilar los afama-

dos caudillos del vandalage y las bandas que los seguían. La sorpresa era su arma favorita y aunque desconocia absolutamente la táctica, y los resortes de la disciplina militar, sabia sin embargo imponerla á su modo, lo bastante para que no se malograsen sus empresas. Ocurrió una circunstancia digna de notarse que acabará de dar á conocer su carácter y disposiciones.

En proporcion que iba conociendo su capacidad, iba aumentando la partida de su mando: una vez la hice llegar á 80 hombres y el resultado de su empresa sin ser desgraciado no correspondió á lo que el y yo esperábamos. A su vuelta me dijo espresamente que conocia no poder mandar mas de 50 hombres y que con este número lo mandase á cualesquiera parte, pero que con mayor fuerza no podia desenvolverse: la razon era muy clara, pero no era tiempo de procurarle una instruccion táctica á que tampoco se manifestaba inclinado: desde entonces nunca salió á campaña con mas número que el que habia prefijado. Con el mismo fin de darlo á conocer anticiparé otra ocurrencia que tuvo lugar al otro dia de la accion de Oncativo (Laguna larga.) Como hubiese aumentado su partida habitual (que no llegaba al número indicado, sino en los casos que requerian mas fuerza) con algunos prisioneros que voluntariamente quisieron seguirlo, le dije que seria conveniente que tuviese un oficial subalterno, á cuyo efecto me propusiese al que le pareciese mas apto. Su contestacion fué que ya lo tenia porque acaba de nombrar un teniente de entre los individuos de su dependencia, para que le ayudase y fuera el segundo en el mando. Me dió esto mucho que reir, pero no mereció mi reprobacion su ignorante franqueza.

El entonces se titulaba y lo titulaba yo mismo capitán pero en su concepto el grado no tenia un carácter permanente; así es que cuando despues de alguna campaña feliz, parecia deberse esperar una larga tranquilidad, me pedía permiso para disolver su partida, é irse á trabajar quedau-

do él y ella aplazados para cuando los volviese á llamar porque ocurrieran nuevos peligros. Tuve tambien empleados otros guerrilleros como Castellanos, Peñalosa &c. pero ninguno igualó, ni aun se aproximó á Luna, que ademas de su valor actividad y celo, tenia la calidad de honrado en cuanto puede serlo un hombre de su profesion. Al fin despues de haber salvado de los riesgos de su peligrosa carrera y cuando despues de mi prision estuvo terminaba la guetra y reposaba tranquilo en la provincia de Tucuman en medio de la mas profunda paz, fué víctima de un cobarde asesinato, preparado por un gefe de la mas alta categoria, á quien habian dado muy buenos sustos. Tendre en el curso de estas memorias ocasion de hablar otra vez de él, pero me ha parecido anticipar la relacion de su trágico destino.

Es tan importante el servicio que prestan estas partidas sueltas, en las guerras de nuestro pais, finalmente en aquellas en que tomando parte la masa de la poblacion de campaña, se han convertido en soldados todos sus habitantes, que he juzgado útil detenerme algo sobre el particular.

Es raro hallarse hombres que reúnan las calidades necesarias para un buen guerrillero. Facinerosos audaces que hacen del robo y el asesinato su carrera, los hay en abundancia, pero no hombres dotados de las prendas que deben adornar á un oficial que se dedica á este servicio. Debe ser intrépido y á la vez audaz, vigilante, infatigable, robusto, práctico de los caminos y lugares, y conocedor de los usos y del carácter de los habitantes; finalmente debe ser honrado tanto mas que está en mayor aptitud que otro alguno de abusar de esa posicion y cometer crímenes casi con impunidad. Sobre todo debe poseer ese tacto, esa habilidad, esa destreza para mantener en su tropa una disciplina tal cual la requiere ese servicio, sin valerse de los medios ordinarios de establecerla, pues si peca por rigidez acabará con la espontaneidad que es indispensable, y si es

obra en sentido contrario se vendrá á parar en una lucha desenfadada. Por esta razon es necesario que el influjo personal entre por remedio, y que el oficial partidario sea un semi-caudillejo que haga obrar á sus subordinados por medio de unos resortes especiales. Cuando una guerra es popular como fué la nuestra de la Independencia, ó como la de España contra Napoleon, se concibe muy bien la facilidad de hallar hombres dispuestos á seguir al oficial guerrillero, pero cuando no sucede asi, es preciso que todo lo busque y lo encuentre en los recursos de su genio.

Es escusado decir la utilidad de estas partidas en la guerra de nuestro pais: ellas descubren el terreno á largas distancias, ellas ejecutan importantes sorpresas al enemigo, ellas dan la alarma cuando conviene, ellas encubren los movimientos del cuerpo principal, ellas en fin economizan infinitas fatigas con que serian abrumadas las tropas regulares de que se pueda disponer, en unos espacios indefinidos y en unos lugares abiertos en todas direcciones. Otra ventaja que hallaba en estas partidas es que nunca me incomodaron con ese continuo petitorio de caballos con que las otras tropas molestan al General. Ellas se los procuraban tomándolos del campo y siempre andaban bien montados; y lo que es singular que la de Luna jamás dió motivo á queja ni reclamacion del vecindario. Pero tengase cuidado en no multiplicarlas al exeso, porque entonces se incurriria en otro mal quiza peor, cual seria la relajacion de la disciplina y el descrédito del ejército. Preciso es que se guarde una justa proporcion al número de fuerza que se manda, á la clase de guerra que se tiene que sostener y al pais que sirve de teatro sin olvidar tampoco, otras circunstancias que han de tenerse presente.

Quando llega el caso de una batalla, esas partidas de nada sirven, así es que ningun servicio prestaron en un combate propiamente dicho. Quando mas la destiné á inquietar un flanco del enemigo, y ni así hicieron cosa de provecho. Desde que se formaban lineas, desde que los

principios de la táctica van á ser empleados, ya ellas están fuera de su elemento: ellas mismas se confiesan nulas ó impotentes. Se les ha comparado mal á la caballería ligera de los europeos, porque hay poca semejanza: mas bien las equiparé á las tropas irregulares que han traído los rusos en sus últimas campañas al mediodía de la europa, por ejemplo los cosacos que no están regimentados, pero no obran en grandes masas sino en partidas de un modo peculiar y hasta cierto punto regularizadas.

La campaña de la Sierra, sin que se empeñase un combate en forma, pues no doy este nombre á innumerables pequeños encuentros en que fueron escarmentados en todas direcciones los insurrectos, (Montoneros) fué de la mas grande importancia. Una gran estension de territorio quedó pacificada, los habitantes laboriosos y pacíficos á quienes se brindó con la mas completa seguridad volvieron á sus casas y aun á sus faenas, las autoridades que se establecieron pudieron ejercer sus funciones, la del gobierno fué respetada y obedecida. El vandalage deshecho y aterrado dejó respirar aquellas comarcas, huyendo á otras guaridas lejanas; y lo que es mas que todo abatió el ánimo de los anarquistas internos que se preparaban á promover una conflagracion de mayores dimensiones cuando Quiroga tocase nuestras puertas con el nuevo ejército que formaba en Mendoza. El feliz y rápido resultado de la campaña de la Sierra rompió las combinaciones de los enemigos internos, pues aniquilado el foco de la insurreccion no pudieron por entonces propagarla, quedándome lugar para ocuparme con algun deshaogo de los preparativos necesarios para recibir convenientemente la nueva invasion de aquel caudillo.

Ya he indicado que fraccionadas nuestras fuerzas á distancias considerables, é internadas en la Sierra, me esponia si mis movimientos no eran conducidos con la mayor circunspeccion á que Quiroga se avanzase rápidamente con su ejército por el camino de Mendoza que dejaba des-

cubierto y cuando no llegase á cortar enteramente mi línea de operaciones y me tomase de revés al menos en una aptitud muy poco favorable para mí; pues no hubiera tenido tiempo bastante para dar á los cuerpos que reuniese á toda prisa la tal cual organización que era indispensable. Por otra parte, alejándome indefinidamente de la frontera de Santa-Fé como sucedia internándome demasiado hácia el oeste, podia Lopez haber intentado hacer algo mas, que lo que hasta entonces habia hecho fomentando á los cordobeses refugiados en su provincia para que formándose en fuertes partidas penetrasen en el territorio de Córdoba con el doble fin de batir las nuestras, é insurreccionar la campaña. Podia pues haber dado mas estension á estas operaciones á favor de la ausencia de nuestras principales fuerzas y mias, y haber puesto en conflicto la misma capital.

Todas estas consideraciones me obligaron á obrar con la mayor cautela, y para el efecto tomé un espediente que tuvo el mas cumplido efecto.

Como mis partes debian publicarse sin demora para satisfacer la curiosidad pública harto impaciente, y harto acostumbrada á que nada se le dejase ignorar, tomé el arbitrio de no designar por sus nombres los lugares que ocupaba, ni los que eran teatro de los parciales encuentros que tuvieron lugar, sino por las letras del alfabeto. De este modo pasaba una nota datada desde mi cuartel general situado en A. para avisar los sucesos ocurridos en los lugares B. E. D. &c. Este arbitrio produjo un extraordinario efecto en amigos y enemigos. Estos creian que era una especie de burla para desconocerlos, y que solo me proponia alucinarlos, haciendo entender que ganaba combates y pacificaba territorios imaginarios: por el contrario los amigos de la causa se exaltaron hasta el estremo de formar en su fantasía castillos aéreos: habia hombre que me suponía ya trepando los Andes, con otras mil sandeces de este género,

Expulsado completamente el vandalage del territorio de Córdoba y de una gran parte de los de la Rioja y San Luis, traté de volver el cuérpo principal de nuestras fuerzas á su posicion natural, dejando solamente en la Sierra lo preciso para conservar el órden, y á fé que ya era tiempo, porque bien fuese que Quiroga habia terminado sus preparativos, ó que quiso aprovecharse de mis ocupaciones en la Sierra, se movia ya por el camino de Mendoza á marchas rápidas. Estos movimientos prepararon la accion célebre de Oncativo, ó Laguna Larga, para la que me dispuse retirando á toda prisa las fuerzas que habia dejado en la Sierra, la que no se movió sin embargo de la ausencia de aquellas por causa del terror que les habia impuesto nuestra anterior campaña.

Mas antes de ocuparme de esta batalla y de algunos incidentes que la precedieron preciso es ocuparme algo de la política debiendo para ello tomar las cosas desde mas atras. Pienso que la narracion que haga aunque refiera hechos que estuvieron mezclados con los que he referido, como son de distinta naturaleza en nada perjudicará á la inteligencia de esta memoria.

Bien sabido que el gobierno de la Presidencia halló una oposicion invencible en casi todos los gobernantes de las provincias interiores. Nadie ignora tampoco que estos se apoyaban en las masas populares, y que con excepcion de la parte mas culta de las poblaciones, la muchedumbre, y otras personas del que se llama partido federal seguia decididamente sus banderas. Ya indiqué ligeramente que la reforma religiosa que se promovió en Buenos Aires habia servido de pretesto á los corifeos de dicho partido federal para fanatizar la multitud, y decidirla á que nos hiciesen una guerra religiosa.

Me hago un placer en repetir que el Dr. D. Pedro Ignacio de Castro Barros, mal que les pese á sus émulos, hizo servicios importantes á la causa, sin manifestar ese ánimo preocupado, esos principios ultramontanos, ese es-

píritu de intolerancia que se le habia atribuido. No se presentó como reformador lo que en esas circunstancias hubiera sido el colmo de la demencia, pero tampoco se mostró enemigo de un racional progreso: ministro celoso, orador infatigable, atleta valeroso, combatió el fanatismo que queria hacer de nosotros unos impíos, incrédulos y perseguidores de la religion de Jesu-cristo. Nada tengo que reprocharle á este respecto y ántes dió pruebas de una liberalidad ilustrada como se verá por el hecho siguiente.

Las faenas rurales como es de presumirse habian sido desatendidas por causa de la guerra y el gobierno se interesaba en que el tiempo limitado de quietud que ofrecian las circunstancias se aprovecharan en las siembras y demas labores agricolas. La multitud de dias festivos que en Córdoba son guardados religiosamente era un verdadero embrazo que el gobierno deseaba por lo menos disminuir. ¿Qué hice entonces? llamar al provisor y decirle. Cuando un particular tiene un trabajo urgente y de cuya suspension se le sigue un perjuicio grave, ocurre á la autoridad eclesiástica, para que dispensando uno ó muchos dias festivos, puedan trabajar sus domésticos y asalariados. En idéntico caso se halla la clase productora de la provincia y el gobierno se dirige á la misma autoridad para que por un tiempo dado se dispensen algunos dias festivos, para que las gentes del campo, pudiesen emplearlos en sus cosechas y labranzas. No desaprobó mi pensamiento, pero me pidió algunos dias para meditarlo. Pasados estos se me presentó el mismo provisor dando mucha mayor amplitud al pensamiento, pues no se reducía á una simple dispensa, sino á la supresion absoluta de muchos dias festivos, cuya observancia perjudica á la industria, y favorece la olgazaneria y los vicios (1). para lo que se creia facultado. Sin embargo de su opinion á este respecto, me dijo que iba á proponerlo en consulta al

(1) Los mismos exactamente que han sido despues suprimidos en la provincia de Buenos Aires y tal vez en otras.

capítulo de Dignidades y Cauónicos, que es lo que allí se llama Cabildo Eclesiástico.

Así lo hizo, y se creerá que aquella corporacion sea por fanatismo, sea por ignorancia, ya por hacer oposicion al gobierno, ya por envidia al mismo Dr. Castro se pronunció, no sobre la conveniencia de la medida, pues sobre eso no se le habia consultado, sino sobre la insuficiencia de facultades del provisor para acordarla? Entonces no queriendo Castro enconar la oposicion de un cuerpo que no carecia de respetabilidad, se dirigió con mi beneplacito al Nuncio Apostólico, residente en el Janeiro, cuyas contestaciones no llegaron, porque los sucesos se precipitaron, la guerra se encendió con nuevo furor, las vias de comunicacion se interceptaron, y faltó tiempo y oportunidad para las gestiones consiguientes en esta clase de asuntos. Esto sucedia en los últimos tiempos de mi residencia en Córdoba y solo lo he anticipado para no volver sobre ello. Tampoco he querido dejar en silencio los esfuerzos del gobierno político y del eclesiástico de Córdoba, que fueron los primeros (que yo sepa) en promover la reforma de los dias festivos que despues han obtenido en Buenos Ayres y quizá en otros pueblos.

La voz propagada por nuestros enemigos políticos de que yo pretendia dar un curso forzado al papel moneda de Buenos Aires, es otra de las armas que manejaron para dañarnos, y el medio de que se valieron para sublevar la ignorante multitud. En vano veían que ni el ejército, ni el gobierno hacia uso de semejante moneda; los corifeos de la oposicion hacian entender, que solo duraria esa reserva mientras tardase en afianzarse mi poder.

La caja militar del Ejército solo conservaba unos cuantos cientos de pesos en papel moneda, restos de un poco que se habia traído para los gastos precisos en la campaña de Buenos Aires. Estos se vendieron á algun comerciante casi al mismo cambio que corria en aquella capital, lo que me hizo ver que si hubiera traído una buena cantidad, hu-

hubiera sido un recurso para llenar las necesidades del ejército, sin necesidad de emitirla á la circulacion. Esto pudo haber sido, pero la mezquindad del gobierno de Buenos Aires en proveer la expedicion, me habia hecho renunciar á este pensamiento. Para formar la caja militar del ejército, tan solo se dieron doce mil pesos fuertes, y de estos se sacaron aun quinientos para prestar á D. Juan Andres Gelli en el Desmochado, que fué mandado en comision por el General Lavalle.

Desde que pisamos el territorio de Santa-Fé, fue preciso pagar los viveres en metálico, lo mismo que en Córdoba y á buen precio para atraer al paisanage: cualquiera lijero servicio era generosamente recompensado. Cuando hubo que emplear espías ó bichadores como se les llama vulgarmente se les retribuia de un modo que jamas habían visto, ni esperado. A los jefes, oficiales y tropa, se les dió una buena cuenta en dinero sonante luego que pasamos de la frontera de Buenos Aires para que llenasen sus pequeñas necesidades, y ordenando que no se hiciese absolutamente uso del papel. Con esto se consiguió mucho, pero no del todo calmar los temores de aquellas gentes que creia ver á nuestra espalda una irrupcion de papel moneda que iba á depreciar sus efectos.

Cuando he hablado de la mezquindad del gobierno de Buenos Aires lo he hecho porque la hubo efectivamente. Parece que no hubo otro objeto que desprenderse de mí y de los provincianos que me acompañaban. Muchos juzgaban que en el estado de paz, tantos militares llenos de méritos, servicios y derechos á los premios nacionales, eran una verdadera carga para la provincia de Buenos Aires que harto tenia que hacer, en recompensar á sus hijos. Si alguna vez se me queria retener era cuando el peligro asomaba su horrible cabeza, es decir cuando la revolucion barboleaba; pero desde que algun suceso prospero, parecia afianzarla, los semblantes de todos me decian ¿qué hace vd. aquí? Ya es tiempo que vaya al interior, á buscarse un lugar que

aquí no podemos darle. Esto era muy conforme á mis deseos, no por un motivo personal, sino por facilitar la organización nacional que fué el objeto constante de mis esfuerzos.

Los limitados medios de mi caía militar se habian agotado á los pocos dias de estar en Córdoba, y tampoco los tenia el tesoro provincial, fué preciso ocurrir á un empréstito que el comercio franqueó espontáneamente. Como el comercio estaba enteramente paralizado, como los cofres públicos habian sido barridos por mi antecesor, como las rentas estaban por efecto de las circunstancias en completa nulidad, como en lo sucesivo aun cuando llegaron á cobrarse eran insuficientes para sufragar los gastos de mi estado de guerra y excepcional, fué preciso ocurrir varias veces á ese terrible recurso haciendo forzosos esos mismos empréstitos, y oprimiendo á los que los resistian pero jamás cometéndose las chocantes crueldades y ejecuciones barbaras con que Quiroga hacia efectivos los que imponia. Quien tuvo por esta razon algunos dias de prision pero nunca paso de hay. Sin embargo es un terrible arvitrio que solo puede disculparle el empeño de las circunstancias, siempre lo repugne y me costó mucho adoptarlo.

Un dia se me presentó el Provisor y Gobernador del Obispado Dr. Castro, acompañado de otro eclesiastico de ejemplar virtud y doctrina. Su objeto era proporcionarme que para las urgencias del estado, que sin la menor duda eran primeras y graves se tomase la plata labrada de los templos que no fuese enteramente necesaria al culto. Para apoyar su insinuacion me citó muchos ejemplares en que monarcas y otros gefes seculares muy católicos, de acuerdo con los Santos Obispos que regian entonces las iglesias, habian echado mano de las riquezas de los templos para los gastos de guerras justas como la que entonces sosteniamos, cuidando despues de reponerlas mejorada que fuese su situacion. A todo esto añadió que el gobierno nada te-

ffia. que hacer sin manifestar su voluntad, pues la autoridad eclesiástica se encargaba de todo lo demas.

Este acto de patriotismo, esta ardiente decision por la causa de la libertad, de la humanidad y de la civilizacion— esta accion de desinterés y de liberalismo en un hombre que tanto se habia sindicado como preocupado y fanático me obligó mucho y no dudé en espresarle mi agradecimiento. Sin embargo conocí lo que tenía de grave la medida, y me propuse no arrostrar su odiosidad sino por un interes proporcionado. Pregunté pues en cuanto podía evaluarse el producto de la operacion que se me proponia, y me contestó que dejando á las iglesias los vasos sagrados y algunas otras alhagas indispensables, calculaba que montaria á cuarenta mil pesos el valor de las estraidas. Esta cantidad me pareció proporcionada en union de algunos otros recursos para dar una impulsión á las operaciones que meditaba, que podian habernos dado grandes resultados, y en esa inteligencia acepté la propuesta que se hizo en debida forma.

Fuese errada de cálculo, fuese que los administradores de las iglesias cometieron el piadoso fraude de ocultar la mayor parte de los metales preciosos que poseian, sea en fin que los comisionados en la resolucion se excedieron en la clasificacion de alajas indispensables para el culto, ó sea todo sierto, el resultado fué que la cantidad prometida se redujo á la decima parte y cuando se me vino á avisar que estaba ya recibido el valor de cuatro mil pesos que solo importaba la plata labrada recaudada, mandé que sin tocarla se devolviese á las iglesias de donde se habia estraido. En vano fué que me dijeran, que el golpe estaba dado, que lo que el tenia de odioso ya habia pasado, que semejante cantidad venia á ser como un regalo, pues aquel pequeño caudal estaba ya enagenado. Fuí incontrastable en mi opinion y las piezas de plata fueron intactas devueltas á los templos. El motivo que tuve para obrar así fué que aquella cantidad no me sacaba de ahogos, ni me

permitia dar una impulsión vigorosa á las operaciones de la guerra, mientras que la odiosidad de la medida en países como el de Córdoba seria de gran peso. Por otra parte para *continuar viviendo como se podia*, no eran absolutamente necesarios 4000 pesos y pienso hasta ahora que con ellos hubieramos hecho lo mismo. Despues cuando he visto los papeles públicos referir el hecho de que yo desnudé y saqué los templos me he alegrado de mi determinacion, y me he reido de una impostura, que es notoria á un pueblo entero.

He dicho antes *ir viviendo como se podia*, pero no se crea por esto que dejasen de procurarse recursos aun en aquellos intervalos de descanso que nos dejaban las ocurrencias de la guerra. En estos intervalos se licenciaban las milicias salvo en las fronteras, y solo quedaban las tropas de línea. Estas se atendian por varias cuentas mensuales en la forma siguiente.

Coronel.....	50 ps.	La tropa recibia semanalmente:	
Teniente Coronel	40 “	Sargento.....	13
Mayor.....	30 “	Trompeta.....	$\frac{3}{4}$ ó 6 rs.
Capitan.....	25 “	Cabo.....	$\frac{3}{4}$ idem.
Teniente.....	17 “	Soldado.....	$\frac{1}{2}$ ó 4 rs.
Ayudante.....	15 “		

Ademas se distribuian semanalmente raciones de tabaco, papel, jabon y yerba, se daba con regularidad el vestuario correspondiente. Cuando se reunia y era llamada al servicio la milicia se le asistia con las raciones, con algún vestuario y con dinero segun los casos, aunque esto último no era lo regular, sino cuando el servicio se prolongaba. No es necesario decir que en todas circunstancias se daba el rancho con igualdad á veteranos y milicianos sin distincion.

Fuera de esto, el gobierno veia gravitar sobre el exhausto tesoro de la provincia otros gastos ocasionados por las fuerzas de otras provincias que concurrieron á la guerra, en misiones diplomáticas, en compra de armas, en el esta-

Mejoramiento de una hermosa maestranza, y en otras mil necesidades extraordinarias que en tiempos tan críticos rodeaban al gobierno. Dire ahora y siempre que en este sentido se hicieron prodigios y quien compare lo que entonces se hizo, con lo que ha hecho despues Córdoba y lo que ofrece hacer, no podrá dejar de conocerlo y de decirlo.

Don Pedro Juan Gonzalez, sugeto honrado y patriota sincero fué nombrado gefe de policia en propiedad, y en las frecuentes rápidas salidas que hacia quedaba interinamente encargado del gobierno asociado de D. José Isasa que habia sido investido con el cargo de ministro en todos los ramos de la administracion. En cuanto á este podria decir como Napoleon de uno de sus generales; *el Sr. Isasa fué uno de mis errores*. Falto de conocimientos, con una capacidad muy vulgar, sin ninguna de esas calidades que constituyen un hombre público prestó muy pocos servicios.

En los dias siguientes á la batalla de la Tablada cuando me dirija sobre la frontera del Ghaco, contra las montoneras creí conveniente dar una forma mas regular al gobierno substituto que quedaba en la capital y destiné para desempeñarlo al coronel de milicias D. Faustino Allende, se puso efectivamente al frente de el, pero á pesar de sus buenos deseos é intenciones no pudo llenarlo á satisfaccion pública. Cuando regresé, era general el clamor por su remocion que se verificó reasumiendo yo el gobierno.

Era tiempo de convocar la Representacion Provincial procediendo segun la ley á la eleccion de los que debian formarla. El asunto principal que debia tratarse era el nombramiento de gobierno, pues hasta entonces yo ejercia el cargo por la delegacion de Bustos, ó si se quiere por efecto de las circunstancias. Le insinué mi pensamiento al ministro Isasa, quien sin que yo pueda atinar con la causa no lo acogió bien, bajo el frívolo pretesto de que no era aun tiempo. Quizá mediaba alguna intriguilla ridícula, que desprecie de todo punto, y que no tuvo la menor consecuencia. Habiendo insinuado al Sr. Isasa mi firme resolu-

cion de que el gobierno convocase los comicios, y que en caso de no estar de acuerdo con ella dejase el ministerio, espidió las circulares de costumbre. La separacion del Sr. Isasa era tambien una exigencia de la opinion pública, pero se esperó á que se nombrase el Gobernador en propiedad.

Ya creo que espresé en el curso de esta memoria que la eleccion fué canónica en mi persona, sin que por eso hubiese sido menos libre: tampoco podia ser de otro modo: las circunstancias eran de tal naturaleza, que era indispensable investir del mando político al jefe que habia de dirigir las operaciones militares, en la guerra que de proximo debia envolverse el pais. Asi fué que la eleccion se hizo sin la menor contradiccion, y mi admision no fué menos franca, porque ni hubo renunciias, ni hipócrita resistencia. Entonces fué que renunciando el Sr Isasa el ministerio se dividió éste por ramos encargándose de los de gobierno, y hacienda el Sr. D. José María Fraguero, y de los de guerra y relaciones exteriores el Sr. D. Juan Antonio Larrachaga (1).

Como tenia que salir con frecuencia á la campaña era indispensable, que quedase en mi ausencia un gobierno regularizado, y para subrogarme en clase de delegado, nombróse al coronel D. José Julian Martinez, anciano honrado, valiente y leal. Este continuó hasta el fin haciendo mis veces aunque en algunas no faltasen tropiezos á causa de la discordancia de los ministros: ambos habian pertenecido á las dos facciones que antes habian dividido la provincia de Córdoba y que yo me habia propuesto amalgamar: á pesar de mis esfuerzos los asuntos, ó mejor diré la expedicion de ellos se resentia de aquellas disposiciones, y como el Sr. Martínez era inclinado al Sr. Sarrachaga de

(1) El Sr. Fraguero murió emigrado el año 40 precipitado casualmente en la profundidad de una mina de plata que quiso reconocer. El Sr. Sarrachaga fué bárbaramente asesinado en Buenos Aijes cuando los degüellos de orden.

quien era antiguo amigo y cofrade, el Sr. Fragneiro no obstante su moderacion y educacion esquisita se creia á veces poco atendido y escuchado. Esto me obligó á varias veces á tomar el gobierno antes de lo que pensaba, hasta reconciliar los animos y traerlos á mejores disposiciones, para volver luego al Sr Martinez que por muchos otros títulos era el mas indicado para el destino á que lo llamaba.

Por este mismo tiempo, es decir cuando la accion de la Tablada y despues, se conservaba reunida la convencion nacional de Santa-Fé, pero sin crédito, sin respetabilidad, sin prestigio alguno. Muchas provincias habian retirado sus diputados, y las demas los conservaban sin ningun objeto. Ellos mismos no sabian que hacerse, y me pienso que tenian sobrados motivos para reirse cuando se encontraban unos con otros de su mala é inútil mision. Tan solo el intrigante Cullen que era diputado de Santa-Fé hacia grandes esfuerzos y el gobierno de Buenos Aires lo dejaba hacer para aprovecharse cuando le conviniere. Bien sabido es que el partido unitario desconocia esta corporacion y le contestaba su legalidad. Sin necesidad de esto era ya un cuerpo exánime no solo por la divergencia de los gobiernos federales que habian concurrido á formarla, sino por su propio descrédito. Sin embargo el célebre General D. Lucio Mansilla que era uno de sus miembros quiso hacer una pequeña especulacion ofreciendo una cosa que sin inconveniente estaba conseguida. Suponiéndome muy empeñado en la disolucion de la convencion, me hizo proponer que el la prepararía y obtendria corriendo de su cuenta todos los pasos relativos al asunto con tal que le mandase cuatro mil fuertes (y aun algo menos) que juzgaba indispensables para el efecto. Aquel cuerpo vuelvo á decir estaba agonizante, y no necesitó medios que acelerarse sus últimos momentos. No quiso pues pagarlo, y concluyó su carrera por su propia virtud.

Mi política desde que entré en Córdoba fué la de la moderacion. Los empleados partidarios del gobierno cai

do fueron conservados, con muy rara excepcion en aquellos empleos que exigen plena confianza. Nadie ignora la influencia que ejerce en Córdoba el clero, y que por razon de ser cabeza de un antiguo obispado los empleos eclesiásticos son los de mas consideracion: estos se hallaban en la mayor parte distribuidos á criaturas de Bustos, hombres conocidos como enemigos decididos de la administracion: no obstante fueron conservados en sus empleos sin que hubiera una sola destitucion. Todos ellos correspondieron muy mal, y no tengo embarazo en decir que mi generosidad fué un error de que me he arrepentido despues. Mientras estuve en el poder, no dejaron de conspirar y despues fueron mis mas encarnizados perseguidos. Haré una excepcion en cuanto á la última parte del obispo Lascano de quien supe que dió algun paso en mi favor, no asi el estúpido canónigo Marin, cuyas cartas publicó despues Quiroga poniéndolo en un punto de vista tan despreziable y ridiculo que lo ha seguido hasta la sepultura.

Es verdad que en ciertos casos como los de invasion, ó la esplosion de algun movimiento anarquico promovido por los mismos enemigos interiores, fueron estos puestos en arresto para impedir que pudiesen continuar dando direccion al movimiento ó dar sus avisos al interior, pero inmediatamente despues de pasado el peligro fueron restituidos á su libertad, á sus casas y empleos. Hubo tambien algunos embargos momentaneos de bienes (no recuerdo sino los de Bustos) mas luego fueron devueltos. Esta habia sido mas bien una represalia para contener y asustar que una resolucion del gobierno. Se comprenderá mejor recordando, que Bustos saliendo de Córdoba la 1.^a vez para reunirse con Quiroga en los Llanos de la Rioja, cuando volvió acompañado de este caudillo, lo primero que hizo fué mandar pregonar en la campaña la pena de la vida y confiscacion de bienes al que obedeciese al gobierno esistente, que era el mismo en quien habia delegado él la autoridad que investia (ya se recordara el tratado de San Roque).

¿Y qué razones podían hacerse para contener á un enemigo vencido, y que amenazaba tan cruelmente? ¿Y son sus partidarios los que nos han hechado en cara confiscaciones y otros excesos? Afortunadamente para este objeto, es bien conocida la historia de esta guerra, y el espíritu que ha guiado al que se dice partido federal, antes, despues y ahora mismo para que necesite detenerme en este punto. El se parece á las crueldades que me han atribuido que hacia ejecutar con los prisioneros. Por de contado que no hablan de buena fé y que entre ellos tienen un muy distinto lenguaje concediéndome lo que les es imposible negarme. A veces ocurren al arvitrio de decir que no era yo de quien se quejaban sino de mis subalternos que no cumplan sus órdenes, pero es un pretesto como otro cualquiera.

Como una prueba de la moderacion que quise establecer en todos los actos de mi gobierno, citaré la de haber quitado el ceremonial casi regio con que mi antecesor se hacia rodear en las funciones de iglesia. Cuando anuncie mi deseo al provisor Castro me rogó del modo mas urbano y al mismo tiempo exigente que suspendiera el decreto hasta despues de una solemne funcion de iglesia que preparaba en accion de gracias por nuestros triunfos en que debia predicar él, de modo que una sola vez asistiese yo con la pompa que lo hacia Bustos havitualmente. Accedi, y por una vez fuí al templo con el fastuoso ceremonial de los principes, el cual para lo sucesivo quedó reducido al muy modesto de los antiguos gobernadores de provincia. Ignoro si esta disposicion mia ha sido revocada por los que me han sucedido: es probable que así sea y que en unos pueblos religiosos, republicanos, pequeños y pobres habia la triple profanacion ó cuando menos ridieulez de ver en el templo un cuitado paisano venerado como un semi-Dios, y honrado como un príncipe poderoso.

En las creencias populares con respecto á Quiroga hallé tambien un enemigo fuerte á quien combatir: cuando digo populares hablo de la campaña donde esas creencias

Habian echado raíces en algunas partes, y no sólo afectaban á la última clase de la sociedad, Quiroga era tenido por un hombre inspirado: tenia espíritus familiares que penetraban en todas partes, y obedecian sus mandatos: tenia un célebre *caballo moro* (así llaman al caballo de un color gris) que á semejanza de la sierva de Lertorio le revelaba las cosas mas ocultas, y le daba los mas saludables consejos: tenia escuadrones de hombres que cuando los ordenaba se convertian en fieras, y otros mil absurdos de este género. Citaré algunos hechos ligeramente que prueban lo que he indicado.

Conversando un dia con un paisano de la campaña, y queriendo disuadirlo de su error medijo: Sr. piense V. lo que quiera, pero la esperiencia de años nos enseña que el Sr. Quiroga es invencible en la guerra, en el juego (y bajando la voz añadió) en el amor. Asi es que no hay ejemplar de batalla que no haya ganado, partida de juego que haya perdido (y volviendo á bajar la voz) ni muger que haya solicitado á quien no haya vencido. Como era consiguiente, me eché á reir con muy buenas ganas, pero el paisano ni perdió su seriedad, ni cedió un punto de su creencia.

Cuando me preparaba para esperar á Quiroga antes de la Tablada ordené al comandante D. Camilo Isleño de quien ya he hecho mencion, que trajese un escuadron á reunirse al ejército, que se hallaba á la sazón en el Ojo de Agua porque por esa parte amagaba el enemigo. A muy corta distancia y la noche antes de incorporarse se desertaron 120 hombres de él quedando solamente 30 con que se me incorporó al otro dia. Cuando le pregunté la causa de un proceder tan extraño, lo atribuyó á miedo de los milicianos á las tropas de Quiroga. Habiéndole dicho que de que provenia ese miedo siendo así que los cordobeses tenian dos brazos y un corazon como los riojanos, balbuceó algunas espresiones cuya esplicacion queria absolutamente saber. Me contestó que habian hecho concebir á los paisanos que Quiroga traia entre sus tropas *cuatro-*

cientos Capiangos, lo que no podia menos que hacer temblar á aquellos. Nuevo asombro por mi parte, nuevo embarazo por la suya, otra vez existencia por la mia y finalmente la esplicacion que le pedia. Los *Capiangos* segun él, ó segun lo entendian los milicianos, eran unos hombres que tenian la sobre-humana facultad de convertirse cuando lo querian en ferocísimos tigres, y ya ve Vd. añadia el candoroso comandante que 400 fieras lanzadas de noche á un campamento acabarán con él irremediamente. Tan solemne y grosero desatino no tenia mas contestacion que el desprecio, ó el ridículo, ambas cosas empleé pero Isleño conservó su impassibilidad, sin que pudiese conjeturar si él participaba de la creencia de sus soldados, ó si solo manifestaba dar algun valor á la especie para disimular la participacion que pudo haber tenido en su desercion; todo pudo ser.

Un sujeto de los principales de la Sierra, comandante de milicias Güemes Campero, habia hecho toda la campaña que precedió á la accion de la Tablada con Bustos y Quiroga: vencidos estos se habia retirado á su departamento y despues de algun tiempo que se conservó en rebeldía fué hecho prisionero y cayó en mi poder. No tuvo mas prision que mi casa donde se le dió alojamiento sin mas restriccion que no salir á la calle: por lo demas asistía á mi mesa, y comunicaba con todo el mundo. Un dia estando comiendo, algunos oficiales tocaron el punto de la pretendida inteligencia de Quiroga con séres sobre-humanos, que le revelaban las cosas secretas y vaticinaban lo futuro. Todos se reian tanto mas cuanto Güemes Campero callaba evitando decir su modo de pensar. Rodando la conversacion en que yo tambien tomé parte, vino á caer en el célebre *caballo moro*, confidente, consejero, y adivino de dicho General. Entonces fué general la carcajada y la mofa, en términos que picó á Güemes Campero, que ya no pudo continuar con su estudiada reserva: se revistió pues de toda la formalidad de que era capaz y tomando el tono

mas solemne dijo: "Sres. digan Vds. lo que quieran, rian "cuanto se les antoje, pero lo que yo puedo asegurar es que "el *caballo moro* se indisputó terriblemente con su amo el dia "de la accion de la Tablada porque no siguió el consejo "que le dió de evitar la batalla ese dia, y en prueba de ello "soy testigo ocular que habiendo querido poco despues del "combate mudar caballo y montarlo, (el General Quiroga "no cabalgó el moro en esa batalla) no permitió que lo en- "frenasen por mas esfuerzos que se hicieron, siendo yo "mismo uno de los que procuré hacerlo, y todo esto era pa- "ra manifestar su irritacion por el desprecio que el gene- "ral hizo de sus avisos." Traté de aumentar algunas pa- labras para desengañar aquel buen hombre, pero estaba tan preocupado que me persuadí que era por entonces im- posible.

A vista de lo que acabo decir y de mucho mas que pu- diera añadir, fácil es comprender cuanto se hubiera robuste- cido el prestigio de este hombre no comun si hubiese sido vencedor en la Tablada. Las creencias vulgares se hu- bieran fortificado hasta tal punto que hubiera podido eri- girse en un sectario, ser un nuevo Mahoma, y en unos paí- ses tan católicos. ser el fundador de una nueva religion, ó abolir la que profesamos. A tanto sin duda hubiera llega- do su poder, poder ya fundado con el terror, cimentado sobre la ignorancia crasa de las masas, y robustecido con la supersticion, una ó dos victorias mas, y ese poder era omnipotente, irresistible. Adviértase que esa victoria que no obtuvo le hubiera dado una gran estension á su influen- cia, y que si antes ademas de la Rioja la ejercia en algu- nas provincias solamente, entonces hubiera sido general en todo el interior de la república.

La derrota de la Tablada quebró de un modo muy no- table ese prestigio que le daba la mas bárbara supersti- cion. Cuando volvió para ser otra vez derrotado en Oncá- tivo ya no se habló mas del *caballo moro*, ni de espíritus fa- miliares, pienso tambien que los jugadores y el bello sexo

podieron creerse á cubierto de su irresistible poder. Por estas razones he creído siempre que la victoria de la Tablada fué de una importancia política que jamás se ha apreciado bastante. Mediante ella dieron aquellos pueblos un paso muy avanzado hácia la civilización, cuando sin ella hubieran retrocedido á la más estúpida barbarie, y al despotismo más tenebroso. Después quizá me ocuparé de algunas reflexiones á este respecto.

En el mismo Quiroga había ocurrido un cambio: antes no había querido oír proposiciones de transacción ni aun recibir parlamentarios. Ya se ha referido lo que hizo con el capitán Arce, y que no quiso ni contestar los pliegos de que fué conductor: otro tanto hizo con la oferta de mediación que hizo el gobierno de Santa-Fé; los comisionados Amenabar y Oro regresaron sin obtener respuesta. Pues ahora hizo lo contrario: al moverse de Mendoza despachó comunicaciones para mí por medio de un oficial Tablada cordobés, á quien acompañaba otro oficial mendocino. Fueron recibidos por mí con civilidad y tratados con decencia. En las comunicaciones es verdad que hablaba de paz, pero eran más bien una recapitulación de agravios verdaderos ó supuestos, traídos muy mal á propósito para indicar intenciones verdaderamente pacíficas. Mi contestación fué decirle que si queríamos arribar á un arreglo y terminar la guerra era indispensable no ocuparnos de recriminaciones, recriminaciones que podía yo destruir por mi parte, y alegar estensamente de la suya, lo que sería entrar en una interminable polémica. Que sobre esta base estaba pronto á entenderme, y aun á celebrar un armisticio, y mandar comisionados como iba á hacerlo, pero á condición que no pisase la provincia de Córdoba hasta después que se hubiesen roto las negociaciones, si no tenía lugar la deseada transacción.

Los parlamentarios regresaron y yo me ocupé de elegir los comisionados que fueron D. Eduardo Bulnes y el comandante D. Wenceslao Paunero, que marcharon efec-

tivamente al encuentro de Quiroga. Este luego que recibí mis comunicaciones tan lejos de suspender sus marchas para no internarse en la provincia de Córdoba las precipitó, para que cuando llegasen mis comisionados lo encontrasen casi en el centro de ella. Así sucedió que los Sres. Bulnes y Paunero, que creían tener que andar mas distancia para llegar á su cuartel general, se hallaron sorprendidos de encontrarlo en el Salto del Rio 3.º á 22 ó 24 leguas de Córdoba donde acababa de llegar. Quiroga declaró que estaba pronto á entrar en negociaciones y que se prestaba á una suspension de armas, mas los comisionados viendo que estaba dentro del territorio de la provincia creyeron que nada debían otorgar, protestaron su falta de instrucciones y se remitieron á lo que yo resolviese.

Sabiendo ya los movimientos de Quiroga, maniobraba con mi ejército por la margen izquierda del Rio 2.º, de modo que la consulta de los comisionados me encontró en la capilla de Pedernera situada sobre la margen de este Rio. Mi contestacion fué decir á los comisionados que solo concedería el armisticio si el General Quiroga retrocedía inmediatamente para salir del territorio de la provincia. Que mientras lo pisase no podían cesar las hostilidades; que si á pesar de esto quería negociar, podría neutralizarse un punto, y mandar á él nuestros respectivos comisionados. El conocimiento que se le dió de mi contestacion fué la señal para despedir cortesmente á los Sres. Bulnes y Paunero, y levantar su campo para aproximarse á la capital, no por un camino recto, sino tomando una diagonal para caer al camino carretero de Buenos Aires. Entretanto no dejó de costarme trabajo ese partido unitario por exelencia que era representado en Córdoba por los Bedoyas, mas luego me ocuparé de estos pormenores: ahora quiero dar cuenta de la célebre mision del gobierno de Buenos Aires que había llegado en Enero mientras yo estaba en la sierra, y que permanecía aun en Córdoba.

Forzoso me es retroceder un poco para decir algo de

Buenos Aires y del estado de nuestras relaciones con aquel gobierno hasta la célebre mision de que voy á ocuparme.

Despues de mi separacion del General Lavalle nuestras comunicaciones habian quedado perfectamente interceptadas. La provincia intermedia de Santa-Fé, y la campaña sublevada de la de Buenos Aires eran una barrera casi insurmontable. Sin embargo mandando una correspondencia por agua á San Nicolas y de alli, á cargo de dos gauchos practicos y resueltos se logró hacerla llegar á mis manos. En ella me decia Lavalle los apuros en que lo habia dejado la accion del Puente de Marquez por falta de caballos y me indicaba que marchase sobre Santa-Fé para llamar la atencion de Lopez y quitarle por lo menos á los santafesinos de sobre los brazos. Esto era ya cuando Quiroga habia entrado en la provincia la primera vez y cuando me disponia á rechazar su formidable poder. Era tambien cuando por muchos títulos me convenia neutralizar por lo menos á Lopez, para ahórrar un enemigo poderoso por su prestigio con el gauchage de Córdoba y era tambien cuando aquel movimiento de nada podia servir porque sobre ser á destiempo, no era necesario para que Lopez se retirase, como lo hizo, sin que por eso mejorase la situacion del general Lavalle: bien que este General se habia persuadido cuando me separé de él para ir al interior que mi tarea era muy fácil. Supe despues que habia dicho: el General Paz va á pasarse á su tierra con 300 coraceros. Bien que no son estrañas estas equivocaciones en un gefe, por otra parte de tanto mérito, y de calidades tan distinguidas. Recuerdo que en la Banda Oriental me habia sostenido con calor que con una mitad de coraceros (25 hombres) sugertaria todo el sud de Buenos Aires, usando de la espresion que meteria á todos sus gauchos en un zapato y los taparia con otro. Otra vez me decia en Buenos Aires, quisiera que se reunieran todos los caudillos de la república con sus bandas de gauchos en un solo cuerpo para deshacerlos con solo 500 coraceros. Todo esto lo decia de muy buena fé

y se explica perfectamente por ese valor caballeresco que dominaba á este apreciable General, pero en la práctica dieron terribles resultados semejantes ideas. Todo el país los ha sentido y el mismo General mejor que nadie.

El General Lavalle transó con Rosas casi en los mismos momentos que yo vencia á Quiroga en la Tablada y entonces fué cuando expidió aquella célebre proclama en que mas ó menos decia.—“No he encontrado sino porteños “en los que eran mis enemigos. Unamonos y tiemble el que “de fuera venga á hollar el suelo de la provincia.” Y este era el hombre que poco antes habia invocado mi auxilio! No pude mirar esta produccion sino como un reto que se hacia á cualquiera que quisiera intervenir en las cuestiones de Buenos Aires, sea como auxiliar, sea en cualquiera otra forma. Sin embargo poco despues me escribió que queria ir á Córdoba solo sin advertir que no hubiera puesto el pié fuera de las calles de la ciudad de Buenos Aires sin ser muerto ó preso: pero si se creia que pensaba ir de incognito, añadiré que me pedia le mandase un carruage que yo habia traído de Buenos Aires. Cuando en mi contestacion le hice ver los peligros que corría si se resolvía á hacer su viaje para el que encargue á D. Pedro Garmendia le franquease su coche si lo deseaba, el general Lavalle vió, ó quiso ver una repulsa y se resfriaron nuestras relaciones hasta el fin.

Al General Lavalle habia sucedido el Sr. Viamonte, y nuestras relaciones con el gobierno de Buenos Aires tomaron un carácter dudoso. Tanto Viamonte como sus ministros Garcia y Guido eran inclinados á la conciliacion pero ya descollaba una tercera entidad que amenazaba dominar y absorber todas las otras. Era el General Rosas comandante General de campaña: dado este antecedente, se comprende muy bien que ni las protestas de amistad, ni las seguridades que diese el gobierno de Buenos Aires importaban mucho sino llevaban el sello de la aprobacion de Rosas. No obstante recuerdo que el General Lavalle en las últimas

comunicaciones que me dirigió después de su caída del gobierno, me decía que Viamonte no me era favorable pues en una conferencia con él, le había dicho “que no se piense que el General Paz nos supone mucho, pues si “queremos lo hemos de embromar,” añadiendo otras expresiones groseras que no son dignas de este lugar. No creo que el General Lavalle me engañase, pero el empeño de hacérmelo saber prueba el que ya tomaban los caídos de Buenos Aires en que de ningún modo me entendiese con la nueva administración, ni con ninguno de los gobiernos del interior que tenían relación con ella: empeño que era secundado por el partido que encabezaba ostensiblemente Bedoya en Córdoba, sin que tuviese más resultado que incomodarme y dividir los ánimos, pues por lo demás estaba muy distante de entenderme con hombres que no me inspiraban la menor confianza. Después volveré sobre este punto.

Sin embargo algo debía hacer el gobierno de Buenos Aires pues no podía permanecer frío espectador de la gran cuestión que se discutía en el interior. Al fin después de excitaciones y dudas resolvió mandar una misión que llevaba el título de *mediadora*. Era compuesta de D. Pedro Feliciano Cabia, y del Dr. D. Juan José Cernada. El primero llevaba la voz, y parecía ser el exclusivo director de las negociaciones; el segundo aventajando mucho á Cabia en decencia y honradez, aparecía poco menos que un ente nulo, ó como-dijo uno—un *ser-nada*. Por el solo hecho de partir de Buenos Aires esta misión debía sernos muy sospechosa, pues los hombres que allí gobernaban nada eran menos que amigos nuestros, pero muy luego lo que era una sospecha vino á ser una realidad.

Cuando llegaron á Córdoba me encontraba yo en la Sierra, y en los pocos días que transcurrieron hasta mi regreso se pusieron en transparencia. Tan lejos de procurar la reconciliación de los partidos se proponían muy á las claras alentar el de oposición al gobierno

haciéndole entender que el gobierno de Buenos Aires los protegía, y que á su tiempo daría la cara. Ellos llevaron el uso de divisa punzó, tan célebre despues con el nombre de divisa federal, procurando generalizarla, ellos excitaban los odios y predicaban la anarquía. Ignoro si estas prevenciones habian recibido del gobierno su comitente, pero sino fué el Sr. Viamonte ó sus ministros quien los instruyo fué Rosas con quien estuvieron en la campaña despues que salieron de Buenos Aires, lo mas probable es que el gobierno los despachó, y que les previno que de paso se viesen con Rosas quien daría la última mano á sus instrucciones. Ya Rosas que no era mas que comandante General de campaña pesaba sobre el gobierno.

Aunque el gobierno delegado de Córdoba habia notado la irregularidad con que se conducia la comision mediadora, se habia abstenido de dar paso alguno hasta que llegase: cuando lo verifique, aunque me informaron minuciosamente de todo no hice novedad y los recibí muy urbanamente. Luego empezaron las conferencias.

Me dijeron que el gobierno de Buenos Aires deseaba la paz general y que venian á proponerla á los beligerantes. Cuando se les preguntaba que bases creian que podrian proponerse para un arreglo, se encojian de hombros: cuando se les decia que el gobierno de Córdoba habia manifestado constantes deseos de terminar la guerra, y que en prueba de ello habia aceptado la mediacion de Santa-Fé, y ahora aceptaba esta, pero que la dificultad no consistia en él, sino en Quiroga, que resistia toda conciliacion, (1) y que ni aun habia acusado recibo á las notas que le

(1) Cuando estas conferencias no habian llegado el oficial Tnblada y su compañero parlamentarios de Quiroga: fué poco despues que estos llegaron, pero estando aun en Córdoba la comision de Buenos Aires, mas como ya estaba perfectamente conocido su plan, tendencia y objeto que era atizar la guerra, mas que procurar la paz, quise mas bien entenderme directamente con Quiroga. En el mismo sentido fué la mision Bulnes y Paunero.

pasó anunciándose la comision de Santa-Fé, sin adelantár una palabra, un concepto para el caso que Quiroga no quisiese tratar, se limitaban á manifestar su deseo de trasladarse á su cuartel general. Cuando suponiendo el caso de que arribásemos á un arreglo con Quiroga, se les proponia que el gobierno de Buenos Aires saliese garante de lo que se estipulase, se disculpaban para negarse con la falta de instrucciones; añadiendo que no podian ofrecer mas que una *garantia moral*: finalmente despues de varias conferencias y de haber reunido algunos datos, venia á sacar en consecuencia que la mision Cabía y Cernadas tan lejos de proponerse seriamente una conciliación venia á atizar la discordia, y á promover el triunfo decisivo de un partido; que era el contrario al que yo sostenia. Despues adquirí pruebas irrefragables de esto como luego diré.

Me negué absolutamente á que pasasen los mediadores al campo del General Quiroga que á esta sazón se movia de Mendoza sobre Córdoba, pero les permití que mandasen sus comunicaciones. Esto lo hice no porque espérase entenderme con Quiroga, lo que era muy difícil, sino para evitar que se combinasen algunos planes que pudieran dañarnos; peligro que no me pareció tan probable en la remision de una correspondencia que habia de ir por mi mano. Esta fué respetada religiosamente y si me impuse despues de ella, fué cuando derrotado Quiroga en Omativo, vino á mis manos su archivo. Allí encontré original la célebre carta de Rosas que condujo la comision mediadora; que revelaba todo el misterio de la pretendida negociación (1).

(1) Era una larguísima y pesada carta, en que Rosas exponia á su modo la situacion de la república para probar con eso que no era tiempo ni oportunidad de pensar en constitucion. Difícil seria aun inmediatamente despues de leida, copiar lo causado de sus conceptos, lo chabacano de sus frases, lo vario en la mayor parte de su sentido: mucho mas difícil me será despues que ha transcurrido tanto tiempo, pero no dejé por eso de dar una idea de ella lo mejor que pueda. • Despues de comparar la república á una estancia, decia: Así como cuando queremos fundar un establecimiento de campo lo primero son los trabajos preparativos de

Si se necesitase justificacion ella sola seria la mas completa de todos los actos del gobierno de que tanto se quejaron los Sres. Cabia y Cernadas.

Quiroga no pienso que hizo gran caso de la comision mediadora, y sin desairarla como á la de Santa-Fé, contestó urbanamente y siguió sus operaciones. Entretanto los diputados de Buenos Aires desesperados de verse comprendidos y de no podernos hacer mayores males se agitaban de un modo extraordinario. Yo habia vuelto á campaña, y abrumaban al gobierno delegado con una rutinada esposicion de agravios y quejas las mas infundadas y absurdas. Su tono participaba de exaltacion, su lenguaje de virulencia. Era evidente que su objeto era preparar una ruptura, ó por lo menos eran antecedentes para alegar nuevos agravios. Como uno de ellos era el que les hubiese negado el pasaporte para ir al campo del General Quiroga, y como ya no podia dañarme que fuesen á irritarlo y á precipitarlo porque yo habia terminado mis preparativos y porque las cosas habian llegado á su perfecta sazón, les mandé ofrecer el pasaporte y auxilios para que marchasen al campo enemigo, lo que ellos rehusaron á su vez: entonces, declarando que era inútil su permanencia, pidieron sus pasaportes para regresar á Buenos Aires los que les fueron concedidos.

Al efecto supieron la marcha oblicua de Quiroga, mediante la cual se habia colocado sobre el camino carretero de Buenos Aires, de modo que los diputados iban casi forzosamente á verse con él. Al pasar el dia 24 de Febrero vispera de la jornada de Oncativo, por las inmediaciones de mi campo: Me describieron aparentando aun grandes

cercados, corrales, desmontes, rozas, &c., así tambien para pensar en constituir la República ha de pensarse antes en preparar los pueblos acostubrándolos á la obediencia y al respeto de los gobiernos &c. Terminaba la carta aconsejando al General Quiroga que no transuse conmigo, sino á condicion que yo y todos mis gefes saliesen del territorio de la república. Esta carta debió perder con mis papeles, pero pienso que se conserva una copia.

deseos de la paz, y ofreciéndome sus últimos esfuerzos para una transacion si era posible. Mi contestacion fué que jamás habia rehusado la paz y que la acojería aun entonces, si me la ofrecian honrosa y sincera; pero que en el estado á que habian llegado las cosas no podia perder el tiempo que me era precioso en negociaciones estériles. Que me ratificaba en la condicion que habia exigido antes (la salida de la provincia de los ejércitos invasores) para que principiásemos á entendernos. Que si sobre este antecedente podian hacer algo, me lo avisasen inmediatamente sin que pasasen mas de dos horas despues que estuviesen en el cuartel general enemigo, y que de no hacerlo, daria por rota la negociacion. Diré de paso que la comision mediadora llegó al campo enemigo en la tarde del 24, y que habiéndome presentado el 25 á las once de la mañana todavia no se habia pensado en decirme una palabra. Yo por mi parte guardé el mismo silencio.

Cabia y Cernadas habiendo llegado el 24 se entretuvieron en dar á Quiroga nociones falsas de mi ejército; lo suponian débil y fuera de estado de presentar una batalla. Mecido Quiroga en estas esperanzas en nada pensó menos que en contestar satisfactoriamente á mis justas exigencias para un arreglo si es que podia tener lugar, y tan lejos de eso, se ocupaba en una parada militar para obsequiar á sus huéspedes, quando le vino el parte de que se presentaba mi ejército. Ni aun entonces se mando un parlamentario, ni persona alguna pensó en otra cosa que preparar las armas y decidir por ellas la cuestion. Para los diputados todo fué confusion, y trataron solo de ponerse en marcha y lo verificaron hasta la posta que estaba á legua y media de distancia. Allí no encontraron ni caballos, ni maestro de posta, ni postillon, ni cosa que se pareciese, y se vieron precisados á permanecer con su comitiva, y esperar el resultado del combate.

Serian las dos de la tarde quando pasaba con buen cuerpo de caballeria persiguiendo á Quiroga, por las inme-

diaciones de la posta que solo quedaba á mi izquierda 5 ó 6 cuabras, cuando algunos de mis flanqueadores me presentaron una nota de los mediadores, interponiendo aun sus buenos oficios y protestando de las buenas disposiciones del General Quiroga para hacer cesar la guerra. El expediente era torpe, inútil, embustero, y hasta ridículo: sin embargo les mandé decir que luego contestaría, sin suspender mi marcha ni por un momento, cuando por la noche regresaba de la persecucion mandé á mi ayudante Cuevas colocar una guardia en la posta para seguridad de aquellos Sres. lo que no tubo efecto porque el ayudante se estravio con la obscuridad. A la mañana siguiente (26) recibí una nota en que me pedian caballos para continuar su viage, á virtud de que la posta no los tenia, y ese mismo dia seguir á Buenos Aires (1). Fué á los dos ó tres dias que se reunieron con el General Quiroga á quien tomaron en su coche Desde la Esquina jurisdiccion de Santa-Fé pasaron una nota desvergonzada al gobierno de Córdoba, lo que motivó una queja muy formal de éste al de Buenos Aires quien terminó la cuestion apelando á la opinion pública, Estos documentos vieron la luz, y me refiero á ellos.

Batalla de Oncativo.

El mismo dia y en el mismo instante que Quiroga despedia mis embiados Bulnes y Paunero, haciendome renunciar á toda esperanza de acomodamiento, levantaba su campo que estaba situado en el Salto del Rio 3.º y dejando la direccion de Córdoba tomó una diagonal inclinándose á su derecha para buscar el camino de Posta de Buenos Aires. Su objeto segun comprendí, era buscar la comuni-

(1) Despues me han asegurado que la noche del 25 se preparaban algunos gefes y oficiales para ir á la posta donde estaban los diputados Cabia y Cernadas para darles una manteada, ó quizá algo peor, y que dejó de verificarse por algun accidente que ocurrió, ó mas probablemente porque consideraron mi desaprobacion y su responsabilidad. Si el acto era irregular é ilegal, no puede decirse lo mismo de su justicia porque los tales diputados lo tenian bien merecido.

cañon con el cuerpo del General Villafañe que al mismo tiempo penetraba por la parte del norte con un cuerpo de mas de 1500 hombres. Tanto cuanto mayor era el empeño del enemigo en abrir sus comunicaciones, era mio en estorbarlo, y además debia precaver las insurrecciones parciales de la campaña que tendrian lugar si lo dejaba estacionarse, y mover á sus numerosos partidarios. Con el simple movimiento que habia practicado ya se habia puesto en contacto con el comandante D. Manuel Lopez (actual gobernador de Córdoba) que acababa de sublevarse. Este Gefe venia en marcha el mismo dia de la batalla á reunirse, cuando supo la derrota de su patrono.

Para mi habia venido á ser urgente, vital quizá una batalla decisiva: la buscaba pues con ansia, y todavia se retardó de algunas horas por la noticia maliciosa ó equivocada que me trajeron unos paisanos á los que acompañaba una jóven que se decia estraviada de su madre en la confusion de la fuga que habian tenido que emprender á consecuencia de llegar á su casa que distaba 4 leguas, el ejército de Quiroga. A ser cierto este movimiento mi direccion sobre Oncativo hubiera sido errada, y tube de consiguiente que esperar noticias mas seguras las que no llegaron hasta la media noche. Entonces fué que marché, habiendo perdido cuatro ó cinco horas, sin lo que la batalla del dia siguiente hubiera comenzado al amanecer.

Serian las diez de la mañana del 25 de Febrero, cuando nuestro ejército avistó al enemigo que se afanaba en tomar su órden de batalla. Para describirlo principiare por dar una idea del campo que iba á servir de teatro.

Es una hermosa planicie que se prolonga por muchas leguas en la direccion del Sud y del Este, en medio de la cual hay lo que llaman los paisanos una isleta de bosque de muy poca estension: es decir un bosquecillo de figura circular cuya circunferencia (á lo que recuerdo) puede alcanzar á 700 ó 800 varas. Este bosquecillo estaba rodeado de cien carretas que traia el ejército de Quiroga, coloca-

das del modo mas conveniente para defenderlo, y contener la infantería que con 8 piezas de artillería se encontraba fortificada. Esta pequeña é improvisada fortaleza quedaba al centro de su línea de batalla, y en una posicion saliente, quedando á ambos costados poco mas atras y como formando escalon sus dos alas que se componian de pura caballeria.

Nuestra formacion era en tres columnas paralelas y una de reserva, con mas una pequeña vanguardia que mandaba el comandante Echeverria. La columna de la derecha era dirigida por el entonces coronel Madrid, y se componia de solo caballeria, En la del centro estaban dos batallones y seis piezas de artilleria. La de la izquierda tenia un batallon y varios escuadrones de caballeria. Salteños á las órdenes del coronel D. Manuel Puch, y la de reserva compuesta del N.º 2 de caballeria y escuadron escolta con alguna milicia a las del coronel Pedernera.

Desde que percibí la disposicion del ejército enemigo mi plan fué atacar su izquierda aproximando mi derecha, y reusar de consiguiente mi izquierda. Para esto me corrí sobre mi flanco derecho, lo que visto por el enemigo quiso prolongar su izquierda para no dejarla desvordar, y para ello empezó á hacer pasar toda la caballeria que habia dejado sobre la derecha; de este modo, el que habia sido su centro fortificado vino á ser su costado derecho, á quien tenia en jaque pero sin atacar mi centro é izquierda, sino es con el fuego de artilleria.

La izquierda enemiga fué pues la que sufrió por el movimiento todo el empuje de nuestra caballeria la que fué muy valerosamente recibida, y hasta cierto punto rechazada. Efectivamente lo habia sido la division del coronel Madrid que habia atacado de frente, y la pequeña del comandante Echeverria que habia atacado por el flanco, cuando se presentó nuestra reserva, la que no solo restableció el combate sino que obtuvo la victoria arrollando

completamente la izquierda enemiga, que se puso en precipitada fuga.

Nuestra columna del centro se movió casi simultáneamente pero siempre en escalon, y marchó de frente despreciando el fuego que sobre su flanco izquierdo hacia la artillería é infantería enemiga, hasta que logró cortar la línea quedando de este modo separada toda la caballería de Quiroga que desde luego se puso en retirada.

Mi objeto fué entonces, sin dejar de proseguir las ventajas obtenidas, concentrar en lo posible mis fuerzas y con este fin ordené al coronel Puch, que con la columna de la izquierda se me reuniese, corriéndose un poco sobre su derecha para evitar el campo atrincherado enemigo, y para seguir el mismo camino que había traído la del centro. El coronel Puch, sin desobedecer abiertamente vaciló en practicar el movimiento que se le ordenaba pretestando no se que razones frívolas que ni atendí ni recuerdo. El caso era urgente y yo tomé una resolución fuerte según convenia. Ordené á mi primer ayudante de campo coronel D. Juan Francisco Zamudio que diese nuevamente la orden al coronel Puch, y que si rehusaba obedecerla le diese un pistoletazo, que hablase á la tropa que obraba por mi orden, y trajese la columna á donde había prevenido. Zamudio hizo saber á Puch la clase de orden de que era conductor y obedeció sin trepidar. ¿Se creerá que nunca hice cargo á Puch, de su terrible falta, y que afecté haberme olvidado enteramente de este incidente? Así me lo aconsejaron la política, y otras mil consideraciones. Puch mandaba los salteños, á quienes convenia no desagradar; Puch era cuñado del famoso y popular Gobernador Güemes, cuyo partido se puede decir representaba; era tambien yerno del General Gorriti que tanta influencia tenia en los negocios de aquella provincia. Creo pues hasta ahora que mi tolerante reserva fué muy acertada, sin dejar por eso de probar los inconvenientes que opondrá la buena disciplina la misma naturaleza de la guerra civil:

das del modo mas conveniente para defenderlo, y contener la infantería que con 8 piezas de artillería se encontraba fortificada. Esta pequeña é improvisada fortaleza quedaba al centro de su línea de batalla, y en una posicion saliente, quedando á ambos costados poco mas atras y como formando escalon sus dos alas que se componian de pura caballeria.

Nuestra formacion era en tres columnas paralelas y una de reserva, con mas una pequeña vanguardia que mandaba el comandante Echeverria. La columna de la derecha era dirigida por el entonces coronel Madrid, y se componia de solo caballeria, En la del centro estaban dos batallones y seis piezas de artilleria. La de la izquierda tenia un batallon y varios escuadrones de caballeria. Salteños á las órdenes del coronel D. Manuel Puch, y la de reserva compuesta del N.º 2 de caballeria y escuadron escolta con alguna milicia a las del coronel Pedernera.

Desde que percibí la disposicion del ejército enemigo mi plan fué atacar su izquierda aproximando mi derecha, y reusar de consiguiente mi izquierda. Para esto me corrí sobre mi flanco derecho, lo que visto por el enemigo quiso prolongar su izquierda para no dejarla desvordar, y para ello empezó á hacer pasar toda la caballeria que habia dejado sobre la derecha; de este modo, el que habia sido su centro fortificado vino á ser su costado derecho, á quien tenia en jaque pero sin atacar mi centro é izquierda, sino es con el fuego de artilleria.

La izquierda enemiga fué pues la que sufrió por el movimiento todo el empuje de nuestra caballeria la que fué muy valerosamente recibida, y hasta cierto punto rechazada. Efectivamente lo habia sido la division del coronel Madrid que habia atacado de frente, y la pequeña del comandante Echeverria que habia atacado por el flanco, cuando se presentó nuestra reserva, la que no solo restableció el combate sino que obtuvo la victoria arrollando

completamente la izquierda enemiga, que se puso en precipitada fuga.

Nuestra columna del centro se movió casi simultáneamente pero siempre en escalon, y marchó de frente despreciando el fuego que sobre su flanco izquierdo hacia la artillería é infantería enemiga, hasta que logró cortar la línea quedando de este modo separada toda la caballería de Quiroga que desde luego se puso en retirada.

Mi objeto fué entonces, sin dejar de proseguir las ventajas obtenidas, concentrar en lo posible mis fuerzas y con este fin ordené al coronel Puch, que con la columna de la izquierda se me reuniese, corriéndose un poco sobre su derecha para evitar el campo atrincherado enemigo, y para seguir el mismo camino que había traído la del centro. El coronel Puch, sin desobedecer abiertamente vaciló en practicar el movimiento que se le ordenaba pretestando no se que razones frívolas que ni atendí ni recuerdo. El caso era urgente y yo tomé una resolución fuerte según convenia. Ordené á mi primer ayudante de campo coronel D. Juan Francisco Zamudio que diese nuevamente la orden al coronel Puch, y que si rehusaba obedecerla le diese un pistoletazo, que hablase á la tropa que obraba por mi orden, y trajese la columna á donde había prevenido. Zamudio hizo saber á Puch la clase de orden de que era conductor y obedeció sin trepidar. ¿Se creerá que nunca hice cargo á Puch, de su terrible falta, y que afecté haberme olvidado enteramente de este incidente? Así me lo aconsejaron la política, y otras mil consideraciones. Puch mandaba los salteños, á quienes convenia no desagradar; Puch era cuñado del famoso y popular Gobernador Güemes, cuyo partido se puede decir representaba; era tambien yerno del General Gorriti que tanta influencia tenia en los negocios de aquella provincia. Creo pues hasta ahora que mi tolerante reserva fué muy acertada, sin dejar por eso de probar los inconvenientes que opondrá la buena disciplina la misma naturaleza de la guerra civil:

El General se vé forzado á pesar suyo á hacer concesiones fatales muchas veces al órden militar, y al éxito de las operaciones del mismo género.

El ejército enemigo habia sido dividido en dos. Su infanteria y artilleria se conservaba intacta en su campo atrincherado, sin mas hostilidad que algun fuego de cañon que se alimentaba de una y otra parte. Su caballeria parte derrotada y dispersa, parte reunida pero en confusion y agrupada habia dejado el campo de batalla. Quiroga y Aldao habian seguido con ella, y era casi seguro que no abandonarían la partida sin hacer un nuevo esfuerzo por ligarse con su infanteria. En cuanto á nosotros, la victoria estaba decidida pero era necesario fijarla del todo y sacar todas las ventajas posibles.

Dejando en observacion del campo enemigo las columnas de mi centro é izquierda á las órdenes del coronel Desa Gefe de E. M. con órden de que cuando fuese tiempo intimase rendicion y de no conseguirlo lo batiese, me dirigí con la caballeria de mi derecha y de la reserva en busca de los restos de la caballeria enemiga, que habian desaparecido en un pliegue del terreno. Despues de haber mandado exploradores en varias direcciones y de haber andado una legua, dimos con un cuerpo de ochocientos, ó mil hombres que ocultos en un bajío, procuraban sus gefes reorganizarlos para traerlos otra vez á la pelea. Era evidente que alli estaba Quiroga, y que era tambien el punto interesante que debia con preferencia llamar mi atencion. Mientras nos preparabamos para atacar, se oyeron unos pocos tiros en el grupo enemigo. ¿Y qué se creerá que era? Era un sargento que hacia fusilar el General enemigo porque habia vertido una espresion que podia desalentar á sus compañeros.

Desplegados nuestros escuadrones principio nuestro movimiento ofensivo, que fué poco resistido por el enemigo que se puso en una precipitada retirada. Entonces principio la mas terrible persecucion de que hubiese ejemplar

hasta entonces, y que duró por mas de seis leguas. Durante esta distancia, aunque no habia senda, ni camino, podíanse sin peligro de estraviarse por que servian de una serie no interrumpida de señales, los cadáveres, los caballos cansados, las lanzas clavadas en el suelo, y las tercerolas y sa- bles igualmente puestos de punta (1). Mas no se crea por esto que el grupo enemigo aunque disminuido enormemente habia sido pulverizado y deshecho: aunque reducido á la mitad, á un tercio á unquinto y á un decimo siempre huia compacto y reunido. Estoy persuadido que si nuestra tropa se hubiese dispersado imprudentemente en la persecucion como pudo haber sucedido, sino voy en persona, hubiera Quiroga aprovechado una circunstancia favorable para aventurar una carga sobre sus perseguidores, los que se disminuian en la misma proporcion á causa de los hombres que se quedaban por falta de sus caballos que no podian seguir el aire violento de la persecucion.

Esta se hacia del modo siguiente. Colocados nuestros escuadrones en línea, eran apoyados por otros de reserva, á los que nunca permití lanzarse á toda carrera sobre el enemigo para tener siempre alguna tropa organizada de que disponer. De tiempo en tiempo se arrojaban uno ó dos escuadrones apoyados de cerca, sobre el enemigo que por lo general despues de alguna resistencia con sus fuegos precipitaba su retirada: entonces dejaba muchos hombres ya porqué rodaban, ya por faltarles los caballos, ya por que perecian queriendo ensayar una inútil resistencia. Cuando los caballos del cuerpo lanzado á penetrar al enemigo se agotaban, ó el cuerpo mismo se habia desordenado, disminuia su velocidad para rehacerse despues de haber quitado muchos hombres al enemigo. Muchas veces quiso este aprovecharse de esta circunstancia, pero la pre-

(1) Para que pudiesen recogerse despues y no se perdiesen en el pasto, habia mandado que las armas que se tomasen, se dejasen en esta forma.

sencia de otros escuadrones nuestros que seguian de inmediato determinaba otra vez su fuga. En uno de estos momentos fué que cayó prisionero el segundo general del ejército enemigo, el fraile apóstata, el asesino del Pilar, el sanguinario Aldao. Me seria imposible describir la sensacion que espermenté á su vista, y los impulsos de que se vió combatido mi corazon. Triunfaron como siempre las ideas generosas, y concluí por decirle algo de consolante y entregarlo á mi ayudante Campero para que lo condujese tratándolo con consideracion. Estaríamos ya á cuatro leguas del campo de batalla cuando esto sucedió.

Al ponerse el sol hombres y caballadas, vencedores y vencidos, perseguidores y perseguidos estaban exhaustos de fatigas. Las fuerzas respectivas estaban reducidas á un octavo, ó un décimo de lo que habian sido cuando empezó la persecucion. Como si hubiese mediado un convenio ambas hicieron alto y echaron pié á tierra para descansar á distancia de pocas cuadras entre sí. Yo no podia alejarme mas, pues me importaba volver al campo de batalla. Nada sabia de la infanteria y artilleria enemiga y aunque esto no me inspiraba el menor cuidado y tenia la certidumbre de que debia estar en nuestro poder, habia graves providencias que tomar y mas que todo habia que volar al encuentro del General Villafañe que como dije antes se habia introducido por el norte con un buen cuerpo de tropas.

En esta situacion se encontraban las cosas cuando me separé de la persecucion para regresar al campo de batalla. Dejé encargado de continuarla al comandante Echeverria oficial activo, práctico de los lugares y de la guerra, asignándole un suficiente número de tropas. Le previne que solo tomase el descanso absolutamente preciso, y que no abandonase al enemigo, ó cuando menos sus huellas ni en la noche que iba á seguirse. Así me lo prometió, y así creí que iba á hacerse, pero contra mi esperanza, en esa misma noche dejando Quiroga la direccion de la

frontera del sud, tomó la de Buenos Aires mientras Echeverría siguiendo en la primera perdió la pista y fué á dar á su querida mansion del Rio 4.º de donde era gefe militar. Este es otro incidente que no pude profundizar, persuadiéndome que primero quiso Echeverría dormir esa noche, y que despues parte engañado, parte por inclinacion de su departamento se dejó conducir por otra vía que la que llevaba Quiroga. Fué entonces que éste se reunió por las inmediaciones del Saladillo á los diputados Cabia y Cernadas.

Vencido otra vez Quiroga en Oncativo, se replegaron los restos que pudieron de su ejército sobre sus provincias cuyos gobiernos se preparaban á continuar la guerra. En Cuyo se armaban nuevamente los Aldaos hermanos del prisionero, en la Rioja quedaban los caudillos Villafañe que se retiró con su division de mas de mil hombres y Brizuela; en Catamarca Eslabes Figuera y en San Juan y San Luis otros caudillejos subalternos.

¿Debía yo renunciar á los frutos de la victoria, dejarles tiempo de rehacerse, para que volvieran otra vez sobre nosotros?

Hubiera sido una estupidez en que estuve bien lejos de incurrir, y muy al contrario, destaque varias fracciones del ejército, en las direcciones que convenia. Si para darles mas fuerza moral las denomine vanguardias, era un arvitjio legal, que no pasaba de un ardid militar permitido y usado para engañar al enemigo.

Adoptada esta resolucion, era muy natural que me fijase en la eleccion de los que habian de mandar esos cuerpos destacados, y que esta recayese en los gefes que por sus relaciones y origen mereciesen mas confianza á los pueblos á que iban destinados. El Coronel Videla Castillo mendocino fué mandado á Mendoza, el comandante Albarracin sanjuanino á San Juan.

El primero fué nombrado gobernador de Mendoza con general aclamacion, y conservó hasta el último la estima-

cion de sus comprovincianos. El segundo no mereció igual sufragio de los suyos, y aunque la provincia de San Juan se enredó en esa deplorable anarquía que nos pinta el General Madrid. Albarracin se guardó muy bien de intervenir á mano armada. Cuando llegó á mi noticia esa situacion lo mandé retirar en el acto con toda la fuerza que tenia del ejército, prefiriendo cualquiera desórdenes que qudieran ocurrir, á la coaccion que resultaria de la presencia de un gefe militar con soldados que le obedeciesen. El comandante Albarracin cumplió mis órdenes sin trepidar, y el pueblo de San Juan fué perfectamente libre.

Entre los gefes del ejército habia dos puntanos muy dignos, que lo eran los coroneles Pedernera y Pringles, y ninguno de ellos fué empleado porque estaban conmigo los hermanos Videlas sujetos respetables de San Luis quienes se pusieron á la cabeza de la fuerza que marchó á su provincia. Jamás aquellos honrados gefes manifestaron sentimiento de no haber sido escogidos para ir á su pais, lo que no hubiera sucedido si hubiese precedido esa *distribucion* de provincias que supone el General Madrid, quien ademas alega (en sus memorias) un agravio por la parte que le tocó en ella.

Si hubiera habido un gefe riojano del ejército ó de fuera de él, que reuniese vigor y capacidad seguramente no hubiera elegido al coronel Madrid para que marchase sobre esa provincia. Desgraciadamente, no lo tenia pues el viejo General D. Francisco Antonio Ocampo muy adicto á nuestra causa, por su edad y otras consideraciones no era adecuado para dicha empresa. Ni el mismo se atrevió á dirijirla limitándose á importunarme para que mandase á su provincia un gefe del ejército experimentado y con la fuerza conveniente. Esta es la razon porque elegi al coronel Madrid.

Cualquiera que lea los párrafos de la memoria del general Madrid sobre esta época, podrá creer que mis prevenciones ó sea instrucciones que debió llebar dicho ge-

fe cuando lo destiné á la Rioja debian afectar la libertad de ese pueblo, y autorizarlo para espresarse en el modo que lo ha hecho. Si fuese asi el Sr. Madrid no hubiera dejado de decirlo pues quien inventa hechos para satisfacer su empeño de deprimirme, no ocultaria los que fuesen ciertos para salvarme de una merecida censura.

Me parece tan conveniente la reflexion que acabo de hacer, que me persuado que no necesito mucho esfuerzo para probar que las órdenes que llebó el coronel Madrid, eran en perfecta consonancia con la libertad del pueblo riojano, con los derechos de los ciudadanos, y con el sistema que sinceramente promobia.

Como si se necesitasen mas comprobantes el mismo General Madrid viene á subministrarnos uno muy poderoso que se deduce de los parrafos citados. De ellos debe inferirse que la fuerza que fué á las provincias, y la supuesta *inrucion* coartó su libertad, llevándoles gobernadores *predestinados*, de los cuales él fué uno de ellos.

¿Y como se puede conciliar esto con la espontaneidad con que dice que lo aclamaron en la Rioja y despues en San Juan, con las instancias que se hicieron á pesar de su resistencia, y con la casi forzada aceptacion que se vió obligado á prestar?

Yo podria ahora mismo preguntar al General Madrid ¿cree ó no que hubo coaccion, en la eleccion que se hizo en su persona para Gobernador de la Rioja? Sino la hubo no debió condenar la medida que lo destinó á ocupar dicha provincia pues que arrojando de ella los enemigos, dejó á sus habitantes en plena libertad, y en el goce de sus derechos.

Si hubo coaccion, la culpa es suya pues que no lo mandé á que se hiciera elegir Gobernador y mucho menos le ordené que aceptase. Si hubo algo de lo último mejor era Sr. *General Madrid*, que Vd. nos lo dijese francamente y dejase de empalagar al que tenga la paciencia de leer sus memorias, con la fastidiosa relacion de tantas aclamacio-

tes de tantos cariños y abrazos, de tantas niñerías y ridículas inepcias.

Hasta que he leído las memorias del General Madrid no solo ignoraba que el hubiese hecho *ascos* á su mision á la Rioja, sino que estaba persuadido que estuviese muy satisfecho tanto en el sentido militar como en el político, pues que en ambos le era muy honroso.

En el primero, porque existían allí caudillos no despreciables como Villafañe y Brizuela á quienes podia llegar el caso de tener que combatir. En el segundo porque mediante la influencia preponderante que le habia dado Quiroga á dichas provincias era de gran peso en los destinos de la república.

Para acabar de quitar al General Madrid los *ascos* que hace á la provincia de la Rioja podria recordarle que habia allí intereses de no pequeña importancia por ejemplo, los entierros de dinero de Quiroga (tapados) que le llamaron eficazmente su atencion. Dígalo el papelillo aquel confidencial que escribió al mayor Carballo, que fué hallado en su bolsillo. cuando su primer patron lo fusiló.

Es digno de notarse que tiempo despues cuando el General Madrid podria considerarse en una posicion mas elevada, ha hecho varias expediciones á la Rioja desde Tucuman con motivos menos graves y hasta una vez con el fin de traer algunos ódres de viño, sin que haya creido que por ello sufría su alta categoría.

Si se medita un poco, no es difícil hallar la explicacion de tan singular inconsecuencia, y en prueba de ello voy á darla en pocas palabras.

La mision del General Madrid á la Rioja era honrosa á todas luces y nadie la miró bajo otro aspecto, mas lo que se la hacía mirar con tedio era la distancia que se ponía de su muy querido pueblo (Tucuman) en el cual podria hacer alguna intentona como la de marras, aunque fuese preciso entrar á la Sala de RR. con espada en mano. Entonces hubiera hallado ocasion de dar ensanche á sus ódios

personales respecto de Lopez, cuya influencia predominaba en su amado pueblo.

Mas en esta parte estábamos tan disconformes, y pensaba de un modo tan distinto que no solo alejé todo pretesto para que pudiera ir á Tucuman, sino que ni queria destinarlo á alguna de las provincias fronterizas, de donde pudiera escurrirse para hacer de las suyas. Esto si que era por mi parte respetar la libertad de los pueblos, mantener ilesos los derechos del ciudadano, acatar su soberanía, y practicar los principios de que á cada paso hace una vana ostentacion el Sr. Madrid, sin advertir que luego se contradice.

Por mas que pondere el General Madrid las adoraciones de que era objeto en su pueblo, debió tener presente que en esa época ya no hubiera sido electo Gobernador (salvo alguna coaccion como la de presentarse con la espada desnuda en el santuario de las leyes) si se consultaba la opinion general de la parte sana, honrada y sensata. La mejor prueba de esto es que no lo fué en ese tiempo, pues dejando el mando el Sr. Lopez por haber cumplido su tiempo legal; fué remplazado por el Sr. D. José Frias, simple ciudadano que se ocupaba en el comercio. Pero aun hay mas, que á nadie se le ocurrió nombrar al Sr. Madrid, lo que tambien servirá de contestacion, á aquello de la diputacion que recibí pidiéndomelo, y que yo maliciosamente le oculté.

Lo mismo sucedió cuando años despues fué mandado por el dictador argentino á quien habia doblado la rodilla y en cuyas aras quemaba inciensos. Cuando su interes se lo aconsejó, volvió la espalda á sus nuevos compromisos, pero su pueblo, estuvo muy lejos de confiarle sus destinos. Puede asegurarse que lo mismo acontecerá despues si hubiese ocasion, aunque viva mil años, salvo siempre la reserva de la maniobra consabida.

Me permitiré ahora, emitir mi juicio, conforme con el que forme entonces, fundandome en que las circunstancias

son indispensables para apreciar los actos de cualquier naturaleza que sean.

Aquellos desgraciados pueblos que se veian de un golpe libres de sus terribles opresores, apenas podian persuadirse que estaban en aptitud de ejercer sus derechos y aun esto lo hacian con la desconfianza de nuestro poder que tendia á afianzarselos. El *terror* esa planta malefica que hecha tan profundas raices, ocupaba aun los ánimos, y como creian comprometerse optando á unos empleos que sus opresores habian considerado como una propiedad, temian su vuelta y que entonces les pidiesen cuenta de su usurpacion. Difícil hubiera sido hallar hombres que se resignasen á tan duro sacrificio, razon porque no habia ni candidatos ni pretendientes á las primeras sillas de la magistratura (1).

Estos temores no podian provenir de los gefes del ejército que no siendo de la misma no podian prometerse permanecer mucho tiempo, ó si lo eran á penas los conocian.

Cuando el General Madrid aceptó el gobierno de la Rioja no mereció mi desaprobacion, pues que no creí ni creo hasta ahora que hubo coaccion y por el contrario miraba su nuevo destino como de circunstancias, dirigido mas que todo á preparar y utilizar los elementos militares que nos eran necesarios para consolidar la obra que teníamos entre manos.

Por lo demas el nombramiento del General Madrid en nada perjudicaba á la independendia en que se hallaban las provincias pues que desde que él ù otros gefes optaron á los gobiernos de algunas, fueron completamente independientes, y no se podrá citar un solo acto que pruebe que yo me mezclase en lo administrativo, económico, ó gubernativo de ellos. Bien lo manifiesta el General Madrid, pues que en su espedicion á San Juan para ir á auxiliar á la

(1) Años despues en Buenos Aires hubo tiempo en que nadie queria ser gobernador, y que los electos huían de tan elevado puesto, como se huye de un incendio.

provincia de Mendoza que se hallaba amenazada por José Aldao, Corbalan y otros, en nada nombra, ni cuenta con mi consentimiento.

Fuera de los coroneles Videla y Madrid que obtuvieron los gobiernos de Mendoza y Rioja, ningun otro jefe del ejército fué nombrado gobernador de provincia. Si el coronel Desa lo fué de Santiago, fué mucho despues y hé aquí lo que motivo su nombramiento.

La provincia de Santiago mandada por Ibarra no nos habia hecho guerra declarada, pero era constante su acuerdo con nuestros enemigos, aun tuve datos positivos de que solo esperaba algunos auxilios para pronunciarse. Sin embargo nadie lo incomodó, ni turbó la pacífica posesion de su *soberania* hasta mucho despues.

Pasada la accion de Oncativo llovian las solicitudes de los enemigos de Ibarra para que yo obrase contra él. Pusieron en juego todos los resortes imaginables y recuerdo que hasta recibí una ardiente excitacion del recomendable y juicioso canónigo Gorriñi gobernador de Salta. Sin embargo no quise tomar ingerencia en el asunto y me limité á dejar correr las cosas y ser enteramente indiferente.

Fueron esclusivamente los enemigos privados de Ibarra los que armaron una partida en la jurisdiccion de Catamarca á cargo del mayor de milicias Luna quien cayó de improviso sobre Santiago y hubo de sorprender á Ibarra. Luego vino una fuerza de Tucuman que decidió la emigracion de este á Santa-Fé.

La provincia de Santiago nombró para suceder á Ibarra al Sr. Alcorta, de opinion equívoca y de una irresolucion ó timidez extraordinaria. Cuando se le preguntaba, si se hallaba en estado de garantarnos de un ataque de Ibarra, contestaba que el no podia hacer cosa alguna en ese sentido y concluyó con pedir que se mandase una fuerza para que pudiese asegurar la provincia.

Fué entonces, es decir, despues de meses de la a-

cion de Oncativo, que marchó el coronel Desa como auxiliar del Gobierno de Santiago, al tiempo que asomaban las montoneras capitaneadas por el hermano de Ibará [Pancho] que habia guardado con este designio en la provincia. La conflagracion fué instantánea, y la guerra fué su resultado inmediato.

Alcorta dejó el Gobierno sin que hubiera poder humano que lo hiciera continuar. El Sr. Palacios no quiso admitir el Gobierno, y el Sr. D. Pedro Frias que pudo desempeñarlo tuvo un fuerte partido de oposicion que brindó á Desa el Gobierno.

Estoy casi seguro qué pasarían allí mas ó menos las mismas escenas que nos describe el General Madrid, como sucedidas en San Juan, en donde los partidos á trueque de no ceder el triunfo á sus adversarios se conformaban con un gobernante extraño que calculaban libre de las pasiones del momento y de poca duracion.

Si el coronel Desa hizo mal [y lo mismo digo del coronel Madrid] en admitir el mando, si ellos no se condujeron como convenia, no puede atribuírseme, ni puedo ser responsable. Ellos eran desde entonces independientes, sin que me quedase mas influencia que la moral que me daba el prestigio de la victoria, y el aprecio que quisieran dispensarme esos pueblos.

Antes de ir á Santiago el coronel Desa, la provincia de Santiago temerosa de Tucuman con quien tenia antiguas é inestinguibles rivalidades, me confirió por medio de sus RR. sin solicitarlo, ni aun preverlo el título de protector, el cual ni rechace ni admiti, pues que jamás hice uso de él. El único objeto de esta distincion fué que los salvase de las invasiones de los tucumanos, interponiendo mis respetos entre ambas provincias.

Ninguna otra me confirió semejante título, sin embargo no dejaron los enemigos, de suponer que yo me lo habia adjudicado en toda la estension de la república. El General Madrid parece que participase de la misma aberracion.

La autoridad que me fué conferida del modo mas legal por las provincias todas fué la militar, con el título de *gefe supremo militar*. Hé aquí como se hizo.

Se reunieron en Córdoba comisarios ó representantes de todos los gobiernos, suficientemente autorizados para tratar los asuntos generales, con conocimiento y sancion de los cuerpos representativos. Estos convinieron en un tratado que fué ratificado por todos, y un artículo de ese tratado me conferia el mando de la fuerza armada de todas las provincias.

Los comisarios ó representantes de los gobiernos eran sujetos respetables, por sus luces, su patriotismo y su posición social. La simple enunciacion de sus nombres, conocidos en nuestros Congresos y otros puntos importantes bastará para recomendar su mision.

Por Córdoba. El canónigo Dignidad Dr. D. J. Greg^o Baigorri.

“ Salta. “ ex-congresal D. Manuel Tesemos Pintos.

“ Tucuman. “ ministro de gobierno Dr. D. Manuel Berdia.

“ Mendoza. “ ex-diputado Dr. D. Francisco Delgado.

“ San Juan. “ ex-diputado D. Eudecindo Rojo.

“ San Luis. “ Dr. D. José Maria Bedoya.

“ Santiago. “ ex-congresal canónigo Miguel Calixto del Corro.

“ Rioja. “ Dr. D. Ventura Ocampo.

“ Catamarca “

Habiendo dicho ya algo sobre mi administracion quiero consagrar algunas lineas, para destruir las groseras calumnias de nuestros enemigos: ellos me imputaron como tambien á mis compañeros, miras puramente dominadoras y se empeñaron en dar á todos nuestros actos el colorido y la forma de una conquista militar. Pero es de notar que aun entonces no pudieron negarnos que teníamos en vista la Constitucion de la República.

La prensa de Buenos Aires y muy particularmente *El Lucero* del Sr. Angelis que desempeñaba entonces las funciones que ahora hace la Gaceta Mercantil, nos acusaba todos los dias de que, pretendíamos *constituir la república á palos*, con lo que confesaba nuestro intento, si bien negaba

el acierto de los medios que empleábamos para ello. Solo ha sido despues que Rosas ha querido desnudar á nuestro partido de toda mira y carácter político.

Prescindiendo de que nos apoyábamos en la gran fraccion de la república, que constituia el partido unitario, y de que era el mas liberal, el mas honorable, el mas ilustrado, bastará presentar el programa de nuestros trabajos para desmentir la calumnia.

Sabido es que la última constitucion de la república halló una resistencia invencible, no en la parte sana y pensadora de los pueblos, sino en los caudillos que estraviaron la multitud. Sabido es tambien que esos caudillos se conservaron en los mandos que habian obtenido, ó usurpado por medio de violencias y de crímenes, y que era un servicio y hasta un deber separarlos de sus puestos, para que el pais se diese sus leyes y entraese en la carrera constitucional. En cuanto á mí, estoy perfectamente seguro que todo el interior, allanados esos obstáculos, hubiera aceptado con entusiasmo la constitucion, tal cual la sancionó el último congreso.

Es una torpe inexactitud lo que dice el General Madrid que los puébllos del interior deseaban que se sacase la capital de Buenos Aires. Es una idea tan peregrina, atribuida á esa época, que no creo que haya tenido lugar en ninguna cabeza, ni aun en la del mismo General Madrid. El confunde las quejas de las provincias de otro tiempo, con lo que pasaba entonces, y que seguramente no comprendia, ó ha olvidado. Protesto por mi honor que no he oido á persona alguna anunciar semejante pensamiento y que pienso que á nadie se le ha ocurrido. Es precisamente en ese periodo de nuestra revolucion que desaparecieron (hablo en el interior) los celos provinciales, y que no se tenía en mira sino la gran cuestion nacional en toda su fuerza.

¡Pero ni que mas podian descar los pueblos del interior cuando la cuestion de la capitalizacion habia sido tan

felizmente resuelta con la nacionalizacion de Buenos Aires! Esta grande idea del Sr. Rivadavia que adoptó el Congreso y que solo resistió el partido de oposicion que tenia en la misma capital, le es de un eterno honor y lo hace acreedor á la gratitud de todos los argentinos.

No es posible comprender porque los enemigos de Rosas han hecho un estudio tenaz y constante en no encarar la cuestion despues de la caida de la Presidencia bajo un aspecto nacional, sin que hayan dejado por eso de hacer lo posible por sublevar la nacion, sin perdonar los celos provinciales que han querido en vano hacer revivir.

No se puede comprender vuelvo á decir, como hombres dotados de incuestionables talentos y que profesan el positivismo, se han persuadido que podian conmovier una nacion con declamaciones vagas en que predican amor á la libertad y horror al despotismo. Preciso era presentarles una idea, un principio, un sistema que les diese esperanzas de ver realizados sus votos y que los sacase del terrible circulo de anarquia y desorden en que giran hace 40 años.

Si la constitucion del año 27 era buena y adaptable al pais, ellos no debieron abandonar, tan pronto su obra. Si es mala porque no es adaptable confiesen su error y canten la palinodia. Ofrezcan tambien hacer algo que reemplace aquello levantando una punta del velo que cubre su impenetrable misterio. Lo demas es pensar en realizar quimeras, es querer levantar el mando sin tener punto de apoyo.

Volviendo á los militares que combatian en el interior, observaré que sino eran los indicados para deliverar, eranlo al menos para aillanar los obstaculos, y preparar el camino á los verdaderos lejisladores. Esto mismo parecia desear el pais, incluso Buenos Aires, pues que en 1.º de Diciembre del 29 hizo una apelacion al ejército que acababa de llegar de la Banda Oriental.

Mirese como se quiera ese suceso, yo lo consideraré siempre como un movimiento popular, que si fué presidido por el General Lavalle, fué sirviendo de instrumento á un

gran partido político que lo impulsó á derrocar la administración del Sr. Dorrego. La numerosa reunion de San Roque, la aprobacion del piteblo de Buenos Aires, su armamento y espontanea organizacion en cuerpos militares para defender la obra de Diciembre, todo inducia creer que la poblacion de la ciudad tuvo la parte principal en aquel movimiento, que despues han hecho gravitar sin piedad sobre la esclusiva responsabilidad de su infortunado gefe.

Lo mismo que en Buenos Aires sucedia en las provincias, donde la parte mas adelantada de la sociedad nos era sinceramente adicta, y recibió al ejército no solo con demostraciones de la más viva simpatia, sino de positivo entusiasmo. Aun debo decir mas; el ejército debió creerse llamado, solicitado, rogado por esos mismos pueblos que iba á libertar. Asi nos lo hacian entender los infinitos provincianos que estaban en Buenos Aires, los que venian del interior, y los mismos que se conservaban en sus casas siempre que hallaban medio de hacer conocer su pensamiento.

Estas disposiciones favorables de la parte mas conspicua de los pueblos, no variaron despues de dos años de trabajos y gloria para el ejército, de sacrificios indispensables para ellos. Cuando mas pudo notarse algun cansancio cuyas causas luego aclarare, como tambien lo que impidió que se aplicase el remedio.

Por su parte el ejército correspondió dignamente á su mision, conduciéndose de una manera tan honrosa, que jamás seran allá olvidados esos soldados tan temibles en la pelea como moderados despues que habia pasado. No me queda la menor duda, de que las relaciones de mutua estimacion entre el pueblo y ejército se fortalecian cada dia, y que un poco mas de tiempo, hubiera inutilizado los esfuerzos de los caudillos para sublebar las masas, contra los verdaderos defensores del órden, de la libertad y de las leyes.

Si alguna vez se reprocharon á algunos gefes actos de demasiada severidad, en circunstancias especiales, me bas-

taria contestar, que la conducta individual, en algun caso excepcional, de determinadas personas, no podia responsabilizar á todo el ejército, ni aun al General en Jefe, tanto por la especialidad de las mismas circunstancias, cuanto porque obrando aquellos á grandes distancias (1) y en provincias independientes que los habian elegido, la accion de la primera autoridad del ejército era menos efectiva.

Considérese que desde las Pampas del Sud hasta las Fronteras de Bolivia, y desde las cercanias del Paraná hasta el pié de los Andes, en una estesion de cerca de 200,000 leguas cuadradas, se sostenia una guerra popular mas ó menos viva, que me obligaba á destacar cuerpos á inmensas distancias. Considérese tambien que el conjunto de estas operaciones traia al General en Jefe un recargo de atenciones que le haria muy dificil descender á los pormenores. Por mas que yo me hubiese esforzado en conservar una perfecta regularidad, y que se hubiese conseguido hasta donde era posible en lo humano, mi accion no podia dejar de ser menos eficaz que cuando se ejercia á mi inmediacion.

Ya indiqué otra vez pero me es forzoso repetirlo que la barbarie de nuestros enemigos era tal, que cuando no permitiese una rigurosa represalia me era indispensable dejar algun ensanche á las pasiones, cuya entera represion hubiera hecho desbordarlas. Por todas partes no solo en el ejército, sino el pueblo se levantaban quejas contra mi

(1) Fué en la Rioja y Santiago del Estero donde principalmente se dijo que se habian ejercido actos arbitrarios y de escesiva severidad. En esas provincias mandaban los coroneles Madrid y Desa quienes debieron responder al cargo. Entretanto no deja de ser extraño que el primero que lleva escritas cerca de mil páginas de á pliego empleando muchas de ellas en frivolidades pueriles, nada diga de estos hechos, sea para negarlos si no existen, sea para justificarlos. Por lo demas, bastantes pruebas nos da el Sr. Madrid de que con un corazon *sumamente humano*, es muy capaz de mandar matar prisioneros fendidos como cuenta candorosamente que lo hizo en Oncativo, y aun otras cosas mas.

moderacion (1) y clemencia, atribuyendo la osadia y sevicia de nuestros enemigos, á esas calidades que otros se han empeñado vanamente en negarme.

Esto no desmiente el concepto que antes dije que merecia en todas partes ese ejército tan valiente como virtuoso, tan rico de honor como de laureles. Para dar una muestra y no alargar demasiado estas observaciones me limitaré al pueblo de Córdoba cuyas antiguas antipatias por las tropas de línea, aun en tiempo del General Belgrano, habian desaparecido. Lo que digo de Córdoba sucedia mas ó menos en los demas pueblos con pocas excepciones (2) y eso por causas que algun dia se conocerán distintamente.

La entrada de un cuerpo del ejército en Córdoba era siempre una verdadera ovacion: grandes y pequeños lo recibian con palpables muestras de estimacion, y claramente se veia asomar la alegria á todos los semblantes. En vano he evocado mis recuerdos, no hallé en mi memoria un hecho de desorden, ni aun de desatencion cometido por esos inimitables soldados. Si lo hubo debió ser tan raro, ó de tan pequeña importancia, que no dejó sino una impresion fugaz. Asi sucedia que desde el gefe hasta el soldado eran mirados como un defensor, como un amigo, como un huesped distinguido.

No solo los gefes sino tambien los oficiales subalternos eran recibidos en las principales casas con distincion y apre-

(1) Hasta ahora no falta quien declame contra mí porque salvé al General Aldao, porque di libertad al General D. Santos Ortiz. Porque deje con vida y libres á los Reinafés, á los Barceñas, á los Bulnes, á los Sosas, á los Bargas, á los Figueras &c. y mas tarde á los Galanes, á los Lamaña &c.

(2) Para entender bien esto, preciso es distinguir la poblacion de las ciudades, de la de campaña, y aun esta última en dos clases: los propietarios y los hombres sin arraigo propiamente dichos *gauchos*. Estos últimos eran generalmente nuestros enemigos, tanto porque nuestro sistema no era de licencia y desorden cuanto porque estaban mas inmediatamente bajo la influencia de los caudillos. En la Rioja y Santiago donde todo casi es campaña era mas fuerte ese pronunciamiento hostil. Los gefes que allí obraron fueron muy afortunados para vencerlo.

cio. Las preocupaciones aristocraticas que no dejan de tener en Córdoba profundas raíces, habian desaparecido para hacer lugar á la mas franca cordialidad. Varios de aquellos se enlazaron con familias respetables, y es seguro que con algun mas tiempo y un poco de tranquilidad, una gran parte de la oficialidad del ejército hubiera hecho lo mismo. No se persuada alguno que en el cultivo de estas relaciones, habia favor de quien quieto que sea, porque si el mérito y la gloria de que estaban ricos los gefes y oficiales de ese ejército sin segundo, eran relevantes las sobresalientes prendas que adornan el bello sexo de Córdoba sino le dan el primer lugar entré lo que yo he conocido, tampoco se lo dejan ceder á otro alguno.

Las fuertes prevenciones que habian existido en otras clases de la sociedad iban desapareciendo rápidamente. El clero que tanta influencia tiene en esas provincias y que al principio creyó ver en nosotros unos peligrosos novadores, empezaba á sernos adicto: El célebre é ilustre Dr. Castro á la cabeza del de Córdoba trabajaba con apostólico empeño por la causa de la civilizacion, del orden y de la libertad. (1) La plebe misma empazaba á reconciliarse con nosotros, pues que principiaba á comprender los verdaderos intereses del pais y los suyos propios, bajo un régimen legal y constitucional, que era el blanco de nuestros esfuerzos.

Díganlo esos Cazadores de la Libertad, que dos años

(1) Cuando caí prisionero y entraron en Córdoba los federales, fué sumerjida en los calabozos la parte mas selecta del vecindario. Comerciantes de primer orden, dignidades de la iglesia, los hombres mas eminentes del foro fueron arrastrados y amontonados en la cárcel, sin dejar de cometer otras barbaridades segun es costumbre de nuestros enemigos. Esto fué lo que motivó el célebre dicho, de un clérigo anciano y respetable el Dr. Echenique, cuyas opiniones políticas no nos habian sido favorables. Cuando vió presas á las personas mas distinguidas iba á la cárcel diariamente y permanecia todo el tiempo que le permitian. Alguno estrañó esta conducta y él contestó. Quiero estar en la cárcel porque es un lugar de honor, desde que esta en ella lo mejor y mas principal de mis ciudadanos.

antes nos habian combatido en San Roque, y que luego abrazaron nuestra causa con un ardor, que solo puede producir la mas fuerte conviccion. De otro modo seria inexplicable esa constancia heróica que desplegaron uniformemente los gefcs, los oficiales y los soldados: ellos simples artesanos, abandonaron sus oficios, sus hogares y sus familias, para empuñar el fusil, regar consu sangre todo el territorio de la república y dar el mas patente testimonio de la justicia de la causa á que se habian consagrado.

Nuestro sistema se afianzaba, pues que progresivamente avanzaba en la opinion de aquellos pueblos. Se notaba algun cansancio de la guerra, pero esto lejos de destruir mi primera asercion la corrobora, porque no por ello desistieron de su empeño.

Dos años de combates, de agitacion y de sacrificios en que no habia sido posible hacerles gustar todas las mejoras que teniau derecho á esperar, ni aun los goces que ofreee una tal cual tranquilidad, no fueron bastantes á desanimarlos, y en lo general siempre estuvieron prontos, por mas que sufriesen á prestar nuevos servicios (1).

Aun mirada nuestra situacion bajo este punto de vista, convenia hacer una tregua á la guerra, ó por lo menos á las hostilidades, para dar un descanso temporario á dichos pueblos y al ejército que segun la frase de un sujeto juicioso y amigo mio, (2) *no se habia en dos años apeado del caballo*, sin contar las campañas de la Banda Oriental y

(1) Sin embargo de un orden de cosas tan extraordinario las rentas públicas se duplicaron en Córdoba sin otro esfuerzo, que haber provisto á la fiel recaudacion y manejo de ellas. El establecimiento de escuelas en la campaña llamó muy particularmente la atencion del gobierno y trabajaba en ello á pesar de las urgencias de la guerra. La poblacion de las fronteras con los bárbaros del Sud y Norte fué otro punto á que contrajo sus cuidados. Propuso á la asamblea provincial y obtuvo la sancion de una ley librando del diezmo á los pobladores. &a. &a. No es de este lugar ocuparse de esto.

(2) El Sr. D. Pedro Frias.

Buenos Aires. Este reposo era tanto mas ventajoso cuanto el me proporcionaba tiempo para regularizar mejor las milicias, y preparar los contingentes de otras provincias á cuya organizacion se habia dado principio.

Estoy persuadido que demorando un año la esplosion de la guerra decisiva que iba á empeñarse, y para la que el partido contrario iba á echar el resto, se hubieran llenado estos objetos y que nuestra patria ño tendria que deplorar tantos sacrificios estériles, y tantas víctimas inútiles.

¿Por qué no sucedió así? Porque ciertos hombres constituidos en unos verdaderos agitadores, nada menos querian que ese descanso necesario: ellos miraban con los celos de la desesperacion las mejoras sociales, y la consolidacion del órden legal y constitucional en nuestro pais, sino venia (hago esta suposicion porque no puedo dejar de considerarlos amigos sinceros de la causa y enemigos de la tiranía) por mano de ellos. Varias veces he estado tentado en creer que deseaban con menos ardor la caida de Rosas, que la disminucion de un poder que les aumentaba su fantasía y que temian se apoyase en mejores bases, por cuanto promoveria los verdaderos intereses nacionales.

No se contentaron con emplear toda clase de excitaciones respecto de mí y de los jéfes de él, sino que pusieron en juego todos sus medios para irritar á Rosas, Lopez y demas caudillos con el fin que no me dejasen tiempo de reposo. Lo consiguieron para desgracia de nuestro pais.

Bien sabido es que el primero de aquellos caudillos estaba resuelto á conservarse sobre la defensiva, y que solo á fuerza de instancias y aun amenazas del segundo hechas por medio de Cullen, se decidió á tomar la iniciativa.

Cullen se apercivió de que ganabamos terreno en el interior de la república y de que á mas andar, desapareceria pronto la influencia del caudillo Lopez á quien servia. Ademas su orgullo y su amor propio, habian sido intencionalmente heridos contra mi voluntad, de modo que sus pa-

siones individuales se encontraron de acuerdo con sus convicciones políticas. En una misión que fué á desempeñar á Buenos Aires, y en la que para darle un carácter mas decisivo no quiso llegar á la ciudad, persuadió á Rosas que principiase la guerra, que Lopez no era capaz de hacernos por sí solo.

Algunos patriotas de buena fé, obraban en el mismo sentido de los agitadores, porque se les hizo entender que el poder de los enemigos era nulo, y que me sobraban fuerzas para anonadarlo de un golpe. Hasta pretendieron persuadir que yo hacía intencionalmente la guerra para crear un poder dominador que oprimiese la república. Al General San Martín, le hicieron en Lima igual imputación cuando la de la Independencia, sin haber recojido los discípulos otro fruto, que retardar la obra, aumentar víctimas, y privarnos de la gloria de afianzar la libertad política de ambos Perús. El destino, y ellos la reservaban al ejército de Colombia y al General Bolívar.

Mucho daño hicieron entonces las ridículas fanfarroñadas del General Madrid que ofrecía con su escuadrón de voluntarios, y algunos cientos de riojanos, marchar á Buenos Aires á derribar á Rosas, y á todos los caudillos que lo apoyaban. Después de haber estrujado la Rioja, sin haber hecho mucho para convertir á nuestra causa á sus habitantes, quería á todo trance salir de esa provincia para correr otras aventuras. Recuerdo que lo reconvine por las cartas que distribuía con profusión, exagerando su poder que no tenía, y repitiendo ofrecimientos que estaba muy lejos de poder y aun de querer cumplir. Luego se verá la exactitud de lo que digo.

Era consiguiente que los agitadores procurasen apoyarse en él, y quizá algún otro jefe, para moverme (decían) á obrar mas activamente; mas como siempre me encontraban fiel al plan que me había propuesto, y que era el único que podía salvarnos, se veían reducidos á la im-

potencia y se contentaban con evaporarse en vanas declamaciones.

No tengo duda, y la memoria del General Madrid me lo hace ahora ver hasta la evidencia, que el hubiera deseado explotar esas disposiciones inamistosas de unos pocos exaltados hácia á mí en su propio provecho, pero cuando tanteaba la pequeñez de sus medios, se desalentaba y retrocedía. Es seguro que sin eso hubiera repetido las escenas de Tucuman con los gobernadores Lopez y Laguna. Al fin pensaria remediarlo con unas cuantas docenas de esas proclamas, que á su juicio son el Sánalo-todo, de los mas enormes desatinos. Debo la justicia al valiente ejército nacional y al sensato pueblo de Córdoba y á todos los demas del interior, que jamás le dieron ni la mas remota esperanza de su apoyo. Dudo aun que los mas inquietos en la mayor exaltacion, pensasen confiar á la debilidad de su juicio, el éxito de una obra, que aunque clásicamente estraviados deseaban sinceramente ver felizmente terminada.

Permitame el General que no lo acompañe en su expedicion á San Juan ni en las operaciones que practicó en su gobierno de la Rioja. Además que ellas no me conciernen inmediatamente, no puedo descender á detalles porque no los he presenciado. El que lea sus memorias formará juicio de ellas, por que hay cosas que por si mismas se recomiendan como merecen.

Sin embargo no dejaré de detenerme un momento en un concepto que necesita una ligera esplicacion. Dice el General Madrid. "*Mandé al General Paz no reeuerdo si doce mil pesos, ó si mas ó menos para auxilio del ejército, del prodnc-to de los entierros descubiertos de Quiroga;*" lo que sobre no ser del todo exacto, está dicho de un modo tan vago que me precisa á determinarlo.

Prescindiré de censurar la terrible irregularidad con que se manejó el negocio de los entierros de dinero (tapados) de Quiroga, y el desgreño con que se espendió un caudal

que en aquellas circunstancias y en esas pobres provincias era de cuantía (1) Prescindiré tambien de estenderme en la consideracion de que el General Madrid tuvo mayores medios que ningun otro gefe, de levantar una buena division de tropas, (lo que tampoco hizo) para ceñirme á decir en que consistió el auxilio de dinero que mandó á Córdoba, y las razones que tuvo para hacerlo.

En el tratado que habian celebrado las provincias, no solo habian convenido en mandar un cuerpo de tropas sino cierta cantidad de dinero para formar la caja general del ejército. A la Rioja le correspondian siete mil pesos. Pues bien, ni aun esa pequeña cantidad fué cubierta en el todo, no obstante que acababa el gobierno de la Rioja de percibir una mucho mayor cantidad, del producto de los sobredichos depositos.

Para concluir añadiré que el gobierno de la Rioja mandó efectivamente una orden ó letra para que un sugcto entregase al gobierno los siete mil pesos con que debia concurrir, pero al mismo tiempo que la orden llegó á la misma persona una contra orden retirando mil pesos de la primera, de los que habia hechado mano el General Madrid: yo me ví precisado á mandar cuanto antes entrar en cajas los 6000 restantes, antes que llegasen otras contra órdenes que podian ya venir en camino.

Espero que disculpará mi desconfianza cualquiera que conozca al General Madrid. Es el mismo en la administracion de los caudales públicos, que en la de su fortuna particular en lo que, sea llevado de su prodigalidad genial, sea de otro principio parece que no hiciera la menor distincion.

Encendida nuevamente la guerra por un ataque trai-

(1) Segun se espresaba el General Quiroga, el dinero que el fué suministrado pasaba de noventa mil pesos fuertes, mientras que lo que se me notició por cartas particulares de los coroneles Madrid y Plaza apenas llegaba á treita y dos mil. Hasta ahora no habia dado crédito á lo primero, mas á vista de las revelaciones que nos hace la memoria, creo cierta la asercion del General Quiroga.

dor que el ejército de Buenos Aires y Santa-Fe hizo sobre el Fraile-Muerto, improvisa declaración, y en medio de las seguridades que nos daban tratados existentes, se estacionaron los enemigos en una parte del territorio de Córdoba menos con el fin de procurar una batalla, que con el de sublevar el país y hacer la guerra de partidas en una inmensa escala.

El General Madrid queriendo darsé el tono y aire de salvador que pretende asumir en todas partes y que tan modestamente se adjudica en sus memorias, me notició que se apresuraba á venir con sus fuerzas, á buscar mi incorporación. Antes apunté uno de los motivos que tenia para que rer dejar cuanto antes la Rioja; ahora diré otro quizá mas poderoso que el primero. Tenia miedo y con justísima razon à esos mismos riojanos, cuya benevolencia decia que habia conquistado (la de los gauchos de la campaña) y queria cuanto antes dejar un territorio que temblaba bajo sus pies: mas en vez de decir esto francamente se propuso alborotar, persuadiendo que era conveniente abrir la campaña y que él estaba pronto y los riojanos ansiosos de llevar la guerra á todas partes. Como vió que yo entendia su juego, empezó á dirigir cartas pomposas y estrafalarias de que se aprovechaban los espíritus inquietos.

Muy poco satisfecho quedó cuando recibí mis órdenes que le prevenian, nada precipitar sino al contrario organizar muy bien el contingente de la Rioja y no moverse sin dejar perfectamente asegurada la provincia. Dijo, que todo estaba á satisfaccion y se puso en marcha con 300 ó 400 hombres incluso sus famosos voluntarios (1).

(1) Singular cosa es, que los regimientos que ha mandado el General Madrid en el interior, aunque los generales le hayan dispensado una proteccion especial, y sin embargo de su popularidad que decanta, nunca pasaron de 200 hombres. Parece que fuese esta una medida justa de la que no le era posible pasar. Por lo demas, apelo al juicio de todos los militares que han servido en esos ejércitos, y al de los pueblos que los han visto; siempre esos cuerpos se distinguieron por cierto abandono, por cierto aire de indiciplina que los hacia desemejantes de los otros cuerpos de linea.

Estaba tan lejos de quedar tranquila la provincia de la Rioja que sobre sus pasos se fué insurreccionando todo el territorio de ella en proporción que lo desocupaba. El mismo hubo de caer en una celada, (1) de que escapó por una feliz casualidad. Es muy probable que si se detiene en la Rioja, no hubiera podido escapar su persona, porque en esa provincia y la de Santiago fué en las únicas que la decision popular fué mas tenaz é indomable. Las causas no son dificiles de asegurar.

Cuando supe esto, ya el coronel Madrid con su impertrita division pisaba el territorio de Córdoba y quise castigar su maliciosa arrogancia, mortificándolo un poco: le dije, que no necesitando por el momento su fuerza para resistir al enemigo que tenia al frente regresase á pacificar la Rioja. Entonces fué lo bueno; quiso desesperarse, y empleó toda clase de argumentos y excusas para eludir la órden y hacermela revocar, la que por otra parte no era mi intencion que se llevase á efecto. Era solo una leccion que duró pocos dias.

Al fin consentí que se reuniese al ejército y lo hizo con cosa de 300 hombres que componian dos escuadrones de voluntarios y un resto de milicianos. Este fué todo el refuerzo que trajo el coronel Madrid, cuando debia esperarse que atendidas sus promesas y los recursos que tuvo, hubiese presentado una division numerosa, y perfectamente equi-

Es verdad que el de voluntarios cantaba *vivas* gritaba mucho, daba *vivas estruendosos* sin son ni ton, mas esto era todo.

(1) Acostumbraba el General Madrid salir con una pequeña escolta á recibir fuera de su campo á los cuerpos de milicias que venian á reunirse. No se porque accidente dejó de hacerlo con uno, y esta omision casual lo salvó. El escuadron que se aproximaba estaba sublevado, y su gefe se proponia matar ó apoderarse de la persona de Madrid luego que saliese á recibirlo y proclamarlo: mas como no sucedió, retrocedió de las inmediaciones del campo haciendo pública su revelion. El General Madrid no esperó mas, y marchó el mismo dia con lo que se quedó, pero siempre muy entusiasta y diciendo que iba á salvarnos. Los riojanos se fueron desertando y antes de poco no quedó uno.

pada: tan solo trajo demas, unas pocas armas en manos de sus soldados y creo que algun vestuario ya raído. Lo que mas le llamaba la atencion eran unas cornetas nuevas que era el lujo de la division, sin duda venidas de Chile con las primeras.

A la verdad, con los recursos que siempre ofrece un pais por pobre que sea, y con el hallazgo de los entierros de dinero de Quiroga, todos esperamos que el coronel Madrid hubiese levantado un cuerpo de tropas mas numeroso y mas formal. Nadie creia sus exageraciones, pero nadie tampoco se persuadió que estuviesen tan lejos de la realidad.

En desquite trajo un repuesto de vidalitas con que empalagó muy luego á todos. Recuerdo una cuyo refran era. *A la gran Bolada*, entre otras composiciones de este género. Cuando llegó á mi cuartel general vino á obsequiarme con una banda de cantores, y luego hizo lo mismo con otros jefes, todos tuvimos que sufrir tan fastidioso obsequio.

Es increíble el valor que da á estos medios el entonces coronel y hoy general Madrid. Piensa y quiere candorosamente que con unas cuantas vidalitas, algunas proclamas, y de cuando en cuando *un viva atronador* ha conmovido los pueblos, arrastrado las masas, y hecho invencibles los ejércitos. Es tanto mas sorprendente esta aberracion, cuanto parece que no han bastado á destruirla tantos y tan crueles deengaños como ha sufrido. Si se pudo esperar alguna vez que la esperiencia lo hubiese corregido, sus memorias nos revelan que es una enfermedad incurable.

El encuentro en Calchines con las fuerzas de Santa-Fé y Buenos Aires no sucedió como refiere el General Madrid. En esto como en todo lo demas adolece de insignes inexactitudes. Hé aquí lo que aconteció.

Sabiendo que las fuerzas de Lopez se hallaban á dos ó mas leguas de distancia, y que habia abanzado su vanguardia hasta los Calchines, me moví para buscarlo y dar una batalla, objeto constante de mis solicitudes. En la

madrugada nos aproximamos efectivamente á ésta, y se hizo el alto necesario para prepararnos á un combate en forma, pues que el cuerpo principal podia habersele acercado.

Pudo improvisarse un ataque brusco, si se hubiera querido omitir toda clase de precauciones, pero además del peligro que he indicado, poco ó nada abanzabamos, pues que los santafesinos hubieran saltado en sus caballos y hubieran huido sin que con la obscuridad pudiesen ser capturados, lo que no sucederia cuando el crepusculo nos permitiese ver los objetos: si el enemigo se apercibió por algun accidente de los que son inevitables en la guerra, no debe hacersele cargo al General en Jefe que no pudo ni prevenirlo ni preverlo. Mas habia otra razon muy poderosa para que yo debiese obrar con circunspeccion.

La caballería que yo tenia como de milicias, ó recién formada era en sus siete octavas partes inesperta y de poquisima confianza. La misma tropa de línea acababa de sufrir un golpe en el Fraile-Muerto, de modo que me era mas urgente la consideracion de precaver un reves que desmoralizase al mejor cuerpo de esta arma que teniamos. Por el contrario debia en lo posible asegurar una victoria que restableciese á su primer estado las disposiciones morales de esos excelentes soldados.

Para un ataque como el que dice que queria el General Madrid yo debia aventurar sola mi caballería dejando atrás las otras armas, y esto es precisamente lo que no entraba, ni en mis instrucciones, ni en mis calculos. No solo era posible sino muy provable que si en la persecucion de los 400 ó 500 hombres, que era la vanguardia enemiga hubiera lanzado imprudentemente la mia, se desorganizase y en tal caso era evidente que hubiera sido irremisiblemente batida cuando se hubiese presentado el grueso del ejército de Lopez. Bien se que esto no lo comprende ni lo comederá el General Madrid, como no comprende actualmente la causa de sus infinitas derrotas, *sin que hasta ahora haya conseguido una victoria con los ejércitos que ha mandado ese jefe*

(1). No digo pues esto para convencerlo á él, sino para que lo entienda el que leyere estos apuntes, y particularmente nuestros militares jóvenes.

He hablado de persecucion imprudente, por que para hacerla á todo trance á un cuerpo de tropas irregular, cabalgado en superiores caballos, que no guarda una formacion rigurosa, y en que cada hombre obra casi individualmente, necesitaba lanzar á escape mi caballeria, fuese la que persiguiese de cerca, fuese la que la habia de apoyar, pues que debia conservarse á una distancia proporcionada.

En esta carrera que podia ser de dos, tres ó cuatro leguas hubiera agotado mis caballos; de modo que cuando hubiesemos encontrado de refresco al cuerpo principal enemigo, no hubieramos estado en situacion de combatirlo.

Sin embargo no dejó de perseguirse al enemigo, pues que marchamos sobre él siempre en orden y siempre escopeteándolo. El hecho justificó mi prevision por que á las tres ó cuatro leguas de haber marchado en este orden apareció todo el ejército de Lopez que aunque no pasase de 2000 hombres era superior por la cantidad de sus tropas á la caballeria del mió. Hé aquí la explicacion de mi conducta en este dia, sin hacer mencion de otro incidente grave que no concierne al General Madrid, pero que no debió ignorar, el cual me aconsejó tambien obrar segun lo hice.

Cuando Lopez se presentó y se reunió á su vanguardia hice *alto* para prepararme á un empeño serio que podia tener lugar, proceder tanto mas necesario quanto una marcha acelerada, habia naturalmente prolongado las columnas. Le presenté la batalla que el enemigo, tuvo al fin á bien no aceptar, sin que por eso en el intervalo de tiempo que nos

(1) No puede llamarse ejército la division con que ese mismo años cuenta que se abanzó desde Tucuman sobre la Rioja, ni bastaria el combate de Miraflores en que derroté la division de Quiroga que mandaba Bargas. Es esta, cosa bien digna de notarse y que debe fijar la atencion de cualquiera y la del mismo General, si es que es capaz de reflexion.

observamos mutuamente á algunas cuadras de distancia, estuviésemos ociosos.

Se empeñaron fuertes guerrillas en que la superioridad de los santafesinos sobre nuestros milicianos fué puesta en la mayor evidencia. Hice mas, pues mandé cargar al General Madrid con la derecha para provocar el combate, en el modo que yo queria empeñarlo. Diga lo que quiera el General Madrid, su division fué arrollada, y arrollada por una fuerza triple menor que la suya, y solo á cañonazos se contuvo à los enemigos que lo perseguian. Esto es lo real y positivo por mas que quiera paliarlo con detalles oscuros é incoherentes.

Si antes habia rehusado separar la caballeria de las otras armas, lo que he referido, y mas el otro incidente que sucedia á mi izquierda y que no especificaré, me confirmaron en mi propósito, asi es que cuando me moví sobre Lopez lo hice con todo mi ejército, visto lo cual el enemigo emprendió su retirada.

La persecucion se hizo en el mismo órden por 4 ó 5 leguas hasta llegar á los Zorros, colmados de cansancio y de fatiga, así hombres como caballos. Debe advertirse que en la noche anterior y en ese dia habíamos caminado mas de quince leguas, mientras el cuerpo principal del enemigo no habia andado la tercera parte. Agréguese que era un ejército sin bagages, perfectamente provisto de caballadas, todo compuesto de gauchos, y de consiguiente infinitamente mas ligero que el mio. Atendidas estas circunstancias, se apreciará debidamente *esa facilidad de perseguirlo que supone el General Madrid.*

Esa noche hubo una gran tempestad y es fuera de duda que Lopez que continuó marchando en retirada sufrió dispersion en sus caballadas, y aun desórden en sus cuerpos, mas nosotros aunque pasamos campados no dejamos de sufrir, y lo que mas me impresionó fué la desercion de una parte de la milicia. Si esta como hice notar antes empezaba á reconciliarse con nosotros, no habia tiempo para

que su adhesion fuese tan firme que la llevase á sacrificarse por una causa que empezaba à conocer, y por unos hombres hácia quienes sus hábitos de obediencia no estaban bastante arraigados. Así sucedia que se desertaban, no para engrosar las filas enemigas, sino para irse á sus casas, hasta que nuevas circunstancias los obligaron á seguir al mas fuerte.

Al dia siguiente no era tan sencillo ponerse en seguimiento del ejército enemigo por cuanto no sabíamos que direccion habia tomado, habiéndole servido la tempestad para borrar hasta sus huellas. En un campo inmenso y desierto es tan fácil variar de direccion, que era una verdadera cuestion si Lopez habia tomado la ruta de Buenos Aires ó si ladeando sobre su izquierda se aproximaba al Tio para ponerse sobre el camino mas directo de Santa-Fé. Recuerdo que hice cuanto estuvo en mi mano para saber positivamente su direccion, y que todas mis diligencias no me dieron sino noticias muy vagas y aun erróneas. Pero aun cuando hubiese tenido las mas exactas en el estado que estaban las cosas y habiéndose alejado algunas leguas no hubiera obrado de otro modo.

Recuerdo tambien que el coronel Madrid me dijo su opinion de marchar sobre Buenos Aires esforzándola con cuantos argumentos le sugirió su alegre imaginacion, pero hasta ahora me cuesta persuadirme que me lo dijera con plena conviccion, pues que un desatino semejante no podia emanar de una cabeza medianamente organizada.

El ejército se componia de milicias, y aun lo que se decia tropa de linea en su mayor parte era poco menos porque era recientemente reclutado. Lo que nos ha dicho el mismo Madrid de lo que hicieron sus milicianos en la carga del dia antes, quienes la convirtieron en fuga y la llevaron hasta sus casas, es una muestra de lo que podria temerse no solo en un dia de conflicto, sino en el momento que diésemos un paso adelante. Es seguro que á haber

continuado la marcha se nos desertan las milicias con pocas excepciones.

Nuestras caballadas habian sufrido bastante, y sin eso no teníamos ni con mucho las bastantes para emprender una campaña tan dilatada. Hubiera sido no solo imprudencia sino una imbecilidad el emprender desde allí una invasion que podia llevarnos á mas de cien leguas, perdiendo nuestra línea de operaciones nuestras comunicaciones con todas las provincias y dejando al enemigo en el territorio que nos habiamos propuesto y que estábamos comprometidos á defender.

Desde el momento que esto hubiese sucedido, las provincias todas del interior caian en poder del enemigo, y debiamos contarlas á ellas mismas como enemigas. Si antes habiamos venido de Buenos Aires á libertarlas, abandonándolas ahora á sus caudillos, hubieramos tenido despues que emprender la misma tarea, de modo que aunque hubiesemos sido tan felices que triunfásemos de Rosas, la guerra no dejaba de ser interminable.

Pero desengañémonos, no era tan facil libertar á Buenos Aires, como la fantástica imaginacion del General Madrid se lo persuade. En su frontera estaba el ejército de reserva del General Balcarce, y aun despues de marchar este á Córdoba, quedó otro cuerpo de tropas á las órdenes inmediatas del mismo Rosas.

En cuanto á Santa-Fé, no se necesita sino echar una ojeada sobre la historia de las guerras de nuestro pais y la de esa provincia en vida de ese caudillo D. Estanislao Lopez, para convencerse, de que no era tan sencillo su sometimiento. ¿Habia olvidado el coronel Madrid, lo que sucedió á los generales Viamonte, Diaz Velez, Dorrego y Belgrano, y al mismo General Lavalle que supusieron una empresa facil, someter esa provincia de Gauchi-Soldados dirigida por el caudillo *Décano* de la federacion? Es notable el vertigo en que se constituyen las cabezas, cuando se de-

jan dominar por un falso entusiasmo que no es otra cosa que el desórden de sus ideas y también de sus pasiones.

No menos admira que el General Madrid que tanto censura al General Lavalle por que permitió la expedicion de Córdoba dejando mal segura la Provincia de Buenos Aires alegando que *no debió ocuparse de la casa ajena mientras la suya estaba amenazada de incendio*. Olvida ahora su maxima, pretendiendo que debí abandonar las provincias que estaban á nuestra devocion, para emprender una invasion descabellada para la que no era llegado el tiempo, ni la ocasion, ni la oportunidad. Si hay alguna diferencia en los dos casos no es favorable al General Madrid pues que en Buenos Aires quedaba con el General Lavalle un ejército fuerte mientras yo dejaba las provincias enteramente indefensas.

Es de la mas patente evidencia que siguiendo su consejo, hubiera tenido muy pronto que retroceder despues de haber concluido mis caballadas y sufrido una enorme desercion, so pena de no hacerlo asi, de llegar pronto á un estado en que no pudiera ni abanzar ni retirarme. Tal hubiera sido infaliblemente el resultado de una campaña ofensiva, emprendida sin base, sin movilidad, sin fuerzas adecuadas y sin los recursos y elementos necesarios.

Creó habia desmostrado que en la situacion en que me encontraba no podia pensar sensatamente en una invasion ú las provincias de Santa-Fé y Buenos Aires, si es que por invasion se entjende una campaña ofensiva en forma, y no una invasion pasagera como las que practican los bárbaros del Sud. Estoy seguro que el General Madrid ni entonces ni ahora se ha hecho esta distincion, ni se ha dado cuenta exacta de lo que pensaba, y acaso de lo que queria.

Su imaginacion inquieta y ambiciosa se avenia mal con una guerra metodica y con un rol subalterno, despues del independiente que habia jugado en la Rioja y San Juan, queria á toda costa procurarse otro mas adoptado á su genio y que se asemejase mas al que acababa de dejar: con

este fin tenia la vista fija en cualquiera variacion que diese una situacion diversa. Deseaba ardientemente mudar de teatro, y sobre todo trasladarse á Tucuman: sospechó que para conseguirlo se proponia precipitar las operaciones, chapurrear la campaña, de modo que nos veriamos pronto precisados á retirarnos á dicha provincia que era nuestro último recurso. Si se considera que el tenia su familia en Córdoba y que no podia conformarse con dejarla en poder de los enemigos, adquiere mi sospecha un mayor grado de probabilidad. Puede que le parezca mi juicio temerario al que leyere estos renglones, pero le pido un poco de paciencia, para que se convenza que no es destituido de fundamento. El mismo General Madrid se encargará de justificarlo.

Mi plan de campaña era una consecuencia de mi situacion militar. El como en las invasiones anteriores de Quiroga era defensivo pero sin renunciar á su ofensiva, toda vez que conviniese tomarla. Era propiamente lo que llaman algunos autores militares *defensiva ofensiva*, y lo acababa de probar dirigiendome sobre Lopez y buscandolo en su propio campo. Esto mismo habia hecho con Quiroga en las dos campañas anteriores, y lo repetí muchas veces buscando una batalla que el General Lopez evitaba cuidadosamente, pero que al fin debia verse precisado á aceptar. Asi hubiese sucedido sin la fatal casualidad que me hizo caer en sus manos.

Disculpo hasta cierto punto al General Madrid por que segun advierto no ha comprendido hasta ahora lo que yo me proponia que era sin duda lo que me permitia la situacion en que nos hallabamos. Si se admitiese como regla general que una invasion se debe repeler con otra, abandonando el pais que se defiende podria hacerse cargo á todos los Generales que se han visto en iguales circunstancias, ya sea en nuestro continente, ya sea en el otro emisferio. Puede que alguna vez sea esto conveniente y posible, pero será muy raro, y aun admitido esto debe advertir-

se que en ninguna ocasion era menos praticable que en el caso en que nos hallabamos. Teniamos entonces la doble tarea de apagar las chispas de la rebelion interior que saltaban por todas partes y la de rechazar al enemigo exterior que nos llamaba por el frente.

Si faltase algo para demostrar la exactitud de cuanto he dicho vendrian los hechos á comprobarlo. Ni bien me habia alejado de Córdoba algunas leguas para perseguir á Lopez hasta los Calchines y Zorros, cuando una fuerza enemiga se habia pasado por mi izquierda, penetrando hasta los suburbios de la capital de la provincia. Para oponerse fué destacada por el gobierno delegado, una parte de su guarnicion que consistia en las milicias de la misma ciudad, y fué entonces que se sufrió la sensible pérdida de los recomendables jóvenes D. Juan Bautista Ocampo, y D. Juan de Dios Moscoso muertos, recibiendo peligrosas heridas D. Juan Correa y otros no menos decididos patriotas. Entonces fueron tambien prisioneros D. Pastor Frias, D. Francisco Isasa con algunos mas que ahora no recuerdo. Al fin el valiente oficial retirado D. N. Santivañes salió de Córdoba con dos compañías de infantería y logró rechazar los enemigos pero sin causarle pérdida sensible, ni perseguirlos.

A esta sazón me replegaba yo con el ejército desde los Zorros sobre mi primera posicion que era sobre el Rio 2º, pero no sobre el Pilar al que dejaba algunas leguas á mi espalda. Era mas que probable que la fuerza enemiga que se retiraba de Córdoba pasase con su presa por determinados puntos que me propuse tomar para escarmentarla.

Con este fin dirigí á ellos tres divisiones, una de las cuales era mandada por el coronel Madrid, yendo la del centro á mis órdenes inmediatas. Por la tarde se separaron las tres divisiones muy circunstanciadas para ocupar los puntos designados y esperar la madrugada siguiente, hora en que segun todas probabilidades debia el enemigo procurar su escape.

Todo salió como estaba previsto, siendo el punto en que estaba situado el coronel Madrid el que eligió el enemigo para su tránsito. Veámos como se condujo.

No entraré en detallar el modo como distribuyó su fuerza para descubrir la avenida que le estaba encomendada, y no tengo motivo para suponer que no fuese el que convenia. Mas lo cierto es que el comandante del que el llama regimiento de voluntarios con una compañía de infantería no solo sintió al enemigo despues de entrado el dia, sino que se encontró con él. ¿Qué hizo entonces el famoso comandante, con el no menos famoso regimiento? Se esquivó de los enemigos en vez de cargarlos, costeando un bosque que le ocultó á la vista una guerrilla de doce ó diez y seis infantes que habia desprendido por un flanco á cargo del teniente Refojos. El enemigo que vió solo á este oficial con su pequeña partida, volvió cara y la acuchilló completamente sin que el comandante Leiva, ni el famoso regimiento hiciesen nada para socorrerla. El enemigo volvió á continuar aceleradamente su retirada, sin que ni Leiva, ni el coronel Madrid lo incomodasen seriamente. D. Pastor Frias siendo uno de los prisioneros es un testigo presencial del suceso.

Leiva fué juzgado y sentenciado á perder sus honores y empleo: el coronel Madrid dió esplicaciones (porque para nada faltan esplicaciones para cualquier negocio) poco mas ó menos como las que subministra su memoria. Como cualquiera puede juzgar de su mérito me abstendré de decir mi modo de pensar, contentandome con indiciar que asi terminó el asunto por entonces, aunque dejando en mi ánimo impresiones muy desfavorables del ponderado entusiasmo de la division Madrid, y que decia haber exaltado hasta las nubes con las vidalitas y muy particularmente con aquella de *La gran voleada*. Sin embargo me veo precisado á confesar que por esta vez se condujo el Sr. Madrid mas sobriamente en punto á proclamas, y arrogantes alocuciones, puesto que no nos regala con

alguna, aunque el lance sin duda lo requería. El hecho es que 300 montoneros santafesinos y cordobeses al mando del capitán Pajón (Chula) acuchillaron á su vista casi, al valiente Refojos y su partida sin que nadie lo protegiese, y lo que es más ni aun lo vengase. (1)

Es particular la importancia que da el General Madrid á la pérdida momentánea del Río 4.º que no es más que un pueblecillo de campaña que encontró, porque quiso, Quiroga sobre su paso y que estúpidamente se obstinó en atacar. Digo estúpidamente porque su empeño pudo costarle muy caro sin un conjunto de circunstancias desgraciadas que no pendieron de mi voluntad, y entonces había perdido por un accesorio de poquísima importancia el gran objeto de su movimiento que era penetrar en las provincias de Cuyo.

A la verdad, en una extensión inmensa por terrenos llanos y desiertos es imposible impedir el tránsito rápido á una división ligera que tiene la elección del punto por donde quiera penetrar. El del Río 4.º era sin duda el más indicado, y de consiguiente se habían tomado las prudentes precauciones, si estas no bastaron sea porque faltaron las municiones, sea que hubiese estado en mi mano privarlo, sea porque el comandante D. Prudencio Torres se pasó al enemigo, no se qué cargo fundado pueda deducirse, ni que consecuencia quiera sacarse para probar la inactividad con que se hacía por nuestra parte la guerra. Lo siento, pero á cada paso me veo forzado á descender á pormenores fastidiosos para que se entiendan bien los sucesos.

El coronel Echeverría, cuya capacidad no puede po-

(1) Con ocasión de la excursión del capitán Pajón y del suceso que les dió en Córdoba, muchos de los que clamaban, porque no había una campaña ofensiva, cambiaron sus quejas en reclamos para que mandase, desmembrando el ejército, fuerzas que los defendiesen. Lo mismo sucedió en otros puntos queriendo en cada uno, un ejército á sus órdenes.

nerse en cuestion estaba encargado de la frontera del sud, mas el plan sobre que se habia esta trazado, consistia en defender con los cívicos del lugar el pueblecillo, de un golpe de mano, y hostilizar con las milicias al que intentase atacarlo, ó pasar por sus inmediaciones.

Tan lejos estaba de desatender esa parte de las fronteras que desaprobé la remision al ejército que hizo el coronel Echeverria del escuadron de lanceros del sud que tenia á sus órdenes, y solo consentí que quedase cuando insistió asegurándome que no necesitaba su fuerza para la seguridad de la defensa que le estaba encomendada.

De municiones tenia el pueblo un buen repuesto, mas en precaucion se mandaba una cantidad mayor, cuando el oficial de milicias que las llevaba supo que Quiroga lo circunvalaba y sin mas antecedente retrocedió, sin lo cual no hubiera faltado tiempo y modo de introducirla.

Quiroga como he dicho pudo pasar á llenar el gran objeto de su mision, sin empeñarse en dominar por un dia, un puesto que no le era de la mayor importancia. Mas sea que se propuso por un golpe primero dar una idea aventajada de su poder, sea (y lo es mas cierto) por una ciega inspiracion de su genio que lo conducia á luchar con los obstáculos aunque fuesen evitables, el hecho es que el se obstinó en tomar á viva fuerza la plaza que solo estaba defendida por simples palizadas y por los cívicos y milicianos del lugar (1). La plaza se defendió bien y no hubiera penetrado en ella Quiroga, sin la traicion de Torres, quien le persuadió á renovar el ataque, revelándole la escasez de municiones. Así fué que cuando Quiroga se disponia á dejar el pueblo en paz, y seguir su camino, se resolvió á una nueva tentativa que le produjo la deseada ocupacion.

(1) La milicia de Rio 4.º sobre ser la mejor mandada, pues el coronel Echeverria era un militar de mérito, era la mas aguerrida, y la mas adicta á nuestra causa. No sucedia lo mismo en otras partes.

Lo que ella produjo al vencedor fué poquísimo y solo consistió en algunas armas y unos pocos prisioneros, pues que debe advertirse que los coroneles Echeverría y Pringles salieron de la plaza la noche antes con la mayor parte de la milicia para volver á entrar al otro día que ya se habia marchado Quiroga.

En el tenaz empeño de censurar que se ha propuesto el General Madrid, se enreda de un modo que es difícil seguirlo, no solo para combatirlo sino para entenderlo. ¿Qué quiere significar cuando dice que el coronel Pringles pudo haber sido destinado en tiempo, á esperar á Quiroga en el Río 4.º, ya que no se quiso que él viniera, ó Videla Castillo? Luego continúa "Salió (Pringles), de San Luis á su encuentro ó del "Río 5.º; no se ciertamente de cual de estos puntos, pero "sí que este último perció como un valiente, no debiendo "nosotros de ninguna manera, haber perdido á tan distinguido gefe. Estas son las consecuencias que experimentó siempre todo General indeciso y vacilante! No fué esta la primera pero tampoco será la última."

El coronel Pringles gravemente enfermo en Córdoba, habia obtenido licencia temporal para ir á San Luis á restablecerse. Cuando la invasion hallándose muy mejorado, venia á Córdoba y encontrándose con la invasion de Quiroga, se unió al coronel Echeverría para ayudarle á resistirlo. Luego que la villa de Río 4.º cayó en poder de aquel, se dirigió á Mendoza, y en el camino se encontró con una pequeña division que tenía cargo de observar al enemigo y cuyo mando tomó, sin duda por orden del Gobernador Videla Castillo. Por una imprudente confianza se obstinó en no creer que la fuerza que veian venir era contraria, y por un exceso de esa misma confianza ó si se quiere de valentía, despachó en retirada la fuerza y se quedó con unos pocos hombres.

Estando ya muy cerca los enemigos se puso en retirada, que tuvo que precipitar cuanto era posible porque la

persecucion era tenaz, incesante y activa. Se cree que su caballo se fatigó, el valiente Pringles fué alcanzado, herido y muerto por los enemigos. Cuando lo supo Quiroga manifestó sentimiento (1) y desaprobó debilmente su muerte que pudo haberse evitado, siendo falso todo lo que se ha dicho y escrito el que mandó fusilar al matador.

El coronel Videla Castillo era Gobernador de Mendoza y aunque habia mandado alguna fuerza de la que tenia en tan importante provincia le restaba otra considerable á la que habia reunido el contingente de San Juan que venia á las órdenes del comandante D. Indalecio Chenaut. las órdenes que tenia aquel gefe eran las de aumentar su poder militar cuanto le fuese posible, hacer frente á Quiroga y estar pronto para los movimientos que nos indicase el curso de los sucesos. Si él fué batido con fuerzas muy superiores, y contra todo lo que debia esperar la prevision humana ¿Qué tiene que ver esto y la muerte de Pringles con la supuesta vacilacion é indecision del General en gefe?

Videla estaba en su puesto y con fuerzas sobradas pa llenar la mision que estaba á su cargo; Pringles obró segun las circunstancias, y segun se lo aconsejó su espíritu valeroso ¿y en qué forma entonces puede responsabilisarse al General de hechos que sucedieron á la distancia y fuera de su inmediata direccion? tan torpes censuras muestran mas que estupidez, porque prueban un ánimo dañado y devorado por la envidia, los celos y la malevolencia.

Estos pobres sentimientos que jamás sospeché en el General Madrid, no los hubiera creido sino los viera estampados de su puño. En todo el curso de sus memorias se de-

(1) Quiroga en los primeros pasos de esta campaña manifestó sentimientos mas humanos, mientras su poder no se consolidó con la victoria de Chacon. Inmediatamente que la obtuvo desplegó la fiereza de su carácter fusilando un dia los oficiales prisioneros del Rio 4.º y otros que habia hecho en Mendoza, en número de 18, 20 ó mas. La cabra tira siempre al monte.

jan entrever, pero en ninguna parte los deja sentir como en el párrafo siguiente que ensalza sin que venga al caso porque á la verdad no se trataba de ninguna accion arriesgada que se le hubiese exigido.

“¿Por qué, pregunto, á los que me acusan de temerario porque he cargado el primero al enemigo en los lancees de mayor peligro, para alentar á mis soldados y conducirlos á la victoria, cuando en los casos desesperados se han acordado de mí, para mandarme al sacrificio puede decirse, no solo no acusan esta prudencia que nos ha perdido siempre, sino que la encomian ?

Pasaré por alto toda observacion sobre la hiel que destilan estas palabras, que demuestran á no dudarlo los sentimientos mezquinos del Sr. Madrid hácia mi persona, para ocuparme del concepto que quiere arrojar sobre sus procedimientos militares comparados con los de otros y muy particularmente con los míos.

¡Con que Vd. Sr. General Madrid con eso que llama su temeridad ó energia, ha llevado sus soldados á la victoria mientras otros y yo entre ellos observaron una prudencia que siempre nos ha perdido! Es preciso no solo la impavidez mas desenfrenada, sino toda la ceguera de las pasiones para que se produzca asi un General que ha perdido todos los ejércitos que ha mandado en jefe, sin ganar una sola batalla, y que lo haga dirigiéndose á General bajo cuyas órdenes ha visto únicamente la cara de la victoria en batallas generales y campales (1). Si esto se dejara despues de cien años podia pasar el embuste, pero cuando existen tan

(1) Por los años 23 ó 24 se sostuvo por la prensa una polemica entre el Coronel Arévalo y Madrid de resultas de un encuentro con los indios de que hace mension su memoria. Madrid hizo una reseña de todos sus combates, mas como casi todos eran desgraciados, dijo el centinela mio me engañó poco mas ó menos. No puede dardarse que el Coronel Madrid ha combatido mucho, pero desgraciadamente por lo cual merece el titulo de *famoso perdedor de combates*.

frescas las tradiciones y tantos testigos presenciales, es el colmo de la impavidez, de la torpeza y de la demencia.

Facil es conjeturar que todas esas escenas ridiculas que refiere el General Madrid acaecidas entre ambos sino son supuestas son enteramente desfiguradas. Por punto general solo diré, que si las intenciones del General Madrid eran dañadas con respecto á mi, su porte exterior siempre fué comedido y cual corresponde á un gefe subalterno. De mi parte jamás descendí de mi posicion conservando la que me asignaba mi destino. Esta advertencia bastará para contestar á esas estrafalarias relaciones de conferencias y discusiones sobre operaciones militares, que se complace el autor de las memorias, en multiplicar hasta el infinito, adornándolas con colores propios de su imaginacion y de su pluma. Si algunas veces he conferenciado con el coronel Madrid, como lo hacia con los demas gefes, ha sido apreciando siempre en su justo valor las opiniones del que me las daba, sin despreverme de mi propio juicio.

Hecha esta advertencia que servirá para ahorrarme otras esplicaciones siempre que el Sr. Madrid incurra en esa clase de inexactitudes, diré algo sobre el proyecto de espedicion al sud de Buenos Aires de que hace tanta ostentosa parodia.

Sin haber oido ni hablado una palabra todavia con el coronel Madrid, tuve el pensamiento de mandar al coronel Echeverria sobre el sud de Buenos Aires y efectivamente hizo una escursion que dió poco resultado. Para despues repetir el mismo movimiento reforzando á dicho gefe con la pequena fuerza que mandaba el coronel Acha, y aun se preparó algo para la espedicion de este: mas vinieron luego circunstancias que me obligaron á variar de resolucion.

Rosas y Lopez que al principio habian librado todo el éxito de la campaña en la guerra de partidos y movimientos ó hablando mas propiamente á la guerra que llamamos de montonera, no habiendo podido vencer, hicieron marchar el ejército de reserva á las órdenes del General D. Juan

Ramón Balcarce. Este llevaba mucha infantería, un gran tren de ligera y gruesa artillería, y pesados bagages que ocupaban considerable número de carretas.

Desde que ambos ejércitos enemigos, es decir el de operaciones y el de reserva, se hubiesen reunido, tenía Lopez que renunciar á su sistema de retiradas, y aceptar simplemente la batalla que le hubiera ofrecido. No se necesita ser militar para conocer que esa futura batalla era el punto esencial y decisivo de la cuestion, y que ganarla ó perderla importaba la solucion de toda la campaña y quizá de toda la guerra.

Sentado este autecedente, cualquiera comprenderá (menos el General Madrid que según se ve no conoció entonces ni ha conocido hasta ahora á pesar de ser de la profesion) que debia tener reunidos todos mis medios, ó por lo menos no dispersarlos á tan grandes distancias que no pudiese contar con ellos en el solemne dia del conflicto. ¿Qué podian aprovechar algunos sucesos parciales (si es que se obtenian, por que era muy dudoso) que tuviesen lugar en el Pergamino ó Rojas, si el ejército era batido en las inmediaciones de Córdoba? ¿Ese mismo cuerpo ó division que los habia obtenido no estaba completamente perdido? Nada de esto reflexiona el General (1) ó por lo menos sacrifica la razon y el buen sentido, al placer de darse el aire de *temerario* entre los necios que tengan la candidez de escucharlo. Así era antes, y no se ha corregido.

En las guerras populares de nuestro pais, mas que en

(1) Mehan asegurado que hace dos años proponia que les diesen en Montevideo, ciento y cuarenta hombres para hacer un desembarco en las costas occidentales del Rio de la Plata, y sublevar las poblaciones que las habitan, contra Rosas. Bien se hecha de ver que no se merecia al proyecto que de que se le mire como otro D. Quijote, pero ademas habia la intencion de procurarse un punto de apoyo para principiar una cadena interminable de petitorios y exigencias. Se proporcionaba tambien un primer escalon para una nueva carrera, semejante no lo dudo á aquella anterior de que lo habian hecho descender sus desaciertos y disparates sin cuento. *Todo está en empezar, salga lo que saliere.*

ningunas otras, el principal talento del General consiste en saber á propósito estender una accion fraccionando sus fuerzas y á propósito reunir las, por que ambas cosas llevadas al exceso tenian graves inconvenientes: En el primer caso se espone á ser batido en detal, en el segundo puede limitar su accion al terreno que pisa. Aun otra vez, nada de esto comprende el General Madrid y por eso no puede darse cuenta de mis operaciones.

Yo debia determinarlas por las noticias que instantáneamente se tenian de los enemigos, y por las ocurrencias que de un momento á otro podian sobrevenir. El ejército de Lopez que estaba mas ó menos distante pero siempre à nuestro frente podia ser reforzado de un instante á otro y aun hacer su reunion con el de reserva que estaba en marcha. La cuestion era si estas contingencias nos daban tiempo para operaciones mas ó menos lejanas que nos dejasen esperanzas de reunir nuestras fuerzas cuando el caso lo requiriese. Mientras el General Madrid no pruebe que ellas eran posibles sin faltar á esta condicion esencial, no habrá hecho sino charlar inutilmente.

Quien lea con reflexion las memorias del General Madrid se convencerá de que desconoce enteramente estos principios. Buena prueba son de ello, sus campañas á la Rioja, á Santiago del Estero y la muy estupenda última de Mendoza. No solo se echa menos en ellas la capacidad de un General sino hasta los recursos de una vulgar comprehension.

Lo que dice la memoria, de un soldado santafesino pasado, que agregué á mi escolta y que luego desapareció es un cuento despreciable que no merece que me ocupe de él.

Por lo demas no se crea que estábamos ociosos pues se combatia sin cesar en todos los puntos de la provincia por donde penetraban los enemigos, ó donde se levantaban montoneras. El éxito era vario, pero el triunfo era seguro para quien pudiera arrostrar por mas tiempo esa cla-

se de guerra particular de nuestro pais. Nuestros soldados, y mas que ellos uno á otro gefe como el coronel Madrid estaban algo cansados, pero los soldados de Santa-Fé y Buenos Aires no lo estaban menos, como lo probaba la lentitud de sus operaciones, y la desercion que sufrían Rosas y Lopez iban á echar el resto, y yo iba á hacer lo mismo. Una gran batalla era ya inevitable y su decision era la solucion del problema.

El General Madrid se contradice claramente pues despues de decir que el ejército estaba quieto sin hacer mas que ir del pasto á la agua, y de la agua al pasto, agrega que el soldado se aburría con marchas y contramarchas. Como podían hacerse estas si el ejército no se movía? Dice tambien que el ejército no marchaba sobre el enemigo, sucedió así que ni una sola vez que se presentó ocasion dejó de hacerlo, pero siempre teniendo presente mi plan de no perder mis comunicaciones ni empeñarme en una marcha dispendiosa de mis caballos é inútil que era á la que el enemigo me provocaba sin cesar. Alguna vez apeló el General Madrid al testimonio de los enemigos, y yo acepto su apelacion: que diga el proto-gaicho Lopez, el proto-caudillo Quiroga y toda la turba de casiques que lo seguían si alguna vez han tenido que emplear mas esfuerzos, mas trabajos, y mas teson para combatir á sus enemigos.

Dos eran los gefes principales del ejército, cuyas esposas estaban en Córdoba: repentinamente ambos vinieron á pedirme licencia para ir á visitar sus familias, y ambos la obtuvieron. Eran los coroneles Madrid y Pedernera, que habian sido incitados por sus caras mitades á dar este paso á un mismo tiempo. No fué difícil, ver que ellas mismas habian sido instigadas por alguno, con el objeto de tratar asuntos de grave trascendencia con sus maridos.

Ya se habia notado desde dias antes que al coronel Madrid le llegaban uno que otro cajon de vino de Burdeos y de dulces á que es tan afecto. Con estos admjniculos pre-

paró unos cuantos *medios convites* que dió á varios gefes del ejército procurando popularizarse, y ganar proselitos.

Sin penetrar yo en el fondo de estas maniobras, me habia apercivido, y estaba á la mira de sus operaciones. Otros gefes juiciosos se habian alarmado y me comunicaron en reserva sus inquietudes, no de un cambio que no tenia medios de practicar, sino de un escandolo que siempre desmoraliza y disgusta. Buen desengaño habia sufrido el General Madrid en sus mismos convites cuando tanteando el vado, habia encontrado los ánimos de los demas gefes fieles á mi amistad y á la disciplina. Ya lo dije otra vez y lo repito; pienso que jamás faltó al Coronel Madrid la voluntad y desco de conspirar, aunque vistiendose siempre de un ropage hipocrita y de un falso patriotismo pero jamás se le presentó ocasion de hacerlo con probabilidades de suceso, y en esta ocasion como en otras, retrocedió despues de haber aventurado algunas preliminares diligencias.

Sus censuras y cantinelas hallaron mas eco entre tres ó cuatro, quizá en uno solo del pueblo, que entre los valientes del ejército, y ese ó esos fueron los que invitaron á las señoras mencionadas á que llamasen á sus maridos. El sino el único de estos agitadores era el mismo D. Elias Beldoya á quien habia espulsado un año antes del ejército y que por supuesto no se animaba á volver. Sin duda habia algunos otros descontentos fuera de este campeon de la anarquia, pero es indudable que en su intentona si es que pensó seriamente en una asonada estaba solo.

No es estraño que muchos cansados de la duracion de la guerra, desearan su conclusion, y que cuando les decian que la inactividad del General era la causa de que se prolongase, uniesen sus quejas á las de los otros. Pero es enteramente falso que la opinion pública estuviese de acuerdo con los discolos y mucho menos que la sala de RR. estuviese dispuesta à pribarme del mando del ejército. Si se dijera del gobierno de la provincia para que me habia elegido, podia ser creible, pero del mando del ejército na-

cional que había traído desde Buenos Aires y que habían confirmado todas las del interior es fuera de toda posibilidad. Además quitarme el mando del ejército dejándome el de la provincia hubiera sido colocarme espresamente en una posición hostil con la Sala de RR. y esto solo importaba una disolución. La revolución en caso de hacerse debía ser completa, y en ese caso es extraordinariamente singular que no lo diga el General Madrid.

Por los dos personajes únicos con quienes hablo que fueron los Sres. Bedoya y Olmedo (el mismo que estuvo en Montevideo) ya se puede deducir la importancia de este negociado. Bien lejos estaban de ser órganos de la Sala de RR. ni de representar la opinión pública. Ignoro aun si ellos pensaban por su cuenta como dice el General Madrid que se lo espresaron, pero sin desmentirlo positivamente me inclino á creer que ni Bedoya en toda su exaltación pensaba que convenia practicar lo que decia.

Juzgo aun que su objeto era empujarme haciendome miedo con una destitucion, que no podia intentar, ó mejor diré haciendome vislumbrar un pronunciamiento de la opinión pública que él pretendia interpretar. Al decirselo á Madrid y á Pedernera solo queria que ellos me diesen la alarma. y cuando esto no surtiese efecto, acaso desearia hechar mano de algunos extremos. Diré en lo que me fundó para pensar asi.

La cuestión de recursos era por decontado esencialísima y vital, y á nadie se le ocultaba que su deficiencia era uno de los grandes inconvenientes con que tenia que luchar. Un dia el Dr. Olmedo que era efectivamente mi secretario en el nombre, despues de haber hecho un viage á la ciudad, vino á decirme de algun proyecto que algunos patriotas tenian entre manos para proporcionar al ejército cien mil pesos, con tal que abriese una campaña ofensiva (1). Luego advertí el origen y la futilidad de este ofre-

(1) Eran los mismos que se quejaban (segun el General Ma-

cimiento y lo recibí con el mas soberano desprecio. La consideracion solo del personage que servia de órgano para la proposicion la hacia en extremo ridicula.

Sin embargo coincidiendo el tiempo en que se me hacia con el en que se le hizo lo que dice el General Madrid, puedo creer que ambas tenian un mismo origen y objeto. El Sr. Bedoya arrastrado por las declamaciones del Sr. Madrid, y por su propio génio se persuadia que en mi consistia marchar á tambor batiente sobre Buenos Aires y Santa-Fé, anonadar á los caudillos y plantear una nueva administracion segun sus deseos. En el fondo me era desafecto, pero no creia que era llegado el tiempo de romper el instrumento.

El General Madrid hace una exclamacion muy sentida por no haber aprovechado las disposiciones que le manifestó Bedoya, pues que aceptando el mando de que se pensaba destituirme hubiera resultado un gran bien: es decir, puesto él ú la cabeza de los negocios, hubiera hecho triunfar la causa y salvado la república de la opresion en que gemia.

Por fortuna mia, los hechos van inmediatamente á desmentirlo, y él mismo por su propia boca va á confesarlo sin que nos deje el mas ligero género de duda. Pronto lo veremos.

Antes indiqué que el General Madrid, tenia fija su atencion en la provincia de Tucuman y á esta sazón empezó á manifestarlo sin rebozo. Me dijo que queria irse y consentí de plano en ello. No diré que era peligroso porque jamás se desmintió el concepto que me dispensaron el pueblo y el ejército, pero era incomodo, é inquieto y no dejaba de hacer mal con sus eternas habladurias. Bastante lo manifiesta con sus ridiculas desconfianzas y sus miedos absurdos, de que lo hiciese comprender por el

drid) de que las montoneras se aproximasen á la ciudad, sin advertir que apenas me retirase caerian sobre ella, la estrecharian y la tomarian sin que pudiese remediarlo. ¡Qué inconsecuencia!

enemigo y de que lo llamase á mi cuartel general para cometer una revolucion. Na necesitaba decirmelo para corregirlo cuando hubiese deseado hacerlo. Por lo demas no descenderé á contestar ineptias dignas del mas profundo desprecio.

A los dos ó tres dias de haberse marchado á Córdoba el Sr. Madrid para seguir su viaje á Tucuman con su familia, quise tambien trasladarme rápidamente á la capital de la provincia para cerciorarme de ese clamor público que se trataba de exagerar. Me detuve efectivamente en una chacarilla inmediata desde donde hice llamar á dos ó tres personas notables pero es inexacta que una de ellas fuese el coronel Madrid.

Por la noche entré á la ciudad y tuve una conferencia con el Gobernador delegado y los ministros, en que propuse dirigirme á la Sala de RR. para pedir recursos si querian que se continuase la guerra. Se me aconsejó que reuniese antes de dirigirme á la Sala á las personas mas notables de la poblacion y que les pidiese su parecer incluyendo esas mismas que se suponian disconformes con la marcha de los negocios. A pesar de su oposicion D. Elias Bedoya no fué incluido en ese número, pero sí su hermano que por todos títulos merecia mas atencion y respetos.

Preferí este arbitrio, y á la mañana siguiente fueron citados á casa de gobierno cosa de veinte personas de las mas espectables y adictas á la causa. Recuerdo que cuando se habia reunido mas de la mitad de ellas, vi que se colaba en la sala muy calladito el coronel Madrid, y que sin mas ceremonia se dirigia á tomar asiento. Preguntándole entonces, si habia sido llamado, ó si se le ofrecia alguna cosa del servicio, me contestó que no: oido lo cual, lo mandé retirarse, como lo hizo inmediatamente.

Pienso que el no habia cesado en sus pobres intrigas con Bedoya, pero me daban tan poco cuidado que ni se me ocurrió cruzarlas por otro medio, que por el muy digno,

muy público, y muy patriótico que adopté. Efectivamente el bastó para desbaratarlas en términos que me convenia que podia servirme del mismo coronel Madrid sin el mas pequeño peligro.

Despues de reunidos los ciudadanos que se habian llamado, principié atacando las hablillas de los díscolos que tan lejos de ayudar al gobierno en la patriótica obra de salvar el país, cooperaban eficazmente á aumentar los embarazos con que tenia que luchar, haciendo positivos servicios al enemigo. Hice formales interpelaciones para que dedujesen esas quejas que algunos por medios indirectos se proponian hacerme entender que eran generales. Nadie dijo una palabra que pudiera fundarlas, aunque nada tuviesen que temer de mi parte por la franqueza á que yo los provocaba con todas mis fuerzas. Si algunos pudieron hablar y callaron no fué, estoy seguro por miedo de mi sino por respeto á la verdadera opinion pública de que ellos falsamente se habian querido constituir de órgano.

Pasé en seguida á detallar la situacion del país y el estado de la guerra, alentando los ánimos pero sin ocultar los peligros, procurando relebar el patriotismo, pero sin excitar un falso y fósforico entusiasmo.

Finalmente dije que para continuar defendiéndonos y aun para dar mas nervio á la guerra eran necesarios recursos, mas que no pudiendo conseguirse por medios ordinarios era preciso tocar los extremos. Que si creian conveniente llegar á ese caso lo dijesen francamente para pedir á la Sala de RR. una autorizacion al efecto.

Todos respondieron unánimes, acordándome un voto de ilimitada confianza y ofreciéndome su cooperacion para llevar adelante la obra de que estaba encargado. Quizá no todos fueron sinceros en la emision de su dictámen, pero como dije antes se vieron arrastrados por la irresistible fuerza de la razon y de la sana opinion pública.

Como casi todos los ciudadanos que se habian reunido eran los que componian la Sala de RR., la adopcion de

la medida no podia tener en ella el menor obstáculo, así fué que la autorizacion que concedia al gobierno la facultad de exigir un empréstito forzoso, apremiando á los remitentes, pasó inmediatamente.

Dado este paso que chocó siempre á mis principios y á mi carácter, era forzoso buscar una persona adecuada que se encargase del gobierno en delegacion, para que lo llevase á efecto y he aqui, que me acuerdo del coronel Madrid que tantas veces se habia ofrecido para tan odiosa comision. Lo llamo, se lo propongo y no necesito mucho esfuerzo para persuadir que la acepte con la mejor voluntad del mundo. No es que desistiese de su viaje á Tucuman, pero era mejor hacerlo sin llevar las manos vacias.

El honorable anciano coronel D. Julian Martinez que habia sido hasta entonces Gobernador delegado cedió al punto su puesto con la más perfecta conformidad, y como los ministros Srs. Fraguero y Sarrachague, quisiesen tambien dejar los suyos, dejé para remplazarlos al Dr. D. Eusebio Agüero y D. Julian Paz. Fué recién entonces que entró éste á desempeñar el ministerio de la guerra; Ellos ofrecian una garantia de que la autorizacion concedida al gobierno no ultrapasaria los límites de la necesidad, y de la conveniencia.

Fué en esta ocasion que mandé estender los despachos de Generales á los coroneles Madrid (1) y Desa, mas tan no me acuerdo de su resistencia á aceptarlo, que me inclino á creerla enteramente falsa.

(1) El año 39 cuando se abrieron las puertas de mi calabozo para residir en Buenos Aires con la ciudad por cárcel, como se dice, el general Madrid habia abrazado el servicio de Rosas, y asistia á todas las funciones tanto religiosas como gastronómicas. Se habia tambien á la sazón el flamante general D. Gregorio Paz que era otro de los asiduos concurrentes, el cual era infinitamente menos antiguo en servicio que Madrid. Sin embargo ocurría la dificultad de la antigüedad del último grado, porque si era nullo el que yo le habia dado debia precederlo Paz, siendo lo contrario si se consideraba válido. Muy buenas ganas tenia entonces el Sr. Madrid de hacer valer el despacho que dice, rehusó, y al efecto alegaba con las debidas precauciones para que se tuviese por tal.

La razon que tuve para expedir estos despachos, fué mi condescendencia á las persuasiones de mis amigos, que siempre me han reprochado, mi excesiva tirantez y economia de grados militares. Me decian que era preciso abrir un poco la mano para hacer revivir el entusiasmo. No es decir que los agraciados no fuesen dignos por sus servicios, pero antes me habia propuesto no hacer grandes promociones mientras no existiese una autoridad nacional bien constituida. La tremenda crisis en que nos hallabamos me persuadió á salir de la senda que me habia trazado: hé aquí todo. En cuanto á mi ni antes ni despues quise grado alguno fuera del que temia.

Dejemos al General Madrid en Córdoba desempeñando su nueva mision con el tino y habilidad que pondera, para volver al ejército á donde me trasladé inmediatamente. Allí me esperaba un suceso extraordinario de que no tardaré en dar cuenta.

Todas las noticias que recibia eran contestes en que el ejército de reserva de Buenos Aires se aproximaba, y que se aproximaba tambien la crisis que debia terminar en una batalla general y decisiva. Al efecto reunia tambien yo elementos y el General Desá no obstante su culpable demora se acercaba con su division buscando el contacto del ejército.

Sin perder de vista el gran objeto de mis cuidados me propuse tentar aun una vez mas á Lopez para empeñarlo á un combate, antes que se reuniese al General Balcarce. Mas como esto era dificil sino se le sorprendia apareciendo repentinamente al frente de su campo, procuré ocultar mis marchas cuanto fuese posible.

El ya General Desá hacia la suya por una línea convergente, que debia reunirse á la ruta que yo llevaba á cierta altura, atacando de paso á los Reinafés que se hallaban en la direccion que traia.

Adviértase que cuando emprendí este movimiento, con-
vinado; tanto Lopez con el grueso de su fuerza, como los

Reinafés cuya division entre las que obraban separadamente era la mas respetable, habian tenido que salir del territorio poblado de la provincia que antes habian penetrado, para situarse en los despoblados que lo circuyen. Lopez estaba en un lugar llamado La Yila dos leguas afuera del Tio que es la última poblacion por ese lado, y Reinafé aun mas enmarañado en el desierto sobre mi flanco izquierdo.

La guerra se hallaba reducida á partidas que introducian para promover y proteger la insurreccion de la campaña y á montoneras poco importantes de la misma campaña de Córdoba sin que por esto dejasen de incomodarnos.

D. Estanislao Lopez, el patriarca de la federacion, el discipulo de Artigas, el proto-gaicho de la república, el omnipotente caudillo que tantas veces habia humillado á Buenos Aires con su horda santafesina, sin embargo de estar auxiliado por las tropas de Rosas, por otros muchos caudillejos subalternos como los Ibarra de Santiago, los Latorre de Salta, los Reinafés de Córdoba, y finalmente con el triunfo de Quiroga en Mendoza habia desesperado de vencernos con su acostumbrada táctica, y se habia confesado impotente reclamando la cooperacion de la infanteria y de los cañones del ejército de Balcarce que estaba para llegar.

Este fué el gran reves que sufrió la importancia política y militar de este caudillo, siendo consiguiente el descredito de su guerra irregular, y de su sistema bandalico con que hasta entonces habia triunfado. Tanto mas patente era esta revolucion cuanto yo, por la diferencia de caballeria, me habia visto precisado á emplear la infanteria de un modo hasta entonces desconocido en nuestro pais. Repito lo que otras veces he apuntado, que en las campañas del interior siempre fué inferior en aquella arma, pues aunque tenia el insigne regimiento núm. 2, era de tan poca fuerza que por su número estaba muy abajo de las necesidades que me rodeaban. Todos los militares cono-

con (excepto quizá el General Madrid) que no es obra de un día el formar buenos soldados de caballería.

Dando principio á la operacion acordada me moví en la tarde del 10 de Mayo con direccion al enemigo. Al emprender la marcha mandé que se colocase la caballería á vanguardia, mas habiendome contestado el coronel Pedernera que aun no estaba pronta, hice que tomase la cabeza el 5.º de cazadores, y ordené que la caballería alargase el paso cuando estuviese pronta hasta incorporarse á la columna. La hora que era no me permitia diferir mas tiempo el movimiento y me ví precisado á invertir por ello el órden en que habia pensado colocar las diferentes armas. Este fué uno de los incidentes que contribuyó á mi desgracia, como luego se verá.

Habiamos andado cerca de tres leguas por un camino sumamente estrecho pues atravesaba un inmenso bosque, y la noche se acercaba, cuando se empezó á oír muy distintamente uu tiroteo entre una partida quizá de mis guerrillas, y otra enemiga de mayor fuerza, con cierta diferencia. Me era muy conveniente escarmentar á ésta, tanto para reprimir el vandalage que se propagaba en la provincia de Córdoba, como para que siendo enteramente dispersada no se tuviese noticia en el cuartel general de Lopez del movimiento que sobre el se dirijia.

Para lograrlo de una manera completa quise instruirme de la posicion respectiva de ambas fuerzas y con este objeto hice abanzar al comandante D. Camilo Isleño que iba á poca distancia de la columna, y en seguida á D. Polonio Ramallo con el mismo fin. Entre tanto despaché un ayudante al Coronel Pedernera para que á la mayor brevedad mandase una compañía de cazadores que era lo que juzgaba bastante para terminar segun mi deseo con aquella funcion. El ayudante me hizo avisar que Pedernera se habia quedado muy atras y que seguia en su solicitud para acelerar por si mismo la remision de la fuerza pedida.

Entre tanto la noche se aproximaba y por falta de luz

veía que iba á malograrse un golpe que aunque pequeño, era por las circunstancias dichas de la mayor importancia en aquella ocasion. Por otra parte temía que aunque llegase la fuerza de caballería que habia mandado venir, podia serme aun indispensable invertir algun tiempo en tomar informes sobre la fuerza y calidad del enemigo y sobre su situacion, y para que nada de esto retardase la operacion, resolví aproximarme en persona al teatro del combate y esperar alli la caballería: creia como era natural tocar con la fuerza mia antes que con la enemiga, lo que fué al contrario,

Estaba casi solo (es decir sin mis ayudantes) á la cabeza de la infantería que mandaba el Coronel Larraya, y al separarme adelantándome me siguió solamente un ayudante que lo era de estado mayor, un ordenanza, y un viejo paisano que guiaba el camino. A poco trecho me propuso el guia (baqueano) si queria acortar el camino siguiendo una senda que se separaba á la derecha, acepté y nos dirigimos por ella: este pequeño incidente fué el que decidió de mi destino.

Cuando á mi juicio me hallaba á una distancia proporcionada del teatro del combate lo que podia calcular por la proximidad del fuego que le sostenia mandé adelantar á mi ordenanza para que haciendo saber al oficial que mandaba la guerrilla que yo me hallaba alli viniese á darme los informes que deseaba. Creia que por su órden natural la fuerza que me pertenecia estaria en aquella direccion, pero era de otro modo. El comandante de la guerrilla sabia que debia aparecer una fuerza que cooperando con él, esterminase completamente á la enemiga, para lo cual le habia dado orden que entretuviese el fuego mientras esto sucedia: él para lograr mejor lo que se le habia prevenido habia colocado su partida dentro de un cerco, cambiando el frente de su línea de guerrilla, avanzando su ala izquierda, el enemigo por un movimiento contrario habia tomado una situacion paralela de modo que ambas fuerzas

contendientes presentaban un flanco á la direccion que yo traia, es decir la fuerza que me pertenecia el derecho, y la enemiga el izquierdo, y apoyados ambos en el bosque, alli mismo terminaba para hacer lugar á un escampado que servia de teatro á la guerrilla; habia sin embargo una diferencia y era que el camino principal que yo habia dejado por insinuacion del guia iba á tocar el flanco derecho de mi guerrilla y la senda por donde iba, tocaba sin pensarlo yo con el izquierdo de la enemiga.

Debe tambien advertirse que el ejército federal tenia divisa punzó, y no sé hasta ahora porque singularidad aquella partida enemiga que seria de 80 hombres y pertenecia á la division de Reinafes, habia mudado en blanca, la misma que arbitrariamente se ponian las partidas de guerrillistas que eran en gran parte de paisanos armados. Es tambien de notar que en el mismo dia habiendo empezado á arreciar el frio habia cambiado yo de ropa, poniéndome un gran chaqueton nuevo, con cuyo traje nunca me habian visto, lo que contribuyó despues á hacerme creer que me desconocian á mi los míos como yo los desconocia á ellos. Estas fueron las causas de las fatales equivocaciones que produjeron mi pérdida.

El ordenanza que mandé no volvió mas y la causa fué que habiendo dado con los enemigos fué perseguido de estos y escapó pero tomando otra direccion, de modo que nada supe. Mientras tanto seguia yo la senda, y viendo la tardanza del ordenanza y del oficial que habia mandado buscar, é impaciente por otra parte de que se aproximaba la noche y se me escapaba un golpe seguro á los enemigos, mandé al oficial que iba conmigo que era el teniente Arana con el mismo mensage que habia llevado mi ordenanza, pero recuerdo que se lo encarecí mas, y le recomendé la precaucion. Se adelantó Arana y yo continué tras él mi camino; ya estábamos á la salida del bosque, ya los tiros estaban sobre mí; ya por bajo la copa de los últimos arbolillos distinguia á muy corta distancia los caballos, sin per-

cibir aun los ginefes; ya en fin los descubrí del todo sin imaginar siquiera que fuesen enemigos, y dirigiéndome siempre á ellos.

En este estado ví al teniente Arana que lo rodeaban muchos hombres á quienes decia á voces *alli esta el General Paz, aquel es el General Paz* señalándome con la mano, lo que robustecia la persuasion en que estaba que aquella tropa era mia. Sin embargo ví en aquellos momentos una accion que me hizo sospechar lo contrario y fué que ví levantados sobre la cabeza de Arana uno ó dos sables; en acto de amenaza. Mil ideas confusas se agolparon á mi imaginacion ya se me ocurrió que podian haberlo desconocido los nuestros, ya que podia ser un juego ó chanza comun entre militares, pero vino en fin á dar vigor á mis primeras sospechas las persuasiones del paisano que me servia de guia para que huyese porque creia firmemente que eran enemigos: Entre tanto ya se dirigian á mi aquella turba y casi me tocaba cuando dudoso aun, volví las riendas á mi caballo y tomé un galope tendido. Entre multitud de voces que me gritaban que hiciera alto, oia con la mayor distincion una que gritaba á mi inmediacion *parece mi General, no le tiren que es mi General, no duden que es mi General*, y otra vez *parece mi General*. Este incidente volvió á hacer renacer en mi la primera persuasion de que era gente mia la que me perseguia desconociéndome quizá por la mudanza de trage. En medio de esta confusion de conceptos contrarios y ruborizandome de aparecer fugitivo de los mios delante de la columna que habia quedado ocho ó diez cuabras atras, tiré las riendas á mi caballo y moderando en gran parte su escape volví la cara para cerciorarme: en tal estado fué, que uno de los que me perseguian con un acertado tiro de bolas, dirijido de muy cerca inutilizó mi caballo de poder continuar mi retirada. Este se puso á dar terribles corcobos con que mal de mi grado me hizo venir á tierra.

En el mismo momento me ví rodeado de 12 ó 14 hombres que me apuntaban sus carabinas y que me intimaban

que me rindiese, y debo confesar que aun en este instante no habia depuesto del todo mis dudas sobre la clase de hombres que me atacaban y les pregunté con repeticion quienes eran, y á qué gente pertenecian, mas duró poco el desengaño y luego supe que eran enemigos y que habia caido del modo mas inaudito en su poder. No podia dar un paso, ninguna defensa me era posible, fuerza alguna de la que me pertenecia se presentaba por alli, fué pues preciso resignarme y someterme á mi cruel destino.

Me dijeron que montase á la grupa de uno de los soldados que me rodeaban, que era precisamente el que habiendo servido antes á mis órdenes me habia conocido y me gritaba que me parase dandome el dictado de General: yo mostré alguna repugnancia y el accediendo á mi muda insinuacion, dijo resueltamente que no lo consentiria; se le ordenó entonces que me diese su caballo y que pues no queria que yo subiese á la grupa que la ocupase él, en lo que convino y se hizo al instante. Asi dejamos aquel lugar mientras dos ó tres se ocupaban en desenredar las bolas de mi caballo, los que se nos reunieron luego con el de diestro y siguieron hasta cierta distancia en que considerándose libres de una persecucion inmediata se ordenó la marcha de otro modo. (1)

He empleado mas tiempo en referir este lance y se ocupará mas en leerlo que el que se invirtió en realizarse. To-

(1) El general Madrid que era ya gobernador delegado de Córdoba me sucedió tambien en el mando del ejército.

Si algun extranjero amigo de mi causa que no conozca la historia de nuestro pais, leyese por primera vez las *Memorias* del general Madrid, al llegar á este punto se felicitaria pues debería esperar que hubiese sucedido un cambio favorable en los negocios ya políticos, ya de la guerra, por el advenimiento al mando de un jefe cuyas sublimes concepciones lo habian previsto todo con anticipacion, cuya bravura hacia temblar á los enemigos, y cuya aura popular lo elevaba al mas alto grado del favor público.

Deberia esperar ese extranjero que los RR. del pueblo que antes habian ofrecido al general Madrid el gobierno de la provincia sin correr los peligros y lo odioso de una destitucion violenta de que lo obtenia, lo dejasen para ejercerlo, ahora que se les habie

de ~~su~~ obra de pocos instantes, todo pasó con la rapidez de un relámpago; el recuerdo que conservo de él, se asemeja al de un pasado y desagradable sueño: por lo pronto era tal la multitud de consideraciones que se agolpaban á

allanado el camino por un suceso que estaba fuera de todo cálculo.

Deberia tambien creer ese extranjero que el pueblo que tan disgustado estaba de la inaccion del general Paz, y que silvaba al ejército por la misma razon, prodigaria sus recursos y su mas cumplida cooperacion al nuevo general dotado en grado eminente de las calidades contrarias á los defectos de aquel.

Deberia persundirse ese extranjero que los gefes del ejército que tanto criticaban al antecesor del general Madrid por su irresolucion, y que lo comisionaron á éste para que representara á nombre de todos, le darian la mas eficaz asistencia cuando estaba en aptitud de satisfacer por sí mismo sus bélicas aspiraciones.

Deberia prometerse ese extranjero que el general Madrid dueño de sus acciones y dotado de una energia que toca en la temeridad iba inmediatamente á poner en práctica esos planes ofensivos cuyas ventajas habia proclamado y por cuya adopcion habia abogado con un teson incansable.

Deberia pensar que el nuevo general armado de su *invencible resolucion*, marcharia sin tardanza sobre Lopez, que destruiria su ejército eu seguida, que penetraria en Santa Fe y Buenos Aires y libertaria dichos pueblos. Deberia en fin pensar que el general Madrid al menos por guardar consecuencia hária algo de lo que habia aconsejado y prometido.

Veremos cómo se realizaron estas esperanzas.

Luego que se supo que me hallaba prisionero se ocupó la Sala de R.R. de la persona que debia sucederme en el gobierno y tan lejos estuvo de pensar en el general Madrid que se fijó la opinion unanimemente en el Sr. D. Mariano Fraguero, sin embargo que por esta vez no hubo ese cómico desprendimiento de que en otras ha hecho ostentacion el Sr. Madrid. Muy al contrario se queja con la mayor amargura de que se debilitase su accion separando el mando político del militar que ya ejercia en el ejército. Para colmo de inconsecuencia alega que hubo tambien despojo injusto, porque siendo Gobernador delegado en lugar mio, piensa que se me destitua indebidamente nombrándome un sucesor, lo que á su juicio no debia ser aunque me hallase prisionero.

Dejando á un lado lo erróneo de esta doctrina, me detendré solo un momento para observar que causa asombro ver al hombre que ha condenado todos mis actos, al que se lamenta de no haber aprovechado una oferta sediciosa que dice le hicieron para Jerribar me del poder, acogerse ahora por único expediente á la delegacion mia, y quererse constituir en un universal heredero. Si cuando yo estaba en el poder su creia con el suficiente para subplantarme *cómo es que cuando yo di su permiso se ve precisado á mendigar una autoridad que tenia como derivada de la mia?*

mi espíritu, tal la confusión de ideas, tal la diversidad de sensaciones, que sino era casi insensible era menos desgraciado de lo que puede suponerse.

No obstante, pude admirar la decision de aquellos paisanos que se habian armado para sostener una opinion po-

Ademas de lo que acabo de notar, resulta otra flagrante contradiccion con lo que dijo en otra parte de sus inemias. Ya se recordará que me criticó agríamente por haber admitido el gobierno de la provincia de Córdoba sosteniendo que mejor hubiera sido dejarlo en otras manos, limitándome al mando del ejército ¿y como es que ahora considera como necesaria la concentracion del mando, que antes juzgaba inconveniente? De nada de esto se hace cargo al autor de la memoria, daudonos una prueba irrefragable de que ha escrito bajo las impresiones del momento.

Me permitiré aun hacer otra indicacion que nos honra á todos los que en esa época tuvimos intervencion en los negocios del interior, y es que negando sus sufragios los RR. al general Madrid, obraban ejerciendo un acto de plena libertad. Si esto pudieron hacer con un hombre que se nos recomienda tanto por su popularidad, mucho mas pudieron hacer con el que segun el mismo Sr. Madrid no la gozaba. Esto establecí un principio que en varias partes aparenta desconocer; la plena libertad con que obró la provincia de Córdoba en mi eleccion.

El pueblo se sintió como herido de un rayo cuando supo mi prision y miró con la mas grande indiferencia el advenimiento del general Madrid al mando del ejército. El no supo reanimar el espíritu abatido de la poblacion. ni captar su confianza. Sus insulsas proclamas, sus ridículos ofrecimientos fueron mirados con desprecio y todos desconfiaron de su destino futuro. Muy luego se apoderó de los ánimos la desesperacion cuando comprendieron que el general Madrid lo que pretendia era quitar los recursos que tenían para irse á Tucuman.

Quizá á su pesar se ve arrastrado el general Madrid por la fuerza de los hechos, á confesar que el ejército dió muestras del mas vivo dolor por la pérdida de su general. El nos lo dice porque no puede ocultarlo; como tambien que para procurarse la simpatia de de los gefes, tomó un camiuo opuesto al general Desa que tuvo la imprudencia de atacar mis procedimientos. Mas diestro Madrid supo acojerse á esos valientes y juiciosos gefes que me distinguian con su amistad al mismo tiempo que se distinguian por su patriotismo.

¡Mas como explicar el raro fenómeno de su instantáneo amilanamiento? Dias antes nos los ha pintado el general Madrid como llenos de un bélico ardor, y descontentos por lo que él llama *mi irresolucion*: ellos lo solicitaron para que á su nombre me presentase contra mi inactividad ante mi mismo, y cuando llegó el caso de

litica que no comprendian. Que actividad! ¡Que brevedad y armonia en sus consejos y consultas que se sucedian con frecuencia! Qué rapidez en sus movimientos! Que precauciones para no dejar escapar su presa! Que sagacidad para evadir los peligros que podian sobrevenirles! se

ocupar él mi puesto, ya los siento acobardados é indecisos á ellos mismos.

Es evidente que mi ausencia desalentó al ejército porque no llega á tanto mi humildad que no conozca que tenia todo él, la mas firme esperanza eu que lo llebaria á la victoria, pero á pesar de esto no puede explicarse tan súbita mudanza sin confesar que el General Madrid no les inspiraba la misma confianza. En vano fué que les dijese que cien hombres le bastaban para acabar con Lopez, Rosas y demas caudillos, ellos no le creyeron, porque no debian creerlo.

No puedo pasar en silencio el sentimiento de gratitud que me agita cuando recuerdo ese valiente ejército y á esos dignos gefes que tantas pruebas me dieron de confianza, de afecion y de amistad. Despues de pagar esta deuda de reconocimiento en general, quiero en particular consignar los nombres de Larraya, Paunero, Albarracin, Arengrin, Balmaseda, Organ, Aparicio, Canedo &c. como muy dignos de mi especial aprecio.

Desde que el General Madrid se colocó al frente del ejército, no solo no pensó en llebar á delante sus planes ofensivos, sino que todo induce á creer que nada tuvo en vista sino su retirada á Tucuman. Esto que para otros puede ser dudoso, es para mi de la mas clara evidencia, no de ahora, sino desde antes de caer prisionero. Observense sus pasos y no quedará la menor duda á este respecto.

Verdad es que yo le escribi á él y otros gefes desde el cuartel general de Lopez que éste se hallaba dispuesto á entenderse amigablemente, porque asi me lo hizo entender dicho caudillo, pero esto no puede servir de excusa al General Madrid para no haber obrado ofensivamente; si se creia en situacion de hacerlo. Si las órdenes del General en Gefe, cuando yo me hallaba en la plenitud del poder, no eran bastantes á moderar su ardor guerrero, como quiere hacernos creer, que lo contuvieron las insinuaciones del prisionero? Ademas yo tenia un motivo poderoso para desear escribirles á los gefes del ejército, y no trepidé en aprovechar la única oportunidad que se me presentaba.

El modo extraordinario como habia yo caido en poder de los enemigos, podia haber dejado dudas sobre la naturaleza de este acontecimiento y en el colmo de la desgracia, me angustiaba la idea de que pudiese sospecharse de mi lealtad. Era tanto mas racional mi temor cuanto mis aprensiones me aseguraban la muerte del ayudante Arana, único que habia sido testigo de mi fatal equivocacion. No es pues extraño que yo aprovechase el único

creeria que habian sido bandidos de profesion, sin embargo como hasta ahora que eran mas bien impelidos por influencias personales que por otra consideracion: advertí que cuando raciocinaban sobre aquella guerra y las causas que la habian producido se entiviaba notablemente su ardor: ademas estaban imbuidos en los errores mas groseros sobre la administracion que regia la provincia, y sus oficiales tenian un gran esmero en que no les desengañasen. En lo general fui considerado hasta cierto punto, y con pocas excepciones no les merecí ni vejámenes, ni insultos, En el curso de esta narracion se verá comprobado.

Lo que he dicho acaeció el 10 de Mayo de 1831 como

medio que se me ofrecia de hacer saber en mi ejército que yo me hallaba prisionero.

En todas mis cartas tanto las que escribí al ejército, como la que escribí á mi madre que estaba en Buenos Aires, fué mi primer objeto decir que estaba prisionero, porque queria que como tal se me considerase. No ha faltado alguno que estrañase como en el conflicto no me di por pasado, pero esta idea que rechaza todo hombre de honor, no se me ocurrió ni por un instante (El General D. Frutoso Rivera, prisionero del General Lavalle en 1825, tomó este arbitrio, y hasta ahora es una duda para algunos el modo como dejó el servicio brasílero, por el de su pais) y por el contrario inculqué con tenacidad en no declinar de mi triste destino.

Fuera de eso, diciendo yo á los gefes del ejército que habia mandado, *soy prisionero del enemigo*, les decia muy claramente no deben vds. obedecer orden alguna mia, pues que aunque yo pensase resistir la emision de alguna que pudiera dañar á la causa que habia defendido, podia suponerse falsificando mi firma, particularmente si se dirigia á divisiones que estuviesen á distancia del ejército. Despues de esta espresa declaracion asi nada importaba que se dijese al General Madrid, que en Lopez habia notado disposiciones pacíficas.

El General Madrid cuando se recibió del mando del ejército, se encontró con mayores recursos pecuniarios que los que yo tenia, pues que acababa de sacar una contribucion en metálico y en efectos de la que nada habia venido aun al ejército.

Sin embargo de eso no dió un paso adelante y despues de algunos dias que empleó en recoger cuanto pudo, se puso en retirada. Este General que diez dias antes amenazaba marchar rápidamente á Santa-Fé y Buenos Aires, al mes de mi prision se encontraba á cerca de doscientas leguas á retaguardia. Asi cumplió el General Madrid sus promesas, asi justificó sus fanfarronadas, asi engañó al pueblo de Córdoba y á los demas del interior.

á las cinco de la tarde. Despues de habernos alejado lo bastante del teatro de mi desgracia, en lo mas enmarañado del bosque, cuando ya era casi de noche hicieron alto repentinamente y con el mayor silencio. Se trató entonces de repartir mis despojos. Uno tomó las espuelas, otro el chaqueton, otro tenia mi florete desde antes, aquél se apoderó de mi gorra dándome la suya que era asquerosa; me preguntaron que dinero traia, y aun me quitaron una bota, que en seguida me devolvieron para buscar si habia guardado dentro algunas onzas, á todo esto me conserbaba yo á caballo en el del soldado, pero éste habia descencido de la grupa y le dieron el del que hacia de gefe, habiendo éste montado en el mio que hasta entonces habian traído de diestro. Yo quedé en mangas de camisa y tan solo me dejaron el reloj por insinuacion del que parecia mandar á los otros, porque dijo *dejemosle el reloj á este hombre porque puede hacerle falta*, pero esto no era sino para tomarlo él despues sin participacion de los demas; lo conoci y se lo di un rato despues con sigilo al soldado que no permitió que montase en ancas, en agradecimiento de esta accion, de modo que el otro cuando ocurrió por él se halló chasqueado.

Mi caballo por supuesto era el mas inutil de la partida sin embargo le pusieron una soga al pescuezo de la que tiraba uno, dejandome siempre las riendas: en este órden se continuó la marcha, despues de esta muy corta detencion, en un silencio admirable, y con gran celeridad aunque ni antes ni despues de mi prision habian sido perseguidos ni yo habia visto persona alguna de los mios. En esta marcha fué que les hice algunas proposiciones sobre mi escape que desecharon en el fondo, pero que el caudillo de la partida quiso convertir en su provecho engañandome, pero él fué el engañado pues nada utilizó ni aun el reloj que como he dicho ya lo habia dado.

Despues de unas dos horas de marcha llegamos al lugar en que se hallaba reunida toda la partida que constaba como he dicho de 80 hombres, en donde fuí rodeado de to-

todos ellos con grande algazara. Los que segun advertí mandaban eran un Acosta de las inmediaciones de Santa Rosa que le llamaban capitán, un Bartolo Benavides de la Puñilla, y un rubio [por apodo] el Chusacate. El que de todos se produjo con mas vileza fuè un tal Panchillo que me quitó el pañuelo que me habian dejado en el pescuezo, y aun quiso quitarme la camisa á lo que se opuso el rubio. Ya incorporados todos y sin detenernos continuamos la marcha buscando la division de Pancho Reinafee que estaba situada en las inmediaciones de la Mar Chiquita.

Yo les habia suplicado que entrasen de noche al campo de Reinafee, pero fuese por órden de éste ó del oficial conductor no quisieron hacerlo, y á corta distancia se pararon, desmontaron y encendieron un gran fuego al rededor del cual nos colocamos todos. Aquí tuve que sufrir cuestiones las mas impertinentes y tuvo lugar la conversacion que voy á referir. Durante la marcha se me habia llegado Benavides y dandose un aire de importancia y de confianza al mismo tiempo me dijo estas ó semejantes palabras: *Vd. es ya un hombre perdido de consiguiente de nada puede servirle el caudal que ha atesorado, y como es indudable que Vd. lo tiene en metálico y este esta enterrado, nada pierde Vd. en revelarme el lugar del deposito, para extraerlo en oportunidad, y quizá despues podré servirle con estos mismos recursos.* En vano fuè que le dijese que se equivocaba y que no tenia dinero alguno oculto, por que el me insistió muchas veces en lo mismo y asi se terminó por entonces la conversacion. Estando ahora todos juntos al rededor del fogueo se tocó la misma sobre mi pretendida riqueza, y yo ya aburrido de sus despropósitos les dije. Que otros gobernantes que pertenecian á su partido habian mandado en épocas tranquilas, y por largo tiempo sin dar ni un sigarro á los milicianos sin que ellos les hiciesen esta inculpacion, que yo que habia estado un tan corto tiempo, sosteniendo un ejército, rodeado de atenciones inmensas y de una guerra

continúa, y que además (como ellos mismos eran testigos) les había distribuido á los milicianos vestuario, raciones y aun dinero, la merecía menos. Este discurso hizo profunda impresion en todos y lo dieron á conocer muy claramente por su silencio y aun por algunas espresiones. Lo que visto por Benavides se puso á decir á demi voz á otro oficial, que como se me consentia que hablase, y que era preciso estorbar las ocasiones de que sedujese la gente. Sin embargo del tono bajo en que hablaba percibí sus espresiones y mas el espíritu de su conferencia, y entonces dirigiendome á él, le dije que no habia yo iniciado la conversacion, que los que me habian venido á examinar sobre depositos ocultos de dinero eran los que la habian promovido, que no habia hecho sino vindicarme. Con esto se terminó el asunto muy á disgusto de dicho Sr. Benavides, y se siguió con otros propositos igualmente desatinados hasta que vino la claridad del dia.

Me hicieron montar nuevamente á caballo y á pocas cuabras nos hallamos con la division de Pancho Reinafé que formada y montada esperaba al prisionero: á mi aproximacion retumbó el aire con dianas, vivas y gritos de toda clase. Allí me hicieron otra vez desmontar y despues de un rato se movió toda la fuerza que seria como de 200 hombres. Durante el camino tuve que sufrir algo pero cerca de medio dia se terminó la marcha, y camparon: á mi me colocaron bajo un árbol con un centinela algo retirado de todos. Los oficiales que allí conocí fueron un Carranza de San Pedro, un Samamé europeo, tambien estaba un tal Salas de Santa Rosa (1) y otros. Recuerdo que Samamé

(1) Es el mismo coronel D. José Manuel Salas que sirvió distinguidamente con el general Lavalle, que vino en 41 á Corrientes mandando la division que atravesó el Chaco, y que ha servido despues á mis órdenes en varias ocasiones. Es curioso advertir que casi todos los gefes y oficiales federales de entonces mudaron de bandera, y derramaron despues su sangre por la causa á que entonces combatian. Acabamos de hacerlo notar con respecto á Salas, y ahora añadiremos que Carranza y Samamé han muerto am-

estuvo á preguntarme que tal era mi reloj porque queria comprarlo al soldado que lo tenia, con este motivo se me ofreció urbanamente, y yo le rogué que me proporcionase un poncho cualquiera comprándolo sin reparar precio, que aunque yo no tenia dinero le daría una letra para donde quisiese: me ofreció hacerlo se separó de mí á ponerlo por obra, y no lo ví parecer despues sino á distancia, evitando que yo le recordase su promesa.

Entre dos y tres de la tarde se me hizo saber que iba á conducirse al cuartel general de Lopez, Gobernador de Santa-Fé y General en Jefe del ejército conferado. Me insinué con Reinafé para que si era posible fuese el caranza de que he hecho mencion el que mandase la escolta que me custodiaba, y me contestó que no le era posible desprenderse de él en aquel momento pues acababa de tener parte de que se aproximaba el enemigo: debió ser la division de Deza [el coronel] que tenia órden de obrar en esa direccion mientras yo con el cuerpo principal me dirigia al *Fuerte del Tio* donde estaba Lopez: efectivamente noté que montaba toda su gente y que observaba cuidadosamente un bosque que estaba á corta distancia. Me limité entonces á decirle que no se me insultara, cualquiera que fuera el destino que se me preparaba á lo que contestó ordenando al oficial de la escolta, que era el mismo capitán Acosta que no permitiese se me insultase en manera alguna reduciéndose á cumplir las órdenes que le había dado sobre mi seguridad.

Despues de haber marchado mas de dos horas cuando el sol se acercaba al ocaso, ibamos cruzando el desierto que queda al sud de la Mar-Chiquita, por un llano pintoresco sembrado de árboles separados unos de los otros; á algunas cuabras quedaba una ceja de monte que caia al lado del sud, frente de la que hicieron alto repentinamente dos

bos por el sistema que sostienen los que hacen la guerra á Rosas y los suyos. Como estos pudieramp citar innumerables.

hombres que iban de batidores, se quedó uno en observación y vino otro á decir al oficial que le parecia haber rumor en el bosque. Inmediatamente me rodearon los mas, y algunos avanzándose un poco y poniéndose de pié sobre sus caballos quedaron largo rato con la vista fija y guardando el mayor silencio en aquella direccion. No me pareció difícil que alguna partida de mi ejército sabiendo mi desgracia, ó sin saberla cayese por allí en cuyo caso recuperaria mi libertad: el oficial debió temer lo mismo, pero creyó deber prevenirme que tenia orden terminante de su gefe para fusilarme á la primera aparicion de cualquiera fuerza enemiga: al poco tiempo se desvanecieron sus temores pues los observadores dijeron que nada veian que les hiciese creer que habia novedad en el bosque con lo que se siguió la marcha en el mismo orden hasta que anocheció.

Cuando obscureció creyó el oficial deber tomar algunas precauciones como la de reunir mas sus partidas y rodearme, la de ponē un lazo bien atado al pescuezo de mi caballo, y atado por el otro extremo á la cincha de otro caballo hacer que tirase el mio, y aun se conferenció sobre si me atarian los pies por bujo la barriga del caballo, mas resultó la negativa, y me libré de esta incomodidad y de otra mayor que me hubiera sobrevenido como vá á verse.

La marcha se hacia á pesar de la obscuridad al trote largo por un campo sembrado de unos pequeños promontorios piramidales que llaman *tacurusú*, los que no levantando de la superficie sino un palmo ó media vara, son de gran embarazo á los caballos que tropiezan á cada paso. El que yo cabalgaba era sumamente defectuoso, y el peor en todo respecto: ademas atado de corto por el cuello á la cincha del que le precedia, cada vez que este tropezaba iba á dar el uno con la frente en la anca de aquel y detenia su movimiento de modo que cuando el de adelante se reponia y principiaba de nuevo su trote, daba al mio un terrible tiron con que ademas del peligro de que cayese causaba un mo-

vimiento infernal. Al contrario cuando el mio tropezaba sufría luego el impulso del lazo que casi lo hacia caer del todo pero que contenia al caballo delantero, y cuando aquel se reponia iba á dar en este que estaba ya parado, resultando de todo un bayven continuo. En uno de estos tropesones cayó mi caballo y ademas con el tiron que le dió el delantero se tumbó del todo, arrojandome no sin peligro de tomarme debajo, pero es seguro que si hubiera ido atado por bajo la barriga hubiera sufrido alguna grave lesion. Debo decir que mi caida los conmovió, sin embargo que en el momento me incorporé asegurándoles que nada habia sufrido, y aun empleando espresiones jocosas que disciparon aquella generosa impresion, pero que no disminuyeron la consideracion con que siguieron tratandome el resto de la noche.

Faltaria poco para la madrugada cuando se pusieron á conferenciar para determinar el lugar en que estaban: despues de emitir sus opiniones convinieron en que se hallaban á las inmediaciones del Puente del Tio, y resolvieron pasar alli el resto de la noche. Hicieron fuego, desmontamos, y colocados en circulo al rededor del fogon nos fuimos sentando sucesivamente. En dos noches ninguno de los que alli venian habia dormido y se habia caninado con pocas interrupciones, de consiguiente estabamos desfallecidos de frio, sueño y cansancio, y podria añadir hasta de hambre: en tales circunstancias fué debilitándose la conversacion poco á poco, y uno tras otro fueron quedandose dormidos sentados como estabau en el pasto, inclinando solamente la cabeza sobre los brazos y estos sobre las rodillas. Los caballos pacian algunos quitados los frenos á corta distancia, y otros se conservaban enfrenados. De estos últimos ara el del oficial que estaba en el circulo sentado á mi derecha teniendo las riendas enredadas en su brazo, pero que á consecuencia de algunos movimientos del caballo habian caído al suelo; á mi izquierda estaba el paisano que me ser-

via de baqueano cuando me tomaron prisionero. Con esta ocasion diré lo que habia pasado con éste.

Era un hombre de alguna edad que servia en las milicias y que lo habian destinado sus oficiales para servir de guia en el ejército, y que tenia su casa por aquellas inmediaciones. En esta clase venia á la cabeza de la columna que yo mandaba la tarde que me separé con él como ya tengo dicho: cuando el me aseguró que los que tenia á la vista eran enemigos, instandome para que fugase, lejos de hacer el lo mismo que me aconsejaba, hizo lo contrario saliendo-les al encuentro y solo inclinandose un poco á la izquierda como para evitar su choque y manifestarles sus miras inhostiles. Cuando esa noche nos reunimos con la partida grande el estaba allí y era considerado como prisionero, pero deseando yo favorecerlo les aseguré que aquel hombre habia sido tomado de su casa sin voluntad suya para guiarme, que de consiguiente no habia llevado armas, ni arras-traba compromiso alguno, lo que fué muy bien acogido de ellos, por las simpatias que hay entre los de una misma clase. Sin embargo que la conducta del mencionado guia puede parecer equívoca con respecto á mí, tengo seguridad que no hubo mala fé en él, y que sino fugó cuando me advertia que yo lo hiciese fué por dos razones: 1. ^o por la que indicado ya, de las simpatias que hay entre la misma clase de hombres, que le hacia concevir pocos temores por su persona. 2. ^o Porque le era difícil hacerlo por que llevaba un caballo de diestro atado á la sincha que necesariamente le hubiera estorbado. Desearia ver á este buen hombre y recordar nuestra comun desgracia.

Tambien han sospechado algunos de mis amigos que yo fui victima de alguna traicion fraguada por los que venian á mi inmediacion: este supuesto es enteramente inexacto: mi desgracia fué únicamente efecto de mi excesiva imprecaucion de mi genio vehemente que me hacia procurar con demasiado ardor terminar aquella guerrilla como me habia propuesto antes que la noche me lo impidiese

es decir, arrojando escarmentados muy lejos á los enemigos, para que diesen lugar á continuar ocultamente mi marcha con direccion al *Fuente del Tio* donde se hallaba el ejército federal. Ultimamente provino de un concurso extraordinario de pequeños incidentes tan casuales como imprevistos. Esto supuesto vuelvo á mi narracion, que suspendí cuando nos hallábamos en círculo alrededor del fogon, estando todos mis guardianes momentáneamente dormidos.

Me apercibí pues de la posibilidad de evadirme y al momento se me ocurrieron dos modos; ó recordar al baqueano de que he hablado para que me guiase ofreciéndole una buena recompensa, ó tentar mi fuga yo solo, montando en el caballo del capitán que tenia cerca de mí: lo primero tenia el inconveniente de serme dudosa la fidelidad del paisano, y mucho mas su resolucion para una accion semejante ademas del retardo que esto ocasionaria: lo segundo tenia el gravísimo de carecer yo enteramente de baquíá en aquellos lugares, el de ser dotado de tampoco tino para andar al rumbo mucho mas por bosques espesos como los que se atraviesan allí en todas direcciones, el ignorar aun el lugar en que me hallaba, la dificultad de escapar de la persecucion prolija é incesante que me habrian hecho tanto mis custodios como el resto del paisanage que estaba sublevado, el ignorar que movimiento habria hecho mi ejército que como luego supe era retrógrado, la gran distancia á que me hallaba de él, y otras mil consideraciones que se ocurren á primera vista. Sin embargo me resolví por este último modo de evadirme y lo puse en práctica levantándome muy despacio para que el roce de mi ropa no despertase al oficial que estaba sentado junto á mí; tomé las riendas de su caballo y con la mayor precaucion me puse á tirario á alguna distancia para allí montar y marchar sin ser sentido.

Mas á penas me habria separado tres ó cuatro pasos cuando el oficial que reposaba muy ligeramente alzó la ca-

beza y sin variar de posicion me dijo: ¿Qué es lo que Vd. va á hacer? En este momento crítico creí ver el fallo irrevocable y fatal de mi estrella, y desistí de toda tentativa: volví pues á mi puesto le entregué las riendas de su caballo sin hablar palabra, y el ya repuesto de su sorpresa principió á reconvenirme en estos términos: ¿Qué iba Vd. á hacer? ¿Lucidos íbamos á quedar? ¿Qué buena cuenta íbamos á dar de nuestro prisionero? ¿Y así iba á dejarnos burlados, cuando habíamos hasta cierto punto hecho confianza de Vd? Yo que hasta entonces habia estado callado le contesté al fin: omita Vd. reconveniciones y haciéndome disparar un tiro acabé con esta escena, pero vuelvo á encargarle que no me diga una palabra: entonces habló el tunante que pérfidamente habia querido apoderarse de mi reloj la tarde que me tomaron y dijo: *“ni lo piense Vd. pues ni se le ha de tocar en un pelo; sanito se lo hemos de llevar al Sr. Lopez para que el haga lo, que le parezca”*. Así terminó aquel lance desagradable, proponiéndose todos ocultarlo por su propio interés segun decian, pero que no lo hicieron como despues se vió.

Ya se anunciaba el crepúsculo y tardó poco en amanecer y mis conductores en prepararse para continuar la marcha: en efecto como á dos ó tres leguas de camino avistamos la poblacion del Fuerte del Tio y pasamos dejándola á dos ó tres cuadras á mano derecha dirigiéndonos al campo del General Lopez que estaba dos leguas mas adelante hácia el desierto. Que consideraciones se agolparon á mi espíritu al pasar en aquella situacion por aquella poblacion á la que habia manifestado una particular predileccion! al ver el horno de quemar ladrillo que acababa de mandar construir para edificar la iglesia, el cuartel y la escuela! Al presenciar el alborozo y grita con que salian aquellos ilusos paisanos á celebrar mi desgracia como un acontecimiento el mas fausto para su prosperidad y bien estar! Ello me confundiria y me haria detestar al género humano, sino lo esplicase todo la profunda ignorancia de

los habitantes del campo y las simpatias que ella produce á todo lo que dice relacion á un estado semi-salvage.

Desde este punto se fué reuniendo gente que salia de la poblacion á la escolta que marchaba tras de mí y del oficial que venia á mi lado: no se si de intento, ó por inadvertencia se avanzó este á unos 40 pasos de la pequeña columna y dió lugar con esto á la escena que voy á describir.

Se habia aumentado considerablemente el número de los que me seguian mientras yo marchaba solo é impasible al frente, oyendo las mil preguntas que hacian á mis aprensosores sobre las circunstancias del hecho, las felicitaciones al que hizo el tiro de bolas que enredó mi caballo, y otras mil cosas de este jaez. Progresivamente iba siendo mas viva la algaravía á mis espaldas, y mas directas las alusiones chocantes que me dirigian: ultimamente un jóven que habia sido tambor del batallon 5.º de cazadores, y que se habia pasado sin duda al ejército federal, empezó á insultarme del modo mas torpe. Para que fuese mas conocida de mí la persona que me dirigia estos denuestos marchaba fuera de la columna, háia la derecha y un poco mas de la altura á que yo iba. Hablaba á gritos á mis aprensosores increpandolos porque no me habian muerto, exitandolos á que lo hiciesen aun, y acompañando sus interpelaciones con los dictados de *pícaro* y *malvado* que me prodigaba. Por primera y segunda vez lo miré con desprecio y nada le contesté pero viendo seguia y que recomendaba sus propósitos llamé en voz alta al oficial que como se ha dicho se habia ido adelante sin duda para hacer la desecha, y en tono lo mas solemne que pude le dije: *Sr. oficial cúmpla Vd. con sus órdenes: estas le previenen que no permita que se me falte en estos términos: hágalas Vd. respetar: este hombre me insulta con desenfreno y Vd. debe impedirlo.* A lo que el jóven repuso. *Que todavia se atrebe este pícaro á lebantar la voz y hablar con este garvo;* á lo que solo contesté dirigiéndome al oficial y diciéndole *Hé aquí la prueba de lo que dicho.* Entonces el oficial le previno muy pacificamente que se

moderarse, con lo que sé calmó aparentemente la tempestad.

Es de saberse que el tambor era un fátuo conocido en todo su batallon como tal: jamás habia recibido de mí ninguna clase de castigo ni agravio, ni tengo noticia que lo recibiese de ninguno de sus gefes; su fuga pues del ejército debió ser efecto de su misma insensatez. Las injurias que me prodigó eran inspiradas por un grave personaje que venia á su lado cuando las decia y que se inclinaba sobre él, y le hablaba al oido siempre que queria que las repitiese. El tambor fué despues agregado á la partida que me condujo á Santa-Fé sin que recordase despues lo que habia hecho ni aun se apercibiese que yo debia recordarlo: sus insultos fueron esclusivamente obra del personaje á que me he referido: era un viejo flaco vestido de chaqueta y pantalon de buen paño azul que semejava (si no era él) á un hermano que habia visto alguna vez en el *Tío*, del coronel D. Nazario Sosa. La eleccion de la persona que debia dirigirmelos fué la mas villana y torpe que podia hacerse: buscaron uno de mis subordinados para que me fuesen mas sensibles; pero no me engañé en su origen y creo que algo digo de esto para que ni aun entonces les quedase duda.

Luego que el oficial arregló aquello á su modo y que salvo al menos las apariencias, ya no se oyeron voces descompasadas como las anteriores pero seguia un murmullo sordo á mi espalpa de que siempre percibia algunas espressiones ofensivas, y aun amenazas pero ni á esto ni á los repetidos actos de preparar tercerolas que practicaban para mortificarme, no di la mas mínima señal de atencion.

Entre tanto la comitiva crecia rapidamente en proporcion que nos acercábamos al cuártel general del Sr. Lopez. A cada instante nos encontraban bandadas de soldados sin órden ni concierto que pasaban á incorporarse con los que me seguian: la algazara crecia y mi situacion iba á ser critica con la venida de los indios que ya se anunciaba, cuando apareció un gefe á quien conocí que respetaban y que alguno me dijo ser el coronel D. Pascual Echagüe: ha-

biendo llegado hasta veinte pasos de mí, dió vuelta su caballo y siguió la misma direccion de modo que vine á quedar detras de él á alguna distancia. Asi seguimos bastante espacio hasta que un oficial vino á decirme que dicho gefe me llamaba, á cuya insinuacion haciendo trotar con mucho trabajo mi pobre caballo, logré colocarme junto á él.

Me tratò con la mayor urbanidad y me insinuó que sentia verme tan mal parado. Es oportunidad de decir cual era mi traje—un pantalon de brin que era el que tenia puesto cuando caí prisionero, la camisa y sobre esta un ponchillo hecho hilachas que me habia prestado uno de los soldados y con el que habia pasado dos noches de helada, y una gorrita de municion en estremo vieja y sucia y ademas cubierta de insectos que no dejaron de atormentarme, completaba mi atavio: el de mi caballo era un lomillo que era enteramente inservible, no tenia faldas, ni caronas, con unas nudosas y toscas riendas; mi caballo era igual á su adereso, y todo completaba el conjunto grotesco que conmovió al Sr. Echagüe. A su urbana insinuacion recuerdo que le contesté; que á mi me hacia menos impresion que á él, considerando que era entonces el mismo hombre que cuando estuviera lleno de bordados, plumas y galones, en lo que él convino con facilidad. Luego hablamos de cosas indiferentes y con ocasion de haberse presentado los indios y lo que ahora referiré, le pregunté que tales soldados eran para la pelea y me contestó *que acompañados de los cristianos eran excelentes sobre todo en la persecucion, pero que solos no valian nada.*

Desde que empezaron á presentarse las primeras partidas de indios, no hacian estas el mismo movimiento que los otros, es decir no pasaban á nuestra retaguardia; sino que á cierta distancia de nuestro frente volvian los caballos con extraordinaria celeridad y seguian la misma direccion haciendo mil y mil caracoles y cabriolas, ya lanzando los caballos de carrera ya sujetándolos y haciéndolos volver sobre el cuarto tracero para volver á emprender de

nuevo la carrera, ostentando su consumada destreza: acompañaban estos extraordinarios movimientos con el grito mil veces repetido: *La Yapa la Paz La Yapala Paz*, en lo que yo creía ver y creo hasta ahora una amenaza, ó injuria pero que el Sr. Echagüe con su urbanidad acostumbrada se empeñaba en traducir *el amigo Paz*, para darme á entender que sino era un alhago, era por lo menos una espresion de regocijo por mi venida y mi captura. En medio de esta confusion un indio que se presentaba por primera vez cubierto todo su cuerpo con una piel de tigre se lanzó á carrera tendida y estaba ya á dos pasos de mí cuando el Sr. Echagüe se interpuso, y le obligó á tomar otra direccion, lo que hizo con la mayor destreza dando un descomunal alarido. Es seguro que la decima parte de la fuerza de violencia del caballo del indio hubiera dado con el mio en tierra, tal era la debilidad y mal estado del que yo cabalgaba, y que hubiera sido así á no ser la interposicion del Sr. Echagüe que fué acompañada de un dicho jocoso al insolente indio, porque segun entiendo este es el único medio que tienen estos gefes de manejarlos. En cuanto á mi estaba en un grado de insensibilidad que aunque lo notaba todo, y todo lo veia, todo me era casi indiferente.

Mi comitiba se componia de mas de quinientos hombres cuando llegamos al cuartel general del Sr. Lopez: (1)

“(1) Los que no alcanzan á comprender como un General se esponia así á un golpe de mano, pueden recordar las veces que Napoleon estuvo á punto de caer en manos de sus enemigos, y la multitud de incidentes imprevistos que pueden traer tales riesgos.

“Tenia ademas el General Paz, la mania de inspeccionar los mandos detalles en la ejecucion de sus órdenes; mania que si le servia á asegurarle siempre á la victoria, lo esponia necesariamente á estos percances inseparables de la guerra.

“La captura del General Paz, cambiaba bruscamente la situacion moral y la fuerza de los ejércitos beligerantes. El de las provincias constitucionalistas estaba decapitado; ninguno de sus tenientes podia reemplazarlo, no ya para dar al soldado la seguridad de la victoria, sino aun para mantener la subordinacion de los otros gefes, sometidos hasta entonces á la superioridad moral y

este solo se diferenciaba del resto del campamento por un birlocho que estaba inmediato á un ranchillo un poco mas elevado que los de los demas del campo. A la puerta de él me bajé del caballo y alli mismo me presentaron al espresado General que me recibió con atencion, invitandome á que ocupase una de dos únicas sillas que habia; reusé tomar la mejor de ellas por que tenia espaldar, pero insistió y la acepté quedandose él con la sin respaldo. Se formaron en rededor nuestro y á corta distancia muchos circulos sucesivos de hombres unos detras de los otros, quedando

científica del General Paz. Sobre todo si el ejército podia escojerse un nuevo General, no era tan fácil proveerse á la ciudad de Córdoba un administrador tan ábil y un gefe que supiese mantener los ciudadanos en la seguridad que habian hasta entonces disfrutado, subordinando á los partidos hostiles, por la imparcial ejecucion de las leyes, y la equitativa distribucion de las cargas públicas, sin atencion á la opinion ni el pensamiento de los individuos. El ejército pues, despues de haber elegido para el mando supremo al General La Madrid, emprendió éste su retirada-hacia el interior, no sintiéndose en estado de hacer frente al enemigo, despues del descalabro que acababa de experimentar. Este accidente solo dió fin á la guerra, pues un año mas tarde el ejército fué destruido por Facundo Quiroga en la provincia de Tucuman.

“El General Paz habia descendido de la cumbre del poder á la cautividad mas miserable ni mas prolongada que ha cabido á hombre ninguno entre nosotros y ya veremos en los sucesos posteriores que no era esta la última de las bruscas taansiciones que debia experimentar en su vida, influido por causas ajenas de su propia conducta. Lopez de Santa-Fé, fué como gefe inmediato de la partida de montonera que lo habia capturado el poseedor y guardian de su persona. Rosas, hizo poco despues todos los esfuerzos posibles para que su aliado Lopez le entregase el prisionero, lo que no pudo obtener no obstante las seguridades que daba de respetar sus dias. Lopez temia con sobrada razon que el General fuese sacrificado y él estaba muy lejos de consentirlo; Este temor no era infundado; de la provincia de Córdoba se habian hecho venir á San Nicolás de los Arroyos, jurisdiccion de Buenos Aires, treinta y tantos oficiales tomados prisioneros, de algunos destacamentos que el ejército habia dejado diseminados. Un gefe enviado por Rosas desde la capital, trajo la orden de fusilar todo este depósito de prisioneros, sin perdonar uno solo, Puede juzgarse de lo perentorio de la orden por una escena horrible que tuvo lugar. Entre los prisioneros se hallaba un niño de edad de catorce años. Era estudiante, en la universidad de Buenos Aires, y durante las vacaciones iba á San Luis, su patria á visitar á su familia. Desgraciadamente su padre se habia

los gefes en el mas inmediato, luego los oficiales, en seguida la tropa que estaba desmontada, y la que estaba montada en lo último hasta verse muchos hombres de pié sobre sus caballos porque de otro modo no hubieran podido alcanzar á ver lo que sucedia en el centro de tan compacta circunferencia.

El Sr. Lopez me preguntó como me habia ido, á lo que le dije poco mas ó menos lo siguiente, *que de lo que habia pasado no debia hacerse cuenta, pero que esperaba que cualquie-*

comprometido, y el hijo tuvo el sentimiento de encontrarlo en el camino, formando parte del convoy de prisioneros que traian á Buenos Aires. El niño pidió que se le permitiese reunirse á su padre, y llegó con él á San Nicolás de los Arroyos, donde en el momento de la ejecucion, espuso lo sucedido, apoyándose en el testimonio de sus conductores y de los prisioneros. El infeliz padre sobre todo, insistia llorando, sobre la inocencia de su pobre hijo. Todo fué inútil, el gefe que traia la orden de ejecutarlos, llorando tambien de compasion y de horror, mandó fusilar al niño, tan severas eran las órdenes que traia y de cuyo cumplimiento se le habia hecho responsable con la vida. Esta es la primera matanza, ordenada á sangre fria por Rosas, y la primera revelacion que Buenos Aires tuvo de la horrible sed de sangre que atormenta á aquel canibal. Desde entonces, el gobierno culto, regular y ordenado de Buenos Aires, adoptó el sistema de no dar cuartel á sus enemigos, ni respetar la vida de los prisioneros, que habian establecido los caudillos de las campañas, en sus respectivas provincias, desde Artigas hasta Facundo Quiroga: desde entonces principia este sistema horrible de esterminio y de degüello que ha ido aumentando en número de víctimas, y en violencia. Facundo Quiroga en Mendoza, en Tucuman, donde quiera que tomó prisioneros, los exterminó igualmente, de manera que cuando no quedó en toda la estension de la república un palmo de terreno dominado por el ejército ó los unitarios, el General Paz era el único prisionero que conservaba la vida, como si se reservase al gefe para usar con él las formas judiciales que se habian creido por demas, con respectos á sus subalternos y adherentes, ó se esperasen recoger de su boca revelaciones sobre los cómplices, y fautores de aquel gran movimiento social. Pero Lopez, tenia á mas de un carácter blando, y disposiciones humanas, casi siempre raras en los caudillos, mucha estimacion personal por el General Paz; y aunque en un cautiverio duro y sujeto á incomodidades y privaciones, él mantuvo en su poder al General Paz, hasta la época en que sus obligaciones para con Rosas, lo ponian en la imposibilidad de resistir á sus deseos.

ra que fuese la suerte que se me deparaba no se me insultase en lo sucesivo. No se el sentido que dió á estas palabras mías, pero su contestacion fué decirme que *nada tenía que temer por mi suerte*; á lo que repuse que *veía claramente no haberme engañado al desear que me trajesen cuanto antes á su cuartel general*; y era efectivo que lo habia deseado y solicitado, porque queria salir de las manos de los ministriles subalternos y librarme de sus impertinencias. En cuanto á su contestacion fué una positiva seguridad que me quiso dar en cuanto á mi vida, pero no se porque capricho no la he recordado ni á él ni á nadie durante el triste periodo de ocho años en que tantas veces he creído amagados mis días, del modo mas inminente.

Luego se habló de las circunstancias de mi prision y satisface completamente á cuanto quisieron saber, pero sin dejar de observar los semblantes de todos los que me rodeaban de los cuales á los que no conocia me indicaron despues quienes eran, hablo en clase de gefes. Uno de estos fué el coronel Ramos en quien noté un airc seco y circunspecto, en el coronel Quevedo una mirada constante y pifiona que nunca se desmintió, en el coronel Garcia un aspecto de burlona complacencia que luchaba con un sentimiento mas generoso el que al fin triunfó, en Latorre la moderada sonrisa que le era habitual, en Navarro tambien coronel, una especie de franqueza que me indicaba no tener motivo alguno de resentimiento conmigo; de los cordobeses como Bustos, Arredondo, Bulnes, me parecia como que dudaban hasta que punto debian odiarme, y que ni ellos mismos podian definir en este momento sus verdaderos sentimientos mas luego percibí que los alarmaba la tal cual consideracion que se me dispensaba y sóspecho que pondrian en juego su influencia en desventaja mia.

Despues de este entretenimiento que debo llamar público porque era escuchado de todos, fuí invitado á pasar al ranchillo del Sr. Lopez donde quedamos solos; se habian colocado algunos centinelas para que nadie entrase ni se

aproximase demasiado, pero sin embargo á alguna distancia habia gente apiñada, mucha gente y yo estaba colocado de modo que miraba necesariamente á la abertura que servia de puerta. Entre estos espectadores estaba uno de facciones aindiadas y muy marcadas, mirar fuerte y aspecto siniestro: sospecho que alguno lo hizo situar allí para que me perturbase en el curso de la conferencia que iba á tener lugar: Hacía con direccion á mi las señas mas violentas: me miraba de hito, en hito, me amenazaba con furor, y concluia echando la mano al cuello para indicarme que iba á ser degollado. Al principio ensayé no mirarlo, pero la posieion que ocupaba me lo hacia indispensable, despues lo miré con firmeza, mas siempre continuaba en sus ademanes y visages; últimamente procuré manifestarle desprecio revistiéndome de impasibilidad lo que hizo al fin cansarlo de tan inútil como miserable pantomima. Es de advertir que el General Lopez no podia ver lo que pasaba fuera y que los que rodeaban al nudo personaje que he descrito ò hacian el papel de no verlo ò lo aplaudian silenciosa y socarronamente. No recuerdo que estuviese por allí ni gefe ni oficial conocido,

Quizá algun dia me ocuparé de lo que se trató en esta conferencia sin que se crea que tengo que hacer grandes revelaciones. Mi franco y delicado modo de pensar hizo luego ver al General Lopez que no podia sacar otra ventaja de mi prision que el vacio que podia dejar mi ausencia del ejército, se limitó á decirme que podia escribir algunas cartas que llevaria un parlamentario que se mandaria al efecto. Asi lo hice anunciando que el Sr. Lopez estaba dispuesto á entenderse con los gefes que me habian reemplazado, y pidiendo alguna ropa de que carecia. Se me pidió una recomendacion para que se permitiese al oficial parlamentario pasar hasta Córdoba, y lo hice en terminos tan generales que no agrado al Sr. Benítez secretario de S. E., el que me dijo que estaba seguro que mi recomendacion se-

ria ineficaz, como lo fué efectivamente, pero tan poco podia ser de otro modo.

Se me sirvió en seguida un almuerzo frugal y me invitaron á que descansase en el Birlocho que ya he mencionado; dormí un par de horas y luego que me desperté recibí la visita de Latorre que me trajo alguna friolera de ropa, lo mismo hizo el coronel Garcia con una casaquilla vieja pero que me puse inmediatamente porque no tenia mas, y Navarro unos pantalones y una camisa listada. Con este nuevo atavio baje del Birlocho, comí ya tarde con el Sr. Benitez, y supe por Garcia que marchaba á esta ciudad (Buenos Aires) con la noticia de mi captura se me ofreció y acepté su oferta escribiendo á mi madre una carta que se publicó en los periodicos antes que la recibiese. Recuerdo que Garcia tenia puestas las espuelas que me habian quitado cuando mi captura, y me dijo que le habian costado mucho mas de lo que valian, pero las habia comprado por llevar una prueba mia.

Al anochecer me indicaron que podia retirarme á descansar al mismo birlocho en que habia estado antes. Como yo hubiese oido que allí pasaba la noche el Sr. Lopez dije que sentia privarlo de aquella comodidad, á lo que repuso inurbanamente el Sr. Benitez. "Tambien nuestro General esta acostumbrado á dormir en el suelo." Sucedió tambien en ese dia que haciendo mencion del valiente coronel Pringles muerto en el Rio 5.º, dije que sabia que el General Quiroga habia sentido su muerte, á lo que calló el General Lopez, pero el Sr. Benitez con igual inurbanidad me repuso que no era creible que el General Quiroga hubiese manifestado sentimiento por Pringles. Aun mas, cuando se iba á mandar el parlamentario y que iba á pedir ropa, propuse tambien que pediria un poco de dinero para mis gastos pues no tenia ninguno, y para facilitar esta solicitud yo mismo propuse que conseguido podria depositarse en quien dispusiese S. E. para solo tomar pequeñas cantidades; el Sr. Benitez convino en lo principal, pero añá-

dió que la precaucion que yo indicaba era inútil porque todos los individuos del ejército gefes, oficiales, soldados &c. eran incorruptibles. Qué petulancia? Qué majaderia? Fuera de esto el Sr. Benitez me trató bien y estoy lejos de confundir las incivildades de su carácter con cualidades de su corazon. Al irme al birlocho le pedí algo que leer y me dió las Docadas de Julio Cesar en latin. y algunos periodicos aunque con repugnancia porque me trataban muy mal.

Colocado ya en mi uevo alojamiento me rodeo una guardia numerosa: los dos oficiales de ella se llegaron á la puertecilla del Birlocho y trabaron conversacion conmigo; me dijeron que estaban indignados del modo como habia sido tratado por mis aprehensores y de la manera como se me habia presentado é introducido en el campo: me fueron sumamente consolatorias estas¹ palabras, creí hallar por primera vez despues de mi desgracia corazones argentinos; me proponia estar un buen rato con aquellos jóvenes, pero inmediatamente vino un ayudante Maza que andaba como mi sombra, á decirles que se retirasen (de órden superior supongo) y me dejasen descansar.

A la mañana siguiente bastante tarde me dijeron que podia bajar y lo hice, mas noté una frialdad grande en los mismos que el dia antes acaso por caridad se habian apresurado á rodearme, se paso la mañana sin novedad, volví á comer con el Sr. Benitez é inmediatamente despues me dijo que se me destinaba á Santa-Fé, y que debia marchar esa misma tarde; le represente que necesitaba un lomillo, y me contestó que se me habia preparado ya uno, le insinué lo mismo sobre gorra ó sombrero, y él tomando el suyo de paja aunque muy viejo me lo presentó: tenia el sombrero oblicuamente atravesada una cinta punzó con un letrero que decia *federacion*, yo reusé tomarlo con aquel signo, lo que visto por él tuvo á bien sacar un corta-plumas y despegar la cinta que estaba cosida, despues de lo cual lo recibí pero escuse mi resistencia refiriéndole que la noche que me tomaron, la gorra que me dieron llevaba sin advertirlo yo un

penacho blanco que era la divisa que habia adoptado la gente que dependia de Reinafé, lo que habia dado lugar á mil sarcasmos, hasta que con disimulo, saqué el penacho y lo tiré. Y era asi efectivamente que habia sucedido; no se si el quedó satisfecho con mi esplicacion, pero á juzgarlo por su gesto y por lo que voy á decir, debo inferir que, nó. Al tiempo de darme la noticia de mi marcha á Santa-Fé, me habia dicho que en este pueblo se hallaba D. José M. Rojas como representante del gobierno de Buenos Aires, que me era muy afecto y que ademas iba á escribirle recomendandome. Mas despues de lo que he referido, se olvidó enteramente de la carta, y yo no quise recordarselo, porque su oferta habia sido hecha sin insinuacion ninguna mia. Hubiera sido tambien inútil porque el Sr. Rojas se habia marchado de Santa-Fé (1).

Serian las 4 de la tarde del 13 de mayo cuando nos pusimos en marcha para Santa-Fé, la que me conducia era una partida de 25 hombres mandada por el capitán D. Pedro Rodriguez, que llevaba por subalterno á un alférez Cazales: D. Manuel Arredondo me fué acompañando á alguna distancia y dándome escusas de no haberme podido servir en cosa alguna principalmente con alguna ropa por que dias antes habia perdido su balija y estaba con lo encapillado: era [asi efectivamente, le agradecí mucho su atencion y conservo hasta ahora su recuerdo. Que lejos estaba el y yo de pensar que no me sobreviria y que seria

(1) Cuando escribia yo esto en Buenos Aires el año 1839, estaba lejos de pensar que el Sr. Benitez seria despues prisionero mio. Fué tomado á consecuencia de la batalla de Caaguazú, con una partida de 60 hombres que se rindió completamente. Habia formado una lista de todos los que lo acompañaban sin omitir el *viva la federacion*, lo que desagradó muchísimo á los vencedores. Al presentármelo lo recibí cariñosamente y le estendí la mano, pero sin duda por efecto de torpeza tuvo la sonsera de reclamar el derecho de gentes, lo que me desagradó en extremo, é hizo que se terminase mas pronto la conversacion. Despues fué llevado á Corrientes donde tuvo que sufrir del resentimiento de Torres por haber escrito contra él en un periódico que se publicaba en la Bajada. Me han asegurado que corrieron positivo peligro sus dias.

pronto sacrificado por sus mismos amigos políticos. Consero tambien los mas gratos recuerdos de D. Pedro Rodríguez (hermano político del Sr. Lopez) y de Cazales durante todo el viage me consideraron é hicieron, lo menos aflictiva que les era posible mi situacion.

Caminamos la mayor parte de la noche sin embargo que llovió poco; pero en la mañana del 14 el tiempo se puso espantoso: agua, viento, frio, todo contribuyó á hacer nos penosa la marcha que no por esto dejó de continuarse: ni era posible hacerlo de otro modo en aquel desierto en que no hay el menor abrigo, ni habian llevado cosa alguna que comer: la noche de este dia los soldados casi desfallecian, el mismo Rodriguez estaba desalentado, Cazales habia quedado atrasado con los caballos arriados á penas estaba con nosotros una tercera parte de la partida que habia quedado en lo demas cansada y dispersa. No obstante era preciso continuar para llegar á Romero lugar que aunque inhabitado y sin recurso alguno habia algunos arbolitos que nos darian leña: el oficial habia hecho adelantarse dos hombres que la preparasen: yo en este estado me hallé con bastante vigor para ponermé á la cabeza de la pequeña tropa forzar el trote de mi caballo habiéndolo consultado previamente y hacerme seguir de la desalentada compañía hasta nuestro arribo á Romero.

No traíamos un hilo seco, ni cosa alguna que comer, se mató una yegua que saborearon los soldados, Rodriguez me cedió una perdicilla que por casualidad habia tomado esa tarde: á la mañana siguiente se encontraron unas pocas vacas de las que se habian escapado de los grandes arcos que habian hecho de la provincia de Córdoba y se mató una ternera de que comimos á satisfaccion. A la noche llegamos al Sauce, primer lugar habitado de la provincia de Santa-Fé y á diez leguas de la capital. Es una poblacion de Indios Abipones reducidos.

Allí mandaba el capitán D. Domingo Pajon (Chulay) quien me recibió del modo mas atento y obsequioso, me

alojó en su propia habitacion, y aun me cedió su lecho. Sin embargo no faltó algo desagradable. Era día domingo y la indiada del canton estaba de fiesta y en una completa embriaguez. En este estado se presentaron á dicho jefe dos indios al parecer reclamando mi persona por ser enemigo, á nombre de todos los demas por que estaban alborotados, y pidiendo esplicaciones de como era mi venida. Pajon tuvo un indecible trabajo para tranquilizarlos y satisfacerlos y al fin á fuerza de persuasiones y aun de caricias (ya he dicho que este es el modo de manejarlos) logró despedirlos aconsejandoles fuesen á divertirse con toda seguridad. Despues de esta escena me invitó á tomar una taza de té y ocupé una silla junto á la mesita que estaba colocada cerca de la puerta de modo que daba yo la espalda á esta. Repentinamente ábrese la puerta con gran estrépito y veo entrar un formidable indio blandiendo un gran cuchillo que al parecer se dirigia á mí á distancia ya de una vara; creí que era llegada mi hora, pero no hice movimiento alguno, ni aun creo que dí muestras sensibles de sorpresa, sino que procuré conservar la misma actitud en que estaba cuando con bastante admiracion ví que el indio despues de traspasar el umbral y la puerta que ya estaba abierta por un movimiento tan rápido como el de su entrada, volvió sobre su izquierda y se dirigió á un manajo de velas que estaba colgado en la pared tras de aquella cortó una y salió despues sin hablar una palabra. Ignoro si esto fué cosa pensada, lo que puedo asegurar es que sorprendió los oficiales Pajon y Rodriguez que estaban conmigo, y que hicieron un gesto de desaprobacion: la cosa era mas bien de reir y hasta ahora puedo acordarme del suceso sin que se excite en mi esa sensacion.

Al día siguiente al despedirnos de Pajon me entregó un atado con un poncho y un poço de ropa y al darme la mano por urbanidad introdujo en la mia cuatro pesos fuertes: no puedo explicar los sentimientos que produjo en mí esta generosa accion, me conmovió en estremo aunque pro-

curé disimularlo, y me reveló mas que los insultos que habia sufrido mi acervo destino. Continuamos nuestra marcha y habiendo pasado en canoas el paso de Santo Tomé en el Salado que estaba estraordinariamente crecido, llegamos á las 4 de la tarde á Santa-Fé, sin que nadie nos esperase, por que á mi solicitud no se hizo anunciar con anticipacion el oficial conductor, lo que me substrajo á la imperpetinente curiosidad de la multitud.

Fuí luego recibido por el ayudante Oroño. que regentaba en el edificio conocido por la Aduana que esta tambien la casa de gobierno y que sirve al mismo tiempo de cárcel, de cuartel, de deposito de indios é indias, de almacén, parque, proveduria &a. &a. Al rato de estar allí se presentó el gobernador delegado D. Pedro Larrachea, el cura Dr. Amenabar y dos personas mas que no conocí al momento, pero que luego supe que una era D. Domingo Cullen que despues ha representado, y representa aun un papel tan estraordinario, (1) y la otra D. Juan Maciel oficial 1.º de la secretaria. De la pieza que habitaba el ayudante Oroño pasamos á la sala de gobierno y de allí ya entrada la noche á la que me estaba destinada, Habia en ella una cama, una mesita y tres ó cuatro malas sillas. Al dia siguiente trageron otros muebles mucho mejores que mandaba el Sr. Cullen, llevando los que habia que eran del Sr. Larrachea.

Despues que cené me cerraron la puerta por fuera despues de colocar centinelas, y me dejaron solo entregado á mis amargas reflexiones: no puede formarse una idea justa de lo que sufriria mi espíritu en aquella ocasion; cuando marchaba, cercado á cada instante mudaba la escena por la variedad de personas, lugares y circunstancias, la misma diversidad de sensaciones aunque desagradables embota el

(1) Vivía aun Cullen cuando escribia esto, pues no fué sino despues que fué remitido por el Gobernador de Santiago del Estero, su compadre y fusilado en el Arroyo del Medio.

alma y se hacen mas llevaderas las penas: por otra parte los padecimientos fisicos que son consiguientes en un camino destituido de todas comodidades, contribuye tambien á distraer nuestra imaginacion y un sufrimiento debilita el otro, pero cuando me ví finalmente consignado á una sala una cama dondè indefinidamente debia esperar la decision de mi destino, y que éste se presentaba revestido de los tintes mas siniestros, me acometia una intolerable congoja. Qué mutacion tan violenta la de mi estado! Qué transicion tan repentina del poder á la dependencia mas absoluta! Es preciso haber pasado por algo que se parezca á esto, para apreciar debidamente los padecimientos de un hombre constituido en tan tristes circunstancias: pero esto no era sino la muestra de mis infortunios.

Al dia siguiente, 17 de Mayo, permitió el gobierno á solicitud mia que viniese á estar con migo otro prisionero y eligieron á un jóven Gonzalez cordobés á quien no conocia, el cual carecia enteramente de educacion y de una mediana elevacion de sentimientos. Sin embargo me acompañó y por insignificante que fuese su sociedad, me sirvió de distraccion: procuré atraer su atencion á objetos útiles que pudieran instruirlo; quise aficionarlo á la lectura, pero todo fué imposible y al fin se fastidió y tuvo la inconsecuencia de solicitar reservadamente que lo sacasen de mi lado, para volver con sus compañeros que estaban en un buque anclado en el rio: lo consiguió y yo gané demasiado para sentirlo porque vino en su reemplazo mi amigo el apreciable jóven Pastor Frias, que estaba tambien en clase de prisionero. Gonzalez gano en otro sentido, porque supongo que en premio de su deslealtad, lo consideraron mucho y obtuvo una especie de libertad anticipada. Esta mudanza acaoció el 21 de Junio siguiente, pero me es forzoso volver atras.

Desde el dia siguiente á mi llegada me visitaron los Srs. Larrachea, Cullen, Maciel, y continuaron haciéndolo con frecuencia. Quizá me ocuparé algun dia de lo que

importaban sus conversaciones, principalmente las del segundo, á las que se les ha querido dar un interes mayor del que realmente tenian: por ahora no pueden ser objeto de este recuerdo destinado á mi hijo, en que solo quiero consignar mis desgracias y los nombres de las personas que intervinieron en ellas, ó á quienes debo agradecimiento. Me visitaron tambien otras personas por relacion anterior ó por curiosidad; las que recuerdo son las siguientes. Los Galisteo, Leiva, D. Manuel Rodriguez, un hijo suyo, Fresno, el cura Dr. Amenabar, el padre franciscano Barco; los capitanes Pajon, Rodriguez, Mendoza y posteriormente el coronel D. Pascual Echagüe y el secretario Benitez; en igual tiempo que estos dos últimos, que fué en setiembre despues de la vuelta de Córdoba, del General Lopez, lo hicieron igualmente el coronel Navarro, el mayor Alvarez Condarco y el famoso cordobés Guebara, mandado espresamente por el Sr. Lopez para que me trajera la lista impresa, de los gefes y oficiales prisioneros en la accion de la ciudadela de Tucuman que tuvo lugar en Noviembre del mismo año.

Recibí obsequios y atenciones en primer lugar del Sr. Cullen que me mandó ropa que devolví despues de unos dias; sobre todo su esposa Da. Joaquina Rodriguez de Cullen me colmó de atenciones á la que conservo el mas vivo reconocimiento, jamás se desmintió durante mi larga mansion en Santa-Fé, ni olvidó cosa alguna que pudiera mitigar mi desgracia. Me obsequiaron tambien de diversos modos el capitán D. Pedro Rodriguez, Pajon. Mendoza me hizo ofrecimientos muy espresivos y píncso que sinceros, Maciel que mostró un verdadero interes por mi situacion, y el Padre Barco.

A los pocos dias de mi llegada á Santa-Fé me fué entregada una correspondencia de varios gefes de mi ejército en que me manifestaban su amistad y adhesion, al mismo tiempo que compadecian mi desgracia: se me entregaron doce onzas de oro que se me remitian todo por el con-

ducto del parlamentario que marchó cuando estaba yo en el campo del General Lopez; se me hablaba tambien de un poco de equipaje y un sirviente que llegó con corta diferencia de tiempo. Hasta entonces se me habia puesto por cuenta del gobierno muy buena mesa, mas teniendo ya dinero de que disponer reusé ocasionarle este gasto, y corrió de mi cuenta el de mi subsistencia, empecé pues á pagar cuarenta fuertes á las mismas mujeres que me suministraban antes la comida que eran unas *Caros ó Cabreras*, y mas cuatro duros para gratificar al que ayudaba á traer la comida cada mes.

Creí oportuno escribir al General Rosas y lo hice despues por insinuacion del Sr. Cullen y le incluí las cartas que habia recibido de los gefes del ejército, me contestó; mi carta se publicó por la prensa. A mi ver nada contenia que pudiese degradarme, y ademas yo tenia mis razones para dar este paso pero no tuvo efecto y las cosas tomaron un rumbo muy distinto; las pasiones se exaltaron, ya no se escucharon los consejos de la razon y lo que sucedió prueba bien claramente cuán difícil es usar moderadamente de la victoria. Ya fué seguro que al partido caído se le podria aplicar el *Vae Victis* en toda su significacion, y que la patria tendria que deplorar la pérdida de muchos de sus hijos y desgracias prolongadas.

Sucesivamente fuí sabiendo la entrada del General Lopez con su ejército en Córdoba y demas sucesos que se siguieron. Los movimientos del que me habia pertenecido, y que se habia retirado á Tucuman, no llegaban á mi noticia sino tarde y muy desfigurados. Posteriormente á medida que se retiraban mis visitas me fué mas difícil adquirir alguna luz sobre los negocios del pais y mi situacion se hacia cada vez mas enfadosa.

El 9 de Agosto se le comunicó á Frias la órden de su libertad y yo me ví combatido de dos sentimientos contrarios. Me era plausible que un amigo mio obtuvjese tan apreciable don, pero yo me iba á ver privado de su socie-

ñad, mi situación iba á ser mas penosa, la soledad iba á devorarme. La misma gracia se habia estendido á todos los prisioneros que estaban en Santa-Fé, excepto por supuesto á mí, sobre cuyo futuro destino se acumulaban cada dia los presagios mas siniestros. Yo deseaba á cualquier costa una persona que me acompañase y hubo una; el capitán D. Rejis Echenique que quiso hacerlo sin embargo que se le hizo entender que participaria de mi prision é incomunicacion tal cual la sufría yo; pero esta accion generosa hubo de costarle caro segun llegué á traslucir, porque se le amenazó se le hizo temer por su seguridad y finalmente se le negó su deseo y el mio, de modo que si antes el gobierno delegado habia accedido, era en la inteligencia que nadie querria admitir mi proposicion de acompañarme, mas como el Sr. Echenique hizo fallar su cálculo se llenó de mal humor contra él y hasta cierto punto lo desahogó. Conservo pues, el mas vivo reconocimiento al Sr. Echenique: su generosa amistad no necesita comentarios: la accion por sí misma se recomienda, mucho mas en un pais, y en una época en que no es comun este sentimiento. En cuanto al Sr. Frias, conservó el mas grato recuerdo: no se borrará de mi memoria el dolor que me causó su despedida.

Tenia desde muchos dias antes un proyecto de evasión (1) entre manos, y para poderlo verificar me habia

(1) Esta memoria fué principiada en Buenos Aires cuando salí de la prision de Lujan. Allí necesitaba las mayores precauciones porque este escrito tan sencillo como es podia costarme caro. Cuando mi evasion los pliegos que habia escrito fueron guardados con otros muchos papeles, y casi del todo olvidados. En el Rio Janeiro en 1848 he dado con ellos revolviendo mi archivo, y me he propuesto seguir. Esto explica la contradiccion que pudiera notarse de hablar de algunas personas como vivas, y despues suponerlas muertas, porque en el intèrvalo que ha mediado ellos han terminado su carrera. Habrá ademas por la misma razon algunas cosas oscuras, y otras que parezcan contradictorias, pero debe considerarse ademas que cuando despues de muchos años me propuse continuar, ni aun tuve la paciencia de leer lo que habia escrito antes. A pesar de todo debo asegurar que lo que he estampado es la verdad.

puésto de acuerdo con D. Bernardino Alvarez, que era uno de los presos de Córdoba, pero que gozaba una casi completa libertad y tenia relaciones que me parecieron aparentes: ademas tenia resolucion que era lo que faltaba á los demás. En prosecucion de dicho proyecto me habia provisto de una llave que habria la puerta de mi prision y estaba convenido con un soldado que hallándose de centinela debia facilitar mi fuga. Pero no era esta la única dificultad, pues despues de franqueado mi calabozo debia bajar por una escalera de cuerda, y finalmente debia tenerse pronta una lancha, bote, ó canoa, para arrojarme al Paraná y de allí pasar á la Banda Oriental. Todo me lo ofreció Alvarez y me aseguró que un extranjero comerciante llamado D. Carlos de... N. se habia ofrecido á proporcionarlo y que con este objeto habia pasado á la capital de Entre Rios, que está á corta distancia de Santa-Fé, para no dar allí sospechas.

El tal D. Carlos mucho antes de mi relacion con Alvarez (1), me habia dirigido por medio de un jóven que me servia un papelillo con signos masónicos, y un recado ofreciéndome los medios de escaparme: pero habia reusado entrar en relacion con él, no merenciéndome confianza ni por su persona que no conocia, ni por su modo informal de insinuarse. Me causó pues, una gran sorpresa el verlo ingerido en el proyecto y en posicion de los enredos de Alvarez: pero no era tiempo de retroceder, ni de desperdiciar el único medio que se me presentaba de salvacion, así

(1) Supe despues que Alvarez habia dicho que no me habia escapado porque no quise. Cuando lo ví en Montevideo le hice conversacion y lo negó, por lo demas ni sabia darme ni darse el mismo cuenta de los pasos que sin duda con muy buena intencion habia empleado. No se acordaba de las particularidades que habian mediado; nada habia sospechado de Cullen, ni del extranjero D. Carlos, al menos así lo daba á entender. Casi llegué á concebir yo mismo sospechas de él, al fin me aburrí y no le volví á hablar mas pareciéndome un semi-tonto ó por lo menos un hombre de no muy asentado juicio é inútil para el rol que debia desempeñar.

es que continué comunicándome con Alvarez y esperando que el tal D. Carlos regresase con el bote consabido.

Sin embargo de las seguridades de Alvarez, me quedaban dudas no sobre sus deseos, sino sobre su capacidad para la empresa: muy luego tuve motivo para aumentar aquellas: le encargué al Sr. Frias el dia de su salida (9 de Agosto) que estrechándose con Alvarez, se impusiese del pormenor del negocio, y me informase mediante un medio convenido: su contestacion, fué haciéndome entender, que encontraba poco adecuados los medios de Alvarez para la empresa que se proponia: Era el último servicio que podia hacerme el Sr. Frias, y no me quedó mas esperanza que continuar entendiéndome con el Sr. Alvarez, cualquiera que fuese el resultado: este no tardó.

La noche del 19 de Agosto noté un gran movimiento en la guardia que me custodiaba: se aumentò su número, se doblaron las centinelas, se puso otro oficial de guardia fuera del ayudante que habitualmente residia en la Aduana, y finalmente por la mañana siguiente del 20 se presentó este acompañado de un herrero que venia á reconocer la cerradura de la puerta y á mas poner unos fuertes anillos fijos por la parte de afuera donde se colocase un formidable candado: se tomaron otras precauciones que hicieron ya imposible mi evasion y para colmo de dificultades mi célebre protector Alvarez cortó toda relacion y prescindió enteramente de renovarla. Despues he sabido que ha dicho que yo no escapé porque no quise, pero ó no obró de buena fé al asegurarlo, ó tiene una miserable cabeza.

Como era consiguiente traté de indagar de las personas que aun me veian, el motivo de aquellas nuevas precauciones y se me hizo entender que el gobernador delegado D. Pedro Larrachea (el mismo me lo indicó) habia recibido un anónimo en que le avisaban de mi evasion, y que ademas el Sr. Rosas habia escrito desde el Arroyo del Medio, que habia recibido carta de Entre-Rios en que le daban el mismo aviso. Cullen tuvo la cortesania de de-

cirme que el gobierno no daba crédito à estos rumores, pues á ser así hubiera tomado otras medidas. Daba à entender sin duda que se me hubieran puesto prisiones. Mi contestacion fué decirle que á haberlo intentado me hubiera valido de él, pues debía esperar sus servicios despues de las pruebas de confianza que habia querido darme: efectivamente, este intrigante se habia insinuado de un modo que á crerlo mas honrado podia haberme fiado de él hasta tal punto; mi contestacion lo embarazó, pero la vigilancia no aflojó un momento, ni las precauciones fueron menores.

Meditando y recojiento los datos que me ha sido posible, para hallar la esplicacion de este negocio, me parece casi indudable que fué todo una intriga urdida por Cullen, de quien el extranjero D. Cárlos era un agente y un espia. No habiendo podido ganar mi confianza con sus ofrecimientos, observaron los pasos de mi criado, sospecharon mi relacion con Alvarez, y por este buen hombre se introdujo el malvado, y despues nos traicionó á ambos. Sin embargo Alvarez nada sufrió, antes al contrario se estableció en el Rosario protegido al parecer por Cullen de quien fué despues partidario, y por cuya causa ha sido remitido preso á Buenos Aires en años posteriores, cuando aquel se declaró enemigo de Rosas.

Privado de los consuelos que ofrecia esta esperanza aunque debil de obtener libertad, mi situacion se hizo insoportable, à lo que se agregaban las supercherias de unos, la interesada vileza de otros y la malicia de casi todos. A la verdad, es difícil comprender la corrupcion y mala fé de aquel gauchaje á quienes estaba confiada mi custodia, y el admirable aprendizaje que habian hecho en la escuela de D. Estanislao Lopez, gaucho solapado, rastrero, é interesado. Entre los que han estado á mi inmediatecion, he conocido algunos cuyos sentimientos no se inclinaban á la crueldad como el ayudante Oroño, pero no he visto en lo general ni un pensamiento noble, ni una idea medianamente elevada, ni un tinte de lo que se llama honor. Miserables

raterias, vicios arraigados, manejos despreciables, **escuanto** he visto y notado. Mas adelante haré mención de las personas que no merecian esta clasificacion.

Un jóven de 14 á 15 años natural de atrás de la Sierra de Córdoba me servia de criado, el mismo que me habia sido remitido con permiso del General Lopez. Cuando la campaña de 1830 contra los montoneros de la Sierra habia sido tomado y traído entre los prisioneros: se hallaba en la cárcel, cuando lo saque para mi servicio y se conservó en el mucho tiempo: quiso venir á continuarlo sin embargo de haber mudado mi situacion, lo que me lo habia hecho mas querido: pero estaba reservado á otra prueba á la que no pudo resistir: esta era la vil seduccion: se propusieron romperlo y lo consiguieron. Tenia yo dinero, y lo persuadieron que me robase, para robarle despues á él mismo en el juego: Se hizo un jugador perdido, y al fin se entregó á todos los vicios haciendo inútiles mis consejos y mis lecciones. Llegó á tal su depravacion que como yo le hubiese coartado algo sus gastos y dilapidaciones concibió el proyecto de asesinarme cuando estuviese dormido y robarme: uno de los consultores que buscó para tan grandioso proyecto, me dió aviso de él, y desde entonces me mereció la mas completa indiferencia: posteriormente fué ya imposible sorportar sus bellaquerias, y tuve que despedirlo, tomando á jornal otro muchacho que me sirviese. Else entró al servicio militar en los Dragones de Santa-Fé, sin que haya sabido despues de tan importante personage.

Durante este tiempo aunque con alternativa variedad segun las noticias que se recibian del interior, era siempre visitado por Larrachea, Cullen y algunos otros. El primero era ya anciano, ejercia por delegacion el gobierno, no siendo en propiedad mas que secretario—las resoluciones gubernativas las autorizaba entonces D. Juan Maciel que era ministro interino y el cual no obstante de esta pomposa investidura, tenia que venir todas las mañanas bien temprano, á barrer personalmente la sala del despacho que

era la misma de la secretaria, fregar los candeleros que habian servido la noche anterior y acomodar estos utensilios, para entrar en seguida en sus funciones ministeriales. Cullen era el alma de todo y me espresó francamente que el dirigia la política del gobierno y que influia en Lopez esclusivamente.

Esta declaracion tenia por objeto darme una alta idea de su importancia política y de hacerme ver que todo lo podia esperar ó temer de él, con el fin sin duda que me le humillase y me franquease en todo sentido. Me persuado que creyó que podria hacerle grandes confianzas, y que sacaria gran partido de ellas. El por su parte aparentó benevolencia hácia mi pues llegó hasta lisongearme con la posibilidad del gobierno de Córdoba, lo que miré con el mayor despego diciéndole que era absolutamente inadmisibile la idea: otras veces mostró fuerte prevenicion contra Rosas á quien afectaba despreciar por cobarde y á quien amenazaba con la guerra. Sin embargo del crédito que suponía tener con Lopez no pudo disimular una vez sus celos con el secretario Benitez á cuyos artificios atribuyó la falta de correspondencia del General.

Recuerdo que cuando me habló de la posibilidad de que yo volviese á mandar en Córdoba cuya idea rechazé decididamente como he dicho antes, le propuse mi opinion que era de que D. Pascual Echagüe fuese gobernador de aquella provincia esforzando mis razones hasta donde fué posible: mi deseo era sincero, pues hallaba una gran ventaja para mis amigos, en que entrase al gobierno un hombre que, aunque consagrado á la causa contraria, pertenecia á la clase civilizada (1).

(1) Tenia entonces mejor opinion de los sentimientos del Sr. Echagüe, que los que he debido despues formar á vista de sus actos posteriores. Ya he dicho como se condujo conmigo cuando me recibió en las inmediaciones del *Fuerte del Tio* y de lo que sin duda contribuyó su presencia para ahorrarme algunos insultos que podian haberme hecho los indios, ú otros no menos bárbaros que

Por Septiembre llegaron los presos de Córdoba primeramente D. Luis Videla y Cuadra á quienes ví pasar desde mi ventana y posteriormente una gran partida en que venian mezclados clérigos, frailes, militares, abogados, comerciantes, campesinos &c. Algunos vecinos de Santa-Fé solicitaron del gobierno se les permitiese proporcionar carrauges á los eclesiásticos, y efectivamente entraron en ellos, mientras los demas que iban sin prisiones prefirieron entrar á pié, y los engrillados en carretas, pero todos fueron conducidos al puerto y de allí á bordo de la goleta Uruguay en que antes habian estado los prisioneros. Los eclesiásticos fueron destinados á la cámara, los demas fueron amontonados en la bodega donde segun he oido hubieron de ser sofocados: al dia siguiente permitieron á varios que pasasen la noche sobre cubierta, y á los dos dias se hizo una clasificacion de presos de que resultó que muchos salieron con la ciudad por cárcel, y otros fueron trasladados á la cárcel pública donde se les trató con el mayor rigor.

En los primeros dias de Octubre llegó el Sr. Lopez de regreso de su campaña sobre Córdoba y se le hizo un gran recibimiento. Su entrada fué triunfal por debajo de arcos, y trofeos, con músicas, aclamaciones, acompañamiento &c. En esa noche y las siguientes hubo reuniones que recorrieron las calles con músicas, coetes, iluminaciones y vivas. En cuanto á mí, recuerdo que en ese dia recibí el primer *dessaire* que me quiso hacer el cabo de la guardia á quien llamaban *Compradito*: á su ejemplo un rato despues el centine-

ellos. Yo he apreciado debidamente su proceder que sin duda le era prescripto por su jefe, pero jamas se me ocurrió que esto debiese hacerme renunciar á la causa de mi eleccion, y ligarme las manos para combatir por ella cuando pudiese. Sin embargo el Sr. Echagüé parece haberlo creido así, pues se que en conversaciones privadas ha hecho mérito de haberme salvado la vida á que querian atentar los indios sus amigos, y aun se ha quejado de mi ingratitud. Con este motivo repetiré que muchos pretenden haberme hecho el mismo servicio pudiendo segun esta cuenta, enumerar mas de media docena de *salvadores*. Entre tanto los mas de ellos no alegan sino el servicio negativo de no haberme asesinado vilmente.

la hizo otro tanto, pero lo reprimí en el modo que me era posible, y sin duda el ayudante Oroño les prevendría algo á este respecto por que no se repitió por entonces.

El Sr. Lopez no me visitó, ni hubo otra alteracion sensible en el modo de manejarse que tenian conmigo, que irseme retirando á su ejemplo los que de vez en cuando me hacian una visita con los requisitos necesarios. El Sr. Echagüe lo hizo una vez como ya indique, y el Sr. Benitez me trajo veinte y cuatro onzas de oro que se me remitian de Córdoba y habia recibido doce mas que me mandaba mi madre desde Buenos Aires, de modo que tenia reunida esa corta cantidad. Uno de estos dias se me presentó el ayudante Oroño á decirme de órden de S. E. que si yo no tenia comodidad para guardar ese dinero lo haria él depositar para que fuese yo tomando lo que necesitase. Era muy claro el espíritu de este comedimiento para que lo reusase: lo entregué pues y se puso en poder del oficial de secretaria D. Juan Maciel, á quien pedia por pequeñas cantidades lo que necesitaba.

Dias antes de recibir este auxilio biendome sin dinero porque habia gastado las primeras 12 onzas, mas cinco que se me habian proporcionado y despues de reiterados ofrecimientos del Sr. Cullen, le habia pedido unos pesos (que fueron cubiertos luego de esta remesa) y para ello le habia escrito cuatro letras: no se que rumor llegó á mi noticia de que un periódico habia hablado de mi carta que él habia mandado como un comprobante de mi existencia en Santa-Fé: él lo negó y yo nunca he visto el papel, asi es que no puedo juzgar de lo que en esto hubo.

Aproximábase Octubre á su fin, cuando salió el General Lopez con su comitiva para el Rosario, donde debia tener su entrevista con el Sr. Rosas. El mismo dia embarcaron en la Goleta Uruguay, á los presos que estaban en el cabildo, en número de mas de treinta. Era muy claro que el destino de ellos y mio muy particularmente, iba á fijarse en esta conferencia. Yo habia ma-

nifestado sinceramente mis deseos de que me dejasen ir á un pais extranjero, dándoles una fianza á su satisfaccion de no mezclarme en cosas políticas, ni volver al territorio de la república sin consentimiento del gobierno. Aun mas me obligaba por este medio á residir en tal ó tal pais, ó en la Europa misma, y pensaba en semejante caso ocurrir á mis amigos que no dudó hubiesen suscripto por mí una obligacion de esta naturaleza, seguros como debian de estar que ni era capaz de burlar su confianza, ni defraudarlos en sus intereses que quedaban comprometidos (2). Esta propuesta mia que conciliaba mi existencia con la seguridad y miras del gobierno á mi parecer, habia sido hecha por mí al Sr. Cullen, quien me habia prometido transmitirla y apoyarla pero no se si por desconfianza que él lo verificase (como que ignoro hasta ahora si lo hizo) ó por otro motivo quise valerme para esto mismo del Sr. Echagüe, y me tomé la confianza de mandarlo llamar antes de la partida, pero no quiso venir sin embargo que se me dijo que decia que lo haria y me vi privado de este recurso.

El dia 11 de Octubre, se habia permitido á mi hermano D. Julian, que era uno de los presos que habian quedado con la ciudad por cárcel, que me visitase por una vez como lo hizo en dicho dia, acompañado del ayudante Oroño que

(2) Asi pensaba entonces, mas despues he tenido motivos de dudar al ver la ingratitud de mis amigos políticos: no solo nada hicieron que pudiese mitigar ó salvarme de mi desgracia sino que puedo decir que una gran parte de ellos se empeñó en reagrarla haciendo correr especies que me denigraban, y tratando de sofocar el tal cual interes que aun podian tomar algunos. Pero ¡Juicios de Dios! Esa misma ingratitud, ese olvido, esa chocante injusticia ha sido la que me ha salvado. Rosas midiendo mi corazon por el suyo creyó que á vista de tan indigno proceder yo no perteneceria mas á una causa cuyos corifeos me desconocian, y quiza me abrumaban de cargos. Hasta hubo estúpido que aseguró que intencionalmente me habia hecho tomar prisionero ¡Que brutalidad! Despues de estos conocimientos que he tomado no estrañaria que me hubiese engañado al pensar que hallaria algunos amigos que otorgaran la fianza que proponia.

no se separó un momento de nuestro lado. Recuerdo aun la conversacion que tuvimos en que como es de congeturar no pudimos hablarnos con confianza, ni aun entregarnos á los impulsos fraternales de nuestro corazon, despues de una medja hora se retiró dejándome sumergido en amargas reflexiones.

El Domingo 30 de Octubre, por la mañana entró á mi habitacion el criado que me servia, para decirme que acababa de oir que muchos de los presos que habian ido en la goleta Uruguay, habian sido fusilados en San Nicolás: efectivamente asi habia sucedido, lo que debió sorprender generalmente pues no se podia ni preveer ni esperar semejante cosa. Todos ellos habian sido arrestados en Córdoba hacia cinco meses, habiendo sido conducidos desde alli á Santa-Fé, y luego á San Nicolás, muchos con gruesas barras de grillos y todos sufriendo las incomodidades de una rigurosa prision: sus compañeros de infortunio que habian quedado en Santa-Fé, gozaban libertad y algunos se disponian ya á volver á sus hogares: habian pasado esos momentos de efervescencia y de exaltacion que podian hacer disculpable su ejecucion, y ademas debia suponerse satisfecha la animosidad de sus enemigos con tan largo sufrimiento. Por otra parte si se creia conveniente su suplicio, era natural creer que este se hubiese verificado en Córdoba mismo: en Córdoba que habia sido el teatro de sus supuestos crímenes políticos: mas no habiendo sucedido así, se les suponía garantidos en sus vidas por lo menos. No fué así, y el 28 de octubre fueron fusilados del modo mas cruel en la plaza de la ciudad de San Nicolas, diez gefes oficiales, ó ciudadanos distinguidos, y otros dos conducidos al pueblo del Salto sufrieron la misma pena. Unos de estos últimos era el capitán Tarragona santafesino relacionado por parentesco con el coronel D. Pascual Echagüe, quien habiendo sabido el fatal destino de su pariente se interesó vivamente con el Sr. Rosas y logró que se revocase la orden de su ejecucion.

Hizo marchar un hombre con extraordinaria celeridad, pero cuando llegó al Salto con la gracia, acababa de ejecutarse la sentencia, y se encontró con el ensangrentado cadáver de la víctima. Supe de positivo que el Sr. Echagüe desaprobó altamente á su regreso á Santa-Fé tan severa como arbitraria medida: pero esto fué todo lo que hizo porque posteriormente se le ha visto no solo acérrimo partidario de ese mismo sistema, sino también ejecutor y cooperador activo de esas mismas crueldades. Esta se perpetró sin forma alguna de juicio, sin que se oyese descargo á los acusados, y sin que ni sospechase su sacrificio hasta el momento de verificarse. Una simple orden reservada de Rosas al comandante Ravelo de San Nicolas los llevó al suplicio con cuatro horas de término (1).

(1) Mientras mas reflexiono sobre esto, menos puedo comprender este negocio, no siendo á costa de la moralidad y sentimientos de Lopez. ¿Qué se propuso este hombre, haciendo venir desde Córdoba á San Nicolas tantos hombres dignos de mejor suerte y tenerlos por meses caminando y sufriendo cruelmente? ¿Por qué no los fusiló en Córdoba? No hallo otra esplicacion, sino que quiso contraer mérito con Rosas trayéndole víctimas, y lisongeando sus venganzas. A Rosas que era su subalterno por cuanto Lopez era General en Jefe de la dicha confederacion, pero subalterno que podia muy bien pagarle pecuniariamente su servicio. Ambos caudillos se separaron friamente de su entrevista y se de cierto que Lopez hubo de cortar las conferencias bruscamente retirándose sin despedirse. Hé aquí á mi juicio lo que me salvó á mí. Naturalmente por mí debia pedirse un precio mas alto, mas no habiéndose pagado bien las víctimas subalternas, se creyó que tampoco lo seria el jefe y le convino por entonces continuar este detestable mercado. Cuando despues de 4 y medio años me mandó, siempre sacó la ventaja de recomendarse por este medio para estrechar nuevamente sus relaciones con Rosas. Diré algo ahora sobre lo que pienso que ha influido para que este no termine mis dias. Cuando mi madre fué á Santa-Fé me preguntó que servicio habian hecho yo á D. Leon Rosas padre del dictador, pues encontrándose casualmente en una casa de visita con D. Agustina Rosas y una ó dos de sus hijas estas le dijeron que D. Leon me debia un servicio que nunca olvidaria y que deseaba vivamente las ocasiones de correspondermelo. Con este motivo y algun otro indicio que me dió mi madre registré mi memoria y recordé. Que en el año 29 á principios cuando se trató de sacar de Buenos Aires á los federales peligrosos, se trató de clasificarlos en el consejo de ministros (yo lo era de la guerra) y habiendo propuesto á D. Leon Rosas como uno de los que debian

Este era un terrible anuncio de la suerte que me esperaba. ¿Qué debía conjeturarse, cuando personas menos comprometidas, gefes y oficiales subalternos y hasta simples paisanos habian sido arrastrados al suplicio? Todos y yo el primero creyeron que muy pronto me llegaria el último momento, y aunque no me lo dijesen era considerado, como un cadáver, mas bien que como un ser viviente, y me lo daban á entender los mas compasivos en sus melancólicas miradas. En cuanto á mi solo procuré familiarizarme con esta idea, sin que pueda asegurar haberlo conseguido.

Parecia consiguiente qué en la conferencia del Arroyo del Medio entre los Generales Rosas y Lopez, se hubiese acordado mi final destino: esperaba su decision al regreso del último que era esperado por momentos, atribu-

salir del pais, me opuse diciendo que yo no lo conocia pero que me habian informado que era un anciano y hombre respetable, incapaz de conspirar aun cuando su hijo estuviese tan altamente comprometido. Mi opinion prevalecio porque era justa, y D. Leon quedó tranquilo en su casa. A nadie habia yo referido este incidente y yo lo habia olvidado, ni creo que los otros del consejo lo hiciesen, pero por lo que dijo á mi madre la misma Da. Agustina y por otros antecedentes, la conferencia y deliveracion del consejo llegó á noticia de los federales por alguno de la secretaria que oyó la discusion. Tengo otros datos para saber que habia entre los empleados en dichas secretarias quienes traicionaban la confianza del gobierno y vendian los secretos mas intimos. Este fué uno de ellos, pero que á mí me ha sido grandemente útil, pues pienso que se le debe en gran parte mi conservacion. Cuando salí de Lujan y fuí á corresponder al Genral Mansilla su visita, me dijo; procure Vd. visitar á mi madre politica pues me consta que le debe Vd. mucho. Ahora pues debo inferir que este incidente y el concepto de probidad que creo merecerle á Rosas á pesar de lo que diga en público, detuvo su mano y si dijo á Lopez que me fusilase, fué echando sobre él, la odiosidad de un tal asesinato. Porque si Rosas hubiera querido eficazmente mi muerte, no es Lopez ni el inmoral Cullen quienes hubiesen resistido á la seduccion de algunos regalos. Con otras vidas han comerciado ¿Por qué no lo harian con la mia? Se agrega que Lopez con esas ventas de carne humana pensaba ganar en doble sentido, lucrando pecuniariamente, y ostentando cierta humanidad por cuanto no fusilaba el mismo. Aun cuando llegaba á hacerlo, era en las tinieblas y en secreto. Asi es que me decia en Santa-Fé un jóven de las primeras familias (D. Francisco Latorre) que me hacia cen-

yendo la separacion que se habia hecho de mi respecto de las otras víctimas (2) á que se le queria dar á la ejecucion mas solemnidad, variando de lugar y ceremonias. Despues se me ha hecho entender que Rosas exigia que Lopez fuese el ejecutor de mi suplicio, como un gaje de su compromiso contra los unitarios, y que este lo rehusó, hasta que pasados años le hizo inútil una semejante crueldad. Sea lo que fuere, en esta amarga incertidumbre seguí muchos meses, hasta el 8 de Enero del año 1832 en que vino á verme muy de prisa D. Juan Maciel para decirme que mi suerte estaba decidida felizmente y que se habia acordado que saliese del territorio de la república que solo faltaba el arreglo de ciertas formalidades, sobre las que se habia consultado á Rosas, cuya contestacion no tardará mas de 20 dias. Imagínese cualquiera el contento que me causaria semejante noticia, y la ansiedad con que esperaria el transcurso de esos 20 dias. Ellos pasaron y mas otros 20 y otros cientos sin que llegase la suspirada contestacion. Mi impaciencia no tenia límites, y mis esperanzas se habian del todo aniquilado, cuando el mismo D. Juan Maciel vino otra vez á mi prision en Julio, para decirme, *que mi vida estaba salva*, habiéndose recien resuelto la cuestion que la habia tenido en problema, pero que el término de mi prision era indefinido. Le recordé con este motivo el aviso que me habia dado en Enero, á lo que contestó encojiéndose de hombros, que así se lo habian hecho entender. Mi situacion se hizo insoportable: la incertidumbre hubo de hacerme presa de la desespera-

tinela. "Nuestro gobernador es muy bueno pues jamás ha fusilado á nadie por criminal que haya sido, excepto el comandante Orandó que fué ejecutado en medio de este patio (y me señalaba el lugar) porque si otros han desaparecido los ha hecho *despachar ocultamente*." ¡Qué bondad la de Lopez! ¡Qué ideas las de su Panegirista!

(2) Era tal la conviccion general á este respecto que mi hermano me ha referido despues que cuando salian de Córdoba presos, preguntó al infortunado Dr. Sarachaga, que pensaba de mí, y le contestó: "ya estará en camino para Navarro," indicándole el lugar en que fué ejecutado el Sr. Durango.

cion, en términos que puedo asegurar que ese estado de vaga oscuridad es quizá tan penoso, como la perspectiva cierta de la última desgracia:

Ya por este tiempo se me habian retirado todas mis visitas. Cullen mismo que habia hecho los mayores esfuerzos para persuadirme el mas vivo interés, é inspirarme confianza, me habia dado la espalda. La última vez que me visitó en principios de Noviembre fué un momento, depié y para decirme cuatro mentirosas palabras. Todos los demas siguieron su ejemplo, ó mejor diré el del general Lopez, por cuyas acciones se modelaban las de todos los pobres santafesinos.

Ya he dicho antes, que la Aduana de Santa-Fé, es un vasto edificio que servia á una multitud de usos, y ahora es preciso agregar que el gefe á cuyo inmediato cargo corria era un oficial que desempeñaba á la vez los deberes de Mayor de Plaza, Comandante de Armas, gefe de policia, oficial de guardia, guarda almacén, carcelero &c. Ocupaba este empleo el teniente Oroño al tiempo de mi arribo y lo continuó por cerca de un año. No se movia de la Aduana sino los Domingos que ensillaba por la mañana su caballo para ir á misa. Era sumamente ignorante, pero de buen corazon y humano. Le merecí atencion y buenos modos, le conservo reconocimiento. El año de 1834, cuando habia vuelto á servir en su cuerpo de Dragones fué muerto por los indios en una de sus incursiones.

Poco antes de la mitad del año en que voy que es el de 32 hubo una estraordinaria y repetida mudanza de agentes. Despues de Oroño, entró provisionalmente en este empleo el teniente Freire (1) sobrino del Gobernador. A los pocos dias le sucedió D. José Manuel Echagüe, (2) y

(1) Fusilado el año 40, por D. Juan Pablo Lopez, por partidario de nuestra causa.

(2) Muerto en el combate que se trabó entre las fuerzas que sostenian á Cullen y las que acudillaba D. Juan Pablo Lopez, en el 38.

al ~~mes~~ el que había sido capitán del puerto D. Pancho Echagüe. Ignoro hasta ahora el motivo de la antipatía que contra mí mostró este hombre. Desde que entró en las funciones de Ayudante de la Aduana y de mi carcelero, manifestó los mayores deseos de mortificarme. Todas las noches, y las mañanas cuando el cabo de guardia abría ó cerraba mi puerta debía por su órden venir hasta mi cama para cerciorarse de mi presencia y no solo había de verme sino que había de recordarme y hacer que le hablase. El mal modo con que lo hice algunas veces lo irritaba mas, y mi situacion empeoraba. Cada día era mas hostil, y mi inflexibilidad lo hacia mas intratable: No puedo calcular hasta donde hubieran llegado las cosas, sin el acontecimiento que produjo su separacion y su muerte.

Resuelto el problema por lo pronto sobre mi existencia, resolvió Lopez en sus consejos sujetarme á una prision rigurosa é ilimitada. La sala que habitaba, tenia el desahogo de una ventana al campichuelo que está delante de la Aduana; aunque alta, le daba vista y no estaba enteramente secuestrado de la perspectiva de seres humanos. Se acordó que me mudara de habitacion y se empezaron á hacer los preparativos con reserva. Se me eligió un cuarto de muy poca luz, situado en un ángulo del edificio, en el extremo del corredor, el cual estaba cerrado por una pared. Segun el plan de Pancho Echagüe, ésta debía prolongarse, de modo que mi habitacion hubiera quedado en una completa obscuridad: sino se verificó fué sin duda debido al ayudante que le sucedió que no quiso prestarse á esta crueldad inútil: sin embargo se tapiaron algunas ventanas, se pusieron rejas á unas aberturas que daban luz á un cuarto inmediato, se restablecieron las cerraduras dobles, candados &c., y el 26 de Setiembre, fuí instalado en mi nueva habitacion.

Pero volvamos un poco atras para referir la espulsion de D. Pancho Echagüe. No sé porque había incurrido este hombre en la desgracia de Lopez, ni que motivo hubie-

para que este estallase de pronto, mandándole secamente un recado quince dias despues de su recepcion de la ayu-
dantia, para que en el momento cesase y se fuese á su casa:
Fué repuesto en su lugar D. José Manuel Echagüe, que ha-
bia estado poco antes. D. Pancho con este desaire cayó
en una mortal tristeza por no decir desesperacion, y pidió
su pasaporte para trasladarse al Paraná que le fué conce-
dido. Allí siguió en su profunda melancolía, y despues
de algunos meses, estaba ya en las puertas del sepulcro.
Dias antes de morir, obtuvo licencia para venir á Santa-
Fé, á espirar en su pais como sucedió. Su sucesor siguió
los preparativos para alistar mi nueva habitacion, pero se-
gun he indicado no llevó su solicitud á ese estremo de cruel-
dad que se habia propuesto su atecesor, contentándose con
las ordinarias precauciones.

Meditando en los motivos que pudieron causar la des-
gracia de D. Pancho he llegado á sospechar que no fuí es-
trangero á ella: me explicaré. Mi hermano D. Julian, ha-
bia hecho traer su familia, se habia hecho un tal cual lu-
gar en Santa-Fé, y se proponia permanecer allí entablan-
do negocio de efectos de ultramar. Con este motivo se
proponia ir á Buenos Aires por uno ó dos meses, y se le
permitió que me hiciera una segunda visita en los últimos
dias de Agosto. El lo verificó con su señora, acompañado
de un oficial como la vez primera.

Los preparativos de mi nueva habitacion se hacian
con misterio, y nadie lo habia traslucido en el público pe-
ro por la indiscrecion de D. Pancho Echagüe que se com-
placia en saborearse de todo lo que pudiera dañarme, lo
hizo entreveer á algunos de sus subalternos, en términos
que yo vine á saberlo por uno de ellos. Cuando ví á mi
hermano le dije delante del esbirro que lo acompañaba, que
sabia que iban á darme un alojamiento mucho mas incó-
modo, de lo que mi hermano se manifestó muy maravilla-
do, pues estaba en contradiccion con lo que le manifesta-
ban desear las personas del gobierno. El dió segun des-

pues he sabido algunos pasos pero sin fruto. Entretanto he presumido por algunos antecedentes, que Lopez indignado por la poca reserva de Echagüe, á lo que ayudaria Cullen, tomó la medida que anonadó á este miserable. ¡sí miserable! pues siendo tan cuitado que no pudo resistir un tan pequeño revés, tenia la crueldad mas refinada. ¿pero cuándo el cobarde fué generoso, ni humano? la esperien- nos lo enseñ todos los dias.

Tanto mas motivo tengo de creer fundada mi sospecha, cuanto este pobre manejo, es conforme al que constantemente usaron conmigo. El era obra de Cullen mas que de ningun otro, porque tal era su carácter, su mérito y su genio. Hacia correr cotinualmente voces diversas y aun contradictorias con respecto á mí, y si alguna persona por motivos de humanidad ó generosidad reclamaba de fuera contra su bárbarie, salia luego haciendo parada de las comodidades que se me proporeionaban, y la delicadeza con que era tratado: si por el contrario algunos de mis enemigos se quejaban de que se me dispensaban indevidas consideraciones, ya estaba Cullen al frente para decirles lo que podia alagarles, sin perjuicio de no desperdiciar ocasion de hacerme entender que por todas partes lo criticaban y atacaban por las atenciones que se me concedian, ó mejor diriamos por las bárbaridades que dejaban de hacerse.

De todos modos ganaba el intrigante Cullen con estas maniobras, pues si satisfacía en parte su insensato deseo de figurar, y de hacerse conocer en el exterior. El mismo excitaba á mis deudos para que solicitasen recomendaciones de personajes con quienes queria entrar en relacion, para de este modo aproximarseles: mas de un ejemplo podria citar, de que quizá haré mencion en lo sucesivo, sin que tales recomendaciones produgesen efecto alguno. Pienso que no faltaron muy fuertes tentaciones en el gobierno de Santa-Fé de ceder á ellas, pero era preciso que hubiesen venido acompañadas de alguna cosa mas sólida que los senti-

calentos generosos que se invocaban. Cullen era un negociante y Lopez un gaicho interesado.

En mi nuevo alojamiento pasé muchos meses amargos, mi hermano regresó de Buenos Aires y yo tenía entablada una correspondencia con él por medio de libros que me proporcionaba para que leyese. La lectura era mi sola distraccion, pero era dificilísima en un pais en donde se carece de libros: es portentosa la falta que hay de ellos: solo puede esplicarse por la universal desaplicacion que reunia en todas las clases. A imitacion de D. Estanislao Lopez, todos lleban una vida medio salvaje, y puramente material, todo lo que es raciocinio y entretenimiento intelectual estaba desterrado de aquella ciudad ¿qué mucho es que mi hermano no hallase libros que mandarme? mas tarde tuvo que encargarlos á Buenos Aires y de allí se le hicieron dos pequeñas remesas. Pero volviendo á los poquisimos que conseguia, y frecuentemente repitiendo unos mismos, seguia nuestra correspondencia, esta especie de resurreccion para el mundo y la sociedad, agregando las esperanzas que me daba de que mejorarian mis asuntos, me reanimó y hizo llevaderos hasta cierto punto mis padecimientos en el otoño é invierno del año 33. Diré también que para hacer menos tediosa mi ociosa soledad, me propuse ocuparme en algun ejercicio mecánico y me dediqué á hacer jaulas de pájaros y á tenerlos por compañeros— efectivamente llegué en este arte á una tal cual perfeccion y logré tener una regular coleccion. Para mejorar las jaulas, debí mucho á las lecciones de un brasilero fabricante de ellas, que me hacia centinela, y que se complacia en darme las. Siento no recordar el nombre de este honrado y excelente hombre. El no pertenecia al cuerpo cívico pero tenia un hermano domiciliado en Santa-Fé, y hacia su personeria.

Por Abril se permitió á mi hermano que me hiciese su tercera visita y esta vez se le dejó venir sin acompañado. Estuvo con su señora y chicos, y me repitió que

los negocios tomaban un aspecto mas favorable. Lopez se le manifestaba benévolo, Cullen le hacia fiestas, el vecindario le mostraba aprecio. Los oficiales militares lo visitaban y cultivaban muy buenas relaciones con él; en fin todo manifestaba un aspecto consolante. Sin embargo, era de notar que los principales de estos se le manifestaban quejosos y descontentos de Lopez, en términos que llegó á manifestarme temores de que lo comprometiesen con sus conversaciones. Habia otro motivo mas poderoso que ningun otro para explicar la benevolencia de Lopez y Cullen y los cariños que empezaban á hacer á los que me pertenecian.

Quiroga era un enemigo declarado de Lopez y este no podia menos de temer á un rival tan digno de considerarse. Por ese tiempo estalló en Córdoba la revolucion de Castillo y Arredondo contra los Reinafés, que todos creian y creen que era protegida por aquel caudillo: era seguro que si los Reinafés caian y se entronizaba un partido afecto á Quiroga, la situacion de Lopez iba á ser muy peligrosa y quizá desesperada. En tal caso, pensaban acordarse de mí para hacer valer mi influencia en Córdoba y oponerla al caudillo riojano. Esta es la explicacion de esas continuas variaciones que hubo con respecto á mí, sin que fuesen tampoco estrangeras á ellas el estado de sus relaciones con Buenos Aires y demas provincias. En una palabra cuando Cullen que no peseia la virtud del valor, preveia peligros, procuraba lisonjearme, cuando estos pasaban volvía á recaer en la indiferencia y aun en el rigorismo.

Durante el invierno me hizo mi hermano tres visitas, y recuerdo que en una de ellas me refirió la aneodota siguiente. Ha estado (me dijo) á decirme el Dr. Cabrera (Dr. Francisco Solano, fusilado mas tarde bárbaramente en los Santos Lugares) cuyas relaciones con Cullen son bastante estrechas, que este Sr. le ha hecho una visita que la cree dirigida á mí, porque palpablemente su objeto era que se transmitiese sus expresiones. Despues de los primeros cumpli-

cientos movió la conversacion del estado de Córdoba y la anarquía que amenazaba á aquella provincia.—Diciendo yo (va hablando el Dr. Cabrera) que no veia alli hombres que reuniesen opinion, me contestó, se engaña Vd. pues el General Paz tiene gran prestigio, y es el indicado para presidirla. Era volver á lo que me habia dicho al principio, pero era porque la atmósfera se presentaba turbia y cargada. En cuanto á mí, si saqué algunas consecuencias consolantes por cuanto podian facilitar mi libertad, miré lo demas en el modo que merecía.

El 4 de Agosto dia de Cullen fué en el que mi hermano me hizo su última visita. Nada habia de nuevo que deviese inquietarnos, pero un temor vago que no podiamos esplicarnos enteramente se asomaba entre nosotros. Las cosas de Córdoba habian terminado por el triunfo de los Reinafés, y Cullen al dar el permiso para que me visitase mi hermano (Lopez se hallaba accidentalmente en Campaña, y Cullen ya ministro, tenia el mando en delegacion) habia dádole una especie de permiso, que no habia dejado muy satisfecho á Julian. El disgusto de los principales oficiales militares cuales eran Pajon (Chula) y Maldonado que visitaban con frecuencia á mi hermano habia subido de punto, en terminos que estaba alarmado y cuidadoso de un compromiso, ó de una intriga. Censuraban á Lopez de que no atendia su mérito ni premiaba sus servicios—de que no concedia ascensos militares y que los estorbaba en sus antiquísimas capitánias. Efectivamente el sistema retrógado, ó por lo menos estacionario de Lopez era uniforme tanto en lo político como en lo militar. La organizacion de las fuerzas de la provincia era particular, pues no contaba mas jefe que un mayor (Mendez) despues que el coronel Echagüe habia pasado á ser gobernador de Entre-Rios, y que se habia retirado del servicio, su hermano el teniente coronel D. Juan Pablo Lopez. El mismo cuerpo de dragones única fuerza veterana que habia, estaba fraccionada en compañías, cuyos capitanes obraban aisladamente y con inde-

pendencia del que se decia mayor Mendez, que solo tenia el mando inmediato de un canton y de una de esas compañías que lo guarnecia. La contabilidad se manejaba en la misma forma pues cada capitán recibia directamente de tesorería el aprest de su compañía y lo distribuia sin la menor intervencion del único gefe que como hemos dicho era el que se decia mayor, que no tenia sino que hacer otro tanto con la que estaba á sus órdenes.

Por mas aislada que se hubiese conservado la provincia de Santa Fé, era imposible que pudiese substraerse á la influencia del progreso que en las otras hacia la organizacion de nuestros ejércitos. La última campaña sobre Córdoba habia sido una lección práctica de la vetustéz y atraso de su sistema montonero y empezaba á conocer la necesidad de regularizar sus bandas desordenadas. Allí solo triunfó Lopez por los poderosos auxilios de Buenos Aires y por la casualidad de mi prision. Es muy probable que en otra guerra, las fuerzas de Santa-Fé hubieran experimentado muy serios reveses. Quizá Lopez lo preveia y por eso se propuso economizar á todo trance una ruptura, haciendo inmensos sacrificios de su influencia y poder en los negocios generales de la república.

El Sabado 17 de Agosto del año 33, me anunció mi hermano que al dia siguiente iba á solicitar licencia para visitarme y yo me dispuse á recibirlo con el vivo interés que me inspiraba su amistad y el deseo de saber algo de lo que ocurría en el mundo. Llegó el Domingo 18, y noté con extrañeza que contra lo acostumbrado en los dias festivos, estuvo el gobierno desde muy temprano en la Aduana, pero no en la sala de gobierno que se conservó cerrada, sino en el cuarto del ayudante. Este se paseaba muy silencioso y pensativo en el corredor y ademas habia tres ó cuatro soldados que se conservaron constantemente separados, y que alternativamente fueron entrando y saliendo al cuarto que ocupaba Lopez. Estos misteriosos movimientos me tenian ya alarmado, aunque sin saber porque, cuando ví entrar á

mi hermano que juzgué como efectivamente era que venia á solicitar la licencia para la visita prometida. En el acto mandé al muchacho que me servia, que fuese á esperarlo al pié de la escalera, para preguntarle si la habia obtenido y su respuesta fué negativa. Mi disgusto fué sumo, y aunque nada comprendia de lo que pasaba, no se me ocultaba que algo de adverso me esperaba.

Así pasó ese dia y el siguiente en que empezó á propagarse el rumor de que se habia descubierto una revolucion que fraguaban los capitanes Pajon (Chula) y Maldonado; que este último habia hablado al efecto á un cabo hermano suyo, que este lo contó á un pulpero, el cual dió parte á Lopez. El cabo y dos ó tres soldados que se suponian cómplices eran los mismos á quienes Lopez en persona habia estado tomando declaracion. Este rumor empezaba tambien á hacer sospechoso á mi hermano por las relaciones que con él cultivaban dichos oficiales, y acaso yo mismo no estaba exento de los recelos de aquellas gentes. Sin embargo, como el gobierno no obraba, el juicio estaba suspenso, y solo esperaba cualquier demostracion de la autodad; esta llegó al fin en la forma siguiente.

Los dias que transcurrieron hasta el 2 de Septiembre fueron de una estrema afliccion: el tormento de la duda, y de la incertidumbre, agregado á los que ya tanto tiempo sufria, hicieron sumamente penosa mi situacion. En la noche de ese dia, cuando el sirviente me introdujo la cena me dijo que venia de casa de mi hermano y que creia que iba con la familia á hacer algun viaje, pues habia visto hacer algunos acomodados y aun habia oido algo á sus niños. Nuevas inquietudes y zozobras. Al dia siguiente 3, recibí un recado por el mismo criado que me avisaba que el gobernador lo mandaba salir del territorio de la provincia en término de 6 ú 8 dias, y que se disponia á partir á Buenos Aires. Por la siesta hora en que quedaba sola la Aduana hice llamar al ayudante Echagüe para preguntarle quien me confirmó la noticia, añadiendo que el Dr. D. José Roque Sabid emi-

grado tambien de Córdoba habia recibido igual intimacion pero que ignoraba enteramente las causas. Esto fué en el año de 1833.

Un abismo abierto bajo mis pies no me hubiera parecido mas horroroso que la situacion á que iba á quedar reducido. Sin relaciones, sin recursos, sin amigos, en un pais para mi desconocido, no podia esperar una sola noticia, una sola confianza, una sola palabra sincera y amistosa. Esta consideracion me devoraba, y mi imaginacion ardiente la vestia de colores tan sombríos que acababa con todo mi sufrimiento. Ademas la separacion de mi hermano debia ser la señal de nuevos padecimientos que me harian experimentar, y quizá de una muerte lenta y penosa, que era la idea que mas me atormentaba por su duracion. ¿Deseé entonces seriamente que se abreviasen mis dias? Qué no piensa un desgraciado? y yo lo era tanto! ¡Oh! sí, demasiado. Pero dejemos esto para continuar mi narracion.

Se permitió á mi hermano escribirme una corta despedida en que me recordaba que el dia siguiente 9 de septiembre en que emprendia su marcha, era dia de mi cumpleaños y que me deseaba que en el año siguiente fuese mas feliz. Me avisaba tambien de algunas disposiciones que habia tomado para mi futura subsistencia. ¡Oh! qué terrible dia fué aquel; no lo olvidaré mientras viva.

La misma noche del embarque de mi hermano se presentó al anochecer el ayudante en mi cuarto para decirme que el gobierno habia dispuesto que en lo sucesivo se cerrase desde aquella hora mi calabozo, é inmediatamente lo ejecutó, y así continuó ejecutándose por algun tiempo. Esto ya manifestaba un espíritu creciente de hostilidad que no podia preverse donde iria á parar. Los tales cuales miramientos que se habian tenido fueron desapareciendo, y hasta la tropa me guardó menos consideraciones. Se acostumbra aplicar azotes á algunos facinerosos, principalmente á los ladrones cuatreros ó de vacas, porque debe ad-

vertirse que desde que Lopez, Cullen, Echagüe & a. tenían estancias se perseguía á esta clase de criminales, y la madrugada era siempre la hora de estas ejecuciones. El modo consistia en amarrarlos á la reja de una ventana de muchas que tiene el edificio que se llama Aduana y allí al tiempo que el tambor tocaba diana, aplicarles dicho castigo: Hasta entonces se hacia no se si por consideracion á mí en las ventanas lejanas y exteriores mas desde entonces se dirigieron á aquellas precisamente que cuadraban debajo de la habitacion mia, de modo que yo participase en cierto modo del castigo que se infligia á los ladrones: y á la verdad que lo conseguian, porque en la situacion de mi espíritu, y al recordarme generalmente era horrible el tormento que me causaba el sufrimiento de otros, y el infernal ruido que hacian los golpes del látigo, los gritos del paciente las cajas y la algazara de los ejecutores. Mas esto no es nada pues todavia veremos cosas mas repugnantes.

Los indios del Chaco á quienes para atraer no habia economizado Lopez sacrificio de decirse de honor, ni de decencia, y que le habian acompañado en todas sus campañas á Buenos Aires y Córdoba seguian haciendo incursiones en la Provincia de Santa-Fé y depredándola sin misericordia. Toda persona sin exceptuar las mugeres de edad y niños que no podian llevar eran irremisiblemente inmolados. La esplicacion de esta conducta se tiene, advirtiendo que Lopez para llevarlos á la guerra jamas tocó otros resortes, que el de excitar las propensiones al robo, al asesinato, á la violencia—y desde que les faltaba teatro en que ejercerla, venian sobre Santa-Fé en partidas mas ó menos numerosas y trataban á sus aliados como si fuesen sus mas inveterados enemigos.

En la mañana del 13 de Octubre sino me engaño, del año en que va mi relacion que es el 33, luego que quitaron los cerrojos de mi calabozo el muchachillo que me servia y á quien yo pagaba para ello, entró despavorido para decirme que la indiada habia acometido las quintas inmedia-

tas, haciendo una mortandad horrorosa: que las gentes de los suburbios corrian en tropas á refugiarse en el centro de la ciudad, y que el gobernador habia venido á la Aduana y se preparaba á salir con fuerza para resistirles. Efectivamente asi era, y yo mismo alcancé á ver por una ventanilla de un cuarto inmediato al mio que daba al campo, mugeres que corrian con sus atados en que llevaban lo mas precioso que tenian para salvarlo. La Aduana en estos momentos habia salido de su habitual quietud: no se veían sino hombres armados que salian de los almacenes que al efecto se habian abierto. Regularmente era esa la manera de expedicionar que tenia Lopez. Cuando era urgente preparar una fuerza, ocurrían por armas los gauchos voluntarios de que se hacia seguir, y se las daban sin cuenta ni razon. A regreso de la expedicion las entregaba el que queria, quedándose la mayor parte con ellas para despues recibir otras. Supe que los troperos cuyanos, que venian con sus arrias hacian un comercio muy lucrativo, comprándolas á vil precio.

Mediante este sistema de corrupcion y de contemporizacion con los indios, la provincia de Santa-Fé ha quedado reducida á un esqueleto: sus fronteras por el norte, y oeste no pasan de ser los suburbios de la capital, y estos mismos estan amenazados como se ha visto. Lopez con el fin de procurarse un asilo en un caso de desgracia, ha sacrificado la riqueza, el bien estar y la no mucha civilizacion de ese pais. Su estado actual es poco menos que el de una completa barbarie con algunas excepciones. Podria escribir volúmenes para demostrarlo, mas aunque esto me sea imposible no dejaré de decir lo bastante para que se venga al conocimiento de la exactitud de mi observacion.

Sin embargo del ascendiente que ejerció Lopez en toda su poblacion, ésta empezó á murmurar porque no perseguia á los indios y contenia sus depredaciones: en cierto

modo se vió precisado á obrar y empezó á hacer personalmente algunas incursiones en el Chaco más ó menos como las que los indios hacen en los poblados. De allí resultó que se trajeron algunas docenas de indias con muy pocos indios porque los demas habian sido muertos. A dichas indias se las depositó en la Aduana, receptáculo como se ha dicho de cuanto hay de mas opuesto. Allí tenían un salon bajo sumamente inmundo donde se las encerraba por la noche dejándolas todo el dia vagar por el patio: su vestido no era otro que una jerga ó un pedazo de cuero envuelto que les cubria desde la cintura hasta sus rodillas, presentando de este modo la casa de gobierno el espectáculo mas asqueroso y chocante. Pero el servia algunas veces de recreo á S. E. el Gobernador. En varias ocasiones lo ví salir á la baranda del corredor alto (y esto era muestra de estar de un bellissimo humor) para presenciar una escena de pugifado que representaban las chinas, saliendo de dos en dos como en un duelo, y dándose con el mayor encarnizamiento sendos golpes de puño por el pecho y rostro, hasta cubrirse de sangre y quedar bien estropeadas: cuando ésto sucedia las contendentes acortaban su chiripá de modo que solo ocultaba la parte del cuerpo que hay desde la cintura hasta mas arriba de la rodilla: cuando S. E. habia gozado del placer que le ofrecian estos gladiadores de nuevo género, tiraba una peseta á la india mas vigorosa y se retiraba muy satisfecho. La misma operacion ví representar alguna vez con indios varones, pero no tenia para aquellas gentes el atractivo de las luchas femeninas, en las que alguna vez una contendente dejaba escapar el chiripá porque con los golpes y contorsiones se reventaba la correa que lo sostenia, y quedaba completamente desnuda: entonces se dejaban oír los estruendosos aplausos y subia de punto la alegria. He sido testigo ocular de estas y otras escenas semejantes que por de poco gusto que fuesen hacian un paréntesis á la insoportable monotonía de mi vida. Muy lue-

go se sucedieron otras que horrorizan y hacen estremecer la humanidad.

Aunque Lopez como he insinuado empezó por ese tiempo á emplear las armas contra los indios no por eso renunció á los artificios de su política tortuosa sea maquiavélica, sea salvaje sea todo á un tiempo. El Chaco como nadie ignora encierra un inmenso número de parcialidades ó tribus de indios que si alguna vez se reúnen momentáneamente para hacer una invasion se dividen luego se roban mutuamente lo que antes han robado en común, se dañan y finalmente llegan á hacerse la guerra. Lopez fomentaba diestramente estos odios y alguna vez ha destruido indios de quienes queria deshacerse, por otros indios á quienes no odiaba menos. Aun en sus campañas cuando se hacia acompañar de esos mismos salvajes á quienes ahora empezaba á perseguir, se valió de medios que repugnarian á un hombre de mejores principios. Por ejemplo, queria deshacerse de algun indio altanero ó peligroso que arrastraba algun séquito, y cualquiera persona que obrando como gefe militar, ó como un caudillo lo mandaba ejecutar—nada de eso. Le suscítaba un rival promoviendo un enredo por conducto de las chinas con quienes Lopez se relacionaba intimamente, ó por medio de algunos ministriles á propósito y ya dispuestos los ánimos de los dos antagonistas les hacia dar abundante licor, pero cuidando que el que habia de morir en la pelea se embriagara absolutamente sin escluir algun fraude en las armas siempre que pudiese hacerse con disimulo. Preparadas así las cosas, se les excitaba á la pelea, la que generalmente se terminaba por el sacrificio del que se habia destinado para víctima. Esto lo se por relaciones contestes de oficiales que servian con Lopez, y que lo referian mas bien como una prueba de la capacidad de su gefe.

Era la Semana Santa en el año 1834, y en el vienes por la noche ya se supo que Lopez que habia salido á campaña estaba de regreso y caminando á las inmediaciones

con una gruesa partida de indios que habia tomado y su correspondiente chusma (nombre que se da á las mugeres y niños). Al dia siguiente á la hora de la aleluya debia hacer su triunfal entrada en medio de los repiques y alegria que conmemora la resurreccion del Salvador. Efectivamente así fué, y en el mismo dia se vió la Aduana poblada de estos nuevos huéspedes, que la constitujan en una verdadera tolderia. Muy luego se supo que esta presa no era fruto de un hecho de armas, ó de una victoria, sino resultado de una intriga. Estos indios eran los antiguos pobladores de la mision de San Javier, así es que casi todos llevaban nombres de santos y eran cristianós: por las noches tenian en comun sus cánticos y rezos últimos restos de la enseñanza jesuítica. Ya se comprenderá que los hábitos salvages no eran entre ellos tan arraigados, y que era muy posible volverlos á la sociedad. Es lo que les habia propuesto Lopez, y ellos que se veian amenazados sériamente de otra tribu, consintieron en volver á la vida social y sin duda á su antigua reduccion. Lopez faltando á la fé prometida los trajo como verdaderos prisioneros y aunque al principio se les trató con algunas consideraciones, despues se usó de la mas terrible crueldad. Mas antes quiero hablar de un hecho que excede á todos los que puedo decir que he presenciado en barbarie y ferocidad.

El Gobierno de Corrientes conservaba buenas relaciones con el de Santa-Fé y como una muestra de amistad le remitió con una escolta mandada por el teniente entonces Llopas, tres indios principales de una parcialidad enemiga sin duda de Santa-Fé, y enemiga tambien de la de Abipones que era la única que se conservaba reducida y establecida en el Sauce á diez leguas de Santa-Fé. De estos tres indios uno era hijo de un cacique el cual habia muerto á otro cacique padre de una india principal Abipóna que residia en el Sauce con los demas de su tribu. Lopez tenia interés en perpetuar los odios de ambas parcialidades y hé aquí como se condujo.

Un Domingo por la mañana alcancé á ver un indio con una gruesa barra de fierro á quien encerraban en la Alcançia que era un cuartito de algunos pies que quedaba bajo la escalera principal y cuya puerta alcanzaba á ver desde mi calabozo. Otros dos robustos salvages cuya fisonomía y ademanes manifestaban suma consternacion, fueron conducidos sin prisiones al corredor alto, y luego sucesivamente al cuarto del ayudante á donde ví entrar al cura de la ciudad Dr. Amenabar. La venida de un sacerdote, la preparacion de una gran fuente con agua, la compostura y solemnidad que daban á la ceremonia los pocos actores que intervenian, me hizo creer que se trataba de algun acto religioso. Efectivamente era así; los indios fueron bautizados para ser entregados á la muerte ese mismo dia.

¿Mas qué privilegio tuvieron estos para que se les administrase tan santo sacramento cuando innumerables otros antes y despues fueron despachados sin ocuparse de la salud de sus almas? Lo ignoro, y solo por conjeturas me persuado que pudo haber una de dos causas, ó las dos á un tiempo. 1.º Hacer saber á Terri Gobernador de Corrientes que sus remitidos habian muerto cristiamente. 2.º Fortificar los principios religiosos que se queria acaso inculcar á los indios del Sauce que fueron sus ejecutores.

Como á las 4 de la tarde se presentò una partida de estos á las puertas de la Aduana de los que yo mismo ví tres ó cuatro que entraron al patio, á la que fueron entregados los tres indios bautizados recientemente. La partida marchó y luego que pasó el Salado lancé sin cumplimientos á los dos indios que no llevaban prisiones reservando el de los grillos, que fué conducido hasta el Sauce. Este fué allí entregado á las indias mugeres y muy particularmente á la venganza de la india cuyo padre habia muerto á manos del padre del que se iba á sacrificar. Ellas usaron de un modo terrible de la facultad que se les concedia: aseguraron al desgraciado fuertemente á

un poste, lo hincaron primero con agujas y puntas de fierro, le cortaron vivo las orejas y las narices, lo castraron, y martirizaron sin piedad hasta que murió en horribles tormentos. Véase ahora si las distintas parcialidades á que pertenecian los verdugos y la víctima podian jamás reconciliarse! Esto es lo que Lopez se proponia.

Lo admirable es que este hecho úblico de entera notoriedad no excitaba horror, ni produjo censura ni el menor signo de reprobacion, al menos entre la gente con quien yo trataba que eran los militares ¡Ah! Despues he hablado de él con personas de ese mismo pais, que pertenecian á una clase mas distinguida y he tenido motivos de creer que tampoco á ellos les hizo desagradable sensacion. Este era el estado de aquella desgraciada provincia, bajo el régimen de su gobernador vitalicio D. Etsanislao Lopez.

Este caudillo, era un gaucho en toda la estension de la palabra. Taimado, silencioso, suspicaz, penetrante, indolente y desconfiado: no se mostró cruel, pero nada era menos que sensible: no se complacia en derramar sangre, pero la veía correr sin conmoverse: no excitaba desenfrenadamente la plebe, pero tampoco reprimia los desórdenes, tenia un modo particular de obrar cuando se proponia corregirlos.

Estaba avecindado en Santa-Fé, un viejo español, D. Pelayo Gutierrez, soltero, sin servidumbre á quien el vulgo le suponía dinero. Una mañana se encontró un agujero en una de las paredes de la casa, por donde era evidente que habian querido introducirse algunos malhechores. Sin duda les faltó tiempo en la noche para concluir la abertura practicada en la pared y tuvieron por entonces que abandonar el proyecto. Lopez tenia una sagacidad especial para discernir por conjetura el autor ó autores de un crimen que se cometia, porque conociendo personal é íntimamente á todos los gauchos como él sabia perfectamente sus tendencias, capacidad é inclinaciones. Asi fué ahora; se fijó en algunos que eran abonados para ese oficio,

se insinuó con ellos por medio de sus agentes y obtuvo por medio de la delación de un facineroso conocido por el sobrenombre de *Lechera*, un conocimiento del hecho. Entre los perpetradores se hallaba un tal Veron, emigrado de Buenos Aires, despues de la revolucion de Obtutbre y correntino de nacimiento sino me engaño. Ellos no habian renunciado al proyecto y solo convinieron en dejar olvidar la primera tentativa para renobarla tomando mejor sus medidas para que no se frustrase como la vez primera.

Un dia ví desde mi cuarto, bastante movimiento en el del ayudante D. José Manuel Echagüe. Ví que preparaban armas y le trageron una tremenda lanza que supongo era de su uso. Era evidente que algo de extraordinario habia, aunque entonces no lo comprendíse. A la mañana siguiente supe que avisados por *Lechera*, que esa noche antes, era la destinada para la segunda tentativa de robo, se mandaron emboscar dos partidas en los sitios convenientes, de modo que no pudiesen escapar los ladrones ó mejor diremos Veron, que era el único á quien querian sacrificar acaso porque era forastero. Viéndose éste sentido, huyó y dió con una de las partidas que mandaba el juez civil D. Urbano Yreondo, la que lo hirió, capturó y amarró fuertemente: en este estado se hallaba cuando llegó Echagüe, el cual sacando entonces su espada lo atravesó en varias partes hasta concluirlo. Al dia siguiente estaba el cadáver en los portales del cabildo á la espectacion pública. Todos los demas escaparon cerrando las autoridades y los persiguidores los ojos para no verlos.

Me he detenido en este lance para hacer ver el modo de proceder de Lopez en materias de justicia, y probar el estado de civilizacion de aquellas gentes entre las que Echagüe ocupaba un lugar distinguido—perteneia á una de las primeras familias, era de lo mas adelantado en maneras y cultura, y era reputado como la niña (espresion con que me lo recomendaron) entre todos los oficiales santafesinos. Pues este mismo Echagüe me refirió sin el me-

nor empacho y mas bien con el tono de jactancia el cobarde asesinato que habia cometido, contentándose con añadir que lo habia hecho porque conoció que esa era la voluntad de Lopez. Otra vez me contó haber asesinado un indio en la forma siguiente. No era aun militar y tenia casa de negocio, la que tenia dos puertas de luz que una pertenecia á la trastienda y que de consiguiente se conservaba cerrada—Un indio en estado completo de embriaguez, fué á caer recostado en la puerta de dicha trastienda. Como hubiese entre las tablas de la puerta algunas aberturas se aprovechó de ellas para dar desde la parte de adentro fuertes estocadas con una espada, aunque el miserable que las sufría no pudiese atinar en su enagenacion de donde le venia el golpe, hasta que espiró á pocos momentos. Era uno de esos indios aliados de Santa-Fé, que cruzaban sus calles y frecuentaban sus tabernas. Lopez no hacia cargo por esos asesinatos ni aun se averiguaba quien era el autor.

En ese mismo tiempo quiso Lopez deshacerse de un indio llamado Eusebio contra quien tenia sus prevenciones, mandó al desierto sus agentes que lo llamasen con muy buenas palabras y le hiciesen ofertas: el indio cayó en el lazo, y concurrió al llamado de Lopez: éste lo recibió muy bien en la Aduana, le dió nuevas seguridades y lo despachó: antes de haber andado una cuadra lo habia tomado una partida y condeuidolo en prision. Se le puso una gruesa barra de grillos y se le destinó á morir, pero antes quiso saborearse en los padecimientos de aquel desgraciado y se hizo durar ocho dias lo que llamamos *Capilla*: tampoco esta la tuvo en un solo punto pues se le sentenció en la cárcel del cabildo, á los tres ó cuatro dias se le trasladó á la Aduana, donde lo veía todos los dias cuando lo pasaban á alguna diligencia, para lo que tenia que atravesar el patio: finalmente se le volvió á trasladar al cabildo y se le ejecutó en la madrugada del octavo dia. Aun entonces se tuvo cuidado de colocar el suplicio muy cerca

de la ventana de un gran calabozo donde se habian encerrado los mas de los indios de S. Javier de que ya hablo, para amedrentarles con este espectáculo.

Se me pasaba hacer mérito de una ocurrencia que me dió mucho que pensar y á cuya solucion jamas pude llegar. Un hombre, un preso por mas desesperada que sea su suerte siempre conserva alguna esperanza, y no deja de tocar algunos medios de mejorarla ó vencerla. Considerada mi prision superficialmente creeria cualquiera que no era difícil esear, pero atendidas mis circunstancias era imposible que yo lograra mi evasion sin el concurso de una persona del pais: pues esta no la tenia. Lopez habia sojuzgado completamente las voluntades de todas las clases de la sociedad si es que en aquella sociedad puede decirse que habia clase. La parte que podria clasificarse de pensadora bejetaba sino contenta al menos resignada y tranquila: la plebe seguia ciegameute la impulsión que le daba Lopez. Yo jamas habia estado en Santa Fé y á nadie conocia: era seguro que hubiera sido traicionado por cualquiera de quien me hubiera valido. Solo dos santafesinos me hablaron de esear y estoy perfectamente seguro que lo hicieron en la persuasión falsa ó verdadera de que Lopez aburrido de guardar tanto tiempo un preso veria con gusto su evasion.

Unos de estos santa-fesinos fué Echagüe, no porque precisa, ni directamente me hablase, sino porque me probocaba de un modo muy claro á que yo me abriese. Llegó hasta insinuarme que necesitaba una cierta cantidad que no pasaba de mil pesos, la misma exigüidad de ella me hacia entrar en penosas desconfianzas. Previamente hacia alguna demostracion ó aparato capaz de mortificarme, y cuando habia subido de todo punto mi disgusto venia á insinuarse con medias palabras que no decian mucho pero que daban á entender demasiado. Luego que yo me esforzaba en aclarar el asunto y en entrar francamente en esplicaciones se replegaba otra vez de un modo capaz de dis-

traer las primeras impresiones que habia producido. Entre tanto recibia obsequios y le hice los que pude de ropa y otras frioleras, siendo de notar que no solo las recibia de muy buena voluntad, sino que manifestaba una ansia que podia llamarse exigencia para que se repitiesen. Tenia un asistente llamado Serna, que era zorro cortado por la misma tijera: ya habia sido conductor de muchos regalos, pero se le habia antojado mi reloj, y me decia todos los dias con la mas chocante impertinencia que su ayudante necesitaba mucho de él. Mi reloj no valia gran cosa pues era uno antiguo que se habia conservado en casa y que me habia mandado mi madre y aun cuando hubiese sido una preciosa alhaja lo hubiese dado para que no me mortificasen, pero me hacia una notable falta: me anunciaba las horas, marcaba el tiempo de mi martirio, y hasta el ruido monótono del volante principalmente por las noches me hacia compañía. Le dije á Serna todo esto añadiendo que era un presente muy mezquino un semejante reloj para su ayudante: que luego que yo saliese de la prision le haria obsequio de otro reloj mas digno del ayudante, mas el socarron del asistente, no se satisfacía con la promesa y volvia continuamente y por muchos dias á la carga: sin embargo yo me mantuve firme y el reloj no salió de mi poder.

Era muy claro que se me habia entregado al ayudante Echagüe para que me esquilmasen, y que no pudiendo sacar grandes ventajas se contentaba con piltrajas: él se proponia algo mas ofreciéndome la perspectiva de mi libertad: ¿pero era sincero su ofrecimiento? No envolvia la dañada intencion de saerificarme? Un hombre como Echagüe que se manifestaba no solo como un partidario decidido, sino como un adorador de Lopez, que jamás dió á entender que pensase dejar su pais, podia creerse que se comprometiese en un asunto tan serio como mi evasion, sin temer sus resultados? Todo me confundia sin poder ni penetrar, ni comprender á este miserable malvado, y sentia una invencible repugnancia á fiarme de él. No fué sino despues cuan-

do ascendido á capitán salió de la ayudantía y de la Aduana, que al despedirse me dió á entender que aquello lo habia hecho con consentimiento tacito ó espreso de Lopez. Como le sucederia á enalquiera me sucedió entonces, y me sucede hasta ahora quedar en las mas obscuras dudas. Si Lopez consentia en mi evasion, no encontró otro medio de promoverla? Es todavia para mí un misterio, sin embargo que no dejó de persuadirme que si hubiera habido quien tentase su codicia con algunos miles de pesos, las puertas de mi prision de cualquier modo se hubiesen abierto.

Por este mismo tiempo se franqueó conmigo y yo con él, un soldado cívico de los que me hacia guardia llamado el maestro Tadeo porque era carpintero de oficio. Este me habló de evasion, y yo sin embargo de no tener ni la centesima parte de los medios que el ayudante Echagüe, hice confianza de él.

Para mi evasion era preciso primero abrir la puerta de mi calabozo, luego salir de la Aduana saltando las paredes del patio lo que no era difícil por un lado del edificio, en seguida era preciso dirigirse á un embarcadero señalado donde debia esperarme una canoa, finalmente seguir en ella rapidamente aguas abajo hasta salvar las cerca de 200 leguas que habrá por el rio hasta la Banda Oriental. El maestro Tadeo ofreció proporcionar todo, veremos luego como lo cumplió,—entre tanto le di dinero para fabricar ó comprar una canoa y algunos obsequios mas.

Este hombre á quien no supongo hasta cierto punto de mala fé, entraba sinceramente en mi proyecto (segun vine á descubrir despues) calculando que el General Lopez, miraria con ojo indiferente mi evasion, mas siempre que se persuadia que tenia otras miras el General y que acaso me esperaba un destino siniestro, sin desistir abiertamente pretestaba demoras y embarazos que no habia. El mismo era un excelente bogador; tenia otro hablado y comprometido aunque no supe la clase de servicio que iba á hacer, el precio del suyo estaba convenido, la canoa estaba prom-

ta, hasta fijada la noche de mi salida, cuando ese mismo dia me aviso que era imposible porque el Arroyo Negro que era el que habiamos de tomar para ir al Paraná estaba sin agua á causa de la seca. Segun su opinion forzoso era esperar un repunte, que es como designar las crecientes de poca importancia. Yo tuve que resignarme hasta que se antojase al rio encharcarse, ó hasta que al maestro Tadeo le viniese la voluntad de cumplir su palabra. Mas no anticipemos los hechos, porque luego tendré sin duda que decir algo mas de éste.

Era Domingo, 6 de Abril del 34, dia de pentecostes. Serian como las 4 de la tarde; y el ayudante Echagüe que acababa de entrar al patio de la Aduana trayendo dos manos humanas frescas aun de alguno que acababa de morir y á quien se las habian cortado: estas manos eran de un indio á quien habian muerto ese dia y las traia con el fingido pretexto de preguntar á las indias si conocian por las manos al que las habia llevado en vida; el verdadero objeto era mortificar á aquellas miserables con la certidumbre de que habia sido muerto uno de los suyos. Con el mismo fin ví otra vez pasear por el patio de la Aduana una cabeza que acababa de ser cortada á otro indio que traia un jóven por los cabellos, al que seguia una larga comitiva de muchachos.

Al rededor del ayudante Echagüe que lleno de satisfacion mostraba aquellos miembros inanimados, se habian agrupado quince ó veinte indias. Yo presenciaba la escena del piso alto en que estaba mi abitacion y colegia por los ademanes que se hablaba aunque no oia lo que se decia. Sin que por el movimiento me llamase la atencion, ví entrar al patio una negra vestida con aseo, la que parecia forastera, pues se hizo indicar con alguno al ayudante al que se dirigió inmediatamente. Debió interesarle lo que la negra le dijo porque se separó un poco del grupo para contestarle, quizá avergonzado de que lo hubiesen sorprendido en tan vil ocupacion, y noté tambien que se fijaba en mí,

y aun me señalaba: la negra entonces se dirigió al ángulo del edificio que yo ocupaba y levantando la voz me dijo, que mi madre acompañada de mi sobrina Margarita acababan de llegar, que ella (la negra Isabel antigua criada de mi familia) las venia sirviendo, y que se le habia mandado á saludarme. Contesté convenientemente, y me entregué á reflexiones innumerables.

Al anoecer se cerró mi calabozo como de costumbre, y yo estaba acostado cuando á las 8 se abrió la puerta y el ayudante me anunció que mi madre habia obtenido el permiso de verme y que iba á entrar: me vestí corriendo y ya estaban en la puerta, mi madre, Margarita, la criada y el ayudante que debia presenciar la visita. La 1.ª que se me presentó fué Margarita que al abrazarla dejó escapar un gemido, pero se contuvo inmediatamente porque le dije en tono decidido “nada de lloros, nada de lloros” Margarita me comprendió perfectamente y se esforzó en manifestar una firmeza, que seguramente estaba lejos de su corazon: mi madre no necesitaba mi advertencia, porque aquella señora que no carecia por otra parte de sensibilidad habiã perdido la facultad de llorar. Quería á sus hijos, era capaz de hacer cualquier sacrificio como el que practicaba viniendo desde Buenos Aires por acompañarme, pero no derramaba una lágrima: mas bien cuando una emocion dolorosa la dominaba, quedaba en un estado de estupor, parecido á la insensibilidad.

Pasado aquel primer momento conversamos muy tranquilos durante media hora, hasta que se retiró mi familia y mi puerta volvió á cerrarse. Asi pasó esta escena sin dar el placer á Lopez, Cullen y demas empleados de gobierno que habian concurrido á la Aduana, ansiosos de presenciar y oír una de llantos, lamentos y desesperacion como se lo habian prometido. Todos ellos atisbaban hasta los menores movimientos que pasaban en sus habitaciones y hasta los soldados de guardia, segun supe despues se habian agrupado lo mas cerca posible para no perder nada de la comedia. Todos quedaron chasqueados, y del

mismo modo que el populacho á quien se le ha anunciado un espectáculo interesante, se retira mohino y disgustado, cuando este por algun accidente no ha podido verificarse, asi los empleados del gobierno y soldados de Santa-Fé, quedaron desabridos porque no habian podido gozarse en las manifestaciones de dolor de una madre y de sus hijos. Al dia siguiente me espresaban mis guardianes su estrañeza en términos tan candorosos que me hubieran hecho reir si yo hubiera estado capaz de entregarme á este sentimiento.

Mi madre estuvo con Lopez, despues que salió de mi habitacion y nada agradable ó consolatorio le dijo. El gaucho hacia alarde de su incivilidad con las señoras, sin embargo que era uno de los hombres mas disolutos que pueden darse atendida su edad, su posicion social, y su estado; pero en lo comun eran de la última plebe y mas que todo indias, los ídolos ante quienes quemaba sus inciensos. Hasta en esto manifestaba la prevencion que lo animaba contra lo que era civilizado. ¿Qué mucho era que al solo oir hablar con cultura, al ver á un hombre ilustrado, á la simple manifestacion de una idea de progreso, se revelase su espíritu y lo diese á conocer hasta en su semblante? Otro tanto y peor sucedia cuando llegaba á citarse una ley, ó un derecho. Hubo un sugeto de los presos de Córdoba que habiendo obtenido ya libertad se atrevió en una conversacion á usar el derecho de gentes, lo que sabido por Lopez, lo envió otra vez al calabozo de donde lo habia sacado pocos dias antes.

Conversando mucho despues con D. Manuel Leiva que sirvió en su secretaria que mereció su confianza y que hasta ahora no le es desafecto me refirió lo siguiente. Se atrevió un dia que lo vió de muy buen humor á proponerle una mejora cuya clase no recuerdo, pero que era evidentemente útil á la provincia que mandaba—Lopez, escuchó sin manifestar la menor emocion, pareció recapacitar algo, y terminó el entretenimiento por estas formales palabras—
«No me hable Vd. de mejoras, prostituta encontré la pro-

vineia y prosituta la he de dejar.” ¡Admirable contestación! que encierra su vida, su gobierno, su política y sus ideas. Efectivamente la depravacion moral de Santa-Fé en lo general era tal que nada mas exacto que compararla á una muger prostituida, pero no creo que él la hubiese encontrado asi. Aquella era su obra.

A la mañana siguiente se le permitió volver á mi madre pero acompañada de un personaje que presenciase nuestro entretenimiento. Este fué un jóven *Zoilo de N.* que manejaba la imprenta que tambien tenia su asiento en la Aduana, por delegacion del ayudante Echagüe. Ya es de inferir que nuestra entrevista fué penosa á presencia de un testigo importuno que no nos permitia hablar en confianza. Mi madre me dijo que de cualquier modo procuraria verme de continuo, y efectivamente á la tarde volvió, pero la guardia le impidió la entrada bajo el pretesto de que no estaba el ayudante Echagüe. Mi madre dijo entonces: “Pues lo esperaré” y se sentó pacientemente en la primera grada de la escalera que conduce á los altos y que está en el zaguan de la Aduana: en este estado la encontró el mayor Mendez, hombre honrado y bueno, y que de consiguiente no entraba en las miras hostiles de Echagüe. Sabiendo la causa de la demora de mi madre llamó al comandante de la guardia y le dijo—El gobierno ha permitido á esta señora que visite á su hijo, y no hay motivo para incomodarla. Mi madre entró sola esta vez, y despues continuò haciéndolo sin otra novedad.

Era pues evidente que las trabas eran una supercheria del ayudante Echagüe, que queria hacerse pagar cualquier condescendencia aun aquellas que estaban ordenadas por la autoridad. Con este motivo observaré que la venida de mi familia lo contrarió inmensamente. Por lo menos era una persona interesada, un testigo de su manejo cuyas voces no podia ahogar como lo haria con las mias. El se proponia seguir con ese sistema lento de opresion que habia adoptado, dándome siempre á entender que se

interesaba mucho por mi comodidad. Después de mas de un mes que me dejaba mi puerta abierta hasta la hora de la cena, hacia tres ò cuatro dias que habia empezado otra vez á cerrarla al anochecer cuando llegò mi madre. Alternativamente con alguna cosa graciosa hacía movimientos alarmantes, y daba òrdenes hostiles que me sumian en una insoportable incertidumbre. Una vez ví por mi ventana dirigirse á las nueve de la noche, hácia el ángulo del edificio que ocupaba mi habitacion y que como he dicho era absolutamente solitario y lóbrego una procesion de cuatro ó seis personas con luces—pasaron silenciosa y misteriosamente por mi puerta y se dirigieron á una pieza contigua inhabitada que registraron, reconocieron, é investigaron: de retirada volvió á pasar la procesion con igual solemnidad. Al otro dia me dijo que eran cosas de Cullen, cuyo carácter desconfiado le hacia tomar precauciones. Otra vez, mandó con penas graves á los centinelas que no conversasen conmigo, lo que era un tormento pues no tenia otra comunicacion. A veces se abria mi puerta mas tarde, otras la cerraban más temprano: hubo vez que la dejaron abierta toda la noche, sin dejar por eso de espiar todas mis acciones. Se disponia sin duda á algunas maniobras de mas consecuencia cuando la llegada de mi madre. Creia haber encontrado una mina que se proponia explotar—mina que sin duda le habia sido indicada y cedida por el mismo Lopez. Hasta el dia que se fué, al despedirse quiso recomendarse dándome un disgusto.

La puerta de mi calabozo como he dicho tenia una cerradura muy segura, pero ademas se le habian puesto unos pernos con argollones fijos de fierro en que se ponía un tremendo candado, cuyo ruido al poner ó quitar era capaz de romper una cabeza mas descansada que la mia. Entre las calculadas alteraciones que hacia Echagüe era una la de poner en una temporada el candado, en otras contentarse con solo llave: cuando se despidió me dijo que no

extrañase si el ayudante que le sucedía mandaba poner el candado, pues el haber suspendido su destino, era una cosa graciosa de él. El ayudante Velez á quien se insinuó Echagüe conoció el espíritu que lo animaba y rechazó su insinuación: sin que yo le preguntase una palabra me dijo: “El antecesor mio me ha dicho que debía hacer colocar el candado en la puerta de su habitacion, pero no lo haré limitándome á lo que he encontrado establecido; no añadiré sufrimientos al que ya ha sufrido demasiado” —hacia cuatro años que duraba mi cautiverio.

Desde la ida de mi hermano en Setiembre de 33, hasta la venida de mi madre en Abril de 34, pasé la vida mas amarga y el tiempo mas penoso de mi prision. Solo una salud robusta como llegó á ser la mia, el vigor de la edad pues habia cumplido 40 años en mi prision, pudieron conservarme. Sin embargo si se hubiera prolongado mas aquel estado es seguro que hubiera sucumbido. La venida de mi madre fué providencial y á ella y mas que todo á Margarita que quiso despues compartir mi cautiverio de bo la prolongacion de mis dias, que no por eso dejaron de ser penosos.

Mi madre continuó visitándome tarde y mañana y aunque por su ancianidad sus facultades habian padecido notablemente me era una distracción, una compañia, un consuelo, Margarita la acompañaba con muy pocas excepciones, y por las tardes nos entreteníamos con un chaquete que me habia proporcionado.

Desde que estube en el ejército nacional que hacia la guerra al Brasil, fué pensamiento de mi madre mi casamiento con mi sobrina Margarita: cuando estube en Córdoba algo se habló para que se realizase, mas los sucesos se precipitaron y las cosas se dispusieron de otro modo hasta terminar con mi prision. En el estado en que me hallaba hubiera sido una insensatez hacer revivir aquel pensamiento y en los primeros meses á nadie le ocurrió semejante

cosa. Verémos como se realizó este acontecimiento inesperado.

Continuaba la incertidumbre sobre el destino que me preparaban, pero en esa época hubo vislumbres de esperanzas que nos hicieron contar por seguro que se me permitiría salir del país á condicion y dando una fianza de no volver á él sino con consentimiento del gobierno. Por otra parte los trabajos sobre mi evasion iban tan adelantados que cuando no obtuviese el permiso deseado contaba con mi libertad por el otro medio.

A vista de estas esperanzas y aumentado progresivamente nuestro cariño con el trato diario se pensó seriamente en ajustar nuestro enlace, y de acuerdo con mi madre le hablé el 3 de Agosto del 34, á Margarita, que no desechó mi proposicion. Nuestro plan fué concebido en estos términos. Libre que yo fuese de la prision por cualquier medio, me dirigiria á la Banda Oriental mientras mi madre y Margarita irian á Buenos Aires—allá mandaria un poder y efectuada la ceremonia iria Margarita á reunirse con migo. Nuestras esperanzas se avivaron notablemente en setiembre por una ocurrencia que voy á referir. Mi madre desde el 7 de Mayo dja de Lopez, en que fué por consejos que le dieron á hacerle la suplica de mejorar mi situacion que no tuvo resultado alguno, no habia vuelto á verlo. En los primeros dias de Setiembre, salia para retirarse y casualmente se encontró en el corredor con el General Lopez, “Señor, cuando podrá término á nuestros trabajos?” Y le contestó “señora un dia de éstos, el que menos se espera, antes de lo que Vd. piensa.” Con esta seguridad, mi madre dió por hecha mi salvacion y llebó su credulidad hasta mandar preparar una pieza de la casa que ocupaba para recibirme. Entonces estaba enteramente resuelto á mi evasion con el maestro Tadeo, y se suspendió por algunos dias por esa causa, mas pasando seis ú ocho djas y viendo que las cosas seguian en el mismo pié, volví al primer pensamiento. Se prepararon los viveres secos ó hambres.

que debía llevar acomodados en una bolsa y un poco de ropa, tenia ya una llave que abria corrientemente mi puerta y todo estaba preparado hasta el dia que era el 8 del mismo mes cuando el célebre Tadeo salió con que *el arroyo negro estaba bajo y que debía esperarse la creciente*. Este pobre hombre se engañó y me engañó. Se engañó él porque al principio creyó que tendria valor para la empresa, la que vista de mas cerca le causó miedo y porque llegó á persuadirse que se comprometeria demasiado con Lopez y me engañó á mí porque me fié de sus promesas. Despues algunas personas de mas categoria de las que estaban allí han afectado reprobar que yo me valiese de un pobre hombre como el maestro Tadeo, como si ellas hubiesen sido capaces de dar un solo paso en este sentido. Baste para prueba lo que voy á decir: La única persona á quien se confió este secreto fué al Dr. D. Solano Cabrera (que fué despues fusilado por Rosas) pariente y sincero amigo mio; pero que estaba muy relacionado con Cullen y bien visto de Lopez. Al saberlo se asustó y no tengo duda que se sintió oprimido de una confianza semejante. Por única cooperacion me dió el consejo por medio de mi madre de que hiciese una devota promesa por el buen éxito, sin aprobar por esto el proyecto pues era de opinion que yo saldria de mi prision sin necesidad de saltar por la ventana. Sépase que Cabrera era sincero amigo mio y que deseaba mi libertad como ¡hubiera podido desear la de un hermano, pero el terror y el convencimiento de lo poco que debía uno fiarse de aquellas gentes le ataban la manos: Y si esto hacia un amigo mio ¿qué podria esperar de un indiferente?

En la Banda Oriental formó tambien mi hermano un proyecto para mi evasion y lo confió al coronel D. Polonio Ramallo quien se encargó de prepararlo recibiendo algun dinero al efecto. Marchó á las Misiones del Uruguay para desde allí mandar la persona que debía facilitar mi escape: allí promovió Ramallo una suscripcion con este mis-

mo fin en que debió reunir algun dinero porque se me ha asegurado que el brigadier al servicio brasilero (cordobés) D. Bonifacio Calderon, le dió seis onzas de oro (1) pero jamás dió un paso ni mandó persona alguna por mas que falsamente quiso persuadir lo contrario. Entretanto mi hermano engañado por Ramallo previno á mi madre que el hombre que se presentase con una carta en tales ó cuales términos debia merecer toda confianza. Esperé inútilmente: el hombre jamás vino, ¿ni cómo habia de venir, si Ramallo jamás lo mandò? Así se desvanecieron los proyectos de evasion que se formaron, y de que he hecho mencion porque en el empeño de algunos que debian reputarse por amigos, de sacudirse del cargo de indiferencia por no decir ingratitud, han supuesto y hasta llegaron á decir que yo no habia querido escaparme pudiendo hacerlo. Por mi madre supe que un francés D. P. G. habló tambien algo en Buenos Aires en este sentido sin que pasase el asunto de un pensamiento. Sin embargo alguno que lo supo lo dió por hecho, y se que me hizo cargo de no haberme aprovechado de los servicios de Gascogne. Pero volvamos á mi casamiento cuya ejecucion me hizo naturalmente desistir de aquel proyecto.

Acordado y ajustado mi enlace para cuando saliese de mi prision la única persona que se puso en nuestra confianza fué el Dr. Cabrera, amigo y pariente nuestro como he dicho, quien lo aprobò cumplidamente. Pasados algunos meses y cuando sin duda se devilitaron sus esperanzas de que yo obtuviese de próximo mi libertad. manifestó mi opinion de que se verificase allí mismo. Yo sin embargo del ardiente afecto que profesaba á Margarita lo reusaba,

(1) Cuando en el año 40 estuve en Corrientes se empeñaba mucho Ramallo en persuadirme que D. José Inocencio Marques no era mi amigo por datos que el tenia, y que siempre se escusaba de revelarme. Luego he sabido que deseando ocultarme la suscripcion que habia promovido, nunca quiso decirme que Marques se habia negado á contribuir. Este era el motivo de su queja, que queria hacer mia.

pero ésta, ese ángel del cielo que Dios me destinaba por compañía se avenia á todo: quizá ella y Cabrera conocian que su compañía iba á salvar mi vida, conservando mi salud que habia empezado á quebrantarse. Para apoyar su opinion añadia Cabrera, que creia firmemente que mi casamiento contribuiria á mi libertad y cuando menos á que mi prision fuese menos rigurosa. El mismo hizo los borradores del pedimento que debia hacerse al Obispo Diocesano por la dispensa de parentesco, y quiso absolutamente tambien se pidiese tambien la autorizacion para que él nos hechase las bendiciones. Todo se hizo así.

Era el 23 de Febrero, cuya tarde la empleamos toda en poner en limpio los pedimentos y en escribir á mi hermana Rosario que iba á ser mi suegra y cuyo consentimiento ya teniamos, para que ella misma hiciese correr las diligencias. Al ponerse el sol, hora en que siempre mi madre y Margarita se retiraban, acabado de hacerlo, yo habia quedado solo en mi prision, cuando vino muy alborozado el ordenanza ó asistente del ayudante Velez, que era generalmente el que cerraba y abria mi calabozo á comunicarme una gran noticia, por la que me pedia *albricias*. Fácil es conjeturar que me apresuré á interrogarlo, creyendo algo favorable que me concerniese. Júzguese mi asombro cuando me dijo que Quiroga habia sido asesinado en Córdoba y que siendo mi enemigo, debia yo celebrarlo. Este hombre hablaba con ansiedad, y por mas que le dije que para mi no era un motivo de alegría, estoy seguro que no me creyó, dándome ocasion de admirar esos instintos salvajes que hacen de la venganza un inefable goze, y el candor con que me suponía animado de iguales sentimientos. En otra ocasion me habia sucedido una cosa idéntica cuando otro que no recuerdo me anunció la muerte de aquel famoso Zeballos, que voló mi caballo cuando fué hecho prisionero, y á quien fusilaron los Reinafés.

En Santa-Fé fué universal el regocijo por este suceso, y poco faltó para que se celebrase públicamente—Quiroga

era el hombre á quien mas temia López, y de quien sabia que era enemigo declarado. No abrigo ningun género de duda que tuvo conocimiento anticipado, y acaso participacion en su muerte. Sus relaciones con los Reinafés eran íntimas—Francisco Reinafé habia estado un mes antes, habia habitado en su misma casa, y empleado muchos dias en conferencias misteriosas. Otros muchos datos podrian aglomerarse pero no es lugar de tratar este asunto.

El que haya pasado por la situacion en que yo me hallaba recordará que un preso si es por causas políticas se devana los sesos por sacar consecuencias favorables de los sucesos que tenjan lugar en esa misma órden. Este lo era de gran magnitud para que no debiese tener alguna influencia en mi destino. Veamos que sucedió.

FIN DEL TOMO 2.º

INDICE ANALITICO DEL 2º TOMO.

pág.

<p>Precedentes que influyeron para la revolucion de Arequito. —El esterminio de las montoneras llama con preferencia la atencion del Gobierno Nacional, y ordena al ejército que dejando á Tucuman, ocupe la provincia de Córdoba.—El General Viamonte celebra en el Rosario un armisticio con los montoneros, precedentes que influyen para la revolucion de Arequito.—Belgrano gravemente enfermo se retira á Tucuman, dejando el mando del ejército al General Cruz.—Síntomas revolucionarios por todas partes.—Tucuman asume la iniciativa.—San Martin se desentiende de la guerra civil contra las órdenes del Gobierno, y lleva á cabo su gloriosa campaña de Lima.—Circulan por el ejército acusaciones muy graves contra el Gobierno Nacional,.....</p>	3 y sig.
<p>Revolucion de Arequito.—Tentativas de los montoneros y Carreras para atraer á su partido, el ejército.—Consecuencias de la revolucion.—Bustos negocia y alcanza el Gobierno de Córdoba.—El Coronel Heredia con los regimientos de Dragones y Húsares sale de Córdoba para hacer la guerra á los españoles.—Paz no quiere acompañarle y rehusa el grado de Coronel que con instancias le ofrece Bustos,—Se retira á la vida privada.—Nuevas instancias de Bustos y de sus amigos lo deciden á hacerse cargo del Estado Mayor.—Division entre los gefes federales, desaparece de la escena política Artigas vencido por Ramirez.—Ramirez hace la guerra á Buenos Aires, derrota á La Madrid, y él es á su vez derrotado por Lopez, reuniéndose con sus restos á Carrera que recorría la campaña de Córdoba.—Defectos de que adolecia el Gobierno de Bustos.—Carrera contrae alianza con los indios, miras políticas de este personaje.—Tentativa</p>	

- de revolucion contra Bustos, á la que se opone Paz, que se pretendia la encabezase..... 18 y sig.
- San Martin prepara en Chile su expedicion á Lima, y solicita de Bustos su cooperacion por el Alto Perú, Bustos se desentiende, Paz se hace mas sospechoso y es separado del E. M. G.—Bustos sale á campaña contra Carrera y es derrotado por este.—Paz es confinado fuera de la Provincia, lo que no se verifica hasta que derrotada una tropa de paisanos que se habia puesto á sus órdenes, logra refugiarse en Santiago del Estero.—Muerte de Pintos y Peralta.—Carrera y Ramirez son rechazados en la Cruz Alta por Bustos.—Lopez y La Madrid se acercan y aquellos dos caudillos se separan.—Ramirez fué batido y muerto por Bedoya.—Carrera tambien derrotado por Gutierrez, fué fusilado y depositado en el mismo sepulcro de sus hermanos que habian perecido del mismo modo.—Muerte del famoso patriota Güemes por las tropas de Olañeta.—Olañeta toma posesion de la ciudad de Salta.—Pasada la primera sorpresa, el gauchaje se organiza de nuevo bajo el mando del Coronel Wit Gefe de Estado Mayor de Güemes.—Olañeta cree prudente retirarse al Alto Perú.—Tres aspirantes al gobierno de Tucuman se disputan con las armas el mando de la ciudad.—Muere fusilado por Lopez D. Bernabé Araoz.—Rasgos característicos de Araco y de Ibarra.—Proyéctase la expedicion al Alto Perú al mando de Urdininea, en que toma parte el General Paz.—Inicianse tratados de paz con el virrey Laserna, el General comisionado D. Gregorio de las Heras burlado por Espartero, se aproxima sin resultado hasta las inmediaciones del Cuzco.... 48 y sig.
- Campaña del Brasil.—Paz forma un batallon de infanteria ligera, que despues de la batalla de Ayacucho, lo mando tambien en la campaña del Brasil.—Batalla de Ituzaingo, Alvear es llamado á Buenos Aires para dar cuenta de su conducta, y Paz lo reemplaza en el mando en Gefe del Ejército.—Rivadavia renuncia la presidencia.—Dorrego que le sucede como Gobernador de Buenos Aires, negocia á todo trance la paz con el Brasil.—El ejército argentino devora en silencio su resentimiento contra el Gobierno hasta su regreso á Buenos Aires.—Causas que produjeron la caída y acaso la muerte de Dorrego.—Hecha la paz Dorrego manda regresar el Ejército que sin duda venia á castigarlo.—Noble cruzada que se habian propuesto los Gefes del ejército para purgar la república de tiranuelos.—Llegan las primeras divisiones á Buenos Aires, Lavalle encabeza la revolucion de Diciembre 1823.—Muerte de Dorrego..... 69 y sig.
- Campaña de Córdoba.—Confíase al General Paz la campaña contra Bustos, Quiroga, Ibarra y otros caudillos.—

Lavalle se reserva la campaña de Santa Fé.—Derrota y muerte Rauch.—Locura de Estombar.—Fracasa la empresa de Lavalle.—Entronización de Rosas.—Paz entra en Córdoba sin tener que vencer grandes obstáculos.—Promuévese una transacción con Bustos, que no tiene efecto.—Paz y Bustos tienen dos entrevistas al frente de los ejércitos sin resultado.—Bustos delega maliciosamente en Paz el mando de la Provincia.—Desa, síntoma alarmante de la mala fé de Bustos.—Ataque de San Roque, derrota de Bustos.—Paz regresa á la capital y se ocupa con preferencia de la organización militar de la provincia.—Bustos fugitivo llega á la Rioja al campamento de Quiroga.—Excentricidades de este personaje.—Mueve su ejército Quiroga é invade la provincia de Córdoba.—Reflexiones sobre la situación de Paz.—Estalla un movimiento revolucionario en Rio 2.^o encabezado por un tal Guevara.—El Gobernador de Tucuman Coronel D. Javier Lopez al frente de una division llega á Córdoba en auxilio de Paz.—Reforzado el ejército se pone en marcha al encuentro de Quiroga, singular escena en la salida de Cordova.—Organización del Ejército de Quiroga.—Elude este un encuentro con Paz y por su flanco sorprende la capital y la toma, cuando su caballería en los Campos de la Tablada. 78 y sig.

Batalla de la Tablada.—Derrota de Quiroga.—Política internacional de Paz.—Ataca y dispersa las montoneras de la Sierra.—Negociaciones con Santa Fé y Buenos Aires.—Quiroga en la Rioja despues de su derrota.—Bedoya.—Los Aldaos en Mendoza hacen sangrientas ejecuciones.—Política de Viamonte en el Gobierno de Buenos Aires.—Ultimatum de las negociaciones.—Las provincias litorales fomentan la rebelion en Córdoba.—Paz emprende la famosa batida de la Sierra y destruye las montoneras.—Luna, diestro y valiente guerrillero.—Reflexiones críticas sobre la guerra de guerrillas.—Consideraciones y medidas políticas.—Atendida inteligencia de Quiroga con los séres sobrenaturales.—Importancia social de la victoria de la Tablada.—Quiroga vuelve sobre Córdoba con un nuevo y mas formidable ejército.—Cavia y Cernadas enviados de Buenos Aires. 144 y sig.

Batalla de Oncativo, derrota de Quiroga.—Aldao prisionero.—Disposiciones gubernativas despues de Oncativo: El ejército confederado de Buenos Aires y Santa Fé invade la provincia de Córdoba.—Boloado el caballo de Paz cae prisionero este General. La Madrid le sucede en el mando, y retirado á Tucuman con el ejército, es derrotado por Quiroga. Sufrimientos del General Paz

en su prision.—Rosas manda ejecutar en San Nicolás de los Arroyos, los prisioneros tomados en Córdoba.—Gobierno de Lopez.—Organización de sus milicias.—Sus relaciones con los indios.—Pugilato de indias—Artificios de su política tortuosa y semisalvaje.—Se conviene el matrimonio de Paz en la prision de Santa Fé. . . . 244 y sig



